

Las confidentes ELIZABETH SUBERCASEAUX

Nuevos Tiempos Siruela



ELIZABETH SUBERCASEAUX

LAS
CONFIDENTES

A mi hermano Bernardo y Tatiana

La coincidencia de cosas felices es feliz. Pero la coincidencia de cosas nefastas también es feliz. Toda coincidencia es feliz, ya que ofrece al espíritu un placer espiritual. La mayor dicha sin duda no es sino el placer de las coincidencias. Si no, ¿sería realmente un placer ser feliz?

Jean Baudrillard, *Cool Memories*

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, jueves 3 de abril 2008

Me pregunta cómo era mi vida en el momento de conocer a Joshua, ¿y quiere que le diga algo? Por trágico y patético que suene, mi vida no era tan distinta de la de ahora, para que vea... Levantarse a las siete para ir todos los días a un trabajo aburrido y mal pagado. Después, a un bar a tomar un par de copas, por si me encontraba con el hombre de mi vida, el príncipe azul, o simplemente para hablar con alguien. Vuelta a la casa a mirar la tele. A veces alquilaba una película en el Blockbuster de Media o veía *Law and Order*. Más o menos así era mi vida cuando conocí a Joshua. Lo único que me diferenciaba de Bridget Jones es que a mí no me gustan los helados y nunca he sido gorda, pero en todo lo demás nos parecíamos bastante, voy a decirle.

Había días, sobre todo los fines de semana, en que me pasaba hasta tres o cuatro horas dándome vueltas por el mall de Springfield, sola o con alguna amiga tan dejada de lado como yo. Comíamos en algún Denny's, una pizza en cualquier parte, o hasta un pretzel con mostaza, porque lo que es yo no me meto en la cocina. Además, ¿quién va a cocinar para sí misma? Era un pasar sin ton ni son, para qué estarnos con cuentos. Tenía veinticinco años y aunque había comprobado que una mujer podía llevar una vida perfectamente normal sin tener sexo, me hacía falta un compañero, una pareja, alguien con quien compartir.

En eso estaba cuando conocí a Joshua.

Fue en el mismo bar donde iba casi a diario a matar un par de horas antes de volver a mi casa. Él se me acercó y me preguntó si estaba sola. Depende de lo que entiendas por estar sola, le dije. ¿Ve? Sin ni pensarlo, ya estaba coqueteándole. Es que cuando una no tiene nada que perder, hace cualquier cosa, ¿sabe? Además, me pareció muy atractivo, porque lo era. ¿Nunca le he dicho que se parecía a Jeremy Irons? Quítele veinte años a Jeremy Irons, póngale un poco más de pelo, más oscuro y frondoso, y tiene a Joshua.

Joshua me devolvió la pregunta: ¿qué entiendes tú por soledad? Estar sin amor, le dije sin pensarlo dos veces; en ese sentido estoy sola, ¿y tú? Yo

también, dijo, aunque estoy casado. ¿Y eso? ¿Qué hace un hombre casado, solo en un bar, a las siete de la tarde? ¿No se supone que en este momento deberías estar llegando a tu casa, honey I'm home? Entonces fue la primera vez que me habló de Alexa, la muerte de la niñita y todo lo demás. Muy triste, ¿sabe? Súper triste, me dio no sé qué, lo vi como un ser angustiado, incómodo consigo mismo, así como acongojado, buen mozo a matarse, regio en todo el sentido de la palabra y, sin embargo, nada fresco, no parecía uno de esos patanes que se te acercan balanceando el cuerpo a lo John Wayne, aunque sean unos mequetrefes, a ver si te convencen de algo y logran meterte al saco.

Nos quedamos conversando hasta la hora de cierre. Con decirle que el mesero empezó a mirarnos fijo. ¿Nos vamos?, dijo Joshua. Él conocía un motel en el Baltimore Pike donde podríamos tomar otra copa y seguir hablando sin que nadie nos mirara con cara de apuro. Y yo, que siempre he sido bien directa para mis cosas, le pregunté si era sexo lo que andaba buscando. No, dijo, en realidad no, sólo conversar un rato. Me ha gustado mucho hablar contigo. Entonces lo invité a mi casa. Ahí estaremos mucho más cómodos, le dije, tengo una botella de vino y unas cervezas.

Nos fuimos a mi casa y aunque parezca increíble –para mí por lo menos lo era– realmente no era sexo lo que andaba buscando, sino hablar. Y eso fue todo lo que hicimos. Hablar. El sexo empezó después. Nadie va a negar que la nuestra terminó siendo una relación donde el sexo era súper importante, cómo no iba a serlo, acuérdesese que yo tenía veinticinco años y si una no quiere sexo a esa edad, dígame usted cuándo. Pero ahí también hubo amor, no fue que nos viéramos, nos dijéramos «hi, nice to meet you» y saltáramos a la cama, no. Hubo mucho amor, yo al menos lo sentí así.

¿Después? ¿Después qué? Ah, sí, sí, claro, yo no lo niego, el sexo FUE importante, ya le he dicho que tirábamos con un desenfreno de locos en el motelito del Baltimore Pike. Yo nunca había tenido sexo así. Joshua era un hombre experimentado, bastante más que los chicos con los cuales había estado saliendo, el último era uno de esos que te tumban, acaban en un par de minutos y después se quedan dormidos, y andaba siempre pasado de cerveza. No, con Joshua fue otra cosa, muy distinto, yo me enamoré profundamente de él y por un tiempo creí que él también se había enamorado de mí. Después me llegó el balde de agua fría y me sentí estafada, traicionada, usada, engañada, póngale todos los sinónimos que quiera a embaucar a una mujer haciéndola creer que va a pasar una cosa cuando lo que realmente va a pasar es precisamente lo contrario, y él lo sabía desde el principio. Yo, en cambio, no. Joshua me tenía absolutamente convencida de que íbamos a casarnos, reconozco que yo lo presionaba, lo

empujaba, abusaba de su paciencia y no había día en que no le preguntara cómo iban los trámites de su divorcio. ¿Que si hizo los trámites? No me haga reír. Seguro que nunca llegó a hablar con Alexa en esos términos, y no es que me lo haya dicho él. Es que yo lo sé. Si hubiera tenido el menor interés en seguir conmigo, no digo casarse, simplemente seguir juntos, ¿se habría esfumado de la faz de la tierra como si se lo hubiera tragado un terremoto? No, pues.

Ya son las ocho. Es increíble cómo se me ha volado el tiempo. ¿Nos vemos, entonces, el próximo jueves?

Prudencia

Santiago, Chile, viernes 15 de octubre 1999

El despertador sonó a las cuatro y media, como todos los días, pero esta vez Prudencia despertó asustada. Había soñado que un rayo partía la casita en dos y al abrir los ojos se dio cuenta de que afuera llovía a cántaros y el cielo parecía derrumbarse con los truenos y relámpagos. Hizo la señal de la cruz paseando sus dedos cortos y finos por la frente, la nariz y el mentón, y luego se persignó. Presionó el botón del despertador para que dejara de sonar. Saltó de la cama y se hincó frente al pequeño altar improvisado sobre la cómoda. Tardó cinco minutos en rezar los padrenuestros de la manda y volvió a su cama. Pero ya no pudo dormir.

Abrió la Biblia y detuvo la mirada en la fotografía de Nahuel que guardaba allí como se guarda el hueso de un santo. La foto había sido tomada poco después de la boda de Elisa y Nahuel en la plaza de Viña, adonde las dos parejas habían ido a pasar un fin de semana. En la foto aparecían ella, Elisa y Nahuel: Nahuel al medio, abrazado a las dos. Después recortó a Elisa y quedaron ella y Nahuel. Ahora lo miró con la misma fijeza de todos los días y, como siempre, el recuerdo de esa noche volvió a atormentarla. Habían pasado diez años desde aquella locura. Porque fue una locura de la cual se arrepentiría el resto de su vida. Volvió a clavar los ojos en sus muslos largos y lampiños; Dios te salve, María, una verdadera locura, un desenfreno que le pesaba como si hubiese ocurrido ayer.

Ese día había cenado en la casa de Elisa. Tarde en la noche, Nahuel fue a dejarla a su casa y cuando detuvo el auto frente a la reja, ella lo besó en los labios. Así, tal cual. Fue un impulso completamente descontrolado, uno de esos actos que no tienen explicación, mucho menos si provienen de una mujer decente como ella. ¿Cómo pudo suceder? ¿Qué diablos pudo haber pasado por su cabeza en ese momento? Se había vuelto loca. Punto. Loca de remate. Era la única explicación posible. Loca por él; Virgen Santísima, Santa María, Madre de Dios...

Ante su sorpresa, porque ella fue la primera sorprendida, Nahuel respondió con un ardor inusitado y cinco minutos después de acariciarse y darse besos apasionados, besos mojados y locos, como si hubieran estado toda la vida esperando este momento, bajaron del auto, él soltándose el cinturón, ella desabrochándose los botones de la blusa, y entraron en la casita y lo hicieron ahí mismo, en el suelo del living; Dios te salve, reina y madre, madre de misericordia. El solo recuerdo de lo que pasó en esa alfombra la hacía sonrojarse. Mientras Nahuel la penetraba, se aferró a su cuerpo largo y una descarga eléctrica la sacudió como si fuera de papel. Otro sacudón de Nahuel y una nueva descarga la conectó con cada partícula de su cuerpo y sintió que se deshacía en medio de un placer infinito. Nunca había sentido nada parecido. Su vida sexual con Juan Enrique, amén de corta, no había sido de ninguna manera satisfactoria. Apretó a Nahuel contra su cuerpo y se quedó pegada a él anhelando que ese minuto fuera eterno. Después tuvo miedo. No se atrevía a mirarlo y se puso a llorar. Perdona, perdona, le decía Nahuel, arrodillado con los pantalones en los tobillos, perdóname, Prudencia, no sé qué me pasó, palabra. Y ella: no, no, por favor, fue mi culpa. Era la primera vez y sería la última en su vida que haría algo así. Sufrió amargamente y, aún ahora, el recuerdo de esa desventurada noche le apretaba la garganta.

Su encuentro con Nahuel era un secreto profundo y un dolor, pues cada vez que miraba a Elisa de frente tendía a bajar los ojos. ¿Cómo pudo hacerle algo así a su mejor amiga? ¿Cómo pudo traicionar a la persona que la había ayudado en todo? Se sentía miserable. Ni la manda que llevaba años cumpliendo, sagradamente, todos los días a las cuatro de la mañana, ni sus confesiones con el padre Ian, ni un cordón con tachuelas que se había colocado durante tres días en la cintura, habían aliviado su malestar espiritual.

Después de lo ocurrido, Nahuel insistió en ayudarla en todo lo que necesitara y ella se sintió muy mal, casi una prostituta, ¿quería pagarle para que no dijera nada? ¿Era eso? ¿Cómo podía pensar que ella iba a decir algo? ¿No se daba cuenta de que estaba lacerándose por dentro? Desesperada, le escribió una larga carta pidiéndole perdón por ese momento de debilidad, pero nunca la envió.

Por aquel tiempo, más o menos, empezó su trabajo en el campo. Andaba escasa de fondos, Juan Enrique no le daba un peso, se había portado con ella como el peor de los sinvergüenzas, prácticamente estaba viviendo de la caridad de sus amigos y de unos pocos fondos heredados de su papá. Elisa, que la veía escasa de dinero, sin posibilidades de encontrar un buen trabajo, en parte porque no tenía estudios universitarios y en parte porque era floja, le propuso que diera clases de Biblia a los inquilinos de San Juan. Aunque a Nahuel no le pareció una

buena idea –la religión no era algo que debiera metérsele a la gente a la fuerza, además era ateo y ninguna de las dos podía hacer nada para remediarlo–, Elisa lo convenció, la Biblia era un magnífico documento, no era necesario ser católico ni de ninguna otra religión para interesarse en ese tesoro histórico, le dijo, y ella misma le pagaría un sueldito por ese trabajo.

Comenzó a la semana siguiente, y la verdad, se los agradecía. Su vida se había llenado con las clases, y no eran sólo clases de Biblia, también hacía apostolado y de cierta forma se estaba convirtiendo en guía espiritual de las campesinas. Aquella era la parte de su labor que más le gustaba. Poco a poco se había ido compenetrando con la forma como vivían, las relaciones con sus maridos y sus hijos. Si tenían dudas, ella se las aclaraba. Si a alguna de ellas le daba vergüenza desnudarse frente al esposo –y a ella le gustaba llamarlo esposo, como en su Biblia– le enseñaba a sacarse las prendas de modo de quedar siempre bien cubierta y protegida por las sábanas de la cama, y si el marido se ponía violento, como ocurrió con el caso de Enedina Cifuentes, ella lo citaba al día siguiente y le hablaba. Se sentía como una luz capaz de alumbrar las vidas de las inquilinas, protegerlas de tentaciones innecesarias tanto como del abuso de sus maridos, llevarles la palabra de Dios. En buenas cuentas, esa gente era de una ignorancia supina, casi ninguno de ellos había asistido a otra clase de religión que no fuera una preparación corta de catecismo, antes de hacer la primera comunión, y pare de contar. Estaba muy contenta con la manera como se fueron dando las cosas. Se sentía satisfecha y aunque su aporte no fuera más que un granito de arena, de algo servía, algo les quedaría, alguna lucecita se encendería en sus cabezas atiborradas de las cochinas de la vida moderna, el sexo, la pornografía y toda esa mugre; Dios te salve, reina y madre, a ti clamamos, a ti suspiramos los desesperados hijos de Eva...

En la mesilla, junto a la cama, estaba el cuaderno donde anotaba los chismes que le contaban los inquilinos, sus mujeres, mejor dicho, pues los hombres se mostraban reacios a hablar con ella, como si le tuvieran miedo. Se las había ido ganando de a poco. Sobre todo después del episodio de Filuca García, la encargada de la panadería del fundo. ¡Ay, Señor!, esa mujer... le había desordenado el gallinero. Esa mujer había sido un verdadero estorbo, y menos mal que la contuvo a tiempo. Mucho más letrada que las otras, se las daba de líder. Militante del Partido Comunista, era la clásica agitadora social, joven y agresiva, muy politizada. Gracias a Dios se la había sacado de encima antes de que alienara completamente a las otras. Entre sus objetivos estaba formar un sindicato, y un sindicato no era más que un foco de problemas. Cualquiera sabía eso. La gente le hacía caso, le tenían miedo, esa era la verdad, pero le hacían

caso. Si no hubiera sido porque se puso firme y forzó a Elisa a firmar su despido, sabe Dios hasta qué punto habría encabritado a las campesinas con su ideología marxista y sus teorías feministas. Una vez que la expulsó del fundo tuvo que partir de cero y fue un trabajo arduo y complicado, pero logró recuperar la confianza de sus alumnas, incluso volvieron a llamarla «señorita Prude», y a ella le gustaba ese dejo de confianza y amistad. La idea de enseñarles a hacer flores de papel le abrió muchas puertas. A las mujeres les gustaba hablar y dárseles de saber cosas de los otros que los demás ignoraban. Filomena, la cocinera de la casa, era su mejor fuente de información. Conocía la vida y milagros de todos. Por ella se había enterado de que Lucrecia, la novia del jardinero, se había hecho un aborto. El chisme era que se acostaba con el jardinero, lo hacían en todas partes y los habían visto en un potrero desnudos de la cintura hacia abajo; Santa María, Madre de Dios, ¡a plena luz del día! Le había molestado sobremanera esta información. Hasta entonces sentía la perturbación que le había producido toda la historia, le parecía ver la imagen del jardinero y su novia, una desvergonzada de apenas diecisiete años, desnudos. Y claro, como era de esperar, la chiquilla se embarazó y lo primero que se le ocurrió fue asesinar a su bebé; Padre nuestro que estás en los cielos... ¿Acaso no se los había dicho en repetidas ocasiones? «El sexo debe practicarse solamente dentro del matrimonio, y aun dentro del matrimonio el exceso sexual es malsano, el sexo no es algo que deba practicarse separado de la necesidad de procrear y para procrear, con un par de veces al mes basta, sobre todo en el caso de ustedes que no cuentan con medios económicos como para tener tanto chiquillo. En cuanto al aborto, quisiera ser muy clara y definitiva y que se graben lo que voy a decirles: un aborto es un asesinato, y cualquier mujer que aborte, una asesina, ¿me escuchan bien?».

Las alumnas asentían con la cabeza y no hacían preguntas, se limitaban a escucharla guardándose sus pensamientos y después comentaban entre ellas. Esto la sacaba de quicio. ¿Para qué asistían si no eran capaces de discutir con ella lo que estaban pensando? Ilumíname, Dios mío, ¿cómo hacer para ganarse su confianza de una vez por todas? Hasta ahora la escuchaban, asentían tímidamente con la cabeza, le decían que sí a cualquier cosa que les pedía, pero en su fuero interno sabía muy bien que, una vez que ella se alejaba, hablaban mal, seguro, y quién sabía qué barbaridades no dirían.

Había organizado una eficiente red de informantes que le permitía saber quiénes se emborrachaban, quiénes iban a misa los domingos, quiénes comulgaban, las cosas que decían –los instaba a suprimir las palabrotas, ser prudentes al expresarse–, la música que escuchaban y lo que hacían en las

fiestas. Si la falta era grave se lo notificaba a Elisa, tal como había hecho hacía un par de semanas, cuando Filomena le contó que Nataly Moena, la viuda del tractorista, se había entrometido desvergonzadamente en el matrimonio de Luciano, el mozo de la casa ni más ni menos, y primo de Filomena. María, la mujer de Luciano, estaba desesperada. Luciano y la viuda andaban juntos a vista y paciencia de todo el mundo.

—La pobre María no sabe qué hacer, está enferma de los nervios, señorita Prudencia, se pasa el día llorando y Luciano, muy primo mío será, mucho cariño le tendré, pero yo encuentro que la embarró. Si no hubiera visto a María tan mal, no le habría venido con el cuento, pero a mí me llega a dar miedo que no vaya a salir con alguna imprudencia.

Los habían sorprendido besándose y más de una vez Luciano pasó la noche en la casa de la viuda. Para Prudencia la ecuación era muy simple: un hombre casado no podía salir con otra mujer. Punto. Y Luciano era un hombre casado. Elisa tampoco lo permitía, era especialmente puntillosa en esos casos.

A instancias de Filomena, María llegó un día al pequeño despacho que Elisa le había acomodado en la casa del campo y llorando le dijo que hasta había pensado matarse.

—¿Qué otra cosa me queda, señorita Prude? Dígame: usted, ¿qué haría en mi lugar? Estoy desesperada, ¿sabe? Luciano anda con esa prostituta y no crea que es algo secreto. Todos lo saben. Los han visto juntos. Si hasta en el bautizo del niño de Ruperto Gacitúa se atrevieron a bailar apretado delante de toda la gente. Y ella le ponía la mano aquí, señorita Prude, aquí mismo. ¡Y yo mirando! ¿Se imagina mi vergüenza? Yo sentada en una mesa del rincón y ellos dos toqueteándose frente a mis narices. Tuve que tragarme la humillación y la vergüenza. ¿Y qué ejemplo es este para la juventud? Ay, señorita Prude... no es mi deseo venir aquí con...

—No tienes que darme ninguna explicación, María, lo que has hecho viniendo a hablar conmigo es lo correcto. ¡Esto es una vergüenza! Estamos en un lugar decente, ¡qué se habrá imaginado tu marido! —fue montando en cólera y le dijo que, por favor, se fuera tranquila, ya lo arreglarían, que dejara el asunto en sus manos, ella misma hablaría con Luciano y le pondría los puntos sobre las íes.

Ese mismo día se lo comunicó a Elisa y Elisa le dio carta blanca para actuar como le pareciera conveniente. Entonces ella habló no con Luciano Pinto, como le había dicho a María, sino con Nataly Moena. La encontró en el patio de su casa lavando ropa con las manos hundidas en una artesa. Mientras escobillaba con fuerza un pantalón oscuro, Nataly seguía con un suave silbido la canción de Julio Iglesias que afluía de una radio a pilas. Cuando la vio acercarse, se secó

una mano con el delantal y apagó la música.

—Tengo que hablar seriamente contigo —dijo Prudencia.

—Deje que estruje esta ropa y pasamos a la casa. ¿Le ofrezco una taza de té, señorita Prude?

—No, no quiero nada, gracias.

Fue una conversación que más tarde Prudencia le describiría a Elisa como «dura y muy clara». Lo suficientemente dura para que Nataly se diera por enterada de nuestra molestia, le dijo, y bien clara, para que no le cupiera la menor duda de que debía abandonar el fundo en una semana y mandarse a mudar con sus trastos a otra parte. A estas cosas había que darle un corte aleccionador.

—No es la primera vez que te metes con un hombre casado —le había dicho Prudencia—, y para nosotros este tipo de relaciones es siempre una mala noticia, ¿entiendes? Una inmoralidad que no estamos dispuestos a pasar por alto —sintió el poder que ejercía sobre su interlocutora, en este momento ella era la patrona, ella era la dueña, era ella quien decidía y ponía condiciones—. Queremos pedirte que desalojes la casa esta semana, es mejor hacer un corte radical, tú lo comprendes, ¿verdad?; además, estamos pensando asignarle esta casa a una familia de Valparaíso que viene a trabajar en San Juan. La verdad es que no sabíamos dónde ubicarlos, pero ahora que te vas...

Nataly se echó a llorar.

—¿Qué me dice, señorita Prude? ¿Que me tengo que ir de mi casa?

—¡Epa, epa! Esta no es tu casa, para empezar a conversar, la casa es del fundo y tú lo sabes perfectamente bien.

Lo sabía, pero cómo, adónde podía ir, esta era su casa, la casa donde había vivido casi la mitad de su vida. Allí había crecido el Nico, su único hijo. Ahí mismo habían velado a Alberto. Alberto había sido por años el mejor tractorista de don Nahuel. ¿No había ningún respeto por su memoria? Sus amistades, su comadre, todos vivían por ahí cerca. ¿Mandarse a cambiar así como así? ¿Adónde iba a instalarse a estas alturas? Ya no era una chiquilla y estaba sola. ¿Quién iba a darle trabajo? Además no tenía ahorros, nada.

—Yo sé que no es fácil, pero todas estas cosas debiste haberlas pensado antes de entrometerte en el matrimonio de Luciano Pinto. No me vengas con arrepentimientos ahora que el daño está hecho. ¿Has visto cómo quedó esa pobre mujer? ¿Quién le devuelve la dignidad? ¡Ah! Contéstame, Nataly, ¿quién? No, no, no, no me vengas con lloriqueos ahora. A mí no me vas a conmover con llanto, y tal vez si hubieras asistido a alguna de mis clases no estaríamos teniendo esta conversación... ¡Ah! Y antes de que me olvide, hay algo que quiero pedirte: lo que se ha dicho entre estas paredes, por favor, que no salga de esta

casa. Esto debe quedar entre tú y yo. Te marchas con tus bártulos y aquí no ha pasado nada. Si quieres, puedes llevarte la cocina.

Nataly se ahogó en un sollozo y empezó a toser.

—Pero no te lo tomes así, hija, no es para tanto, contrólate. Tu hijo está grande y puede visitarte donde sea que termines viviendo. Me han dicho que está estudiando en Santiago, ¿es verdad? —pareció ablandarse Prudencia.

—Así es, señorita Prude, pero...

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Nicolás, señorita, le decimos Nico.

—¿Y qué edad tiene?

—Anda en los veinte, señorita.

—¿Ves? Si se tratara de un niño chico sería complicado. ¿Por qué no te vas a Santiago? Así estarás cerca de él. Mira, Nataly, no hay nada que te ate a este campo, y de tu relación con este hombre olvídate, porque eso va a terminar ahora mismo. No me parece mala idea que te mudes a Santiago, si Nico está estudiando allá.

* * *

—Nos prestas un servicio incalculable, Prudencia —le dijo Elisa cuando le contó su conversación con Nataly—, a esta gente le hace falta que alguien les enseñe a ser responsables; por último, que alguien les lleve la palabra de Dios, porque el padre Ian, bueno, tú sabes, al padre Ian le gustan mucho más los gin tonic que la palabra de Dios.

—¡Ay, mujer, no digas blasfemias!

Abrió su cuaderno y anotó las tareas de los próximos días. Pensaba ducharse y partir temprano a San Juan. La primera clase sería a las once de la mañana en la casa de Cristina Ampuero, la mujer del capataz. Luego otra clase a la una, y eso era todo por el viernes. El sábado debía hacer dos clases, la primera a las once y media de la mañana y la segunda a la una. A las cuatro tenía la reunión con los inquilinos para organizar el Mes de María. Y si le alcanzaba el tiempo daría una clase de «sexo prudente» en el granero. El domingo le daría permiso a Filomena y descansaría leyendo frente a la chimenea con toda la casa para ella. Su fin de semana estaba completo.

A las siete y media entró en la ducha y cantó el Alabado debajo del agua tibia.

Nahuel

Provenza, Francia, jueves 29 de septiembre 1994

Esa mañana, Nahuel Lynch se levantó temprano para conducir desde Aix a Châteauneuf-du-Pape. Había llegado a Provenza hacía tres semanas y los últimos días había estado viajando entre pueblo y pueblo, solo, sin Bernard, y por el puro placer de recorrer esos caminos tranquilos interrumpidos de tanto en tanto por una rotonda, estacionar el auto a la entrada del pueblo que fuera y caminar por las viejas calles empedradas. En Crestet penaban las ánimas. La mayoría de las casas estaban cerradas. Los dos estacionamientos de la parte baja de la villa, siempre atestados de autos en los meses de verano, se encontraban vacíos. Subió por las escalinatas de piedra hasta la punta de la colina donde se alzaba el antiguo poblado y paseó la vista por los campos. Los rojos y amarillos del otoño, los pequeños viñedos desparramados por aquí y por allá, los almendros y los cipreses altos y flacos, todo aquello le daba al paisaje un aspecto amable para la vida humana; sin embargo, le llamó la atención la gran cantidad de casas nuevas que se habían construido en el poco tiempo que llevaba sin visitar esos lugares. En ninguna parte iba quedando un pedazo de tierra que los constructores respetaran. Miró con aprensión hacia el Mont Ventoux, que se alzaba al fondo como un mudo testigo de la invasión, más acá vio una grúa y se estremeció. Hasta Provenza estaba llenándose de condominios caros y todos iguales.

Se iría por caminos secundarios hasta Pernes-les-Fontaines y de ahí seguiría a Châteauneuf-du-Pape, donde pensaba quedarse todo el día probando vinos. En esa zona se producían algunos de los mejores del mundo y Martín Friedman y Bernard querían experimentar con esas cepas en Chile. Él era de la opinión de dejar las cosas como estaban. Para cada terreno, para cada clima, para cada país había un vino. Además, en Chile, el mar y las montañas constituían una frontera natural que impedía el ingreso de infecciones e insectos que atacan a las vides, sobre todo la temible filoxera que en el siglo XIX destruyó casi la totalidad de las cepas en otras partes del planeta. Hoy, tanto en Europa como en América del Norte y Australia las vides eran injertadas en raíces resistentes a la filoxera.

Solamente en Chile seguían creciendo uvas en cepas que mantenían sus verdaderas raíces. Su idea era importar los vinos de Châteauneuf-du-Pape en lugar de intentar imitarlos. Finalmente había convencido a sus socios de abrir un negocio de importación de esos mostos. Bernard le había dado la dirección de una de las cavas con mayor variedad de vinos en Châteauneuf. Le dibujó un mapa de cómo llegar al lugar, cosa que no sería difícil. Había estado varias veces antes en el pueblo y era tan pequeño que en menos de una hora se lo recorría de punta a punta.

Se fue conduciendo lentamente. Había pocos autos, así que la agresividad de los conductores franceses que manejaban como si los persiguiera el diablo no sería un problema. El paisaje en esa parte del sur de Francia, con sus montes, valles y viñedos, le resultaba vagamente familiar, la naturaleza no era tan distinta de la del sur de Chile, la del camino entre el campo de su abuela y Cauquenes; incluso, el Mont Ventoux se le figuraba similar al cerro Name.

Llegó a Châteauneuf a las doce del día. Estacionó el auto a la entrada del pueblo y caminó hasta la plaza Portar, rodeada de bistros, cavas y cafés. Siguió por la calle Joseph Ducos, tal como indicaba el dibujo de Bernard, dobló a la derecha dos cuadras más arriba y cuando iba subiendo por una escalinata lo asaltó un concierto de Mozart. ¿De dónde provenía esa música? Aguzó el oído y la siguió sin darse cuenta de que la música lo estaba guiando a la entrada de la cava que le había recomendado Bernard. Venía del interior. Una puerta de vidrio se abrió automáticamente cuando él se acercó. La puerta era baja para su metro ochenta y siete. Se agachó y entró un poco encorvado, con ese aire de modestia y disculpa que solía adoptar consciente de su altura.

Era un ámbito oscuro, apenas iluminado por luces suaves e indirectas. El piso de tierra, las paredes de piedra. Se trataba de una antigua cava medieval, de muros anchos y techo abovedado, que se perdía en la oscuridad del fondo. En algunas secciones los muros estaban tapados por estanterías de madera donde descansaban botellas de vino con el escudo papal de Avignon. Había toneles de madera y pequeñas tinajas repartidas por todas partes, y más botellas, unas en cajas cerradas, otras en anaqueles especiales. Entrando a mano derecha se extendía un mesón largo con unas seis botellas abiertas y en fila y una copita de cristal frente a cada una.

La música de Mozart llenaba el espacio impregnado de olor a orujo, mostos viejos, madera remojada. Hacia el fondo del recinto no se veía nada. Como en la cueva de un pirata. El ambiente era seco y más bien frío. De pronto se dio cuenta de que no estaba solo. Alguien más estaba allí. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, la vio. Se encontraba parada detrás del mesón y le

sonreía. Era una mujer de unos treinta y tantos años, el cabello tomado en un moño austero; el rostro anguloso de frente más bien ancha formaba un óvalo perfecto. Lo más sorprendente eran sus ojos almendrados, como los de un gato brillando en la penumbra.

Nahuel se quedó estático mirándola.

Pasó un minuto, dos, tres sin decirle nada. Entonces tuvo un presentimiento. Él la conocía de antes, había visto esa cara, había soñado con ella, la había imaginado... ¿quién era ella? Hubo una fracción de segundo en que sus miradas se unieron como estableciendo un puente.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer en francés.

—¡Oh! Perdón. Estaba pensando una gran tontería. Se va a reír de mí.

—¿Por qué voy a reírme de usted? No, por favor, dígame lo que quiera, estoy aquí para servirlo.

Nahuel dudó y luego dijo:

—Es que cuando la vi se me pasó por la mente un pensamiento completamente loco.

—¿Sí? ¿Y cuál fue ese pensamiento? ¿O es tan loco que no se puede ni decir? —preguntó Juliette, pensando que se trataría de un chiflado de esos que de repente entraban a la cava y le hacían la mañana imposible.

—No es nada como para avergonzarse —sonrió—, es sólo que cuando la vi pensé que la había conocido antes, como si la hubiera visto en otra parte.

Juliette tardó unos segundos en asimilar estas palabras, y riendo, ahora francamente divertida, respondió en perfecto español:

—¿Me ha visto en otra parte? Tal vez... yo no me acuerdo de haberlo visto a usted.

—Habla español —dijo Nahuel, dándole la mano. Iba a decirle que dejara de ustarlo y lo tratara de tú porque no era tan viejo, cuando ella se le adelantó:

—Mi abuela paterna nació en Madrid y yo la visitaba cuando niña. Discúlpeme, pero voy a tratarlo de tú. Eres latinoamericano, ¿verdad? Se nota en el acento.

—Chileno.

—¡Ah! Por eso vienes a probar vinos.

—¿Cómo sabes que vengo a probar vinos?

—No veo qué otra cosa puede hacer un chileno joven y guapo en Châteauneuf-du-Pape.

—Gracias por lo de joven y guapo. Sí, claro, a eso he venido. ¿Podríamos probar algunos?

—Por supuesto. ¿Comiste algo en la mañana?

—Un desayuno frugal, como todos los días.

—Voy a darte un pedazo de pan para que no estés con el estómago vacío y luego vas a probar unos mostos de esos que no se olvidan. Tenemos algunos de más de veinte años y cuando te decides a beberlos te acarician el paladar como si fueran néctares del paraíso –se mojó los labios con la punta de su lengua fresca y rosada.

En el curso de la próxima hora le dio a probar una extraordinaria selección de vinos de la zona, a la vez que le hablaba de los platos especiales para cada uno, y lo hacía con una mezcla de conocimiento culinario, gracia y gusto por la comida tan grandes, que terminó sintiendo un apetito voraz. Éste era perfecto para acompañar la soupe au pistou, y luego le daba la receta del pistou que se preparaba con un poquito de ají picante y curry –secreto de su tío Guillaume–. Otro más ligero para una carne de cerdo que primero se adobaba en cerveza, aceite de oliva, ajos y aceitunas negras, toda la noche, y al día siguiente se asaba a fuego lento durante cuatro horas. Y uno más pesado, con mucho cuerpo, especial para el queso añejo que a ella le gustaba servir con salsa de grosellas. Los vinos de Châteauneuf-du-Pape podían tener hasta las trece uvas de la zona en su composición, aunque lo habitual era que tuvieran nueve, y sobre todo la Grenache, que era su preferida.

—Prueba éste. ¿Sientes el aroma a vainilla, mantequilla, pan tostado? Es un vino muy masculino, grueso, mira el color, el tío Guillaume te diría que es un vino «con hombros». Estos aromas se encuentran generalmente en los vinos que han envejecido en tinajas de roble. Hay que tener cuidado con los tiempos en las tinajas de roble. Si los dejas más de lo necesario saben como aserradero. Después quiero que pruebes éste. Canela y clavo de olor. También viene del roble y es delicioso con fresas a la vinagreta. Este otro es un Chardonnay relativamente nuevo, y por eso el aroma de la fruta sigue dominando.

Los diferentes tipos de roble conferían a los vinos distintos sabores. El roble americano le daba un fuerte sabor a vainilla, mientras el francés era mucho más sutil. El alemán tenía algo picante; el portugués, chocolate. Un aroma limpio indicaba que el vino no había envejecido en tinaja de roble. Muchos viñateros guardaban el vino en recipientes de acero inoxidable para preservar la frescura y la juventud. A ella le gustaban los vinos envejecidos en roble francés.

Cuando los mostos amenazaban con subírseles a la cabeza y él ya estaba tratándola de «Francesita» –fue la primera vez que la llamó así–, Juliette dio por terminada la sesión. Lo guardó todo debajo del mesón, pasó un paño sobre la madera y apagó las luces.

* * *

Diez minutos más tarde saboreaban el plato del día, fricasé de conejo, en una hostería que estaba justamente encima de la cava y desde donde se dominaba el valle salpicado de viñas. Ella tenía una risa preciosa, los ojos llenos de vida, y daba la impresión de ser una mujer reposada, tranquila. Una pequeña hendidura en la pera la hacía ver graciosa y algunas pecas repartidas en la parte alta de sus mejillas le daban un aspecto más juvenil. En el fondo de los ojos verde pálido, casi dorados, había unas manchitas más oscuras que le daban profundidad a su mirada. Cuando sonreía, su rostro parecía iluminarse desde adentro. Era encantadora. ¡Por Dios que es bella!, pensó Nahuel sin poder quitarle los ojos de encima.

Hablaron como si fueran viejos amigos, abiertamente, algo que a Nahuel nunca le había ocurrido antes con una mujer. Juliette se paseaba entre el francés y el español contándole cosas de su vida, con toda soltura, como si abrirse con tanta candidez ante un perfecto desconocido fuese la cosa más natural del mundo. En pocos momentos le estaba contando cosas íntimas de su familia, de ella misma. Había nacido en Pernes-les-Fontaines, donde seguía viviendo en la casa que fuera de su abuela Adelle. Después de que su abuela, vieja y cansada, se hubiera ido a vivir con su mamá, la casa había pasado a sus manos y ella la había refaccionado entera. Su familia era a la antigua, una familia católica, apostólica y romana bastante conservadora, un verdadero clan: su madre viuda, más o menos viuda, porque se había separado de su padre mucho antes de que él muriera; la abuela, que a los noventa y cuatro años sólo tomaba aspirinas y se mantenía como en vinagre con el pastis; el tío Guillaume y su mujer, Delphine, que habían convertido la parte inferior de la casa de campo donde vivían en un restaurante, y su prima Thérèse, casada con un médico y madre de cuatro niños, que trabajaba en una agencia de viajes en Isle-sur-Sorgue. También había dos primos solteros, Vatin y Jean-Claude, y estaba Alain, el perro trufero de Guillaume, que abultaba los bolsillos de su tío entre la primera y la última helada del invierno olfateando el «oro negro» de Provenza, esas joyas comestibles que se encontraban a los pies del Mont Ventoux y valían su peso en oro —se vendían por peso en el mercado de los viernes en Carpentras—. Se explayó sobre las trufas, los perros que las olfateaban y el tío Guillaume que las desenterraba como si estuviera tomando en sus manos a un recién nacido. Había otras tías y sus maridos y otros primos y primas y sobrinos.

—No te los voy a mencionar a todos. Saldrías arrancando de la Francesita

antes de conocerla un poco más –lanzó una carcajada.

Entonces le habló de ese lugar del mundo donde el tiempo parecía haberse detenido. En el verano había dos meses realmente calientes, la única manera de resistirlos era en la piscina. Los inviernos tenían una atmósfera irreal. El silencio en medio del vacío te hacía sentir separada del resto del mundo. La gente solía deprimirse en esos meses en que muchos se encerraban en sus casas, donde lo que más hacían era comer o tocar algún instrumento. El mistral les atacaba los nervios y a los más viejos les costaba soportar el rugido del viento feroz, que a veces soplaba diez días sin parar.

Su hermana había muerto hacía cuatro años, poco antes de dar a luz a un niño que también murió. Había sido un golpe terrible para ella. Era su única hermana y eran mellizas. Esa tragedia la había dejado con la sensación de haber perdido la mitad de su propia vida. Había sido culpa de su madre, o al menos ella siempre la había responsabilizado de esa muerte. La madre había insistido en que el parto fuera en la casa, como era desde tiempos inmemoriales, con la ayuda de una vieja matrona del pueblo. Y ella no entendía por qué Christine había terminado rindiéndose a los ruegos de esa madre que siempre había jugado el papel de víctima y vivía manipulándolas con su propio drama. Todo había salido mal. La habían llevado quemándose de fiebre al hospital de Isle-sur-Sorgue, pero al llegar allá, Christine y el niño habían muerto. Nunca quedó claro exactamente de qué. Juliette no quiso escuchar las explicaciones de los médicos ni saber el resultado de una autopsia que se practicó esa misma tarde. Su hermana se había ido y nada la traería de vuelta.

—Poco a poco he ido volviendo a la vida –le dijo con una expresión dulce en la cara.

Después le habló de esa vida, que no era tan solitaria como podría parecer, la familia numerosa, el almuerzo de los domingos en la casa del tío Guillaume, impostergable, no recordaba uno solo al que no hubiera asistido. Y en un tiempo estuvo Lars, su novio sueco.

—Íbamos a casarnos cuando desapareció.

—¿Desapareció? ¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Alcanzamos a estar juntos cuatro años, y pocos días antes de casarnos se hizo humo. Después, varios meses después, me llegó una carta de Estocolmo. Pero no quiero hablarte de él. Me abandonó. Eso es todo. Fue doloroso, ¿sabes? Muy doloroso.

—¿Y has estado sola desde entonces? ¿Una mujer tan bonita?

—No me he casado, lo que no quiere decir que haya estado sola –sonrió–, o tal vez sí me haya casado con mi trabajo. Aunque a veces pienso que he usado

mi trabajo como un pretexto para evitar el compromiso del amor.

—El amor no debe dar miedo. Lo que viene después del amor es lo aterradorante, pero mientras dura no hay nada mejor, ¿no te parece?

—De acuerdo, chilenito... no te importa que te llame así, ¿verdad? Así quedamos empatados. Estoy de acuerdo contigo y no creas que no me pregunto hasta cuándo voy a continuar con esta autoimpuesta soledad. La cava en Châteauneuf es mi refugio; claro, a lo mejor me estoy escondiendo de la posibilidad de compartir mi vida con alguien. Y bueno, también está la libertad; tengo plena conciencia de lo que significa en nuestros tiempos ser una mujer soltera con casa propia, un trabajo seguro y suficiente dinero para vivir bien y gozar de la vida... También es cierto que estoy cansándome de salir de mi casa a las ocho de la mañana y volver a las ocho de la noche para encontrar las cosas tal cual las dejé.

—¿Qué tal si regresas y en vez de encontrarlo todo como lo dejaste, me encuentras a mí esperándote con una tortilla de papas, por ejemplo? Es lo único que sé cocinar, Francesita, pero me queda increíble. Tortilla de papas con pebre. ¿Has probado el pebre alguna vez?

Juliette soltó otra carcajada.

—Eso ayudaría, ¡seguro!

—¿Qué ayudaría?, ¿que yo esté ahí o que te prepare la tortilla de papas con pebre?

Ella lo miró pensativa. Luego dijo:

—Lo que pasa es que le tengo más miedo a sufrir que a la soledad. ¡Pero qué vergüenza! Yo me lo he hablado todo. Ahora quiero saber de ti.

* * *

Nahuel se sintió casi forzado a ser tan abierto como había sido ella y en los próximos veinte minutos le habló de su niñez en el campo, de su padre alcohólico, experto en la etnia mapuche, a quien apenas conoció.

—Lo único que tengo suyo es la altura, que me friega bastante porque no quepo en ninguna parte, y mi nombre; él lo escogió en honor a un poeta mapuche amigo suyo.

Le habló de Elisa y le confesó que si no la hubiera conocido a los doce años, si no hubiera sido como una hermana más que otra cosa, tal vez nunca se habría casado con ella, y eso había sido una estupidez. Lástima que sólo se hubiera dado cuenta del error cuando ya era tarde. No pudo contener algunas lágrimas a la hora de referirse a Rosalina y el terrible cáncer que había acabado con su vida

sin darle tiempo para nada, sobre todo sin darle tiempo para recuperar su matrimonio que se había ido al tacho, pero de eso le hablaría en otra oportunidad. Se explayó hablando de Francisca, esa prolongación de su primera mujer, por quien sentía un amor que a veces ni él mismo podía describir, muy profundo, de eso estaba seguro, pero no era un cariño relajado.

—¿Cómo es eso? A ver, explícame.

—La siento muy crítica de mi persona y de casi todo lo que hago. Por darte un ejemplo, cada vez que Francisca me dice papá, necesito hablar contigo, me siento como un colegial sorprendido en falta y lo primero que me pregunto es qué habré hecho mal. La verdad es que le tengo un poco de miedo. Deben ser sentimientos de culpa, remordimientos, porque cuando murió Rosalina la dejé abandonada en manos de su niñera. Uno de los méritos de mi mujer ha sido suavizar las aristas entre mi hija y yo. Ha servido de puente entre nosotros. Sobre todo antes de que apareciera el famoso Pedro, su novio.

—Y que a ti no te gusta nada, ¿verdad? No hay más que ver la cara que has puesto.

—No me gusta mucho, es cierto, pero en ninguna parte está escrito que a un padre tiene que gustarle el primer novio de su única hija.

Se refirió a Elisa diciéndole que era una mujer de gustos sencillos, una muy buena dueña de casa, dedicada a su familia, y un poco maniática con el orden y todo eso, le gustaba la perfección, y en eso eran distintos; bueno, no sólo en eso, Elisa era extremadamente reaccionaria y tenía opiniones políticas que a él le parecían totalmente censurables. Nunca habían podido ponerse de acuerdo en ese punto. Él odiaba a Pinochet. Su formación política provenía de sus años de estudiante en un tiempo en que la Universidad de Chile era un lugar de efervescencia. Los sesenta habían marcado con fuerza a su generación, en todo el mundo se sentía esa capacidad renovadora, el frenesí revolucionario se había apoderado de los jóvenes, la muerte de las viejas ideas y los viejos sistemas, el cuestionamiento de la autoridad, todo eso lo habían vivido tanto él como Rosalina formando parte activa en los mítines políticos, las huelgas, las marchas. Elisa, en cambio, nunca había abandonado el mundo de sus abuelos, de su decimonónica tía Flora, de sus padres ultracatólicos y conservadores.

—Eso está bien, no tengo nada en contra de los conservadores; yo mismo, con los años, me he ido inclinando cada vez más hacia ese lado, los fervores de mi juventud quedaron en los sesenta, pero estar de acuerdo con el golpe militar y apoyar a Pinochet es otra cosa.

Elisa había sucumbido a la campaña del terror de la derecha golpista, se había tragado la rueda de carreta con que hicieron comulgar a la gente y, tal

como muchos, había creído que la única alternativa al golpe era una dictadura comunista, donde los próceres del partido lo hubieran hecho todo menos comerse a los niños vivos. En la casa le hacían el quite al tema político. Él se iba de la pieza cuando Elisa empezaba con frases como «Pinochet es el salvador de Chile», «dónde estaríamos si los militares no hubieran intervenido», o sus alabanzas a los cambios económicos sin entender que esos cambios y los atropellos a los derechos humanos eran parte del mismo proyecto. Prefería irse antes de explotar.

—Soy cobarde, lo reconozco. Francisca tiene razón cuando me dice que soy un avestruz que prefiere esconder la cabeza en la arena antes de enfrentar la tormenta. Un día cruzó la línea y me dijo que era un maricón. Yo le pegué una cachetada. Imagínate. Nunca en mi vida le había pegado, inmediatamente le pedí perdón. Estuve a punto de arrodillarme, no te puedes imaginar lo mal que me sentí, casi me pongo a llorar. Elisa había sido la causante de toda la escena, en realidad. Yo estaba enervado. Minutos antes me había gritado que si no fuera por Pinochet nunca me habría hecho rico. Algo que en el fondo de mi corazón me pesaba, Francesita, porque era cierto. Pinochet y sus «Chicago boys» implantaron una política de mercado que pudo funcionar gracias a la represión y a una serie de reformas y leyes muy convenientes para los hombres de negocios. Proliferaron los grupos económicos y varios empresarios, entre los cuales me contaba, se enriquecieron de la noche a la mañana.

Muchas veces se había preguntado si sería tan rico de no haber mediado esa dictadura, y la respuesta era obvia: no, y no tenía nada que ver con su talento para hacer más o menos plata, sino con el régimen imperante. Nadie se hace rico en tan poco tiempo y en esas proporciones sin que alguien pague la cuenta. Era muy consciente de esto y no le gustaba verse a sí mismo como el oportunista que sin querer queriendo se había quedado con una buena tajada de la torta. ¿Pero qué podría haber hecho? No era fácil desperdiciar la oportunidad de lograr una situación económica que le permitiría hacer la vida que quisiera. Pese a que de joven se había creído revolucionario, en el fondo siempre supo que él nunca iba a ser de los que daban la vida por cambiar la sociedad.

—Pero tú no eres un multimillonario, ¿o sí?

—No, nada de eso; es decir, tengo una buena fortuna, si quieres llamarla así, pero no soy dueño de bancos, ni compañías de seguros, ni edificios, como lo son algunos de los empresarios que se enriquecieron en grande con esa dictadura, los grupos económicos, los consorcios; no, yo no tengo nada que ver con eso, pero mi «izquierdismo», vamos a llamarlo, me hace sentir culposos. Es eso, más que nada.

—¿Y por qué crees que por ser de izquierda no puedes ganar dinero y tener una buena situación económica? Nunca he estado de acuerdo con la noción de que si eres progresista o de izquierda tienes que ser, necesariamente, pobre.

Tú eres un hombre de negocios, no tiene nada de pecaminoso que hayas hecho una fortuna, como dices, y te haya ido bien. Mira, Nahuel, en Francia la mitad de la gente es rica y nosotros no hemos tenido nunca una dictadura militar como la de Pinochet.

—Sí, pero la otra mitad no es pobre, como es el caso de nuestros países del Tercer Mundo, ahí está la diferencia, Francesita. Yo creo que quienes nos damos cuenta de la tragedia de la desigualdad en nuestros países deberíamos hacer más para que las cosas se igualaran un poco, a eso me refiero. Y por último, esto te va sonar lo más cínico del mundo, y es muy cínico, pero también es una pregunta que yo mismo me he hecho mil veces: ¿qué es mejor, ser bueno o ser feliz?

Juliette reaccionó a esta última frase con manifiesta curiosidad y dijo:

—¿Ser bueno o ser feliz? ¿Por qué contraponés una cosa a la otra? ¿No crees que se pueda ser las dos al mismo tiempo?

—No, no lo creo. Ser bueno, lo que yo al menos entiendo por ser bueno, ponerse entre paréntesis, preocuparse de los otros más que de uno mismo, estar dispuesto a entregar en perjuicio propio y por el bien de terceros, implica privaciones, y yo trato de ser la mejor persona posible, pero no me resulta mucho, te lo digo con toda franqueza, no hago los esfuerzos que debería, me cuesta y no sé si esté tan dispuesto a posponer mis propios intereses por los de los demás...

—Al menos eres honesto.

Vino una pausa durante la cual ambos permanecieron callados unos momentos y luego Nahuel dijo:

—Elisa y yo somos como el agua y el aceite, no te puedes imaginar dos personas más distintas. Así y todo, le he sido fiel los once años que llevamos casados; bueno, más o menos fiel.

—¿Cómo se es más o menos fiel?

—Me refiero a que nunca hubo nada muy importante.

—Tú la quieres... me imagino.

—Le tengo muchísimo cariño, casi como a una hermana, ¿sabes?, pero es mi mujer, se supone que yo debería quererla de otra manera, y no, eso no es así, creo que nunca he estado enamorado de ella; agradecido por la forma como ha sido con Francisca, como nos ha cuidado, lo bonita que siempre ha tenido nuestra casa, sí; ¿enamorado de ella?, no. Muchas veces he pensado en

separarme, pero no me he atrevido a dar el paso; además, tengo terror de fracasar por segunda vez. Sufrí mucho cuando Rosalina se enfermó. La idea de su muerte me espantaba y mis sentimientos de culpa pesaban casi tanto como el miedo a perderla. No sabía cómo podía sobrevivirla después de haberla engañado.

Entonces le contó su affaire con Violeta.

* * *

Después del café bebieron un pastis y salieron a la calle. Descendieron a la plaza y siguieron bajando por la pendiente hasta salir del pueblo y contemplar desde abajo el castillo, del cual sólo quedaban en pie dos muros de piedra.

Caminaron por los viñedos que bordeaban el poblado.

—¿Ves esas piedras a los pies de las parras? Las colocan para protegerlas del frío. Durante el día las piedras se calientan con el sol y al caer la noche siguen tibias y dan calor a las plantas.

Él la escuchaba sin prestar mayor atención. La tarde estaba tan tranquila que a ratos se sintió fuera del mundo. No pasaban aviones. No había autos. Un perro oliscaba entre las parras, buscando algo, como si se le hubiera perdido un hueso.

—Es *Noir*, el perro de Claude-Martin, que vive en esa casita —dijo Juliette, señalando una casa más bien pequeña, con postigos azules, al comienzo del pueblo.

—Conoces hasta las piedras de este lugar —bromeó Nahuel.

—Bueno, sí, es verdad, es que en invierno, cuando se van los turistas y quedamos solos, los pocos residentes que pasan el año corrido aquí se juntan en mi cava, que está abierta todo el año.

A las cinco y media, Juliette dijo que debía regresar a Pernes-les-Fontaines, y él le preguntó si podía acompañarla. Media hora más tarde llegaron a Pernes y después del primer semáforo, el Citroën de Juliette dobló a la derecha por el Chemin de Coudulets, mientras él la seguía en el auto que había alquilado en el aeropuerto de Marsella.

* * *

La casa de Juliette era una antigua construcción de piedra clara, con ventanas pequeñas enmarcadas en una piedra más oscura y postigos de madera celestes. En el patio había un olivo, una piscina tapada con una lona azul y una terraza de ladrillos rojos debajo de un parrón. Las hierbas que crecían en los bordes de la

terrazza proporcionaban un intenso aroma a lavanda. Juliette cortó unas hojas y se las acercó a la nariz.

—¿Sabías que ya en la Edad Media, los frailes y las monjas cultivaban lavanda en sus huertas medicinales? La usaban como desinfectante y remedio casi universal. Servía para todo. Contra los piojos, el dolor de cabeza, las picaduras de insectos, hasta para la angustia.

El pasto estaba recién cortado y unas veinte matas de laurel, una junto a la otra, cubrían el muro que separaba la casa de la propiedad vecina.

El interior era tan sobrio como el exterior. La mesa para seis personas que dominaba el espacio integrado a la cocina estaba cubierta por un mantel blanco y al centro había un ramo de dalias frescas. En la chimenea había cuatro leños dispuestos para el fuego. Una colección de ollas y sartenes de cobre colgaba de una estructura metálica atornillada al techo de la cocina. Frente a la chimenea había un sillón de respaldo alto junto a una lámpara de pie con una pantalla de pergamino amarillento y más allá una mesa de caoba con una pila de libros y un sofá tapizado en lino amarillo con flores rojas y naranja, muy alegre. El piso era de baldosas azules y no había alfombras en el suelo o cacharros que no sirven para nada. El único otro mueble era una pequeña cómoda que ocupaba un espacio entre las dos ventanas de la cocina que daban a la calle. Encima de la chimenea colgaba un retrato al óleo de una mujer muy parecida a Juliette; no era necesario preguntar para saber que era Christine, su hermana melliza. A la izquierda, una estantería de libros que llegaba hasta el techo y una escalera corta de madera oscura para alcanzar los de las últimas repisas. En las dos repisas inferiores había una colección de CD's. Una contenía música clásica y la otra una fabulosa colección de jazz donde había discos de Miles Davis, Tommy Dorsey, John Coltrane...

—Te gusta la música... a mí también me gusta mucho el jazz, sobre todo éste —dijo Nahuel, sacando un disco de Coltrane.

—Creo que no se ha inventado una música que no me guste. Salvo el rap, que lo encuentro horroroso, la antimúsica, me gusta casi todo; pero más que nada la música clásica y el jazz.

Nahuel siguió observando. Todo hablaba de una vida solitaria y contenida. Los frascos de especias, dos ristras de ajos, una de pimientos secos y una buena colección de libros de cocina hablaban del deporte favorito de los franceses.

—También te gusta la cocina, veo. ¿Es bueno este chef? —dijo Nahuel, sacando un libro de Ducasse.

—No creo que haya existido nunca un cocinero mejor, aunque... no, qué estoy diciendo, aquí está lleno de cocineros que se creen mejores que él, usted

debe saberlo, señor, si la bouillabaisse no se prepara con rascasse, y en Marseille, no es bouillabaisse –dijo en tono académico, imitando a un experto en cocina–. Los franceses son buenos cocineros, pero quienes realmente saben cocinar son los franceses de Provenza –rió, quitándole el libro de las manos–. Mira, aquí hay algo que te hará reír –y sacó de entre las páginas una fotografía vieja donde aparecía ella, de niña, con pantalones cortos y un sombrero de paja.

—Es esta misma calle... y esta casa –dijo Nahuel, reconociendo los dos cipreses que había visto al lado de la reja.

—Claro, en ese tiempo era la casa de mi abuela Adelle. Como ves, mi vida no ha sido tan ajetreada como la tuya. Rara vez he salido de esta parte del país; aparte de mis viajes a Madrid para visitar a mi abuela paterna, prácticamente no me he movido de aquí. No creas que no me dan ganas de vivir en otros lugares, conocer el mundo, viajar, ver otra gente, otra cultura.

—Vente conmigo a Chile, Francesita.

—¿Mañana? –preguntó ella con la sonrisa bailándole en las pupilas–. No, hablando en serio. Provenza es como una isla y somos tan cerrados, estamos tan involucrados con nosotros mismos, que hasta un parisino que se traslada a vivir a la vereda de enfrente nos parece un extranjero con el cual tenemos muy pocas cosas en común.

—Si un parisino te parece un extranjero, prefiero ni pensar qué te pareceré yo mismo.

—Tú eres un extranjero que viene de visita y se admira de la belleza del lugar, la calidad de la comida, la tranquilidad de nuestros pueblos, porque eso es lo que viene buscando. Pero un parisino llega escapando de los fríos y los cielos eternamente color burro de París y lo único de nuestro ambiente que mira, realmente mira y ve, es la posibilidad de comprar un terreno y arrancar las viñas para levantar otro de esos conjuntos de casas con los cuales ganan millones, sin importarles un pepino si contaminan el aire o arruinan los campos. Por aquí decimos que hemos sido invadidos por los franceses.

Eran pasadas las doce de la noche cuando Nahuel se levantó para irse.

—No quiero llegar tan tarde a Aix y tampoco quiero abusar de tu hospitalidad.

—Te acompaño afuera. Dejé la reja con llave.

—¿Siempre la cierras con llave?

—Siempre.

—¿No es seguro el pueblo?

—Nada es seguro por estos días y aquí hay una cantidad de robos que te sorprendería. Te descuidas y te roban el buzón del correo, te descuidas un poco

más y te roban los pantalones que llevas puestos. Los turistas y los ingleses que dejan sus casas solas en invierno atraen a los ladrones. Cuando vuelven las encuentran vacías. No, no te rías, no estoy exagerando, estoy hablando en serio, ha sucedido varias veces.

Salieron al patio y antes de subir a su auto, que había estacionado junto al de Juliette, Nahuel le dijo:

—Me gustaría volver a verte, Francesita. Bueno, si tú quieres... Que nos conociéramos más.

Pudo oír el ruido de su lengua despegándose del paladar como si fuera a decirle algo y no le dijo nada.

Al día siguiente la llamó a las ocho de la mañana.

—¿Te desperté? No quise esperar por temor a que ya te hubieras ido a Châteauneuf. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Pensaba invitarte el domingo al almuerzo en casa del tío Guillaume... mañana podríamos comer en mi casa, si quieres, y aprovecho para ponerte al tanto de las últimas novedades de mi familia. De esa manera podrás sobrevivir al domingo, porque en esos almuerzos el único tema de conversación somos nosotros mismos —le hablaba con toda naturalidad y dando por sentado que estaban empezando una relación, que las cosas no quedarían ahí.

Cuando cortó la comunicación permaneció un rato con el teléfono en la mano. ¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a tener un affaire con esta mujer que vivía al otro lado del océano y a quien había visto un par de horas? Recordó partes de su conversación con ella en el restaurante y después en su casa, y se maravilló de que viniendo de ese mundo tan encerrado en sí mismo no tuviera ningún espíritu insular, que fuera tan curiosa, tan expansiva. Una persona abierta a todo, aunque viviera inmersa en ese ambiente provinciano. Encarnaba todo lo que le gustaba en una mujer: la delicadeza, la inteligencia, el sentido del humor, el amor por los placeres de la vida, la curiosidad. Él tenía cincuenta años, estaba atravesando el umbral hacia la vejez... Y así se lanzó una vez más a la aventura del amor, con esa mezcla de hondura y liviandad que siempre lo había caracterizado, con el encanto de la Francesita dando vueltas por su cabeza, pensando que antes del útero de su madre él habría estado en alguna nebulosa de la cual no tenía memoria, luego vino el paréntesis de la vida y después vendría la misma nebulosa del principio. No había nada antes ni habría nada después, y él quería que la Francesita formara parte de su paréntesis.

Joshua

Wallingford, Pennsylvania, viernes 15 de octubre 1999

La madrugada del viernes entró cubriéndolo todo con una pátina blanca. Una ráfaga de aire helado sacó a Joshua de un sueño confuso con dos mujeres, donde una era la otra y él le hablaba creyendo que era aquélla. Miró la hora. Eran las cuatro y media de la mañana. Se levantó para cerrar la ventana que abría de par en par aun en pleno invierno y de paso tomó el vaso de agua vacío para llenarlo en el baño. El alcohol le producía una sed insaciable. Había bebido más de la cuenta y un sabor a llave oxidada le raspaba la lengua.

—¿Qué hora es? —la voz de Alexa lo sorprendió desde el dormitorio contiguo.

—Las cuatro y media.

—¿A qué hora llegaste?

—No sé; hace mucho, en todo caso.

—¿Fue bueno el vuelo?

—Sí, como siempre. Vuelve a dormir.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

—¿Alguna novedad?

—No, no todavía, el jurado quiere seguir deliberando. Una semana más... espero —esto último lo dijo desde el baño. Se miró en el espejo y el azogue le devolvió el rostro de un hombre que parecía mayor que sus cuarenta y ocho años. El juicio se había fallado hacía una semana. Aguardó un rato con la esperanza de que Alexa volviera a dormirse y no hiciera más preguntas.

Había sido una semana abrumadora, tanto física como emocionalmente. Quinn consumía toda su energía. ¿En qué momento lo había convencido de pasar unos días en la casa de Towanda?

—Si vamos a casarnos empecemos por estar más tiempo juntos, en la misma casa, estableciendo una cotidianeidad, quiero despertar contigo en la cama, salir juntos a comprar los bagels, tomar desayuno en la mesa de nuestra cocina... tú

sabes.

No, él no sabía. Nunca había salido a comprar bagels con Alexa ni tomaba el desayuno en casa. Se levantaba a las seis de la mañana mientras Alexa seguía en cama, se duchaba y a las siete y media ya estaba en el auto rumbo a su oficina, en Media, escuchando las primeras noticias de la Radio Nacional Pública. Le gustaba empezar temprano. Leía el *New York Times* en su despacho cuando aún no había llegado nadie y a las ocho bajaba al Trolley para tomar una taza de café y un bagel con queso Philadelphia. Desde que estaba con Quinn, ella se le unía en el Trolley a las ocho y cinco, más o menos, pedía su jugo de naranjas y dos tostadas de pan integral con tocino, y a las ocho y media se iba cada uno a su trabajo hasta la hora de almuerzo. Quinn cruzaba la calle y entraba a su banco y él subía a su despacho. ¿No era eso una rutina? ¿Qué más quería? A la hora de almuerzo, dos, tres y hasta cuatro veces por semana, se escabullían al motelito del Baltimore Pike, donde alquilaban un cuarto por meses, y se enfrascaban en ardorosas sesiones de sexo durante una hora, una hora y media, dos horas, para luego regresar a sus puestos. ¿Eso tampoco lo consideraba una rutina? La idea de pasar la semana en la casa de Towanda que había comprado para Quinn hacía unos meses le pareció una imprudencia innecesaria. Las reglas habían sido claras desde el primer día, él no quería hacer vida de casado con ella mientras estuviera casado con su mujer, no quería dejar a Alexa abandonada antes de arreglarlo todo legalmente, no quería...

—Hay demasiadas cosas que no quieres —le dijo Quinn una tarde en el motel—. Tal vez lo que no quieres es seguir conmigo.

Eran amantes desde hacía tres años y Quinn nunca le había exigido pasar juntos toda una noche. Se lo había recordado ahora, y había añadido que no pensaba exponerse a que Alexa se diera cuenta de su affaire antes de que él se lo comunicara. Y se lo diría —tienes que confiar en mí—, se lo diría ese mismo fin de semana, tal vez. Pero Quinn se había puesto a llorar y pocas cosas lo confundían tanto. No recordaba prácticamente a ninguna clienta suya que en algún momento no hubiera caído en sus brazos llorando. Y siempre le ocurría lo mismo. No sabía por dónde tomarla, qué decirle, qué hacer con esa cabeza apoyada en su pecho, sólo atinaba a bajar los brazos y quedarse como un tonto musitando palabras inconexas a la espera de que el llanto terminara.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? ¿Ir a Towanda en medio de la semana? ¿Qué disculpa voy a dar en la oficina? ¿Y tú? ¿Qué vas a decir en el banco? —tuvo buen cuidado de no mencionar a Alexa esta vez.

La oficina no le preocupaba, era Alexa quien le preocupaba. Una cosa era escaparse uno que otro sábado en la tarde pretextando tener algo urgente que

hacer en su despacho, y otra muy distinta era ausentarse toda la semana sin un motivo que lo justificara.

—Inventa cualquier cosa. Eres el jefe. El banco me da lo mismo. Voy a renunciar.

—¿Vas a renunciar?

—Si voy a casarme con un abogado rico sería una estupidez seguir marcando la hora por veinte mil al año en un trabajo latoso. No pensarás que soy cajera de un banco por gusto, ¿verdad? Yo quiero estudiar, mi amor.

No se trataba solamente de la plata, sino de la libertad que daba la plata, y ella intentaba usarla para estudiar.

Esta conversación se había producido el viernes anterior, a la hora de la siesta en el motel del Pike. El lunes a las cuatro de la tarde habían partido a Towanda y regresado el jueves después de cenar con margaritas, tener sexo una vez más antes de tomar otros dos margaritas cada uno y ocuparse de las cañerías, porque pronto llegaría el invierno y en medio de esas montañas el hielo comenzaba en noviembre.

Alexa no sospechaba de la existencia de Quinn, estaba tan metida en su tristeza que no lo veía, no sabía en quién se había convertido él después de la muerte de su pequeña Wendy. Su matrimonio andaba mal desde entonces – respiró profundo como hacía cada vez que evocaba a su hijita sonriendo y batiendo la mano desde la camilla que la llevaba al quirófano del cual se la devolvieron muerta—. Hay parejas que frente a una desgracia tan grande se robustecen y juntos le hacen frente a la tragedia. En su caso había ocurrido justamente lo contrario. La mañana fatídica de ese 20 de febrero, Alexa y él estaban afuera del quirófano esperando que Wendy saliera de la operación.

—No te preocupes, va a llegar a vieja sin amígdalas, eso es todo –le había dicho a su mujer cuando la niña desapareció tras las cristaleras.

Una hora más tarde apareció el doctor Cutter con una expresión indescriptible. Era un hombre de unos sesenta años que parecía haber envejecido veinte en poco rato. Le temblaba la mandíbula, tenía los ojos rojos como si hubiera llorado y una palidez mortal cubría su piel.

—Lo siento, lo siento terriblemente, no pudimos hacer nada... –fue todo lo que alcanzó a oír.

Entre la vida y la muerte de su hija no había mediado más que una hora en la cual él y su mujer habían hablado de la mesa para la cocina que pensaban comprar en Home Depot y él hojeado el *Newsweek* que se había llevado a la clínica. ¿Y ahora le decían que lo sentían mucho, que no habían podido hacer nada y que la niña estaba muerta? Miró a Alexa y vio que su cara se había

borrado, sintió que le flaqueaban las piernas y se desmayó. Cuando volvió en sí, pocos minutos después, Alexa lloraba quedamente a su lado, el médico había ido a buscar un vaso de agua y a partir de ese mismo instante casi pudo palpar un muro que se alzaba entre ellos. No pudieron abrazarse, ni gritar, ni desesperarse. Quedaron paralizados frente a la inmensidad del dolor, cada uno en su parcela. Las horas que siguieron escasamente se miraron y un silencio aterrador se interpuso entre los dos, como si la niña se hubiera marchado con ellos.

La enterraron en el cementerio de Springfield, a diez millas de la bonita casa Tudor que habían comprado hacía solamente un mes, en Wallingford. La casa se encontraba frente al Club de Golf, un lugar tranquilo de árboles añosos donde los días anteriores a la muerte de Wendy transcurrían pacíficamente y era casi imposible figurarse los horrores de la vida en otras partes.

El recuerdo de Wendy se esfumó como si la niña hubiese regresado a su noche. Joshua oteó en la oscuridad antes de cerrar la ventana. Los jardines y prados salpicados de robles, alerces y sicomoros se abrían frente a la ventana de su dormitorio hasta donde le alcanzaba la vista. Aún no despegaban los aviones del cercano aeropuerto de Philadelphia y la Blue Route, que corría a escasas millas de la casa, por detrás de las canchas hacia el sur, todavía estaba callada. Tampoco se oían los grillos y cigarras que durante los meses de verano convertían las noches en un concierto inquietante. El silencio era total. Iban a ser las cinco de la mañana.

Ese viernes, Joshua despertó con la sensación de haberle fallado a Alexa en todo, de haber sido un mal marido, un mal compañero, y tampoco estaba seguro de haber sido un buen padre durante los pocos años que vivió su hija. Casi no la veía. Demasiado ocupado en los tribunales y en su bufete, que había ido creciendo, llegaba a la casa tarde en la noche y la mayoría de las veces Wendy ya estaba durmiendo. Si alguien le hubiese anticipado que su niñita iba a morir a los cuatro años de edad, si alguna vez se le hubiera pasado por la mente que no la vería crecer, que ella no estaría ahí cuando él mismo fuera envejeciendo, no hubiera vivido como si todo fuera eterno y el mundo le debiera algo. Los fines de semana jugaba golf la mitad del sábado y el domingo, si no estaba jugando golf estaba trotando por su barrio, y los pocos ratos libres que una o dos veces por semana podía dedicar a otra cosa que no fueran las Cortes en Media o sus viajes a San Francisco, se iba al gimnasio a levantar pesas. ¿Cuántas veces la había llevado a un parque o simplemente había estado con ella, pintando con sus acuarelas o haciendo figuras de plastilina? ¿Cuántas veces se había quedado toda una tarde con Wendy mirando un libro de monitos? Sintió un ramalazo de tristeza. ¿Y Alexa? ¿Qué había hecho él para ayudarla a atravesar por el dolor y

volver a una vida más o menos normal, más o menos alegre? Alexa había quedado extraordinariamente sola después de la muerte de Wendy y él no había hecho nada para ayudarla, y ahora, cuando pensaba en ellos dos, no encontraba ni los vestigios de la relación que habían tenido una vez. Necesitaba ganar terreno antes de que lo poquito que quedaba se derrumbara, compensarla de alguna manera, enmendar el rumbo, hacer algo para evitar que su matrimonio se fuera a pique. Tal vez fuera bueno animarse de una vez y hablar de lo que estaba ocurriendo entre esas paredes, hablar de Wendy, incluso; ¿cómo era posible que no se pudiera pronunciar el nombre de su hijita en su propia casa? Prácticamente en cada pared de la vivienda había un retrato suyo, mas su nombre no se mencionaba. En alguna parte había leído que la muerte de un hijo frecuentemente producía el quiebre en el matrimonio, era tanto el dolor que los cónyuges no resistían vivir bajo el mismo techo. Ellos habían continuado bajo el mismo techo, permitiendo que los meses y los años transcurrieran en esa especie de statu quo donde parecía que no estaba pasando nada, pero en el fondo había un mar turbulento y, aun cuando no lo mencionaran, los dos sabían que acabaría por ahogarlos. Alexa se había convertido en una extraña. A veces la miraba y era como si no la conociera. Pero esto debía terminar, de una u otra forma debía terminar, ni él ni su mujer merecían seguir viviendo así.

De pronto la vio aparecer con su bata de levantarse y tuvo el impulso de pararse de la silla donde estaba tomándose el café y abrazarla. En cambio le preguntó:

—¿Te gustaría ir a la playa?

—¿La playa? ¿Cuál playa?

—¿Te acuerdas de ese bed and breakfast que hay en el centro de Cape May?

—Sí, claro, estuvimos hace mucho tiempo ahí.

No parecía muy entusiasmada con volver. Apenas me presta atención, se dijo Joshua a sí mismo, sintiendo una puntada de dolor.

—No sé... podríamos ir... caminar por la playa hasta el faro. También podríamos cenar en el restaurante del muelle donde servían buenos mariscos.

—¿Te vas a quedar aquí?

—Bueno, aquí, en Cape May, o podemos ir a New Hope, lo que quieras. No pienso volver a la oficina hasta el lunes.

De repente Alexa pareció animarse.

—No sé si Cape May... ¿no te parece que está demasiado lejos? Tal vez podríamos ir más cerca. Depende de ti. ¿Por qué no almorzamos en el restaurante de la fábrica de vidrios? ¿Cómo se llamaba? Era un lugar muy tranquilo con una vista preciosa al río, me gustaría ver a los artesanos soplando

el vidrio caliente.

—¿De veras quieres ir a Simon Pearce?

Alexa sonrió con timidez.

—¿A las doce? Voy a trotar por una hora, más o menos, a la vuelta me ducho y nos vamos.

Alexa asintió con la cabeza y siguió batiendo los huevos. Joshua la observó. Había ganado un poco de peso. Hacía varias semanas que estaba comiendo mejor. Llevaba diez meses tratándose con una psicoanalista de Philadelphia y él se alegraba de que, por fin, hubiera aceptado pedir ayuda.

Se puso los pantalones cortos y las zapatillas que usaba para trotar los fines de semana y bajó a la calle. Alzó la vista hacia la ventana de su escritorio y admiró las líneas elegantes de su casa. Muchas veces pensó que había sido un error quedarse en la misma casa después de la muerte de Wendy. Para Alexa habría sido más fácil si se hubieran mudado a un lugar que no le recordara a su hija. Tardó un año en decidirse a sacar el columpio y el tobogán que le habían instalado en la zona de la piscina. Se pasaba horas mirando el columpio, como si Wendy estuviera sentada en el palito rojo, con las puntas de los zapatos apoyadas en el suelo, lista para echarse a volar. Por otro lado, sólo habían vivido en esa casa durante un mes antes de la tragedia y, salvo el tobogán y el columpio, no había mucho más de la niña allí. Se habían ido quedando sin siquiera mencionar la posibilidad de cambiarse y ahora él se alegraba. El barrio era tranquilo, perfecto para dar caminatas, trotar o andar en bicicleta. Se trataba de un vecindario seguro. Una sola vez, hacía varios años, habían entrado a robar a la casa de uno de los vecinos, pero había sido en el mes de agosto, cuando casi todas las casas estaban vacías, y muchas de ellas, cuyos dueños eran profesionales adinerados, pertenecientes a una generación en cuyo tiempo no abundaban los robos, no tenían sistemas de seguridad.

Joshua miró hacia un costado. Iba pasando por la mansión de un médico a quien conocía. Le había tocado defender a una empleada de Macy's durante un juicio en su contra. Hasta donde sabía, la casa estaba en venta, su dueño no había podido seguir pagando la hipoteca después de perder el juicio, que le había costado varios millones de dólares. Joshua apuró el trote. Cada vez que pasaba por ahí tenía la impresión de que el médico estaba mirándolo desde una de las ventanas. No sentía la más mínima conmiseración por ese cirujano que había permitido a uno de sus estudiantes operar del útero a una paciente sin que ella lo supiera. El estudiante había hecho un trabajo tan deficiente que había cortado un nervio y dejado a la mujer en un estado de dolor que sólo se calmaba con Demerol. Que vendiera la casa, que se fuera al diablo, que pagara con las

miserias de la vida que le esperaba, sin carrera y sin dinero, las miserias que su imprudencia había provocado en esa mujer de apenas treinta años.

A mano derecha estaban las canchas del Club de Golf. Un día, hablando de ese club y la belleza de sus canchas salpicadas de árboles añosos, lagunas y montículos, Quinn le pidió que le regalara acciones para hacerse socia. A Joshua le pareció un malgasto de dinero, algo completamente prescindible. ¿Para qué quería hacerse socia de un club?

—Para lo mismo que se hace socia la gente, Joshua, tienen un buen restaurante, un bar, salas de juego, y siempre es bonito pertenecer a la familia de un club donde todo el mundo te conoce y te llama por tu nombre.

Paseó la vista por las canchas con aprensión. Se sentía mal consigo mismo. Los días en Towanda, lejos de acercarlo a ningún futuro con Quinn, le habían sentado pésimo. No le gustaba su vida en ese momento. No se gustaba a sí mismo. ¿Dónde había quedado el Joshua que había conocido su padre? ¿El Joshua que en honor a su memoria había sido capaz de encontrar fortaleza y salir adelante después de su terrible muerte? En un raptó de desesperación o locura, que sólo después de mucho tiempo había llegado a entender, su papá se había tragado un veneno para ratones en la bodega del restaurante donde trabajaba. Un golpe brutal. Su padre era la persona más importante en su vida, tal vez la única. Su mamá los había abandonado para irse con el malabarista de un circo que acampaba cada verano en las afueras de Candlewood, New Jersey, y ellos se habían quedado en la casita de dos dormitorios y un baño en el modesto vecindario donde vivían. Al principio no habían sabido cómo relacionarse, se miraban y no sabían qué decirse, pero luego había ido creciendo una insólita camaradería entre el cocinero del Galway Pub y su hijo de ocho años. Se habían aferrado uno al otro y habían logrado sostenerse, hasta el punto de que su padre le prometía que nunca se casaría de nuevo, pues no quería que una mujer echara a perder la perfecta convivencia que tenían. En las mañanas, después de comerse el par de huevos fritos con tocino y tomate, alzaba los brazos, se calaba la boina y proclamaba: «¡Otro día, otro penique!», y salía a la conquista del nuevo penique. De hecho, había ahorrado cada penique ganado en esos años para que Joshua pudiera ir al Montclair State College y luego a la Escuela de Leyes de la Universidad de Pennsylvania. Los sábados y domingos salían a pescar y hablaban de sus planes, de la carrera que le gustaría estudiar, de la chica que lo había enamorado. Los peces, mientras tanto, se burlaban de ellos. Lo único grande que pescaron una vez fue la cabeza de una muñeca. Ellos mismos se reían de su escaso talento para ese deporte que en realidad usaban más como un pretexto para estar juntos y hablar de cualquier cosa. Cuando no iban de pesca o

a jugar bolos, y si el clima lo permitía, trabajaban en la huerta. Su padre había convertido el jardín trasero en una huerta donde plantaba tomates, pepinos, albahacas, porotos verdes, pimientos, guisantes y una serie de hierbas y flores que alejaban a los moscardones japoneses. Le había enseñado los secretos de la jardinería, el clima, las distintas semillas, los abonos, y más, mucho más: todo lo que él era se lo debía a ese irlandés de pelo casi rojo y el rostro salpicado de pecas que en mayo se arremangaba las mangas de la camisa y salía a remover la tierra.

Estaba en el primer año de la carrera cuando su padre se mató. El día del entierro, al mirarlo por última vez en su traje dominguero, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cara tranquila como un mármol, le pidió en voz baja que lo ayudara a entender por qué había preferido morir antes de verlo recibirse de abogado. ¿Acaso no era el sueño de su vida? Su padre nunca había sufrido una depresión, pero qué sabía uno de las procesiones internas que atormentaban el sueño de los padres.

Terminó aceptando la drástica decisión de su papá como un momento de terror y vulnerabilidad que no le restaba nada a la grandeza de su vida. Era su decisión y merecía respeto. Tal vez fue esta actitud suya lo que le permitió completar sus estudios sin paralizarse, como había temido en un principio. A ese Joshua admiraba. El hombre en quien se había convertido después de la muerte de Wendy le daba miedo. Lo veía como a un ser cínico y mentiroso. Sabía que nunca se casaría con Quinn, que la estaba usando, al principio se había inventado que estaba enamorado de ella, y tal vez en un momento lo había estado, pero luego se había dado cuenta de que se trataba de la soledad y la frustración, deseos de tener una vida normal, falta de cariño, sólo que aquellos eran sus problemas, no los de Quinn, y él, desde luego, no tenía intenciones de abandonar a Alexa por esta joven que podría ser su hija. Nunca dejaría a Alexa, y no era algo que hubiera decidido sobre la marcha. Entonces, ¿qué hacía con una mujer a quien tenía convencida de que iban a casarse?

Apartó la vista de las canchas que a esa hora de la mañana fresca y soleada estaban llenas de golfistas y se dio media vuelta, enrumbando hacia su casa.

Juliette

Ashram Aiyon, a 50 kilómetros de Rishikesh, India, viernes 4 de abril 2008

Joshua... soy yo, Juliette, ¿me escuchas?... He estado pensando que resulta hasta temerario decir mañana voy a hacer esto, en septiembre voy a ir a París. ¿Qué sabe uno si mañana y septiembre van a estar al alcance de la mano? Mañana puede no llegar nunca y en septiembre puedes estar postrado en una cama, vagando en las tinieblas... como tú, mi querido Joshua. Los actos inmediatos son los únicos que dependen de la propia voluntad, cosas como apagar el cigarrillo, mover la mano, llevarse la taza de café a la boca. Entre el jueves y hoy he tratado de recordar minuto a minuto lo que hiciste, cómo estabas, cómo te veías, y no encuentro ni una sola señal de que fuera a sucederte algo así. El miércoles en la mañana me preguntaste si tenía una aspirina porque te dolía la cabeza, pero hacía varios días que amanecías con dolor de cabeza y pensábamos que era la presión atmosférica, porque el aire ha estado inusualmente cargado estos días. Esa mañana estuvimos muy ocupados consiguiéndole un pasaje al colombiano que había perdido a sus padres en el accidente aéreo, quería llegar al entierro y no podían esperarlo más de tres días, nos dijo, y el pobre muchacho parecía desconsolado. Almorzamos como siempre en el comedor principal y no recuerdo que te hayas quejado de que te siguiera doliendo la cabeza. Después del almuerzo te encerraste en tu cuarto a meditar y cuando volviste a la oficina comentaste que la ventana había quedado abierta y el cuarto se había llenado de mariposas, algo que te llamó la atención, pues nunca entraban. ¿Qué más hablamos? Creo que eso fue todo lo que dijimos en la tarde. ¡Ah!, sí, hiciste un comentario de lo mucho que te estaba costando sacarle el sarro a la pileta; de alguna manera convencerías a Adhira, había que usar algún tipo de detergente, pues pasándole hojas de ricino, aparte de que la pileta estaba quedando verde, el sarro no iba a salir nunca. A las siete me invitaste a dar un paseo por el puente y lo hicimos en silencio. De regreso te dejé en la puerta de tu habitación.

—Buenas noches, soledad —dijiste.

—¿Por qué me llamas Soledad?

Me sorprendió, porque nunca me habías llamado así.

—No me refiero al nombre, me refiero a la soledad. Te siento muy sola hoy. ¿Pasa algo?

Ahora pienso que tal vez ya presentías que algo iba a pasarte a ti, no es que estuviera sola en ese momento, sino lo sola que iba a quedar unas pocas horas después.

Adhira cree que aun cuando esté inconsciente, la persona siente y hasta puede oír. El doctor Premchard dice que no se puede estar seguro de nada, que ha habido casos realmente sorprendentes. En todo caso, no pierdo la esperanza de decirte lo importante que has sido para Adhira y para mí durante todos estos años.

Nunca supiste por qué vine aquí, nunca lo hablamos, Joshua, y ahora me parece monstruoso no haberlo hecho. Me arrepiento de no haberte presionado para que me contaras algo de tu pasado, quiénes eran tus padres, de qué murió tu mujer, si tenías hijos, tan segura estaba de que iba a tenerte cerca muchos años más, tal vez para toda la vida. Ya llegará el momento, me decía, ya me contará.

Cuando recién nos conocimos, esa mañana caliente de cielos nublados y bajos en que apareciste por estos lados, ¿te acuerdas?, yo estaba sentada al borde de la pileta, detrás del palmar, leyendo un libro de Tagore. Había llegado hacía tres meses. Luego de instalarte en la habitación que te habían asignado te encaminaste hacia el palmar. Cuando te vi venir parecías tan decidido que pensé que Adhira te había enviado para darme un recado. Te sentaste a mi lado y nos pusimos a conversar como antiguos amigos. Al ver tu cuerpo musculoso y las facciones bien marcadas y varoniles de este rostro que cualquiera se hubiera dado vuelta a mirar, pensé que la soledad del Ashram, la meditación, los cánticos y el silencio resultarían demasiado agobiantes para ti. Pronto estarías de vuelta en tu vida llena de testosterona, bastante más glamorosa y cautivante. Te lo comenté y soltaste esa risa contenida de los primeros tiempos. «Mi vida no estaba llena de testosterona, como dices, no era para tanto, y no creo que vaya a dedicarme al silencio, solamente, he conseguido un puesto en la oficina de viajes del Ashram». Adhira ya me había advertido que llegaría otra persona, pero no sé por qué siempre pensé que sería otra mujer. Me alegró que fueras tú quien hubiera obtenido el otro puesto que ofrecían en la misma oficina. Si íbamos a trabajar juntos, más valía que empezáramos por conocernos. Quise saber de dónde venías, a qué te dedicabas; en fin, las preguntas que siempre se hacen a quien recién se integra a la comunidad. Gentilmente me dijiste que preferías no hablar de tu vida anterior ni de las razones que te trajeron al Ashram y me pediste que, por favor, no te hiciera preguntas. Para ti el Ashram debía ser una

página en limpio, la primera de un libro nuevo, no querías oír de tristezas y estabas seguro de que así como tú mismo, todos los habitantes de este lugar venían arrancando de algo doloroso. ¿Y no podía ser que se viniera aquí buscando la paz o simplemente un trabajo? La paz no se busca en otras partes, se la lleva consigo o no existe, dictaminaste.

Un día, muy de pasada, me contaste que eras abogado y habías vivido en los suburbios de Philadelphia frente a una cancha de golf, que tu mujer se llamaba Alexa y había muerto. Eso fue todo. Otra vez amanecí más triste que de costumbre y sentí la necesidad de hablar de mi pasado con alguien. Aparte de Adhira, no es mucha la gente con quien se puede conversar en este lugar donde los residentes guardan silencio con el fin de permitirse la máxima concentración en lo divino, pero tú y yo formábamos parte de los empleados del Ashram y entre nosotros podíamos hablar todo lo que quisiéramos. Casi a pesar tuyo te conté que había trabajado durante más de diez años en una cava de vinos de la cual era propietaria, en Châteauneuf-du-Pape, y que mi casa estaba cerca de allí, en Pernes-les-Fontaines, un pueblo en Provenza donde había nacido. También te hablé de Christine y comenté que ella y mi prima Thérèse eran mi único contacto con el pasado. Entonces murmuraste algo así como que era muy afortunada de querer tener contacto con el pasado. Lo que no te dije fue que Christine había muerto al nacer su hijo, que también murió. Yo le escribo, sí, pero sin esperar respuesta. Guardo las cartas. No sé por qué lo hago. Me imagino que será otra forma de comunicarme con el pasado. Ahora me gustaría abrirte ese tiempo de mi vida, hablarte de las circunstancias que me trajeron a este lugar remoto, de ese fin de semana que cambió nuestras vidas de la manera más brutal, porque así es como suele ocurrir, Joshua, vamos caminando confiados en que mañana será como hoy y de pronto mañana se convierte en un día indeleble que parte tu vida en dos y ya nada es como se suponía que fuera. Así fue ese domingo 17 de octubre de 1999. El viernes y el sábado que lo precedieron, Nahuel y yo vivíamos como si todo fuera a ocurrir de acuerdo a lo planeado, y el domingo en la mañana, un día que pudo haber sido como cualquier otro, fue como si una fuerza arrolladora, incomprensible, hubiese agarrado nuestro universo, tan seguro y predeterminado, para estrellarlo contra una roca.

Elisa

Santiago, Chile, viernes 15 de octubre 1999

—Imagínate que te atropelle un auto y te lleven a la posta, ¿no te daría vergüenza que los médicos descubrieran que tu ropa interior está rotosa, tus calzones sucios y los calcetines con un agujero? ¿Qué tal si caes al suelo desmayada o atropellada por un auto y tus calzones, tus medias, tus enaguas quedan expuestos a miradas desconocidas? ¿Qué pensaría la gente de mí?

Su madre insistía en que nunca anduviera con las uñas de los pies sin cortar, los calzones manchados o los calcetines rotos. Día a día, al levantarse había que tener en cuenta que ese podía ser el último. Lo que no se veía debía estar en las mismas condiciones de orden y limpieza que lo que estaba a la vista. Para su madre todo debía ser anunciado, medido con anticipación, planeado. Y Elisa había heredado estas manías, sólo que para ella no eran manías, sino la única manera de vivir tranquila.

Si su mamá le había inculcado la manía del orden, su tía Flora, única hermana de su padre, el «respeto» por el sexo, el terror al sexo, mejor dicho, pues la penetración era un acto terrorífico más propio de las vacas que de los seres humanos. La tía Flora, tan púdica como buena, quería dedicar su vida al Señor, pero su padre arregló su matrimonio con don Amadeo Errázuriz, un viudo veinte años mayor que se prendó de sus ojos de cocodrilo y su cara rosadita y mofletuda. La noche de la boda, no más bajar a su flamante señora del Lincoln, ante la puerta del hotel de lujo en Viña del Mar, don Amadeo la condujo en brazos a la suite de novios en el primer piso y, sin mediar más trámite, la depositó en la ancha cama cubierta por una colcha de satén, se bajó los pantalones y dejó al descubierto su miembro duro como un palo, largo como una desgracia, inmenso. La tía Flora miró aquella cosa y salió corriendo al baño. Allí inspeccionó el agujerito diminuto por donde asomarían al mundo los hijos que el Señor tuviera a bien enviarle, y creyendo que aquel pedazo de tronco la despedazaría en cuanto la penetrara, se arrancó por la ventana. Después volvió avergonzada y con la cabeza gacha.

—¿Por qué siguió con él, tía? —le preguntaba Elisa.

—Porque nos casamos por la Iglesia, hijita, y lo que Dios ata con tanto amor en la tierra no se desata por un capricho de niña tonta.

Amadeo la amenazaba con esa cosa por lo menos dos veces por semana, y como era su marido ella se dejaba hacer con los ojos entrecerrados rezando el padrenuestro.

—Era mi marido, hijita, y no había nada que yo pudiera hacer, aparte de ofrecerle el sacrificio al Señor.

Durante todo su matrimonio, la tía Flora durmió con un camisón de franela que tenía un ojalote bordado en rosa a la altura de sus partes pudendas. Por ahí, sin ver nada de su cuerpo, ni el cogote, penetraba Amadeo. «Me partía la chucha con su troncote», dejaría caer la tía Flora, muchos años después, en los téis de los jueves del Club de Señoras, cuando un comienzo de Alzheimer la dejó sin filtro y lo que sí recordaba, como si hubiera sido ayer, era la imagen del «troncote» que alcanzaba a vislumbrar antes de que Amadeo la tumbara en la cama.

Elisa había luchado contra la repulsión que le producía la sola visión de un pene como imaginaba el del tío Amadeo. Por las noches se atormentaba pensando que algún día le tocaría a ella. ¿Pero qué diablos le pasaba? ¿Por qué no era como sus amigas del colegio? Salvo Prudencia, con quien ni siquiera hubiera hablado de estos temas, las demás eran desvergonzadas al máximo, deslenguadas para tocar los temas del sexo, se acostaban con sus pololos y contaban sus aventuras sexuales con todo desparpajo. A ella, en cambio, la idea de tener sexo antes de casarse le parecía inconcebible. Permaneció virgen hasta los treinta y ocho, confiada en que haber conocido a Nahuel desde la infancia la libraría del horror de acostarse con un hombre completamente extraño a ella, un fauno, como imaginó en su momento a los novios de sus compañeras de curso. Nahuel la trataría con ternura, sería considerado con ella, pese a que él nunca entendió su filosofía virginal.

En la noche de la boda se encontró con un Nahuel tan desconocido como cualquier otro, tocándola en todas partes, incluso ahí abajo donde ni ella se había atrevido a incursionar. Cuando por fin la penetró, sintió un dolor espantoso y su pensamiento voló a la tía Flora, y aun así fue capaz de gritar fingiendo placer lo mejor que pudo, tal como había visto en una película americana. Esa noche, mientras Nahuel dormía plácidamente a su lado y aparentemente muy satisfecho y tranquilo, ella no logró cerrar los ojos, permaneció impávida hasta altas horas de la madrugada, pensando en la decepción que acababa de sufrir. Nahuel era muy distinto de cómo lo había imaginado en esas circunstancias; no obstante, se hizo el firme propósito de no volver jamás a preocuparse del tema, las cosas eran

así, nadie iba a cambiar, ni ella ni él, ella lo amaba profundamente y tendría que vivir con esto. Entonces logró dormir una hora y media hasta que terminó de aclarar.

Elisa había pasado su infancia en una casona elegante, estilo francés, en la calle Pérez Valenzuela. La casa ya no estaba y en su lugar se alzaba un edificio de diez pisos, pero cada vez que doblaba esa esquina le parecía sentir el aroma dulzón de las flores que la asaltaba cuando llegaba del colegio por las tardes, y su madre y su tía Flora la esperaban en la salita. En el hall de entrada hubo siempre un ramo de flores rojas, gladiolos, dalias, rosas, dependiendo de la estación. Entrando a mano derecha se encontraba la salita donde su madre se sentaba a sacar cuentas. Ahí tomaban una taza de té con dos tostadas con palta cuando ella volvía del colegio. Después venía una hora de tareas seguida de la media hora diaria que Elisa tenía permiso para hablar por teléfono con sus amigas. Luego salían de compras por Providencia y regresaban a casa para las siete. A las ocho y media en punto se servía la cena en el comedor principal. Su padre llegaba media hora antes de la oficina y tenía tiempo para tomar su copita de jerez leyendo el diario de la tarde. A las diez de la noche se rezaba el rosario y a las once la casa estaba a oscuras y todos sus habitantes durmiendo. Que Elisa recordara, salvo en los meses de verano, cuando se iban a Viña del Mar a la casa de la tía Flora, esta rutina nunca se había alterado. A ella le gustaba. Le daba seguridad. No conocía otra cosa, y tal vez fue por eso que la muerte de su madre la afectó de manera tan brutal, más por el cambio tan profundo que significó en sus vidas que por la pérdida misma. Su mamá había sido una proveedora de orden y preocupación por ellos y el perfecto funcionamiento del hogar, pero no de ternura.

Faltaban veinte minutos para las diez cuando abrió los ojos y de un manotazo corrió el diario que Nahuel había dejado tirado de cualquier manera, como siempre lo dejaba todo. Otra noche casi en blanco. Cuando Nahuel se había sentado en la cama en medio de la tormenta, ella se había hecho la dormida. No se había atrevido a hablarle de la «montaña» que se había interpuesto entre ellos dos. Tenía miedo. Sabía que si ponía en palabras lo que estaba ocurriendo, si la mencionaba, con sólo mencionarla, Juliette, estaría abriendo las puertas a una separación. Nahuel llevaba mucho tiempo, años, con esa mujer, no sabía quién era, pero había visto su cara. Un día, registrando el bolso de Francisca en busca de cigarrillos, se había encontrado un sobre dirigido a Nahuel y, picada por la curiosidad, lo había abierto. No había querido leer toda la carta, no pudo y no era necesario terminarla para saber de qué se trataba aquello. Dio vuelta las hojas –eran tres–, dirigió la vista hacia el final de la carta. «Je t’aime, Francesita». Un

estremecimiento le recorrió el cuerpo. Miró las fotografías que estaban dentro del sobre sin poder dar crédito a lo que veía. Se fijó en el remitente y otra vez en las fotos y pronunciando su nombre, Juliette, tuvo que controlarse para no romperlo todo. Ese día anduvo como ánima en pena dándose vueltas por la casa, mirando las cortinas que había escogido con tanta dedicación y cuidado, la acuarela de William Lumpkins que habían comprado en un viaje a Santa Fe, el samovar de plata que siempre había estado en la salita de Pérez Valenzuela donde tomaban el té, tantos recuerdos, pasaba la mano por los muebles como si fuera la última vez. En un momento pensó llamar a Nahuel por teléfono, citarlo en un café y hablar. También pensó confrontar a Francisca. ¿Qué hacía esa carta en su bolso? ¿Desde cuándo estaba registrando la correspondencia de su papá? ¿Cómo era posible que no le hubiese dicho nada? Luego recapacitó. No haría nada de eso. Iba a quedarse muda hasta que pasara. Siempre pasa, se decía, recordando las palabras de su tía Flora, siempre pasa. Tampoco debía hablarlo con Francisca. Que Francisca hubiera cometido el acto abominable de leer la correspondencia de su padre era una cosa, otra muy distinta era hacerla partícipe de un conflicto que a ella no le correspondía solucionar. Y tal vez fue el propio Nahuel quien le mostró esa carta. Sintió un escalofrío en el cuello. No, ella no diría una palabra. Se armó de fortaleza y se lo tragó sola. Sin embargo, ahora podía sentir el miedo apretándole el estómago. Había transcurrido demasiado tiempo y Nahuel se alejaba cada vez más. Le hacía el amor como quien saca una cuenta. Era amable con ella, pero no la amaba. Ni siquiera estaba segura de si la había amado realmente alguna vez... Bueno, en todo caso no había nada que hacer, estas cosas venían y se iban y había que saber aguantar la mecha. Se le va a pasar. Los conflictos no se resuelven con más o menos amor, sino cumpliendo el compromiso ante Dios que se adquiere al casarse. El matrimonio no es cualquier contrato que se firme livianamente. Es un sacramento. Sí, un sacramento. Se decía estas cosas porque no sabía qué decirse, pero no podía seguir engañándose, la situación la sobrepasaba, Nahuel tenía otra mujer en Francia, ella no se atrevía a hablarlo, Francisca también lo sabía, y la familia se sentaba a la mesa y comían como si no estuviera pasando nada.

Francisca le había pedido que la acompañara a Valparaíso a comprar una cama y ella estaba dispuesta a ir, pero cada vez le costaba más estar con su hijastra haciéndose la desentendida. La miraba a los ojos buscando algún indicio de la «Francesita», y Francisca le sostenía la mirada con toda hipocresía, como si no lo supiera.

Se sintió fría, con la garganta seca.

El asesino

Levantarse e ir a New Jersey a pedirle los dos mil prestados no era ni con mucho una buena idea. Sabía que no tenía ni la menor posibilidad de conseguir nada de ella, ¿pero qué otra cosa podía hacer? En un tiempo su madre guardaba los pocos ahorros que tenía en una caja de galletas. Ahora que estaba sola, su nivel de gastos tenía que haber disminuido bastante y era bien probable que hubiera dinero en la casa. Había llegado un momento en su vida en que la idea de librarse del matón, de su aliento fétido, la amenaza constante, la campanilla de su tormento (ri-cu-ra, ri-cu-ra), lo obsesionaba. Había noches en que se veía en sueños montado en el odiado corpachón, ajustando sus manos alrededor del cuello duro de Luke y apretando hasta dejarlo del todo sin aire, sin vida, sin luz en los ojos, pero luego despertaba sudando y con la clarísima conciencia de que él era un cobarde, un mediocre y un inepto que jamás se atrevería a hacerlo. Una mosca intentando aplastar a un hipopótamo. Si conseguía la plata sería la última vez que le pediría nada. Ahora sí. No volvería a jugar. Se marcharía de Chester. Trataría de conseguir trabajo en otra parte, lejos de allí, lo más lejos posible de allí, tal vez en el Oeste. Texas. Soñaba con irse a Texas, un estado con leyes propias, una especie de país dentro del país, habitado por gentes que se paseaban orgullosas en sus autos largos y potentes consumiendo el petróleo que producían, con sus placas, únicas, *don't mess with Texas*. Era lo único del Oeste que conocía y siempre le había gustado esa parte de América, donde era posible alejarse del mundo y desaparecer tras una inmensidad donde cada cual se ocupaba de sus propios asuntos. Tenía que conseguir los dos mil como fuera, saldar la maldita deuda con Luke y mudarse a Texas. Era su salvación.

Pero dio la una de la tarde y Jessy continuaba pegado al jergón sacando mentalmente la cuenta de lo que costaría dar con los malditos dos mil dólares antes del lunes. Tal vez no fuera la mejor idea ir a New Jersey. La sola perspectiva de tener que enfrentarse con Silvia, su sonrisa irónica y sus mechas como de paja, cada vez peor teñidas, siempre jugando a la joven conquistadora, le daba náuseas. No la había visto desde el último Thanksgiving, hacía casi un año ya. Había sido una cena triste y desagradable. Silvia había asado una pechuga de pavo que le había quedado dura como un palo y que ambos

masticaron en silencio. ¡Vaya familia! ¿Para qué lo había invitado? Y él, ¿por qué había ido? ¡Bah! Daba lo mismo. Si la vieja quería jugar a la normalidad, allá ella, que fingiera lo que le diera la gana. Ellos no eran una familia. No eran nada. Antes de marcharse le había pedido trescientos dólares prestados, «prestados», había recalcado, «te los devuelvo este otro jueves», y ella se había quedado mirándolo con esa cara ausente que ponía y no había hecho nada, ni habló ni le pasó la plata. Así era. Parca. Ensimismada. Estúpida. Pero no se le ocurría nada mejor. Se sentó en la cama y se rascó la cabeza. Entonces recordó una vez más su vida junto a Silvia, su madre.

* * *

Antes de que Silvia se casara con Pete Mondini había otra vida, pensó mientras pisaba el acelerador a fondo, rebasando un dieciocho ruedas que parecía un edificio rodante desplazándose junto al destartado Chevy rojo. Entonces tenía doce años y él y su madre estaban solos. Ella trabajaba de mesera en el Galway Pub, un restaurante irlandés a pocas cuadras de la casa de Prices Lane, en Candlewood, el pueblo de New Jersey donde vivían. Él iba al colegio del barrio y estaba enamorado de Melany Rodríguez, su profesora de español. Miss Melany... hacía tiempo que había olvidado su rostro, mas no sus ojos. Sus ojos redondos como ciruelas eran de un negro tan profundo que parecían dos agujeros hacia el infinito. Miss Melany no se daba cuenta de que cuando alzaba la voz señalándolo con el puntero y le preguntaba por el uso del pronombre indirecto, él no estaba pensando en «esta puerta no me sirve», la frase que la profe había anotado en el pizarrón, sino en la hondura de sus ojos y en esa mirada dulce que tenía.

A dos cuadras de su calle vivían Willie Smith y Danny Malaquito, con quienes jugaba al basketball en el patio trasero de la casa de Danny. Los había conocido el primer día de colegio, a los seis años, y desde entonces fueron amigos inseparables. Nunca le hicieron sentir lo chico, flacuchento y esmirriado que era, y que fuera pésimo para el basketball tampoco era motivo de risa para ellos, como para los otros chicos. Willie y Danny no hacían burla de sus dientes chuecos ni de su nariz desproporcionada que los otros llamaban «el palacio de los mocos». Lo habían tomado bajo su protección y lo protegían de los matones del curso. Danny quería ser astronauta y Willie presidente del país, ¿y tú, Jessy? Él se quedaba callado, pensando, y luego respondía cualquier cosa, desde jardinero a médico cirujano, aunque en el fondo de su ser tenía la convicción de que él, con esa facha, esa escasez de recursos, esa madre pintarrajeada y mal

hablada que jamás le pagaría una educación superior, nunca llegaría a ser nada especial, y a la hora de aspirar, lo que se dice aspirar a algo en concreto, su máximo anhelo era llegar a mantenerse solo y vivir lejos de Silvia.

Para Navidad, la madre de Danny colgaba una corona de pino fresco con una cinta de terciopelo rojo debajo de cada ventana, y entonces la casa se veía elegante, como las de esas tarjetas postales que vendían en el Hallmark del mall. La casa de su madre era infinitamente más modesta; sin embargo, contaba con un cuartito para él solo y en la pared encima de su cama había un póster de Mickey Mantle bateando un jonrón. Por las noches, mientras Silvia servía las mesas en el Galway Pub, él se quedaba con la señora Fizzano, que no había tenido hijos –sólo los dos gatos– y de cierta forma oficiaba como su abuela, su mamá y su todo. Vivía en la casa de al lado y a él le gustaba sentir que jugaba un papel importante en la existencia de esa vieja solitaria, que siempre tenía un pastel de manzanas o un donut cubierto de chocolate reservado para él. Silvia se atacaba con él, lo coscacheaba por esto y por lo otro, nunca fue cariñosa ni demostró el menor interés en sus cosas. La llamaba por su nombre desde que ella misma se lo pidió –«si me dices mamá me haces parecer más vieja», le dijo un día, «dime Silvia, como todo el mundo»–. La señora Fizzano, en cambio, le hacía preguntas, quería saber cómo le iba en el colegio, si le gustaban sus profesores. También tenía una bicicleta que heredó de Tim O’Leary, el único hijo del dueño del Galway Pub, y una colección de tarjetas de baseball que había ido comprando con los dólares que ganaba cortando el pasto de las casas vecinas. Ahora costaría buena plata. Más que los dos mil que debía devolverle a Luke, desde luego. Pero asimismo se perdió ese tesoro en el cambio de Candlewood, New Jersey, a Chester, Pennsylvania.

Sí, entonces hubo otra vida y cada vez que cruzaba la frontera entre Pennsylvania y New Jersey era como si estuviera pasando de una a la otra. Si no hubiera sido porque Silvia llegó una noche de vuelta del trabajo con la noticia de que iba a casarse... Él nunca había visto a Pete Mondini, ni sabía que Silvia tuviera novio. Dos días más tarde, un sábado, Pete los invitó a cenar al McDonald’s.

—Quiere conocerte y que conozcas a su hijo Luke –le había dicho ella.

Lo hizo ponerse el traje que le compró para el matrimonio de una prima, peinarse con gomina y lustrarse los únicos zapatos sin cordones que tenía. Llegaron al McDonald’s con diez minutos de retraso.

Fue una comida desagradable.

—¡Por fin aparecieron! Más vale tarde que nunca. Ya nos estábamos cansando de esperarlos, teníamos apetito, así que ordenamos –dijo un hombre

obeso y mal trajeado, de dedos cortos, que se presentó como *your mom's honey*-. ¿Jessy? ¿Así te llamas? –a su lado, un muchachote de edad indefinida, gordo y ancho, tragaba sin masticar.

—Sí, señor –le dijo él, sintiendo que la palabra «señor» se le quedaba pegada en el paladar (Silvia lo había aleccionado: «Vas a tratarlo de señor y te vas a comportar como un niño educado, ¿me entiendes?»).

—Este es mi hijo –dijo Pete, señalando desdeñosamente al gordo.

—Me llamo Luke –se levantó el otro y le estiró una mano a Silvia y luego se volvió para ordenarle otra hamburguesa a una mesera delgada y muy alta que iba pasando-. Que sea doble, con queso –le dijo.

Después pidió otra hamburguesa, y una coca-cola de las grandes. Hacia el final del encuentro, cuando ya estaban por pagar la cuenta, ordenó un hot-dog y siguió tragando como si se encontrara solo en el mundo. ¿No se llenaba con nada? El padre lo miraba con desagrado.

—Bueno, este es mi retoño –dijo Silvia en un momento de silencio, buscando algún tema de que hablar-. Estoy segura de que tú y él se harán buenos amigos, Luke.

—Nah. Es muy chico tu retoño, Silvia –comentó Luke, después de un rato de estarse mirándolo fijo, examinándolo.

—Y mejor que ni se meta con esta basura –aseveró Pete, pegándole otra mirada odiosa a su hijo, quien lo señaló con el dedo del medio de su mano derecha apuntando al cielo-. ¡Cuidado con los insultos, jovencito, mucho, mucho cuidado! –gritó Pete.

—No te metas conmigo, desgraciado, si no quieres recibir lo que te corresponde. Yo no tengo por qué aguantar que me trates de basura delante de tus invitados.

—Ya, ya, no van a ponerse a pelear ahora. Es nuestra primera reunión familiar –dijo Silvia y él la miró con rabia.

¿Reunión familiar? ¿Con este par de gordos sucios? ¿Qué estaba pensando su madre? Se había vuelto loca, sin duda. ¡Y se iba a casar con él! Vaya criterio.

Ya en ese momento debió haber sentido que el resto de su vida sería la mierda en que se convirtió todo en Chester. Silvia y Pete se casaron a la mañana siguiente y esa tarde se mudaron a la casa que tenía Pete en la esquina de un barrio pobre, como eran casi todos en Chester, pero nunca tan mugriento como el barrio al cual tuvieron que mudarse cuando Pete y Luke perdieron sus trabajos en la Boeing.

Atrás quedaron el colegio, su profesora de español, los juegos con Willie Smith y Danny Malaquito, la señora Fizzano que lo despidió con los ojos

mojados, el cocinero irlandés del Galway Pub que le enseñó la canción de Tipperary y le daba un plato de estofado de cordero cada vez que se acercaba al restaurante para darle un recado a Silvia.

A la muerte de Pete, Silvia no tardó ni una semana en regresar a New Jersey y a su viejo trabajo en el pub, donde pudo recuperar algo de la dignidad de los viejos tiempos. Desde muy niño había esperado con ansias el momento de vivir sólo y rascarse con sus propias uñas, pero esta no era su idea de libertad ni de valerse por sí mismo; además, no había cumplido los catorce años cuando se quedó pegado en el fango de Chester bajo el dominio de Luke. En lugar de llevarlo de vuelta con ella, Silvia le salió con eso de que ya estaba lo suficientemente grande como para ganarse la vida solo. Después la culpó por no haberlo defendido, por no haberlo rescatado de las garras de Luke, por haber permitido que Luke compartiera una pieza con él, ¿acaso no sabía lo que ocurría en ese cuartucho mientras ella y Pete dormían en el piso de abajo? Sus lloriqueos cuando el bruto de Pete Mondini la golpeaba hasta dejarla sangrando no lo conmovieron entonces ni lo conmovían ahora. Era inútil que intentara disculparse con esa patraña de que Pete la había engañado mostrándole su cara de caballero. «¿Cara de caballero?», estuvo a punto de abofetearla un día. «¿Cara de caballero? ¿Y cuándo te mostró esa cara, si puede saberse? ¡Siempre fue un puto grosero! Y ni decir nada de su hijo. ¿Qué pudiste ver en esa basura como para casarte con él?».

Ella lo miraba con un odio intenso, mientras a él lo abrasaba la ira y lo único que sentía eran deseos de matarla.

Elisa

Santiago, Chile, viernes 15 de octubre 1999

—Si paso de largo, despiértame a las nueve y media —le dijo Elisa a Francisca la noche anterior, al retirarse a su dormitorio. Francisca la había convencido de acompañarla a Valparaíso y recorrer anticuarios hasta encontrar la cama. Quería rehacer su dormitorio y unos días antes había visto en una revista una cama angosta, muy sencilla, con respaldo de fierro, que le gustó. Se la mostró a Elisa y ésta la miró sorprendida.

—¿Esta cama como de convento? ¿Ahora que te vas a casar? Cuando una se casa ya no quiere que su cama sea de monja, más bien la quiere de Pe, si entiendes lo que quiero decir... de cortesana —bajó la voz y puso una cara cómica como si hubiera pronunciado una palabra terrible.

Entonces, Francisca le habló de su decisión de terminar con Pedro, de la pesadilla recurrente y el poco entendimiento que tenían a la hora del sexo, y le dijo que rompería en cuanto él regresara de su viaje a Miami. Elisa la escuchó en silencio y después le tomó la mano.

—Perdona mi indiscreción, ¿pero te estás acostando con él?

—Sí, claro...

—¿Acostando, acostando?

—Bueno, sí, como todo el mundo.

—En el mundo aún quedan mujeres que llegan vírgenes al matrimonio. No veo nada de malo en eso.

—¿Me vas a decir que tú eras virgen cuando te casaste con mi papá? —preguntó Francisca con la cara llena de risa.

Elisa bajó la vista y luego dijo:

—Yo te apoyo en todo. Para eso estoy aquí. Sé que piensas que nunca te querré como una madre porque no eres mi hija biológica, pero el cordón umbilical no es el único conductor de amor entre una hija y su mamá. —Francisca agradeció estas palabras pensando que su madrastra podía ser todo lo enervante y anticuada que se quisiera, pero estaba muy lejos de ser una mala persona—. Lo

único que te pido es que no comentes estas cosas delante de Prudencia –le dijo Elisa a continuación, algo completamente innecesario, pues Francisca jamás habría comentado su vida sexual delante de una beata como Prudencia. Elisa también pasaba rezando y le gustaba colocar altarcitos en los pasillos del campo y en las piezas desocupadas, pero era un poco más abierta, más tolerante que Prudencia.

* * *

El golpe de su cuerpo aterrizando en el fondo del abismo la despertó. Francisca sintió el galope del corazón y respiró aliviada cuando sus ojos se toparon con los de su madre que la miraba desde la cómoda. Llevaba más de una semana soñando que caía por un precipicio y justo antes de chocar con la superficie rocosa del fondo se daba cuenta de que iba a morir. Se trataba de Pedro, sin ninguna duda, y de ese anillo de compromiso que le puso en el dedo poco antes de tomar el avión a Miami y que Francisca se sacó al llegar a su casa de vuelta de Pudahuel. No entendía que le hubiera regalado un anillo cuando las cosas entre ellos andaban tan mal. ¿Acaso no se daba cuenta? ¿No quería aceptar la realidad? Y la realidad era que esta relación debía terminar, por muy doloroso que fuera para ambos. Llevaban cinco años juntos y había sido intenso en todo sentido, con peleas y batallas campales seguidas de apasionadas reconciliaciones, donde Francisca buscaba desesperadamente el orgasmo que no llegaba nunca. No quiero casarme, le soltó de sopetón a Nahuel una noche, pero él, como siempre, tenía la cabeza en otra parte y no la escuchó.

Francisca permaneció con la vista perdida en los ojos caídos y el pelo largo de su madre, pensando cómo habría sido su vida si ella no hubiese muerto. Escuchaba las quejas de sus amigas y no podía entender que alguien se llevara mal con su mamá, pero, claro, tal vez si la suya no hubiese partido tan pronto – Francisca tenía poco más de cuatro años– seguramente su relación habría sido ambigua y complicada como todas. Desde la foto, Rosalina pareció estar de acuerdo con estos pensamientos y Francisca creyó ver una sonrisa en sus labios pequeños y abultados.

Se levantó de la cama sintiéndose cansada como si no hubiera dormido en toda la noche y describió las cortinas. La pieza se iluminó. Miró hacia el jardín y vio las huellas de la tormenta que había escuchado enredada en sus pesadillas. Dos o tres veces la despertaron los truenos. Todo estaba mojado y una rama grande se había desprendido del tronco y ahora yacía en el suelo aplastando las flores del cuadrilátero cerca de la terraza. Eran las nueve de la mañana y la casa

estaba en silencio, lo cual quería decir que Elisa aún no despertaba. Todo el mundo le cuidaba el sueño. Es que Elisa no era lo que se dice un espíritu tranquilizador, sino justamente lo contrario: vivía impartiendo órdenes, quejándose de lo mal que Ana hacía las cosas, preguntando la hora a cada rato (como si no tuviera reloj), ¿ha llamado alguien?, ¿no ha llegado Nahuel?, desesperándose si Ana no le contestaba de inmediato. Contéstame, Ana. Cualquier percance fuera de su control la ponía histérica. Manejaba la despensa con llave, mezquinando cosas tan esenciales como el aceite de oliva. Que era muy caro, que de dónde había salido ese esnobismo, que siempre se había cocinado con aceite común y corriente. Le gustaba medir el café, la harina, el azúcar que se gastaba en la semana. Era meticulosa hasta la exageración. Su clóset parecía una broma. Las camisetas blancas a un lado, las de color al otro, las sin mangas dobladas de una manera y las de manga larga de manera distinta, en hileras tan perfectas que daba miedo tocarlas. Las cosas debían hacerse a su manera. Nada la irritaba tanto como la improvisación, un panorama espontáneo, un cambio de planes. Llegó un momento en que tanto Francisca como Nahuel y Ana optaron por no contradecirla ni oponérsele. Trataban de chocar con Elisa lo menos posible. Ya ni siquiera le insistían en que comiera. Elisa nunca había visto a un médico, pero incluso para un lego en la materia hubiera resultado más o menos evidente que padecía anorexia. Comía como un pájaro a la vez que llenaba de comida el plato de Francisca y el de Nahuel. Es que siempre acababa de comerse un sándwich «gigantesco» o un helado «enorme y exquisito» y había quedado llena, cuando la verdad era que no comía y estaba en los huesos.

Con los años, Francisca había aprendido a lidiar con ella y algún cariño le tenía, pero lo que más sentía por su madrastra era compasión. Elisa había desarrollado una dependencia casi patológica de Nahuel; el día que él se fuera con Juliette la destrozaría, y eso le daba lástima, aunque en el fondo de su ser fuera precisamente lo que le gustaría que pasara. Atrapada en estos sentimientos contradictorios, intentaba ser amable con ella, aunque se sintiera como el cura a quien llevan a la celda de un condenado a muerte.

Francisca nunca había entendido ese matrimonio de Nahuel con la tía Elisa – así la llamaba cuando niña–, ¿no habían sido como hermanos? ¿Qué había visto en Elisa como para casarse con ella? ¿O había sido la desesperación de encontrarse con una niña chica con la cual no sabía qué hacer? Al principio, Francisca agradeció el cambio de casa, que hubiera flores, que ahora fueran tres en el comedor y que ella pudiera comer en silencio sin sentirse incómoda. Elisa no paraba de hablar. Antes, cuando estaban solos y se sentaban a la mesa los domingos, Nahuel comía como si estuviera perdiendo un tren, le echaba

mantequilla al pan, apuraba un trago de vino, el trozo de pan a la boca, la cucharada de sopa, todo bien rápido para acabar pronto con ese trance obligatorio. Con la llegada de Elisa la relación entre Francisca y Nahuel mejoró notablemente; de alguna manera, ellos dos hicieron frente común y, a decir verdad, por primera vez en su vida Francisca se sintió aliada de su padre. Los dos se enervaban con las manías por el orden de Elisa, su beaterío y su defensa inagotable del gobierno de Pinochet, entre otras cosas.

Hasta hacía un año, Francisca estaba convencida de que Nahuel era el típico viudo agradecido de la amiga con quien se había casado para que se hiciera cargo de la casa y de su hijita. Un viudo entregado a los designios de la esposa utilitaria. Tan sumiso que era ese papá. Y esa política del avestruz: si no lo veo, no está ocurriendo. Pero un día descubrió de dónde provenía esta pretendida sumisión y no pudo dejar de sentirse aliviada. Ante sus ojos, Nahuel creció. El viejo no era el «consumido» que esconde la cabeza ante la esposa insegura y dominante. No le molestó en absoluto descubrir la existencia de Juliette. Y fue gracias a una casualidad. O mejor dicho, gracias a una intromisión inaceptable. Francisca estaba en la oficina de Nahuel esperándolo para que le firmara un cheque, cuando la secretaria entró con una pila de cartas que dejó sobre el escritorio. En ese momento, Nahuel se encontraba en una reunión. Distraídamente, Francisca tomó uno de los sobres y al ver el nombre y la dirección de la remitente, Juliette Lapierre, Pernes-les-Fontaines, se sorprendió. Nahuel tenía un socio francés, de ahí que pasara viajando al sur de Francia, ¿pero Juliette Lapierre? ¿Y con esa letra? ¿Escrito a mano? Aquello no parecía una carta de negocios. Sintió curiosidad y decidió guardarse la carta en el bolso para leerla después. Esa noche, sola en su cuarto, abrió el sobre. Había cinco fotografías y una carta de amor que leyó sintiéndose avergonzada de lo que estaba haciendo. Estaba escrita en francés:

Mon amour, he estado pensando en lo que me dijiste en Santiago y creo que tienes razón. Ya sabes lo que pienso del matrimonio, pero también es cierto que para vivir juntos no es para nada necesario firmar papeles ni hacer promesas ridículas delante de un juez...

Y seguía hablando de una vida juntos, casados o no casados y de un tío Guillaume y una tal *patronne* y luego le contaba algo de trufas y de la casa que había encontrado perfectamente bien, gracias al bueno de Vatrín... La firma —«Francesita»— era la única palabra en español. Miró las fotos creyendo que sus ojos le jugaban una mala pasada. Nahuel en pantalones cortos, anteojos oscuros y pinta de veraneante abrazando a la mujer por la cintura. Ella era mucho más baja que él, el cabello color castaño tomado en un moño y los ojos vivaces y

almendrados como los de un ciervo. Había otra de ellos dos frente a una fuente antigua decorada con un cormorán de hierro forjado, en medio de una plaza de un típico pueblo del sur de Francia. Francisca había estado en Provenza en un viaje de estudios y reconoció la plazoleta de uno de los pueblos que su propio padre le había recomendado. En otra foto aparecía la mujer en traje de baño recostada en una hamaca. ¿Desde cuándo ocurría todo esto? Ajá... su papito... mira en lo que estaba metido. Ahora entendía el porqué de su servilismo con Elisa. Es increíble lo que están dispuestos a ceder los hombres para hacerse perdonar una amante, pensó cerrando el sobre y guardándolo en su bolso con la intención de devolverlo a la oficina de Nahuel al día siguiente (nunca lo hizo).

* * *

Esa mañana irían a Valparaíso a buscar la cama entre los anticuarios amigos de Elisa. Alojarían en un hotel que estaba sobre las rocas entre Viña del Mar y Reñaca. Elisa quería volver el domingo temprano y pasar por San Juan a la vuelta. Le había pedido a Francisca que la acompañara, pero Francisca inventó una disculpa, sabía que estaría Prudencia y eso le daba un poco de lata, no se podía hablar delante de ella, todo la espantaba. ¿Cómo pudo alguien casarse con ese esperpento?, le preguntó una vez a Elisa. Pero Elisa no sólo pagaba hasta el arriendo de la casita en Colón, donde vivía con sus altares y crucifijos, sino que la defendía. Eran amigas desde sus tiempos en las Monjas Inglesas y todas sus conversaciones giraban en torno a esos recuerdos: que el profesor Rathbone, de quien todas estaban enamoradas, se había prendado de Mariana Albornoz, que la madre Ignacia había sido secretaria del papa Pío XII, que la madre Angélica abandonaba la sala de clases porque no era capaz de controlar a las niñas cuando se trenzaban en guerras con pelotitas de papel, y una vez en el patio miraba al cielo llorando; Prudencia le limpiaba las lágrimas con su pañuelito de encajes y luego entraba en la sala y se encargaba de ordenarlo todo.

—Desde chica fue aplicada y obediente, un pan de Dios, alumna nota siete —decía Elisa, orgullosa de su amiga—. Juan Enrique se ha farreado a una mujer buenísima, recta, y es bien estupendosa. Además, ¿no la encuentras muy bonita?

No, Francisca no la encontraba nada de bonita, peor aún: había algo en Prudencia que siempre le había dado miedo.

Francisca miró la hora y al ver que faltaba un cuarto para las nueve tomó el citófono y apretó el botón junto al cual decía «cocina» —invento de Elisa que tenía organizado el sistema telefónico de la casa como en un hotel.

—Elisa me encargó pedirte su desayuno a las nueve y media —dijo,

reprimiendo un bostezo.

—Ahora mismo se lo preparo —respondió Ana desde la cocina, haciendo una mueca de hastío que sólo pudo apreciar el canario que la observaba con la cabecita ladeada desde su jaula roja.

Francisca se puso una bata y fue a golpear la puerta de Elisa.

—¿Estás visible?

—Nadie está visible a esta hora... pero entra —dijo Elisa, acomodándose en los almohadones. Había enflaquecido notoriamente los últimos meses. Sus hombros lucían como dos puntas de flechas.

—Iremos, ¿verdad? Me refiero a Valparaíso. Me dijiste que me acompañarías a buscar la cama.

—¡Por supuesto! ¡Claro que iremos! Y el domingo, si no te importa, quisiera volver por San Juan. ¡Ah!, si ya te lo dije, es que ando con la cabeza en cualquier parte. Mi intención es llegar de sorpresa, así que no lo comentes con Luciano si llegara a llamar.

—No creo que vaya a San Juan, depende de cuándo regrese Pedro de Miami. ¿Por qué quieres llegar de sorpresa?

—Porque no confío en Luciano. Me avisó que las cañerías no funcionan, no se pueden usar las duchas de los baños, dijo que él las repararía inmediatamente, pero no le creo nada. ¿Qué puede haber pasado en las cañerías? Las cambiamos todas hace sólo dos años. No sé lo que puede estar mal, pero tengo la sensación de que si saben que voy arreglan todo de una patada, limpian la casa a toda carrera, puras soluciones de parche. Hace tres semanas que no me aparezco y esta vez pienso llegar sin aviso, quiero ver con qué me encuentro. Ni siquiera a Prudencia voy a decirle que voy. Si no quieres ir, bien, te vuelves a Santiago.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte en el campo?

—No sé, depende de cómo estén las cosas. Me imagino que no más allá del martes.

—Mi papá se va mañana a Francia. Podrías quedarte toda la semana. Yo voy a trabajar en mi tesis —Francisca no pasó por alto los ojos enrojecidos y un gesto de angustia que por un momento se pintó en el rostro deslavado de Elisa.

—Está muy bien, señorita ingeniera comercial, se hará lo que usted quiera, cualquier cosa con tal de que termines con éxito tu tesis —dijo Elisa, reponiéndose y haciendo una venia.

Ha estado llorando, pensó Francisca, mirando con aprensión el cuerpo esquelético de su madrastra.

—Estás demasiado flaca, Elisa, deberías alimentarte un poco mejor.

—Trago como Heliogábalo, de qué estás hablando; si no engordo no es porque no me alimento, es mi metabolismo —se cubrió el cuerpo con una bata rosada.

Mientras Elisa se duchaba, Francisca bajó a la cocina.

Ana estaba acomodando la taza del desayuno en una bandeja de plata con un primoroso paño de encaje blanco. Era una mujer gorda, de piel rosada y aspecto de campesina alemana. Al ver entrar a Francisca se le iluminó la cara. La había cuidado desde el día en que nació y lo que sentía por ella no era menos que el amor a su propia hija que murió de difteria a los dos años, antes de que Francisca naciera. Francisca también la quería. Era la única mamá que había conocido. A menudo hablaban del cambio en sus vidas a partir del matrimonio de su padre con «doña Elisa», como la llamaba Ana. No podía ocultar que sentía una franca aversión por la segunda mujer de su patrón, que llegó a quitarle el puesto de ama de casa.

—¿Despertó doña Elisa?

—¿Por qué le dices «doña»?

—Cuando estaba en la escuela leímos un libro que se llamaba *Doña Bárbara*, y tu madrastra me recuerda a esa otra bruja. Doña Bárbara era bien distinta de doña Elisa, debo decirte, niña, porque nunca estuvo sometida a ningún hombre, pero en todo lo demás se le parecía.

—No la puedes ver, ¿verdad?

—No es que no la pueda ver, mi niña, tengo que saber soportarla, si no me he mandado a cambiar es por ti, nomás, ¿por qué otra razón podría haberla aguantado todo este tiempo? A veces me vuelve loca, ese afán que tiene de medirlo todo. ¿Quién sacó la mermelada? ¿Por qué hay tan poco aceite? ¿Dónde está el tarro de Nescafé que compré hace unos días? ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo saqué todo y lo tiré al escusado! Así me dan ganas de gritarle, ¿pero sabes lo que hago? Me muerdo la lengua.

—Ya lo sé, ya lo sé, vieja gruñona —dijo Francisca, abrazándola—; es una chiflada, lo reconozco, pero mi papá tampoco es el marido del año...

—Tu papá es un hombre excelente, mi niña; cobardes son todos, pero el tuyo es una buena persona, y en eso al menos hemos tenido suerte, mucha suerte.

Eran las once y media cuando Elisa y Francisca partieron rumbo a Viña del Mar. Ana se despidió de Francisca con una retahíla de recomendaciones —«lleva una chaqueta, come bien que pareces espíritu»— y luego entró en la casa para continuar con sus quehaceres. Una vez que lavó los platos, estiró las camas y cubrió la jaula del canario, hizo la maleta que llevaría a Talca, donde pensaba quedarse hasta el domingo.

Su tren partía a las tres de la tarde.

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, jueves 10 de abril 2008

La semana anterior al asalto, Joshua y yo la pasamos juntos, ¿sabe? En una casa monísima que Joshua me había regalado ese verano; bueno, regalado es una manera de decirlo, la casa estaba a su nombre pero me la iba a transferir cuando nos casáramos. Siempre quise volver a Towanda, donde crecí junto a mi abuela Doris. Mi abuela había muerto. Mi hermano Tommy vivía al otro lado del país, entre Las Vegas y Nuevo México, jugando a la ruleta o sobreviviendo con cualquier cosa que pudiera empeñar o vender. De mi familia sólo quedaba el recuerdo de esa casa colonial de dos pisos junto al correo de Towanda que se vendió después de la muerte de mi abuela. Yo quería tener algo ahí. Una huérfana no puede darse el lujo de perder lazos familiares, aunque sea una calle, la visión de un almacén, cualquier cosa que le recuerde que alguna vez hubo alguien que se ocupó de ella. Mi abuela fue ese alguien para mí, y Joshua me sorprendió con la casa, qué quiere que le diga, ¡vaya si me sorprendió! Nunca habría esperado un gesto así de nadie. Joshua era generoso con la plata, sí, bien generoso era. ¿Ve este medallón? Me lo regaló él. Es de plata fina. Venía con una cadena de plata y oro que se rompió, desgraciadamente, así que lo uso con estas cuentas de colores. Se ve bonito, ¿verdad? No quise guardar ninguna foto de Joshua, ni un par de cartas que me escribió, pero he conservado el medallón hasta ahora y lo uso siempre. De veras que era generoso Joshua, lo que yo quisiera, ¿sabe? Lo que yo quisiera. Y tenía para regalar, déjeme decirle. Ganaba a manos llenas. Se dedicaba a juicios por malas prácticas médicas. La plata le caía como lluvia del cielo. Mire, un botón de muestra: poco antes había ganado un juicio contra un médico de San Francisco que dejó paralítica de la cintura hacia abajo a una madre de tres niños pequeños. Una epidural mal colocada. La noche anterior, el médico había bebido más de la cuenta, al parecer, y en el momento de inyectarle tiene que haberle temblado la mano o algo así, pero no estaba en condiciones de hacerlo. El marido de la mujer era anestesista del mismo hospital y contrató a Joshua para que defendiera el caso en contra de su colega. El pleito se ganó por una suma estratosférica, cien millones de dólares

tuvieron que pagar entre el médico acusado y el hospital, y Joshua sacó veinte millones líquidos para su bolsillo. El caso salió en la prensa. Bueno, todos sus casos salían en la prensa, era uno de los abogados de más renombre no sólo en esta zona, sino en el país. Los médicos le tenían pánico. Lo odiaban. ¿Si yo lo quería? Vaya preguntita. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Qué tiene que ver si lo quería o no lo quería con nada? ¡Claro que lo quería! Íbamos a casarnos, ¿no? ¿O está insinuando que andaba detrás de su plata? Se equivoca si está pensando en eso. Lo quería. Yo era joven, demasiado joven tal vez, tenía veintisiete años, bien podría haber sido su hija, pero me enamoré de él, aunque nuestra relación, si quiere que le diga la verdad, era más sexo que otra cosa. Eso. No tenía sexo con su mujer desde que murió su hija. ¿Sabe que nunca más volvieron a tener sexo? Al comienzo dormían en la misma cama, pero cuando Joshua y yo nos conocimos ya ni siquiera dormían juntos. Que nuestra relación era puro sexo es algo que percibo ahora, en ese momento no lo veía así, yo estaba muy enamorada de él y creí que él también lo estaba de mí. ¿Me creería que hasta vi una casa para comprar? Cómo estaría de ciega, la bruta. Mirando casas. Hay que ser muy imbécil. Justo después de volver de Towanda, ese viernes temprano en la mañana fui a una oficina de corredores de propiedades en Media. «Necesito una casa en la zona del Museo Brandywine», le dije a una señorita muy amable que se deshizo en sonrisas. «Tome asiento, le ofrezco un café», y cosas de esas, entusiasmada ante la perspectiva de un buen negocio, porque Chadds Ford era una de las zonas más caras de los alrededores. A Joshua le gustaba caminar por la orilla del río Brandywine y cada vez que podía se escapaba con sus papeles al café del museo de los Wyeth y trabajaba allí como si estuviera en su propio escritorio. Quería sorprenderlo con una casa en las cercanías. Estaba segura de que le gustaría vivir allí, y no quedaba demasiado lejos de su oficina. Sabía que de ninguna manera podríamos vivir en Wallingford, pero Chadds Ford era aún más bonito que Wallingford y tranquilo como una taza de leche. Yo quería tener niños, ¿sabe? Muchos. Tres o cuatro, por lo menos, así que pedí que me mostraran una casa grande, con varios dormitorios, jardín, una buena cocina con comedor de diario, usted sabe, para una familia numerosa. Joshua, yo, nuestros hijos. Hasta había pensado en un nombre para la mayor. Paige. Así quería llamarla. ¿Le gusta el nombre Paige? A mí me parecía elegante, antiguo, como de otra época. Paige Kelly. Y a uno de los niños lo llamaría Scott, como mi abuelo, a quien nunca conocí pero fue como si lo hubiera conocido, pues mi abuela Doris hablaba de él todo el tiempo y la casa de Towanda estaba tapizada con fotografías suyas. «Tenemos una casa que es justamente lo que busca», me dijo la corredora, «¿tiene tiempo ahora?». «Tengo todo el día», le dije. Partimos en su camioneta y nos internamos por un sendero muy bonito que corría junto al

Brandywine, pasamos por la casa donde vivía Andrew Wyeth y llegamos a una zona de colinas y árboles, y ahí estaba la casa... ¡la hubiera visto usted!, quedé boquiabierta, qué quiere que le diga. En dos vidas no hubiera podido ahorrar el dinero que se necesitaba para comprarla. Parecía como sacada de una revista de decoración. No podría decirle de qué estilo era, pero se veía más bien antigua, yo diría que era estilo inglés, de ladrillo, tenía varias chimeneas, tres pisos. Dos de los muros exteriores estaban enteramente cubiertos por una de esas enredaderas de hojas diminutas, no sé cómo se llaman, esas que se aprietan como formando una tela, ¿las conoce? En sueños me había visto habitando una casa regia con enredaderas subiendo por aquí y por allá. ¿Se ha fijado que las casas de los pobres nunca tienen enredaderas? La corredora hacía su trabajo explicándome cada espacio: «Aquí tenemos un espectacular comedor de diario, y mire este bow-window a la piscina, especial para leer un libro después de almuerzo sin despegar la mirada de los niños que estarán bañándose, y venga a ver lo que hay por aquí»—. Abría dos puertas de vitreaux: «En esta sala fácilmente podría colgarse una pantalla de televisión de cincuenta y dos pulgadas, hasta más, ¿qué le parece el porte de la habitación? ¿No es todo lo que una mujer ha soñado? Pase por aquí, por favor, mire esta otra pieza. La señora Hancock la usaba para sus bordados y costuras, ¿no la encuentra encantadora? Me imagino que aquí pondría usted su computador...». Y yo, qué quiere que le diga, apenas la escuchaba, porque ya antes de entrar me enamoré de la casa y me vi viviendo en ella con Joshua, Paige, Scott y los otros niños. Era una soñadora. O una idiota, como usted quiera. Al fondo del hall de entrada se abría una gran escalera de dos brazos, uno hacia la izquierda, otro hacia la derecha. Era una maravilla de casa. Tenía cuatro o cinco dormitorios, ya no me acuerdo, dos escritorios, la salita de costuras de la señora Hancock, un salón importante, comedor aparte, cocina aparte, todo aparte; no se trataba de una típica casa americana, ya le digo, sino como las de Europa, con ventanas más bien pequeñas, puertas francesas, de esas con vidrios chicos enmarcados en madera, madera, madera, nada plástico, ¿sabe?, pero igual había mucha luz. «¿Le gusta?», me preguntó la corredora. «¿Que si me gusta? ¿A quién no va a gustarle esta preciosura? ¿Cuánto vale?». Creo que me dijo ochocientos cincuenta mil, que en aquel tiempo era hartos más plata que ahora.

Ese día no quise ver más. Había encontrado la casa que me gustaba a la primera y no tenía nada de raro, pues si se tiene un millón de dólares en el bolsillo para comprar una casa encuentras lo que quieres en cinco minutos, y Joshua contaba con ese dinero y más. Cuando regresé a mi departamento en Morton lo llamé a su celular. Lo tenía desconectado. Le envié un mail con la esperanza de que se pusiera en contacto conmigo. Nada. No se comunicó en todo

el día, ¿y sabe una cosa?, me pareció raro. Bien raro, qué quiere que le diga. Habíamos estado casi toda la semana juntos en Towanda, y bien, más que bien, tiramos como locos, comimos cosas ricas, el miércoles asamos en la barbacoa dos tremendos London Broil de la mejor calidad, que Joshua compró en el mercado de Wayne antes de irnos; en fin, no era como para que volviera a su casa y si te he visto no me acuerdo. Ese viernes, en la noche, cuando estaba a punto de acostarme, enrabiada porque había encontrado una casa espléndida y no podía comunicarme con él para decírselo, llegó Tommy... Pero veo que ya está mirando la hora. ¿Ya son las ocho? Quiere decir que tendremos que dejar a Tommy para la próxima semana. ¡Ah! Que no se me olvide: gracias por el dato de la linaza molida, me ha sentado bien.

Nahuel

Santiago, Chile, viernes 15 de octubre 1999

Nadie había anticipado lluvias para ese viernes. Sin embargo, hacia las cuatro y media de la madrugada el cielo se cubrió de espesos nubarrones y una cascada de relámpagos encendió los faldeos cordilleranos. Los truenos retumbaban, haciendo temblar los vidrios de las ventanas, y un aguacero torrencial inundó en pocos minutos las calles de Santiago.

Nahuel prendió la luz y se sentó en la cama sabiendo que ya no volvería a dormir. Las tormentas siempre le producían un vago desasosiego.

Elisa dormía a su lado. Estuvo un rato observando su respiración acompasada que subía y bajaba la sábana a la altura de los pechos. Se restregó los ojos y paseó la vista por el dormitorio, fijándola en los cristales rojos, amarillos y azules de la lámpara veneciana, las cortinas de colores tenues, el silloncito haciendo juego con el papel de las paredes y la acuarela de William Lumpkins sobre la cómoda. No había mucho más en ese cuarto de amplias proporciones. Toda la casa estaba decorada sobriamente, con pocos muebles, justo lo necesario para que las piezas no se vieran vacías y resultaran acogedoras. La habían comprado seis meses después de casarse. La casona llevaba años desocupada. Sobre ella pesaba la historia lúgubre de un marido que había asesinado a su mujer. Se decía que la mujer aparecía en las noches y se sentaba en el comedor a llorar, que los vasos tintineaban y a partir de las doce se escuchaba música de piano. La familia llevó un sacerdote para exorcizarla, y en cuanto el incienso se esfumó, los espíritus volvieron a pasearse por el salón y el comedor como si fueran de carne y hueso.

Nahuel tenía un gran respeto por los fenómenos del más allá. Había visto y sentido cosas raras y, aunque no sabía a qué atribuirlos, jamás se hubiera permitido bromear sobre esos asuntos. Su infancia había transcurrido en Pumalinque, en un campo escondido a los pies del cerro Name, al interior de Cauquenes hacia la costa, más allá de Chanco, hasta donde era difícil llegar por los caminos de tierra, verdaderos barriales en invierno, resquebrajados y llenos

de hoyos en verano. Tenía tres años cuando su madre se enamoró de un actor de teatro español y se fue a vivir a Madrid, dejándolo a cargo de la abuela Rosa y su hermana Clemencia. A su padre, prácticamente no lo veía. Era un hombre inteligente y culto, completamente alcohólico, y vivía en Santiago sin interesarse en la existencia de su hijo.

Sus primeros amigos habían sido el gato de la tía Clemencia, un loro que nunca logró domesticar del todo, y el Canelo, su caballo, que apenas movía las patas de puro viejo y parecía estar vivo de milagro. Hasta que asistió a la escuelita de Zinc –la llamaban así por el material del techo–, en las afueras de Tapihue, nunca había jugado con un niño de su edad. Años después, a los diez, cuando entró al colegio en Cauquenes, conoció a Gonzalo Marco, un chiquillo delgaducho y nostálgico, hijo de un dirigente sindical comunista, quien sería su amigo, el único hermano que tuvo, para el resto de su vida. Antes de Gonzalo Marco su niñez había sido más bien solitaria; sin embargo, siempre guardó un tierno recuerdo de esos tiempos con su abuela Rosa y la tía Clemencia. Que sus padres lo abandonaran a tan temprana edad nunca dejó de dolerle, y si no hubiera sido por la ternura con que lo trató su abuela y la seguridad de que su abuela lo adoraba, quién sabe cuánto más le hubiera pesado su orfandad. Si se sorprendía pensando que su madre se había ido, dejándolo tirado como si él le importara una bosta, se sentaba en un cojín, cruzaba las manos, agachaba la cabeza y pronunciaba diez veces seguidas una especie de mantra, «gracias, abuela, por existir», y la tristeza se esfumaba.

A su padre lo veía unas dos o tres veces al año y eran un martirio esas visitas en que no tenían nada que decirse y su padre se atontaba con los vasos de pisco puro, que la abuela Rosa le servía a regañadientes. A partir de los ocho años no volvió a verlo ni a saber de él.

* * *

La abuela Rosa y la tía Clemencia eran dos señoras viudas, conocidas por sus prácticas espiritistas en que las mesas se elevaban solas y los espíritus movían los cuadros o daban golpecitos en las ventanas. No faltó quien dijera que eran medio chifladas, otros aseguraban que tenían poderes sobrenaturales. Lo cierto es que para las hermanas Lyon la línea divisoria entre aquí y el otro mundo prácticamente no existía. Con una voz de ultratumba, y hasta cuando estaban sentados a la mesa comiendo, establecían esos contactos que dejaban a Nahuel sumido en una mezcla de fascinación y curiosidad, con los pelos de punta. Era como si los espíritus estuvieran al aguaito de su llamado, siempre llegaban, y lo

hacían manifestándose con un golpe, un cuadro que se movía, la mesa que daba un brinco. La abuela Rosa formulaba las preguntas de rigor: «¿Necesita un recado para algún familiar, una misa para el reposo de su alma, un rosario?». Y el aparecido respondía a través de la tía Clemencia que oficiaba de médium y cambiaba de expresión, de voz y hasta de idioma, dependiendo de quién la habitara en ese momento. A menudo evocaban a sus maridos: «Saturnino Barros, si estás aquí, maniéstate con dos golpes... Octavio Pereira, si eres tú, que la mesa dé un salto». Luego se arrepentían de haberlos llamado. «Para qué comunicarnos con ese par de antipáticos que nos hicieron la vida imposible», decía la abuela Rosa, tragándose una lágrima.

Efectivamente, las hermanas no habían tenido suerte en sus matrimonios. Saturnino Barros, el marido de la tía Clemencia, un abogado que nunca ejerció como tal, había muerto de un infarto al corazón en brazos de una bailarina del Bim Bam Bum. Vergüenza familiar. Si no hubiera sido por Bernardo Barros, un sobrino generoso, quien acogió a Clemencia y le pasó varios millones para que viviera sin problema el resto de la vida, Clemencia habría tenido que costear sus reducidos gastos trabajando, pues Saturnino se gastó una fortuna en cabareteras, viajes y aventuras innombrables que sólo sirvieron para enlodar el buen nombre de la familia. Y en cuanto a la abuela Rosa, su suerte no había sido tanto mejor. Octavio Pereira, un terrateniente bastante rico y buena persona, hubiera estado perfecto de no haberle gustado más el mozo de la cocina que su mujer. Cuando Rosa lo encontró encamado con el muchachote, que entonces tendría unos veinticuatro años, no quiso echarlo de la casa —«no estoy dispuesta a hacer público este escándalo»—, pero lo expulsó de su dormitorio. Vivieron muchos años bajo el mismo techo, hasta que un ataque de asma dio cuenta de Octavio y una ola de alivio recorrió a la familia. Gracias a Dios y al Santísimo Sacramento de Jesús, dijo la abuela Rosa, y siguió adelante con su vida.

Cuando murió Sarturnino las dos hermanas se trasladaron a Pumalinque, el campo que la abuela Rosa heredó de su marido. Y Nahuel vivió con ellas. Y los fantasmas. Y los extraños quejidos. Y el viento que soplaba sin misericordia. «Vas a escuchar pasos que no son pasos y voces que no son voces porque a los muertos les encanta venir a esta casa para conversar con mi abuela y la tía Clemencia», le explicaría a Elisa el verano en que fue a Pumalinque por primera vez. Pero Elisa, fiel a los postulados de la Iglesia católica, consideraba sacrílega la sola idea de que los muertos estuvieran al alcance de las «jugarretas» de dos señoras irreverentes. Y cuando se lo comentó por carta a Prudencia, su íntima amiga del colegio, ésta le contestó diciéndole que a su vuelta a Santiago tendría que confesarse con el padre Ian, porque era pecado mortal dormir en casas donde

hacían espiritismo.

* * *

Volvió a mirarla.

¿Dormiría o se haría la dormida, como la había sorprendido varias veces ya? Estaba casi seguro de que Elisa sabía de la existencia de Juliette, pero también lo estaba de que, si fuera así, se cuidaría de hacer mención a cualquier cosa que pusiera en peligro el matrimonio de ellos dos. Se haría «la lesa y punto». Como si la falta de amor pudiera enmendarse con silencio. Las cosas iban a seguir tal cual y cualquier interferencia externa pasaría de largo. Esa era Elisa. Había organizado sus emociones tan metódicamente como su escritorio en la buhardilla. Católica y observante, provenía de una familia que rezaba el rosario todas las noches y rara vez se sentaban a la mesa sin que Josefa Alcalde juntara las manos y diera gracias a Dios por la comida, y Bernardo Barros, político conservador de misa diaria, la secundara rezando el padrenuestro. Fue la única hija de ese hogar donde todo transcurría según las normas más estrictas de la religión y las buenas costumbres y bajo el orden de escuela militar impuesto por Josefa, hasta que Josefa murió de un infarto al corazón y ella y su padre quedaron como náufragos.

Para Elisa nada ocurría porque sí. El azar no jugaba ningún papel en la geometría de sus creencias. La mano de Dios ordenaba y desordenaba las cosas. «La mano de Dios está en todas partes», era la muletilla de Prudencia que Elisa había adoptado con igual pasión. Prudencia era archicatólica, casi una monja de cara sonrosada y ojos muy azules y vivarachos que veía milagros en todas partes, creía que la Biblia había sido escrita de puño y letra por Dios y consideraba sacrílego cuestionar los dogmas de la Iglesia. Nahuel gozaba fastidiándola, sacándola de quicio, poniendo en duda sus categóricas afirmaciones sobre cosas que nadie en su sano juicio podía dar por ciertas de no mediar esa fe de fanática que tenía. «A ver, Prudencia, si Jesús hizo el milagro de curar a un ciego, ¿por qué no extendió la proeza y curó la ceguera?». ¡Ateo, irreverente!, se indignaba Prudencia; pero él la quería mucho y la verdad es que envidiaba su fe a prueba de cualquier embate.

Un día (llevaba poco más de un año casado con Elisa), Prudencia y Elisa estaban hablando en el salón de la casa y la puerta de su escritorio quedó entreabierta, de modo que pudo escucharlas. Prudencia había descubierto una carta en el bolsillo del pantalón de Juan Enrique. Era de una de las enfermeras con quien trabajaba. Al día siguiente lo esperó agazapada tras un arbusto frente

al hospital y los vio salir juntos. Entonces empezó a atar cabos sueltos y ahora no le cabía duda de que Juan Enrique tenía amores con esa mujer. «¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo? Tiene otra, es un adúltero», musitaba, pronunciando la palabra como si temiera que la escucharan las paredes, jamás hubiera imaginado algo así de su marido. Juan Enrique se le había caído al suelo como una estatua rota, su matrimonio se había ido a las pailas. Y lo peor era la vergüenza. «Imagínate, qué humillación tan atroz, Elisa, no sé qué irá a ser de mí, si sólo supiera qué fue lo que hice mal, porque créeme que yo puse todo en esta relación, todo...».

Enervada por el lloriqueo de la otra, Elisa alzó una voz que a Nahuel le sonó como la de un ángel castigador: «¡Déjate de lamentos! Es una prueba que Dios te ha enviado, se trata de una calentura y nada más, tú no tienes que hacer nada, ¿me entiendes?, absolutamente, nada, hazte la lesa y punto, no vas a tirar tu matrimonio al tarro de la basura por un simple amorío».

Que la escuchara bien y se lo grabara: esto era igual a esas fiebres tropicales que dejaban a la gente delirando y diciendo barbaridades por un rato y con el remedio apropiado se pasaban como por encanto. «¿Cuál es el remedio apropiado? », preguntó Prudencia, entre hipos. «Ya te dije, el mejor antídoto es hacerse la lesa. Se le va a pasar».

¿Dónde estaba ella cuando se inventó la pasión? Elisa nunca había sido una fanática del sexo, mejor dicho no le gustaba; sin embargo, en los últimos meses la había sorprendido con una camisa de dormir transparente. Se metía al baño, donde tardaba más de la cuenta en desvestirse, y luego aparecía con la camisa. Desde el primer día exigió que apagaran la luz cuando tuvieran sexo, rara vez la había visto desnuda, y ahora se sintió incómodo, no tanto porque su cuerpo esquelético quedara tan patéticamente al descubierto, sino porque en esa camisa ella misma se veía incómoda y fuera de lugar. Se acostaba con ella porque lo sentía su obligación y no quería herirla, pero ya no disfrutaba de esos coitos. Una vez que terminaba, cada vez más exhausto y desencantado, lo embargaba un sentimiento de culpa. ¿Por qué no hablarle con la verdad? ¿Por qué no decirle que no estaba enamorado de ella?

* * *

A los veinticinco años se había casado con Rosalina Ferrer, la hija del gastroenterólogo que trataba las úlceras de la tía Clemencia. Un verano, de paso por Cauquenes, el doctor Ferrer se internó hacia la cordillera de la Costa y llegó hasta Pumalinque para saludar a su paciente. El médico andaba con una joven de

veinte años, piel tostada y los ojos un poco caídos que llevaba el pelo largo y liso hasta la cintura. Cuando Nahuel la vio le pareció un ser sobrenatural. Más bien baja y menuda, tenía bonitas formas redondas, aunque no era lo que se dice bella, su nariz era un poco ancha y la boca de labios gruesos, pequeña como un botón. Sin embargo, había algo muy misterioso en su mirada verde, su manera de reírse, su andar como si no pisara el suelo, y lo que más gracia le hizo fue que hablara como si tuviera una experiencia milenaria, empleando términos que él sólo había visto en libros: «ubicuo», «circunloquio»...

—Eres un torreznero —le dijo una mañana que lo sorprendió en cama pasadas las diez, porque se había quedado dormido.

—¿Y eso qué significa?

—Gandul —dijo Rosalina, muy seria—. No te rías, es que tenemos un idioma tan amplio, tan bonito, que me niego a emplear siempre las mismas cuatro palabras.

Y él se quedaba observándola boquiabierto y admirado.

—No columbro qué haremos tú y yo una vez que volvamos a Santiago, pero me imagino que seguiremos viéndonos en la universidad, ¿no es cierto? —comentó un día mientras recogían peras en el potrero frente a la casa.

Columbro, pensó él, ¿de dónde habrá sacado esa palabra? Nunca había conocido a una mujer así. No es que hubiera conocido a tantas, pero Rosalina le pareció única. «Creo que estoy enamorado hasta las patas», le escribió a Gonzalo Marco, que veraneaba en Constitución con su familia.

El doctor y su hija se quedaron una semana, al final de la cual Nahuel y Rosalina se habían acariciado en el patio de los almendros y prometido no separarse más.

Por ese tiempo, salvo en los meses de verano, Nahuel y la abuela Rosa ya estaban viviendo en Santiago. Nahuel y su amigo Gonzalo estudiaban agronomía en la Universidad de Chile y formaban parte activa de las entusiastas huestes de guerrilleros y contestatarios, todos unidos bajo las consignas de cambio y justicia social, avivados por la incendiaria retórica de Fidel Castro y el Che Guevara. Eran los benditos sesenta con su carga revolucionaria. Rosalina, estudiante del Pedagógico, comulgaba con las mismas ideas y participaban de cuanta marcha, protesta y huelga de hambre estuviera a la orden del día; pasaban más tiempo en la calle lanzando huevos y tomates al frontis de la Embajada de Estados Unidos, en el Parque Forestal, que en la sala de clases.

* * *

Anduvieron juntos cinco años y cuando Rosalina se recibió de profesora de literatura y él de ingeniero agrónomo, «entraron en vereda», como decía, muy ufana, la abuela Rosa, y se casaron. La abuela Rosa vendió Pumalinque y lo ayudó a comprar el fundo San Juan, ochenta hectáreas plantadas de viñas a diez kilómetros de Quillota, donde viviría hasta la muerte de Rosalina.

Con el matrimonio y la partida al campo se despidieron de los mítines políticos, las huelgas y los discursos candentes; ya no hubo nadie que llamara a Nahuel el «compañero Palote Lynch» («palote» por su altura y delgadez), y pasaron a formar parte de la misma burguesía que poco antes habían denostado a piedrazos. Aunque la familia, la posición social, el poder y el dinero no habían sido prioritarios para él y hasta se había burlado de esos mitos burgueses de la felicidad, aceptó gustoso la vida en el campo. Todo le parecía amable y cálido. Por las tardes llegaba de vuelta del trabajo diario a la antigua casa colonial que habían remodelado, y encontraba a Rosalina en el patio de la higuera, leyendo un libro o regando las plantas, su cuerpo bien torneado y ese aire de placidez, tan segura de sí misma, tan sosegada. Se contaban las cosas del día, comían cualquier cosa tirados en el pasto y salían a recorrer la viña o a dar un paseo a caballo. Por la noche, luego de hundirse en sus carnes suaves y su aroma a fruta fresca, se sentía el hombre más afortunado del planeta. Jamás iba a dejar de amarla. Junto a Rosalina todo se tornaba sencillo y agradable. Salvo los temblores, que le daban pánico, nada parecía inmutarla ni sacarla de una acogedora serenidad que la hacía esa mujer tranquila, sensata, sin complicaciones. Juntos habían hecho el tránsito de los años de efervescencia política a un tiempo más reposado para formar la familia y Nahuel la sentía su aliada, tal vez la única persona a quien le hubiera confiado que vivir como un buen burgués, lejos de parecerle tan vergonzoso, le gustaba.

Gonzalo Marco nunca entendió las motivaciones profundas de estos cambios.

—Veo que te has rendido al vil dinero y estás viviendo como un capitalista cualquiera —le dijo un día de visita en San Juan, observando con cierto desprecio los bonitos muebles de mimbre (regalo de la madre de Rosalina), las sillas de cuero de vaca (compradas por Nahuel con sus primeros ahorros), la consola con los platos de cerámica azul (regalo de matrimonio de la abuela Rosa), los dos cuadros de Nemesio Antúnez (regalo de matrimonio de Bernardo Barros) y la imponente chimenea de piedra del salón de la casona—. ¿No te sientes incómodo viviendo en este palacete?

—No seas exagerado, no es ningún palacete; además, que yo viva en una casa miserable no le soluciona los problemas a nadie —respondió; pero sí, se

sintió incómodo y, por un tiempo, la amistad con Gonzalo quedó como en suspenso, mas los lazos que los unían eran más fuertes que el tipo de vida que cada uno escogiera llevar y Gonzalo terminó aceptando que su amigo de la infancia se hubiera «momificado», como decía medio en broma, medio en serio.

* * *

A los cinco años de matrimonio, Rosalina quedó embarazada y Nahuel vio que se iniciaba una etapa con claros tintes de perpetuidad; un hijo era otra cosa, un compromiso para siempre, y una mezcla de temor y alegría se apoderó de él. La cuidó, la mimó, le compraba pasteles cada vez que a Rosalina se le antojaba algo dulce, la quería más que nunca, pero en el fondo de su ser sentía celos por esa criatura que estaba deformando a su mujer y alejándola poco a poco, ensimismándola, sumiéndola en esos momentos únicos en que se miraba el vientre y le musitaba a su bebé palabras que parecían provenir desde muy lejos y en otro idioma.

A los nueve meses, junto con nacer la niña, sus peores temores empezaron a confirmarse y se encontró frente a una realidad muy distinta de lo que había sido su matrimonio hasta entonces. Francisca, que así llamaron a la recién nacida, alteró la convivencia casi perfecta que tenían, y por primera vez se le ocurrió pensar que esta hija podía ser un verdadero incordio. ¿No se suponía que un hijo debía unir más a la pareja? ¿Darle un sentido más profundo y duradero al matrimonio? ¿No era por eso que se casaba la gente? En este caso, la niña ocupó su lugar en la cama, en la mente y en el corazón de Rosalina. Los besos quedaron para cuando Francisca no estuviera enchufada al pezón de su madre. Todo empezó a girar en torno a esta criatura que manipulaba el ambiente con sus berrinches. Dónde está el chupete. Hay que mudar a la niña. Que la niña no se vaya a caer.

—Shhhhhhh, no hables fuerte.

Sus noches de amor no sólo se distanciaron, sino que desaparecieron por completo. La niña se convirtió en una prolongación de Rosalina, como si le hubiese crecido una cola, un tercer brazo. Rosalina la bañaba, la vestía, le daba de comer, pasaba horas haciéndola dormir y a medianoche se la llevaba a la cama (antes de ellos dos), único lugar donde paraba de llorar. Francisca y sus pequeños dramas cotidianos se adueñaron de la vida de su madre, se acabaron los paseos a caballo, las comidas rápidas en el pasto, las noches tibias y sudorosas, y un olor a vómito de bebé mezclado con colonia Simmons inundó las piezas. Por un lado admiraba la devoción de Rosalina, su amor maternal, pero

otra parte de su ser no podía tolerar la intensidad de esa relación que estaba destruyendo la suya.

Al cabo de algunos meses, Nahuel se sentía sobrando, un estorbo, el mundo había dejado de ser el espacio perfecto donde sólo cabían ellos dos, y por el tiempo en que Francisca empezó a dar los primeros pasos, un día se quedó en la oficina hasta más tarde ayudando a Violeta, la gerente comercial de la viña, y el diablo metió su cola.

El affaire comenzó como suelen partir estas cosas. Primero fue una mirada distinta que estableció un puente. Otro día un roce en el brazo que parecía casual y no lo era. Después una rodilla buscando la otra debajo de la mesa en un almuerzo con un banquero de Quillota. Él alzó la cabeza y aprovechando un momento en que se quedaron solos le preguntó si tenía algo que hacer esa noche.

—Nunca tengo nada que hacer en las noches, ¿y tú?

—Es que hoy, precisamente estoy solo, Rosalina se fue a Santiago. La niña amaneció con fiebre y la llevó al médico.

—¿De veras no tienes nada que hacer aparte de echarlas de menos?

—Yo no he dicho que vaya a echarlas de menos.

—¿No? ¿Estás seguro?

No si ella lo acompañaba, le dijo, posando una mano en su muslo.

—A veinte kilómetros de aquí hay un motel muy simpático... podríamos tomarnos un trago, pasar un rato agradable, te cuento las historias espiritistas de mi abuela Rosa. ¿Qué te parece?

—¿Un motel? ¡Pero qué osado, Nahuelito!

Regresaron de madrugada, ella a su casa de Quillota, él a la suya en San Juan, donde pasó el resto de la noche dándose vueltas en la cama sin poder dormir, con el olor fresco y joven del sexo de Violeta pegado a su memoria. Volvía a sentirla desnuda sobre su cuerpo y en un momento anheló con tal fuerza volver a tocarla, que estuvo a punto de levantarse y partir a Quillota.

Dos días más tarde, cuando Rosalina regresó de Santiago, con la niña buena y sana, le dijo que ese fin de semana debía reunirse en Curicó con un par de viñateros de Santa Cruz, y se encerró con Violeta en el motelito todo el sábado y el domingo.

La novedad sexual lo excitaba ahora tanto como en un tiempo las formas conocidas y el olor a fruta fresca del cuello de Rosalina. La calidez y complicidad de Rosalina fueron reemplazadas por una cierta vulgaridad y desenfreno de Violeta que lo conectaba con su parte más animal. Pensaba en ella a cada rato y había días en que no lograba concentrarse imaginando el momento en que la penetraría buscando ansioso ese fondo oscuro, ese punto mínimo y

preciso que la hacía derramarse y a él explotar como en un choque de estrellas. Nunca se detuvo a pensar en lo que estaba ocurriendo, fue como una fiebre, un calor desconocido e intenso que lo abrasaba. Se tiró al agua con ropa y todo, como se dice, sin darle más vueltas al asunto y seguro de que se le iba a pasar; qué estúpido, qué liviano fui, se diría él mismo después, agarrándose la cabeza a dos manos, afligido y ya sin poder hacer nada para deshacer el lío en que se había metido. Fue comprometiéndose cada vez más con Violeta y lo que había empezado como una escapada sin importancia, una cana al aire, una aventura de una noche en un motel caminero, terminó en algo mucho más profundo. No supo en qué momento se enamoró de ella y cómo fue que Rosalina pasó a segundo plano. Lo cierto es que veía a Rosalina tan dedicada a Francisca, tan compenetrada con su papel de madre, tan llena de obligaciones que nunca tenían nada que ver con él, que a poco andar dejó de importarle y se convenció o se quiso convencer de que también ella había dejado de amarlo.

* * *

Cuatro años más tarde, Rosalina enfermó de cáncer al colon y a partir del instante en que el médico le dijo que el pronóstico era de los peores, entró en una de esas pesadillas que se viven como si todo el horror le estuviera ocurriendo a otra persona. En la primera operación le sacaron medio intestino. Después de la segunda tuvieron que hacerle un ano contra natura y Rosalina anduvo durante los pocos meses más que vivió vagando por la casa con esa bolsita plástica para los desechos adosada a su cuerpo, la cosa más indigna y triste. Las metástasis no tardaron en hacerse presentes y llegó un momento en que los tumores malignos se habían adueñado de casi todos sus órganos. La sometieron a nuevos tratamientos de quimioterapia, seguidos de radiaciones que exigían constantes viajes a Santiago y largas discusiones con los médicos, uno de los cuales se atrevió a decirle a Nahuel que no había nada que hacer, aparte de ofrecerle la mejor calidad de vida posible en los pocos meses que le quedaban. Volvió con ella al campo, para no moverse de allí, y en las próximas semanas la vio consumirse hasta quedar convertida en un remedo de sí misma, tan delgada y frágil que daba lástima.

El último día Nahuel entró a verla temprano en la mañana y la encontró sentada en su cama con las manos cruzadas sobre el vientre hinchado. Rosalina lo miró a los ojos.

—Mi tumor se llama Violeta —dijo con voz desangelada y sin ninguna emoción, como quien dice parece que va a llover.

Nahuel permaneció a los pies de la cama sin saber cómo reaccionar y sólo atinó a mirarla callado. De golpe se le vinieron encima los últimos cuatro años que habían pasado distanciándose cada vez más, con ese mar de fondo que ninguno de los dos se atrevió a tocar. ¿Por qué no se lo representó antes? ¿Por qué no explotó en recriminaciones cuando todavía estaban a tiempo de salvar su matrimonio? A esas alturas de nada serviría decirle que había sido un asunto sin importancia, una calentura, una estupidez. La muerte impone sus prioridades, y además no era cierto, no había sido una estupidez sin importancia. No le dijo ni una palabra y Rosalina tampoco insistió en el tema.

Murió esa misma tarde, pasadas las cinco, y Nahuel sintió una gran amargura por la forma como se despidieron. ¿Quería castigarlo? ¿Fue una venganza? ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Y qué diablos lo cegó a él? No podía creer que él mismo hubiera sido tan estúpido como para creer que Rosalina no se había dado cuenta. Gonzalo Marco se lo había advertido —«no seas pelotudo, estás cometiendo un error espantoso, y si crees que Rosalina no lo sabe, estás loco»—. Pero él nunca vio una señal, ni un gesto, ni una palabra de odio. ¿O realmente había llegado a odiarlo y él tampoco se había dado cuenta?

El día del entierro, de vuelta en su casa, mirando la cama vacía, la colcha estirada, sin sábanas ni almohadas, las paredes se le vinieron encima y la última frase de Rosalina acudió a su memoria con dolorosa insistencia. En medio de la congoja decidió que era mejor que Violeta se fuera de la viña, él necesitaba establecer una distancia, no podría hacer cuenta que no había pasado nada y tampoco podría mirarla sin pensar en Rosalina.

Días después le propuso que se buscara otro trabajo, le ofreció una indemnización abultadísima que lo hubiera dejado prácticamente en la ruina si ella la hubiera aceptado.

—La plata nunca ha jugado el menor papel en mi relación contigo —le dijo, en cambio, dolida.

A los pocos días se fue y él la vio partir sintiéndose el peor de los hombres.

* * *

A la muerte de Rosalina, Francisca pasó al cuidado de Ana. Ana hizo el papel de mamá y de cierta forma también el de papá, pues a él le costaba relacionarse con la niña. Se enervaba con ella y no sabía de qué hablarle. ¿Cómo se juega con una niña tan chica?

Cuatro años más tarde, cuando el recuerdo de Rosalina alejándose del mundo se había convertido en una de esas viejas heridas que de pronto dejan de doler, se

casó con Elisa, la hija de Bernardo Barros, a quien había conocido desde niño. Se encontraba solo y desorientado tratando de atinar con la crianza de su hija y Elisa estaba ahí. Esperándolo. En alguna parte de su memoria se alojaba la imagen de la rubia carilarga, con el pelo tomado en una cola de caballo y las piernas como patas de zancudo, que llegó un verano a Pumalinque invitada por la tía Clemencia. «Tienes que ser amable con esta niñita, se le acaba de morir la mamá y Bernardo Barros la ha enviado a pasar una temporada con nosotros para que se sienta un poco más acompañada», le dijo la tía Clemencia la mañana en que Elisa llegó al campo.

—¿Así que tú eres el famoso Nahuel? —preguntó al bajarse de la camioneta de la abuela Rosa, mirando hacia todos lados como si hubiera aterrizado en un planeta extraño.

—No sabía que fuera famoso —dijo Nahuel, observando el rostro de esa rubia desabrida que lo miraba a su vez con curiosidad—. ¿Esta es tu maleta? Ven. Te acompaño a tu pieza. Te arreglamos la pieza que está al lado de la del cura. La tía Clemencia me ha dicho que eres lo más católica que hay. ¿Es cierto?

Elisa lo miró con desplante.

—En cambio, a mí me han dicho que ni siquiera has hecho la primera comunión.

Nahuel no quiso explicarle que su abuela lo había dejado en libertad de elegir la religión que quisiera —«son todas iguales, hijito, lo único importante es Dios».

Pasaron los próximos dos meses cazando conejos con huaches, bañándose en el estero La Toribia y pescando pejerreyes en el tranque de Unihue. Se hicieron amigos y se llevaban bien, Nahuel jugaba con ella como si fuera otro muchacho de su misma edad y a Elisa parecía gustarle esta amistad como de Tom Sawyer y Huckleberry Finn. Nunca hubo ni la menor aproximación amorosa. El despertar sexual tampoco pasó por esa relación. Un tiempo después «se haría hombre», como le recomendaba, enfática, la abuela Rosa, en brazos de Zulema, la hija de la cocinera. (Para Elisa la sola idea de perder la virginidad antes de casarse era inconcebible —«la cosa más preciosa que tiene una mujer quisiera preservarla para el hombre con quien voy a pasar toda la vida»).

En 1964, la abuela Rosa se mudó a Santiago, y al entrar a la universidad, Nahuel dejó de verla. Elisa no tenía nada que ver con la realidad universitaria que le resultó deslumbrante. Se encontró frente a una ventana abierta al mundo, se hizo amigo de gente que le pareció mucho más interesante que los compañeros del Liceo de Cauquenes, más abiertos y curiosos, bochincheros, entretenidos, participó de otras ideas, se involucró en cuerpo y alma con el

espíritu revolucionario, y Fidel, el Che Guevara, la guerra de Vietnam, Checoslovaquia pasaron a ser sus preocupaciones fundamentales. Elisa no participó de ninguna de estas cosas, desde luego no entró a la universidad, sino a la Cruz Roja, donde estudiaban las «niñas bien» a quienes el cacumen no les había dado como para una carrera universitaria, las «momias», como empezaron a llamarlas a mediados de los sesenta, pero siempre la recordó con cariño y como a una verdadera hermana.

Cuando murió Rosalina fue la primera en llegar a darle el pésame.

—Estoy al otro lado del teléfono —le dijo al oído al despedirse.

Mucho tiempo después, un día que amaneció sintiéndose solo y desesperado, se acordó de sus palabras y la llamó.

Así empezó todo.

Llevaban varios meses saliendo y una noche tuvo un sueño con ella, no fue un sueño sensual ni nada por el estilo. Estaban recostados en un par de hamacas que colgaban debajo de los tilos de Pumalín leyendo cada uno su libro. Como en un cuadro de Renoir. Era una tarde de verano y corría una brisa fresca. De tanto en tanto, Elisa alzaba la vista y le sonreía. No fue más que eso; sin embargo, despertó con una increíble sensación de tranquilidad. Después se dijo a sí mismo que nadie se casa porque sueña con una amiga de la infancia en una escena bucólica, en qué estaría pensando, cómo pudo haber sido tan pelotudo y cosas de esas; pero lo cierto es que ese día se dio una ducha rápida y fue a buscarla para escalar el cerro San Cristóbal, como venían haciendo los últimos domingos.

Era una mañana después de la lluvia, un aire limpio se había instalado en Santiago. Subieron casi sin hablar y una vez que se detuvieron, los dos jadeando con los ojos perdidos en la multitud de edificios desparramados allá abajo, le pidió que se casara con él. Elisa lo miró hacia arriba —era dos cabezas más baja que él—, y al único comentario que hizo, casi con tristeza —«he rezado mucho para que llegara este momento»—, siguieron unas lágrimas suaves que rodaron por sus mejillas. Aún hoy le molestaba el recuerdo de esa Elisa que recibía su proposición como una santurrón.

Se casaron diez meses después, y tampoco le gustaron los fastos que armó Elisa en torno a la boda. Entre ella y Prudencia casi lo vuelven loco con las listas de invitados, las reuniones con el gerente del Club de Golf para convencerlo de que les alquilara los salones, las interminables discusiones con la banquetera; Elisa quería servir puré de castañas con crema de postre, y Prudencia decía que eso era postre del martes en cualquier casa; Elisa quería pato a la naranja como plato fuerte, y la banquetera se negaba a preparar pato a la naranja para

trescientas personas —«a la hora de servirlo el pato va a estar frío, y si hay algo de mal gusto es un pato a la naranja que no está caliente como debe ser»—; él miraba a unos y a otros sin abrir su boca, sintiéndose fuera de lugar y añorando la hora en que terminara todo el show. Después vino el asunto de las flores, y lo peor, las charlas con el padre Ian Wolski.

Nahuel no había recibido una formación religiosa. Al ofrecimiento de su abuela terminó respondiendo que ninguna religión le interesaba, pero convencer a Elisa de que se casaran solamente por el civil era una misión perfectamente imposible. Y así fue como él, que no creía en nada, terminó rindiéndose y tuvo que confesarse, comulgar y confirmarse, todo en el lapso de dos días, gracias a la amistad de Elisa con el padre Ian. El padre Ian había sido su profesor de religión en las Monjas Inglesas y había casado a más de la mitad de la alta sociedad santiaguina, bautizado a sus hijos y acompañado a sus abuelos en la hora de la muerte, por lo cual era generosamente compensado por las viudas. Ante el caso de Nahuel hizo la vista gorda —«lo hago solamente por el gran cariño que le tengo a su padre y a usted, Elisa», explicó—, y cuando Nahuel, hincado ante el confesionario, le dijo: «Padre, por favor, no me tome a mal, yo respeto mucho a esta Iglesia y a todas las demás, pero no creo en Dios y no me parece correcto casarme por una religión que no abrazo, usted es el único que puede ayudarme a convencer a Elisa de que esto está mal; la verdad, padre, es que he venido para decirle esto, no para confesarme», el padre permaneció unos segundos en silencio y luego le dijo en un murmullo:

—Nuestro Señor está muy por encima de estas consideraciones mundanas, Nahuel, esta es su casa y las puertas están abiertas para toda persona que quiera abrirle su corazón.

—Pero yo no creo en Dios —susurró Nahuel—. Yo...

—Para los ateos también —dictaminó el padre, hablando ahora casi en voz alta, y enseguida pronunció unas palabras en latín. A través de la rejilla, Nahuel vio que se persignaba y se sintió intimidado.

No supo qué más decirle.

—Ahora puede irse en paz, el Señor ha perdonado sus pecados y le ha abierto los brazos —musitó el padre.

Después, una vez que se sacó la casulla, la dobló, la besó en dos partes y la guardó en una repisa detrás del altar, lo acompañó hasta la puerta de la iglesia y en el camino le dijo que Dios estaba por sobre cualquier convención eclesiástica, que para Elisa era demasiado importante el matrimonio por la Iglesia, que lo hiciera por ella y se olvidara de aprensiones que no venían al caso.

—¿Usted hace esto con frecuencia, padre? Me refiero a permitir que

cualquier persona se case por su iglesia independiente de si cree o no cree en Dios. ¿No hay una cierta normativa que usted está obligado a seguir?

El padre se quedó pensando un rato y luego dijo:

—No, claro que no, estas no son cosas que un sacerdote haga todos los días; pero mire, Nahuel, si aquí por ejemplo llega una mujer pía, fervorosa, una buena católica, casada con otro hombre después de años de sufrimiento porque el marido la abandonó, y me pide comulgar, ¿usted cree que voy a negarle el Cuerpo de Cristo? ¡No, pues! Pero si el obispo se entera me tirará de las orejas, naturalmente. Se trata de discrecionalidad, cada sacerdote sabe dónde estirar la cuerda y dónde aflojarla, ¿me entiende?

Finalmente llegó el 7 de octubre de 1983 y Nahuel entró a la iglesia del brazo de su abuela Rosa, tan vieja que apenas caminaba, sintiendo las tripas revueltas, con la vaga sensación de estar dando un paso equivocado.

* * *

«Nada es para siempre, hijito», le había dicho la abuela Rosa. «El matrimonio menos que nada. Hasta un abrigo de la Casa Francia dura más». Así ocurrió también con su segundo matrimonio. El abrigo de la Casa Francia de la abuela Rosa, que sólo fue a dar a la basura después de quince años de uso, había durado más.

¿Qué era lo que hacía mal? ¿Habría algo en él que no funcionaba? ¿Por qué le pasaba una y otra vez lo mismo?

—El catolicismo a machamartillo de Elisa se está convirtiendo en un verdadero muro entre nosotros, ya casi ni hablamos; es decir, yo no le hablo para evitar conflictos —le dijo un día a Gonzalo Marco.

—¿Qué tipo de conflictos?

—De todo tipo... no quiero hablar mal de ella, no quiero rebajarla ni restarle ninguno de sus méritos, pero en verdad no tenemos nada que ver. Si se trata de política, sale con su defensa de Pinochet; si se habla de libros, por ejemplo, lo primero que hará es soltarte una lista de libros que no hay que leer porque son inmorales. No me entiendas mal, Elisa es una mujer llena de cualidades, pero... ¿quieres que te resuma en una frase lo que nos pasa? Somos dos polos opuestos. Nuestra compenetración nunca ha sido perfecta, ni siquiera a la hora del sexo, nos cuesta comunicarnos más allá de la cosa doméstica, como hombre y mujer, me refiero, no lo hemos logrado nunca, yo no sé si ella se da cuenta, pero yo... mi libido está punto menos que en cero. ¿Tengo que resignarme a seguir así sólo porque estamos casados? Tengo que...

—Lo que no puedo comprender, y nunca lo he podido comprender — interrumpió Gonzalo—, es que un agnóstico librepensador como tú se haya casado con una mujer tan conservadora. Con Rosalina jamás te habrías casado por la Iglesia, por ejemplo. Piénsalo, Nahuel, para Elisa el matrimonio no sólo es eterno, sino sagrado. Tú mismo me lo has dicho. Y tú ni siquiera crees en Dios. Elisa regaló todas sus joyas después del golpe a un dictador que tú has detestado desde el primer momento, siempre ha apoyado a esa pandilla de asesinos, ¡es militante de la UDI!, por la cresta. ¿En qué estabas pensando cuando te casaste con ella?

—Uno no se casa con una persona por su religión o sus ideas políticas. Mira, Gonzalo, si no es tan difícil de entender. La conocía desde que tenía doce años, Elisa es una excelente mujer, yo estaba solo y Francisca necesitaba una mamá.

—Para eso podrías haber contratado una niñera.

Claro, contratar una niñera, qué cosa más fácil, cómo no se le había ocurrido. Gonzalo había intentado convencerlo de que viera a su analista, quien, según él, le había salvado la psique después de su largo exilio en Suecia y de paso lo había ayudado a reconocer sus defectos. Pero él no se veía a sí mismo recostado en un diván hablando de su vida privada con un psiquiatra. Los psiquiatras no eran más que un recurso para satisfacer las neurosis de moda.

* * *

Miró la hora. Faltaba un cuarto para las siete. Antes de salir en la mañana leía el diario, prácticamente lo único hogareño que estaba haciendo allí. Desde que conoció a Juliette su vida transcurría en otra parte. Si estaba en casa se encerraba en el escritorio a escuchar el concierto de Mozart que lo transportaba a esas horas largas y placenteras que habían pasado en la casa de piedra, en Pernes-les-Fontaines, la vieja casa del Chemin des Coudoulets, una calle corta bordeada de pinos, plátanos orientales, buganvillas y laureles, donde había unas diez casas de piedra con ventanas pequeñas y maceteros con flores en algunos balcones. La segunda vez que atravesó ese umbral lo asaltó una amalgama de olores, café recién molido, tocino, manzanas doradas en mantequilla y el aroma del jambonneaux cocido en sidra, tres horas a fuego lento, especialidad de Juliette.

—Preparé uno de los platos que más me gustan, a ver si te gusta a ti —le dijo en la puerta, y él se dejó envolver por los olores y una agradable sensación de haber llegado a puerto seguro.

En la carta que le había llegado justamente el día anterior, Juliette le hablaba

del significado que tenía esta relación para ella, los pro y los contra, y lo hacía en términos reposados, con inteligencia y tino. «Así y todo no sabes lo feliz que me hace pensar que estaremos juntos el resto de nuestras vidas», decía hacia el final. Sintió el impulso de despertar a Elisa y hablarlo ahora. No tenía sentido prolongar esta situación, estaban dándose vueltas en un círculo vicioso, Elisa sabía de la existencia de Juliette, él sabía que ella sabía, y nadie decía nada. Pero hoy tampoco era el momento, esperaría hasta la vuelta de su viaje a Pernes-les-Fontaines. No más. Si no daba el salto, jamás se perdonaría que el carro de la felicidad hubiera pasado por su lado y él no se hubiera subido. Pronto Francisca se iría de la casa, quedarían él y Elisa mirándose las caras, envejeciendo aburridos, porque ya no tenían nada que decirse, y después vendría la muerte.

Ana había pedido permiso para ir a Talca a visitar a su hermana. Elisa y Francisca saldrían esa mañana temprano rumbo a Valparaíso, y Elisa le había dicho que pasaría por San Juan a la vuelta. Seguramente, Prudencia también iría... Prudencia... un escalofrío le recorrió la espalda al recordar los pechos albos y duros de Prudencia esa noche en la alfombra del living de su casa en la calle Colón. Nunca logró explicarse aquel arrebató, él sabía que Prudencia estaba obsesionada con él (por la forma como lo miraba), pero no la hubiera imaginado capaz de darle un beso apasionado como el que le dio aquella noche en el auto, y tampoco hubiera pensado que su propia reacción sería lanzársele encima, para acariciarla en todas partes, abrasado por una súbita calentura completamente incontrolable. Se sorprendió de sí mismo y no pudo explicarse qué le pasó, pues a decir verdad jamás había mirado a Prudencia con ojos de lujuria, ni mucho menos; le tenía mucha estima, la encontraba una buena persona, una beata medio chalada, pero de ahí a imaginarse acostándose con ella... Habían pasado diez años del «percance», como lo llamó Prudencia al otro día por teléfono, y cada vez que se acordaba volvía a sentir un temblor nervioso en el estómago.

Ese viernes se ocuparía de algunos asuntos pendientes en la oficina y el día siguiente lo dedicaría a preparar su viaje. Quería comprarle un regalo al tío Guillaume y a la *patronne*. Su avión partía el sábado a las once de la noche hacia París, adonde llegaría el domingo en la tarde, tomaría el último Air Bus a Marsella y se quedaría un par de días en Pernes-les-Fontaines. Después la llevaría a San Sebastián. En esa época del año San Sebastián volvía a ser un lugar tranquilo para caminar por la playa y hablar. Es lo que necesitaban Juliette y él ahora, hablar. Juliette no tenía idea de este viaje. ¡Menuda sorpresa le daría! Nunca había estado en el norte de España. No había estado en muchas partes, en realidad. Su mundo era bastante limitado. Se reducía al tío Guillaume y los problemas de la *patronne* en la cocina, donde preparaban el magnífico

estoufadge que les había valido la fama de mejores cocineros de La Vaucluse, la compra de vinos para su cava en Châteauneuf-du-Pape, su prima Thérèse y la crianza de Alain, el perro truero, el mercado de los miércoles y los sábados, la fiesta de la rana, esas lluvias fuera de temporada que en los últimos años habían hecho estropicios en las viñas, y el famoso mistral, que tres veces consecutivas había volado parte del techo del granero del tío Guillaume. En ese sentido sus vidas habían sido muy distintas. Por su trabajo, le había tocado moverse frecuentemente entre Chile y Europa y desde la muerte de Rosalina se había negado a vivir en el campo. Al principio, el silencio y la soledad atenazaban su conciencia. Ahora se trataba de Elisa. Le tenía un cariño enorme, pero se aburría mortalmente con ella y sus continuas quejas de las empleadas o sus planes para cambiar los ladrillos de la terraza, el tapiz del sofá o las cortinas del escritorio. Constantemente había algo que cambiar, renovar, pintar. Cuántas veces le había dicho «trabaja, Elisa, emplea tu tiempo en algo creativo y útil, haz algo que te dé satisfacción, no puede ser que todo lo que hagas sea torturar a Ana porque no hace las cosas como a ti te gusta, retapizar los muebles y pintar de nuevo la casa. ¿No te sientes vacía viviendo así?». Ella se quedaba mirándolo con un gesto de desdén y echaba mano de un argumento seudofeminista y rayado como disco viejo: que los hombres creían que el trabajo de la casa no era tal, que la dueña de casa pasaba pintándose las uñas y escuchando la telenovela, lo cual no era su caso, «trabajo como una mula para tenerles la casa impecable, las comidas que les gustan, la ropa limpia y nadie me agradece nada». La cosa es que él se había ido alejando con los años y últimamente lo único que hacían juntos era dormir en la misma cama, sólo porque Elisa se había empeñado en mantener esa apariencia de un matrimonio normal. El hecho es que no le faltaban disculpas para evitar ir a San Juan. Hacía tiempo que quería vender la casa y quedarse solamente con las viñas, si no lo había hecho era porque Elisa se negó rotundamente. Ahora último había estado yendo una vez al mes, cuando mucho, y sólo porque allí se encontraban las bodegas. Elisa pagaba las cuentas y se ocupaba de la casa, el jardín y los inquilinos. Prácticamente le había entregado el fundo y desde hacía un tiempo era ella quien tomaba las decisiones. Salvo las bodegas que estaban a cargo de Martín Friedman, su administrador, ella corría con todo.

* * *

Elisa murmuró algo volviéndose hacia la pared y Nahuel tuvo la sensación de que había escuchado sus pensamientos. Entonces pensó en su matrimonio desastroso, su temor a enfrentarse con que una vez más la había embarrado y,

por otro lado, sus ganas de ser honesto y hacer las cosas bien. Él no podía seguir viviendo así, no podía y no quería y no iba a hacerlo. Las cartas estaban echadas. Había hecho arreglos para que la mitad de sus negocios en Chile quedara en manos de Francisca. Confiaba en el criterio de su hija y estaba muy tranquilo con la decisión, pues Francisca iba a recibirse de economista y por muy joven que fuera estaba perfectamente capacitada para dirigir la viña mientras él se dedicaba a la importadora de vinos –ya lo había hablado con Martín y Bernard, su socio francés–. Se separaría de Elisa e iniciaría los trámites del divorcio. Le daría una buena mensualidad, le traspasaría, además, la propiedad de la casa, otro puñado para que Prudencia pudiera comprarse una casa más cómoda, algo también le regalaría a Ana... y siguió dándole vueltas a estos planes para el futuro como si el futuro dependiera de su propia voluntad.

Alexa

Wallingford, Pennsylvania, viernes 15 de octubre 1999

Había logrado quedarse dormida sin las pastillas y eso era una buena noticia, detestaba depender de ese barbitúrico que la aturdí y su analista la estaba ayudando a dejarlo. Lo otro que le había subido el ánimo es que, hablando con ella, había descubierto que no quería cerrar la puerta a la posibilidad de recuperar su matrimonio. No sería nada fácil, se daba perfecta cuenta de lo mal que estaban Joshua y ella. Durante mucho tiempo le pareció casi imposible salvar la distancia que los separaba, pero las cosas habían ido cambiando, ella había ido cambiando. ¿Volviendo? No quería hacerse mayores ilusiones, pero a lo mejor sí, a lo mejor estaba volviendo, como decía su analista. Hacía meses que no caía en esa profunda depresión donde sólo se conectaba con la desgracia que les había ocurrido, hacía meses que no sentía tan punzante esa herida del alma que nunca iba a cicatrizar. Wendy había ido despegándose de su tristeza. Con los años la niña se había convertido en un recuerdo de la felicidad y estaba aprendiendo a sentirse agradecida por haberla tenido cerca un rato. Perderla fue un dolor infinito del cual durante mucho tiempo pensó que no sería capaz de recuperarse. Se dejó atravesar por la pena como si la muerte fuera una flecha. La ausencia de su niña llenaba sus horas y ella vivía en su muerte. Su rostro se le había aparecido en sueños noche tras noche desde el día en que el doctor Cutter salió del quirófano, descompuesto, y les dijo que el anestesista había cometido un error fatal con el tipo de anestesia y la dosis que le suministró. La noche anterior fue la primera que no soñaba con ella. Tal vez estuviera regresando de la muerte de su hija donde había vivido los últimos años. Lo había hablado largamente con su analista y cuando cayeron en el tema de Joshua, como inevitablemente hacían en cada sesión, ella le dijo que no sabía cómo acercarse a él, cómo alcanzarlo, qué decirle, había olvidado cómo era su cuerpo, su tacto, su olor, no sabía en qué idioma volver a hablarle. Pero no quería dejarlo ir. También sabía que en medio de la soledad y el abandono en que ambos se habían dejado, Joshua estaba teniendo un affaire y, francamente, hasta ahora no le había importado. Hoy la embargaba la sensación de que algo estaba

cambiando en ese aspecto. Tenía ganas de ir al restaurante junto al río con él, tomar vino, pasear los ojos por el torrente del Brandywine que corría a escasos pies de los ventanales. No fue algo que dijera por decir, realmente tenía ganas. ¿Cuándo fue la última vez que hicieron un panorama juntos? Miró hacia la calle y lo vio trotando en la distancia. Seguía siendo atlético y parecía más joven de los cuarenta y ocho años que tenía. No estamos muertos, se dijo, sorbiendo un poco de su café.

* * *

Su mente voló a los tiempos de su infancia y una serie de recuerdos de esa época se agolparon en su memoria. La casita de Kings Park, su padre sentado en el patio trasero con un vaso de Scotch en la mano mirando las estrellas, el día en que su padre le presentó a Molly, la pequeña habitación en el ático donde podía escaparse de las majaderías de Molly y encerrarse a leer *Moby Dick*, *La isla del tesoro*, *Mujercitas*, *Tom Sawyer*, *Alicia en el país de las maravillas*, los libros que le permitían soñar y que después releyó en distintas etapas de su vida, simplemente para volver a sentir lo que entonces, aunque a decir verdad pocas veces lo logró.

Alexa había nacido en Kings Park, un pueblo de Long Island rodeado de chacras cuando era niña, hoy contaminado y lleno de compraventas de autos, conjuntos de casas cada vez más caras y un tránsito infernal. Su madre era profesora de música y murió de un coma diabético a los cuarenta años de edad – ella tenía seis años–, y su padre, un inmigrante de Irlanda asustado de Dios y de la vida, no supo qué hacer con la niña y la viudez y se casó casi inmediatamente con una tal Molly Sanders, que nadie sabía dónde pudo haberla conocido, probablemente en un bar de la vecindad o en una de sus escapadas al Bronx, donde vivía uno de los dos amigos de Tipperary que habían emigrado a Estados Unidos con él.

La tarde previa a su muerte, su madre había discutido con su padre y a raíz de esa pelea se había tomado tres cervezas al hilo, algo que la diabetes no le permitía hacer. Esa noche cayó en un coma del cual no lograron sacarla y murió antes del amanecer. Atormentado por los sentimientos de culpa y enrabiado con ella y su propia mala suerte, el padre regaló su ropa al Ejército de Salvación, vendió la cama donde habían dormido juntos y llevó sus libros a la biblioteca del pueblo, algo que después indignó a Alexa, pues le habría gustado quedarse con los libros de su madre, al menos con eso. Cuando murió, ella no se habría atrevido a contradecirlo y no tuvo voz ni voto en esas decisiones. Al tomar

Molly el lugar de su madre, lo único que quedaba de su madre en esa casa era su violín y una fotografía que estaba en la pieza de Alexa.

Alexa siempre pensó que Molly tenía algún tipo de problema mental, una tuerca suelta, bien podría haberse escapado del manicomio que albergaba a diez mil locos y se alzaba en una colina, a media milla de la casa, dominando el ambiente y la economía de Kings Park. Se trataba de una mujer rara y medio tocada, que se las daba de cosas que jamás había sido y además era una dueña de casa desastrosa. No necesitó más de tres semanas para convertir la casa en un chiquero. Lo dejaba todo tirado, detestaba ordenar las camas, la tina del baño empezó a cubrirse de sarro, los cacharros de la cocina quedaban apilados hasta que ella o su padre los lavaban. Pasaba la mayor parte del día escuchando música y sus programas de radio favoritos, *Mystery Theater*, *Gun Smoke* y, sobre todo, *Gang Busters*, que no se perdía por nada del mundo. Provenía de una familia inglesa y se las daba de gran dama, pero era lo más deslenguada imaginable. Entre su madre sensible y dulce y esta mujerona que se pintaba como mimo y no los dejaba tranquilos con su cacareo de gallina había un abismo. Le gustaba cambiarse de ropa para cenar aunque estuvieran los tres solos comiendo los macarrones con queso que solía preparar su padre a última hora. Una vez apareció por la cocina vestida de largo y con guantes, como quien va a una fiesta de gala y les explicó a ella y a su padre que así se había vestido a los dieciséis años para asistir a un baile de gala en una de las casas más elegantes de Londres.

—¿Has comprado esa ropa y hasta guantes sólo para mostrarnos cómo te vestiste una vez a los dieciséis años? —preguntó su padre, indignado. No tenían dinero como para incurrir en semejantes gastos y Molly, hasta donde se sabía, nunca le había trabajado un peso a nadie.

Las horas de comida eran surrealistas. Las moscas revoloteaban sobre sus cabezas mientras Molly, dándose aires de noble europea, les contaba de su infancia en un palacio en la isla de Wight, de su padre banquero y golfista y su madre de la rancia aristocracia. Una de esas noches, Alexa estuvo tentada de decirle que no entendía cómo una aristócrata inglesa había terminado casada con un irlandés tan modesto como su padre, pero prefirió no aventurarse con semejante comentario. A los trece años, hablando un día con su hermano Harry, Alexa se enteró de que era cierto que la familia era de origen inglés, pero Molly había nacido en el norte de Nueva York, estuvo una sola vez en Inglaterra a los quince años, nunca en la isla de Wight y el palacio no existía más que en su imaginación.

Su padre pasaba de ocho a ocho atendiendo el deli que era todo su orgullo y

había formado a partir de cero, mientras ella quedaba en manos de esa mujer irracional. Molly se entretenía pintándole las uñas, cortándole el pelo, como a una muñeca, disfrazándola con el aborrecido vestidito de terciopelo negro que había comprado en el baratillo de la esquina.

—Voy a enseñarte a lucir como una señorita de la alta sociedad —le decía, coloreándole las mejillas con polvos de cardenal.

Nunca la vio lucir como una señorita de la alta sociedad.

A los diecisiete años, Alexa se marchó a un college en el Medio Oeste, lo más lejos posible de Molly, sus ideas lunáticas y su monumental desorden. Después se trasladó a la Universidad de Pennsylvania y ahí conoció a Joshua. Su padre murió de un infarto al corazón, más o menos por ese tiempo, y ante la incredulidad de quienes conocían su historia, Molly volvió a casarse con un policía de Nueva York, viudo y con tres hijos. La última vez que Alexa la vio fue muchos años más tarde, el día en que ella y Joshua viajaron a Kings Park, luego de que el policía les avisara que había sufrido un derrame cerebral y estaba en coma.

Murió dos días después.

De su infancia no quedaba más que un cúmulo de malos recuerdos y el violín de su madre que su padre había escondido en el sótano.

* * *

El ruido de la puerta cerrándose la sacó de sus recuerdos. Joshua entró en ese momento. Venía sudando con la cara roja por el ejercicio.

—Me ducho y nos vamos.

Ella asintió con la cabeza y se sentó a esperarlo en el bow-window que daba al jardín delantero. La higuera le pareció distinta. ¿O era que había pasado quién sabe cuánto tiempo sin siquiera mirarla? Sacó su agenda del cajón donde siempre la guardaba, buscó el día, viernes 15 de octubre de 1999, y escribió: «Almuerzo con Joshua en Simon Pearce».

El asesino

Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando aparcó el coche frente al número 10 de Prices Lane. Sabía que la encontraría, pues los viernes hacía el turno de noche y solía pasar el día ordenando la casa. La visita fue como siempre. Gritos. Portazos. Y poco rato.

—Me imagino que vienes a pedirme plata —dijo Silvia parada en la puerta, sin hacer amago de dejarlo pasar.

—Necesito dos mil. Es sólo por un par de días. Te los traeré de vuelta el lunes, te prometo.

—No tengo.

—Sí tienes.

—Te digo que no.

—¡Déjame entrar!

—¿Vas a revisar la casa?

—Voy a hacer lo que me dé la gana, ¿entiendes? Déjame pasar —le dio un empujón, entrando en la pieza que era living, comedor y cocina, y en menos de diez minutos había puesto patas arriba el sillón, el televisor, las dos ollas, el pequeño estante donde se guardaba la loza. Después entró al dormitorio y le dio una patada a la silla de paja que había junto a la cama. Una lamparilla cayó al piso de linóleo, haciendo un ruido seco.

Silvia, de pie bajo el dintel de la puerta, lo observaba como si estuviera mirándolo desde lejos, casi desde otra vida. Su rostro largo y ajado, pero todavía atrayente, no denotaba tristeza ni odio ni rabia. Como si ese hijo ya no fuera capaz de producirle ningún dolor encima de los pasados. Jessy se le acercó y por unos segundos estuvieron desafiándose con la mirada. Finalmente, la madre se pronunció:

—Tengo mil dólares guardados en una caja. Te los voy a dar con la condición de que no vuelvas a pisar esta casa. Sé muy bien en lo que andas metido con Luke. Si vuelves, llamo a la policía.

Se dio media vuelta y entró en el dormitorio, cerrando la puerta detrás de ella. Al poco rato volvió con los billetes en un rollo y se los pasó.

—Ahora vete.

Jessy salió dando un portazo. Una hora más tarde cruzaría de vuelta la frontera entre New Jersey y Pennsylvania.

Silvia se quedó algunos segundos parada en la puerta como si quisiera asegurarse de que su hijo se había subido al auto y partido, y luego entró a la casa y se desplomó en el sillón. Se pasó la mano por la frente que tenía húmeda y se sintió sola y confundida. Qué mierda había hecho en otra vida para merecer toda esta mugre. Qué mierda. Jessy nunca fue un chico normal, pensó, sobándose los tobillos acalambrados; a ella al menos nunca le pareció normal, lo encontraba exagerado en todo, fuera de tiesto, como se dice, y revenido, demasiado flaco, demasiado sensiblero, un niño llorón por excelencia, ay, si le tocaban un pelo y lloraba como si lo estuvieran degollando, y eso que ella no fue de las que le pegan a su hijo, pero Jessy... hay que ver lo que era. Para terminar con la paciencia de un santo. Y esas manías que tenía, a veces hablaba solo y otras pasaba largas horas ensimismado sin decir palabra, y del autismo saltaba a esos ataques de rabia porque sí y porque no. Cualquier cosa lo alteraba. «Capullito de rosa», lo llamaba ella cuando chico. Y hay que ver las pataletas que le daban. Su único hijo... que además llegó al mundo contra todos sus planes, sólo Dios sabía las pocas ganas que tenía de tenerlo a los dieciséis años, producto de un par de acostadas con un noviete que no duró más que eso y después se lo tragó la tierra.

—Hazte un aborto —le había recomendado su amiga Betty—. Conozco a alguien que te puede ayudar.

Hasta plata le había ofrecido, con toda la buena onda que la caracterizaba. Ella no se atrevió. Prefería enfrentar a su madre una vez que empezara a hinchársele el vientre, antes que abortar. Su madre le habría aguantado cualquier cosa menos eso, y de hecho, cuando se lo dijo, tres meses después, la llevó a confesarse con el padre O'Brien, y camino de la iglesia le agradeció que no hubiera cometido semejante barbaridad. Eso fue todo lo que hizo por «ayudarla». Ella solita tuvo que hacer todo lo demás, desde buscarse un trabajo, porque su madre a duras penas ganaba para ellas dos. «Si estás pensando vivir con tu bastardo en el tráiler, olvídalo, apenas cabemos como estamos, ¿dónde vamos a meter al niño?». En buenas cuentas la mandó a freír huevos con su vientre y su futuro incierto a otra parte. Y ella nunca se lo perdonó. La odiaba por eso, y cinco años después, cuando se despachó al otro mundo con una pulmonía, no fue al entierro. Sabe Dios quién la enterraría.

Peter O'Leary había sido su tabla de salvación. Sin ese trabajo habría tenido que prostituirse para alimentar al vástago. ¡Y vaya si estuvo a punto de hacerlo!

Bien tentada estuvo. Betty la animaba diciéndole que ella era gusto de hombre, y lo era, lo sabía por la manera como se la comían con los ojos. No recordaba ni una sola vez que su figura hubiera pasado indiferente a una mirada masculina. Dios le habría negado muchas cosas, plata desde luego, educación y todo lo demás, pero le había dado un cuerpecito privilegiado, ganas de pasarlo bien y entusiasmo para trabajar. No había quien no la conociera como la mejor mesera del Galway Pub.

Se fijó en la hora. Iban a ser las siete de la tarde. Jessy la había dejado destrozada, para variar, se sentía mal y se arrepentía de haberle dado la única plata que tenía. Quería sacárselo de encima, por eso lo hizo, para sacárselo de encima de una buena vez por todas. Estaba harta de él, harta de verlo cada vez más hundido, liado con ese animal de Luke, porque estaba segura de que más de algo tenían entre los dos, estaban cortados por la misma tijera, ni que hubieran sido hermanos carnales. Maricón, como Luke. ¿Cuándo se les había visto una mujer? ¡Jamás! En el fondo de su alma, su hijo le daba asco, y sí, tenía que reconocerlo, una vez hasta le confesó a Betty que nunca lo quiso. Desde el primer momento sintió una extraña aversión por esa cosa flaca, llena de pelos negros que le salían hasta de la frente y no paraba de chillar. ¿Era un monstruo de madre? Tal vez lo fuera... Bueno, hasta por ahí, no más, porque le dio de comer, lo educó lo mejor que pudo mandándolo al colegio del barrio y por lo menos hasta los doce años el chiquillo tuvo casa y comida decentes. Después vino su matrimonio con Pete Mondini, su error garrafal; dónde diablos tenía la cabeza cuando se le ocurrió enamorarse de ese matón. Se había secado llorando por las cosas que le hacía esa bestia, pero era culpa suya, de nadie más. Eso lo tenía clarito. Lo hecho, hecho estaba, no se sacaba nada con llorar sobre la leche derramada. La bendita Providencia no fue injusta con ella, después de todo. Pete paró las patas luego de una borrachera descomunal y ella se vio libre, no solamente de él, sino de Jessy, que para entonces estaba grandecito ya como para seguir viviendo bajo las faldas de su mamá.

Volvió a mirar la hora. Iban a ser las ocho. Estaba atrasada. A las ocho comenzaba su turno de los viernes, dos horas más tarde que el resto de la semana. A ella le tocaba cerrar el pub.

Se dirigió hacia el baño y se maquilló meticulosamente la cara. Al alzar la vista para echar rímel en las pestañas vio sus ojos todavía enrojecidos por la rabia. «Espero no verlo nunca más», se dijo, pintándose los labios con un lápiz rosa pálido.

Juliette

Ashram Aiyon, a 50 kilómetros de Rishikesh, India, miércoles 16 de abril 2008

¿Cómo es posible que hayamos invertido tanto tiempo juntos, desde las ocho de la mañana a las seis de la tarde, y que yo no sepa nada de ti? Adhira ha intentado comunicarse con alguien de tu familia, alguien de tu vida anterior, pero todos sus esfuerzos han resultado inútiles. «Es como si hubiera salido de la nada», me dijo hace unos días. Ahora está pensando poner un aviso en algún diario de Philadelphia.

Hoy ha llegado carta de Thérèse y me alegra saber que las cosas en Pernes-les-Fontaines no han cambiado. Sigue trabajando en la agencia de viajes y sus preocupaciones son las mismas, aumentadas, eso sí, porque dos de sus hijos se casaron y ahora tiene tres nietos. El tío Guillaume aún mantiene el restaurante y no ha dejado de preparar sus estouffades. Alain está viejísimo, pero su olfato no se ha estropeado, las trufas continúan creciendo donde y cuando se les antoja. La cajera de la panadería sigue sorprendiéndose si apareces con un vestido que ella no reconoce en lugar de la ropa con que habitualmente te ha visto, e inmediatamente quiere saber si te llegó una visita inesperada, si pasó algo que ella no sepa. Las abuelas todavía apuntan con el dedo a las turistas escotadas, mientras cuchichean en voz baja ¡qué desvergonzada, más le habría valido salir a la calle desnuda!... En cierta forma, la vida sin que yo esté sigue igual, como si todo fuera eterno.

Lars solía decir que la única gracia de Provenza era que escabechaba a la gente, sus costumbres, sus casas y sus vidas como esos pepinillos en vinagre que duran para siempre.

El tonto de Lars...

Nos conocimos en la Universidad de Aix. Una tía suya se trasladó a Carpentras y él se fue al sur de Francia buscando sol, calor, una vida familiar que en Estocolmo no tenía y terminó quedándose. Era sensible y bueno, pero Francia fue demasiado para él. Aunque hablaba perfectamente bien el francés y parte de su familia era francesa, le costaba entender nuestra cultura. Nuestras

fiestas le parecían tontas y sin sentido. ¿En qué parte de la tierra existía una fiesta de la rana?, ¿dónde se había visto un festival del caracol o un acto en la plaza pública para celebrar a las salchichas? ¿No tenía nada mejor que hacer esta gente que pensar en cómo y cuándo llenarse el estómago? Y detestaba el mistral. Cuando se levantaban esos vientos, que a veces alcanzaban hasta ciento ochenta kilómetros por hora, se ponía histérico. A los tres años de estar allí se quejaba de todo. Que el mistral era brutal. Que la comida era un ladrillo. Que el vino era demasiado alcohólico. De pronto no hubo nada de Provenza que le gustara, pero yo no lo vi venir, era tonta y naive y seguía creyendo que nuestro amor se encontraba muy por encima de estos pequeños inconvenientes culturales. Íbamos a casarnos y mi madre, quien por una vez en la vida estuvo de acuerdo con algo que yo quería hacer, se dio la pena de prepararme un ajuar como los de antes, estuvo meses bordando sábanas y tejiendo cortinas de hilo con una naveta. El tío Guillaume estudió un menú para la boda, Thérèse se preocupó de las invitaciones, la tía Delphine se encargaría de la cocina. Lo único que pidió Guillaume fue que la boda se realizara en invierno, quería servir sus huevos en cocotte con mantequilla y trufas. Llegó el momento en que todo estuvo listo. Íbamos a casarnos un viernes 25 de enero a las siete de la tarde en la iglesia de Pernes-les-Fontaines y el banquete sería en la casa de mis tíos. Cinco días antes, Lars se esfumó. Una noche no llegó a la casa de mi madre donde cenaríamos con una parte de la familia. Al día siguiente no se presentó a la última charla que nos daría el párroco. Y el día de la boda, ya avisada la policía de Isle-sur-Sorgue, lo dimos por perdido. Pero no estaba perdido, sino de vuelta en Estocolmo, según me enteré cuando me llegó su carta. Lo que más me dolió fue que me inventara que tenía un cáncer incurable, que se lo habían descubierto en Carpentras durante una consulta médica y como tenía pocos meses de vida no quiso hacerme pasar por lo que le esperaba, una muerte terrible. Esa falta de honestidad. Mucho después supe que se había casado y tenía dos hijos con quienes vivía perfectamente sano y feliz en un pueblo cerca de Estocolmo.

Me pregunto si te habrán abandonado alguna vez. Me pregunto qué te ocurrió en Philadelphia como para que escaparas a este lugar perdido y no quisieras hablar de ello. Pensar que hemos pasado estos años dedicados al trabajo en la oficina de viajes hablando de los cultivos de Adhira, el clima –vivías pendiente de las lluvias–, las hojas de ricino que nunca habías visto antes, los colores de las mariposas que te encandilaban y los ruidos de la naturaleza que te ayudaban a olvidar, decías. Ahora me pregunto qué es lo que querías olvidar con tanto ahínco y me desespera darme cuenta de que no tengo ninguna respuesta.

Yo recuerdo como si fuera hoy la mañana en que Nahuel entró en la cava. Lo veo alto y desgarrado. Era muy alto, ¿sabes? Y tenía una manera de agacharse que formaba parte de su encanto, andaba como pidiendo perdón por su estatura que resaltaba en todas partes. Solía decir que las dos cosas que heredó de su padre eran el nombre mapuche que le puso en honor a un poeta y todos esos centímetros de más. El papá debe de haber sido tan alto como él.

Nuestra relación comenzó como la cosa más natural del mundo, fue un enganche instantáneo, porque ese encuentro estaba predestinado. Suceden estas cosas, ¿sabes? Siempre he creído que para cada persona hay un alma gemela que viene en camino. La gracia es que la vida te otorgue el tiempo necesario para encontrarse, y en nuestro caso sucedió. Lo que me entristece ahora es pensar que no apreciamos la felicidad. No gozamos de ella como podríamos haberlo hecho. En ese tiempo vivíamos como si aquello fuera sólo el preludio, después vendría la felicidad. Y no era el preludio. Era la felicidad. Estaba ahí. La habíamos alcanzado y no nos dimos cuenta. Si tuviera la oportunidad de vivirlo de nuevo, lo haría de manera completamente distinta, aprovecharía cada instante con él, cada beso, cada frase que me decía, celebraría sus locuras, me emocionaría en vez de preocuparme esa transparencia suya que lo hacía un poco infantil, y lo amaría sin reservas, viviendo cada minuto como si fuera el último, porque esa es la única manera de vivir sin arrepentirse. Bueno, tal vez todos actuamos como generales después de la batalla cuando decimos que de haber sabido de dónde vendría el enemigo habríamos hecho esto y lo otro.

En el mundo de Nahuel no había malos espíritus, nadie hacía mal intencionadamente a nadie, todos eran «excelentes personas» y cualquier comportamiento, por censurable que fuera, siempre tenía una disculpa, que lo había pasado mal en la infancia, que su padre fue un abusador psicológico, que era ignorante y la sociedad no le había dado la oportunidad de educarse, lo que fuera, todo era comprensible y, por lo tanto, explicable. Pensar que las personas podían hacer daño a otros deliberadamente no formaba parte de su naturaleza. En el fondo, también estaba su incapacidad para enfrentar un conflicto, no tenía resistencia para los problemas y su primera reacción ante cualquier dificultad era hacer cuenta que no estaba pasando nada. Su propia hija lo comparaba con un avestruz que cuando viene la tormenta esconde la cabeza en la arena para no verla.

Ese viernes yo estaba en mi casa en Pernes-les-Fontaines calentándome frente a la chimenea. Desde hacía un tiempo leía casi exclusivamente novelas policiales, había descubierto a P. D. James, que me fascinaba, y cada vez que encontraba un libro suyo me preparaba para una tarde frente al fuego sin soltar

las páginas. Esa tarde volví temprano de la cava porque pasadas las tres se desató un mistral de los fuertes y me dio miedo no poder bajar de la cava al estacionamiento. A las ocho de la noche sonó el teléfono. Era Nahuel. Llamaba desde una pizzería donde solía almorzar, cerca de su oficina en el centro de Santiago. Tenía algo importante que decirme. Se suponía que debía ser sorpresa, pero no había sido capaz de aguantarse (típico de Nahuel), además prefería encontrarme preparada. Tomaría el avión al día siguiente y llegaría el domingo en la noche a Pernes. Eso no era todo. Había reservado una habitación en un hotel en la playa de la Concha, en San Sebastián, quería estar una semana tranquilo conmigo en un lugar distinto, «para hablar de nuestro futuro juntos, Francesita, porque ya ha llegado el momento de definir todo esto, no tiene ningún sentido que tú sigas viviendo en un extremo del mundo y yo en el opuesto». Había pasado toda la mañana pensando, repasando lo que había sido nuestra relación hasta ahora, recordando episodios de su vida con Elisa y su relación con su hija, y había tomado una decisión. Bien, si yo no quería vivir con él en Chile, no importaba (hablaba como si estuviéramos frente a frente), viviríamos en Francia, o donde yo quisiera. Cuando cortamos la comunicación sentí el mismo vértigo que debe sentirse al caminar por la cornisa de una ventana en el piso veinte. Dentro de las próximas semanas tendría que tomar una decisión que afectaría de manera radical mi futuro. Pero ya lo ves, Joshua, en un solo momento puede cambiar tu vida sin que haya nada, absolutamente nada que te prevenga. Eso es algo que siempre me ha obsesionado. El día en que habíamos de estar caminando por la playa de la Concha discutiendo el futuro juntos, Nahuel estaba de vuelta en Chile.

Nataly Moena

Quillota, Chile, sábado 16 de octubre 1999

Eran las diez de la mañana cuando el taxi la dejó en la puerta de la casa de sus hermanos. Nataly sabía que ninguno de los dos estaría en casa a esa hora.

—La ayudo con los bultos, señorita —dijo el taxista.

En la parrilla del auto habían acomodado las dos maletas, un par de sartenes, su radio a pilas, el cuadro que le regaló su abuela y una bicicleta. Era lo que tenía. Los muebles pertenecían al fundo y quedaron en la casa.

—Gracias.

—¿Dónde le dejo las cosas? —preguntó el taxista, bajando la primera maleta.

—Aquí no más. Tengo que encontrar la llave y después lo entro todo. Gracias. ¿Cuánto le debo?

—Son siete mil quinientos —dijo el taxista, acomodando la planta junto a las maletas que estaban en el suelo.

La semana anterior, cuando sus hermanos fueron a visitarla a San Juan, le habían dicho que se quedarían hasta el viernes fumigando los frutales de don Federico Ramos, de Curicó hacia la cordillera, y alojarían por allá. No regresarían hasta el sábado a mediodía. Los tiempos se estaban poniendo cada vez más difíciles. La competencia era brutal y los temporeros aceptaban cualquier trabajo y bajo cualquier condición.

—Es buen pituto porque don Federico paga un poco mejor —dijo Pancho.

—¿Van a dormir en la casa patronal? —preguntó Nataly, pensando que la señora Elisa jamás alojaría a un inquilino en la casa patronal de San Juan.

—Don Federico no es nada fijado y doña Adela es una señora a la antigua, están acostumbrados a prestarles las piezas de servicio a los temporeros; de otra manera, nadie iría a esas lejanías. ¿Dónde podría dormir la gente?

Esta conversación se produjo el jueves de la semana anterior, en la cocina de la casa de Nataly Moena. Nataly había preparado una cazuela de cordero y temprano en la mañana amasó el pan y frió las sopaipillas. Le gustaba agasajar a sus hermanos y siempre se esmeraba preparando lo que más les gustaba comer.

Pancho y Gilberto eran dos hombros corpulentos y trabajadores, de veintinueve y treinta y dos años, que aún no se habían casado y vivían juntos en la casa de Quillota que había sido de su abuela. Nataly confiaba en ellos. Cuando enviudó, sus hermanos no la abandonaron, entre los dos se repartieron la responsabilidad paternal de Nico, pagaron sus estudios y hasta hacía poco tiempo le habían dado una mensualidad para ayudarla con los gastos de la casa.

* * *

Nico nació cuando ella tenía dieciséis años y el verdadero padre desapareció en cuanto supo que había embarazado a la morena de ojos verdes que se le entregó un 18 de septiembre al lado de afuera de la ramada de un compadre. Estaba tan borracho que sólo se acordaba de cuando la vio bailando con su primo. La chiquilla era linda y sensual, no le pudo quitar los ojos de encima, se movía cimbreado el cuerpo como si una ola de mar se hubiera apoderado de ella. Entre vuelta y vuelta de la rumba lo miraba de reojo y le sonreía con los labios mojados y los ojos inyectados en vino —ella también había tomado más de la cuenta—. Establecieron un puente y fueron calentándose con la pura mirada. Hacia las doce de la noche salieron a un descampado que había detrás de la ramada y unos pasos más allá la estaba penetrando en el pasto.

En ese tiempo, Nataly y sus hermanos vivían con su abuela Matilde, quien recibió muy mal la noticia de que su nieta estaba encinta.

—¡Pero si eres una criatura que apenas sabe leer! ¡Qué vas a saber tú lo que es cuidar a una guagua!

—¡A ver si no voy a saber, abuela! Y además, usted no tiene por qué meterse en mi vida.

—¿Que no tengo por qué meterme en tu vida? ¡Lávate la boca, chiquilla de porquería, antes de hablarme así! ¿Y se puede saber quién te metió el gol?

—Se llama Fernando.

—¿Fernando? ¡Mire qué bonito! Fernando, ¿no? ¡Fernando qué otra cosa! ¿Trabaja? ¿Estudia? ¿Sirve para algo, jetona? Apuesto a que el nombre es lo único que sabes de él. ¿Quién va a pagar el parto? ¿Fernando? ¿Y la ropa? ¿Y la educación? ¿Fernando? ¡Ay, Dios mío! Alcánzame la valeriana, Gilberto, que esta sinvergüenza me va a matar.

Sus hermanos montaron en cólera. ¡Perra caliente! ¡Putas de mierda! A los dieciséis años, qué iba a quedar para después.

Una vez que los ánimos se apaciguaron, la abuela puso como única condición para hacerse cargo de la crianza del vástago que Nataly terminara sus

estudios en el liceo.

—¿Cómo voy a ir al liceo guatona, abuela?

—Con la misma soltura con que te abriste de piernas frente a un desconocido, Naty; la vergüenza debió darte antes de arremangarte las faldas, no después.

* * *

El día que nació Nicolás, ya pasada la indignación del principio, la abuela y los dos hermanos lo recibieron jubilosos. Tres años más tarde, Nataly se casó con Alberto Urzúa, de profesión tractorista, y ella y el niño se trasladaron a San Juan, el fundo de don Nahuel Lynch, donde los patrones les asignaron la casa de la cual años más tarde sería expulsada por la señorita Prude. Era una casa más bien modesta, con piso de tablas y un poco oscura, pero bastante sólida y los espacios eran amplios. Acostumbrada al orden de su abuela en la bonita casa con parrón en Quillota, Nataly no tardó en arreglar el lugar lo mejor que pudo con los escasos medios con que contaba. Puso cortinas floreadas en las dos piezas, cubrió la mesa con un plástico grueso de color rojo sangre, colgó un cuadro que le regaló su abuela el día de su boda y colocó tarros conserveros con plantas en todos los rincones de la casa. Alcanzó a vivir pocos años con Alberto antes de su muerte, pero, aun cuando no faltaron pellejerías, no podía decirse que había sido una mala vida. Alberto distaba mucho de ser el hombre alto y con plata de sus sueños de niña; sin embargo, fue un excelente marido. Después de su muerte, Nataly no quiso mudarse —tampoco tenía muchas opciones— y se quedó.

A los treinta y cinco años, viuda y con Nicolás estudiando en Santiago, trabajaba en las bodegas del fundo, donde le pagaban un salario que le alcanzaba para vivir, un poco apretado, pero le siguieron imponiendo como si trabajara a jornada completa y recibía una pensión de viudez más la mesada de sus hermanos.

Cuando Filuca García llegó a hacerse cargo de la panadería, su suerte laboral mejoró considerablemente. Filuca le ofreció el puesto de ayudante y a poco andar estaba convertida en su mano derecha. Aquella racha de buena suerte no iba a durar mucho tiempo. Fue casi milagroso que, siendo tan amiga de Filuca, la señorita Prude no la hubiera sacado volando a ella también.

* * *

Esa noche, mientras los hermanos alababan la cazuela de cordero —siempre le

quedaba rica—, hablaron de los rumores sobre la señorita Prude que habían llegado hasta Quillota.

—¿Es cierto que anda metiéndose en la vida sexual de la gente? —preguntó Gilberto—. Dicen que anda ofreciendo plata para que le digan quién se ha hecho un aborto. Es como para no creerlo, Naty. ¿Has sabido algo de eso tú?

—¡Bah! Eso y más. No sólo anda averiguando cuándo y con quién te has enganchado, si una ha abortado o tiene intenciones de hacerlo... es más, quien quiera estar en buenas con ella tiene que comulgar cada vez que el padre Ian viene a decir misa a San Juan. Le ha dado órdenes al cura para que la mantenga al tanto de quiénes comulgan y quiénes no.

—¿Qué podría hacerle a alguien que no comulgue? ¡No lo van a echar de la pega por eso! Cualquiera podría denunciarla a los tribunales del trabajo. No entiendo por qué no lo han hecho todavía —dijo Pancho, sacando la médula de su hueso con un pedazo de pan.

—No, si no es que te vayan a echar de la pega. Es que depende, a Filuca la despidió por comunista y camorrera, pero son los sermones lo que más saca de quicio a la gente. Si te pilla sin comulgar, llega a tu casa como si fuera la dueña y se te instala una hora, dos horas o el tiempo que necesite para pasarte un sermón, que Dios esto y lo otro, que el Cuerpo de Cristo, que Él es nuestro pastor, que una vida sin el Señor no merece la pena ser vivida, y dale que dale, como si una tuviera todo el día para escuchar su lata. Peor que canuta.

Pancho alzó la vista.

—Ten mucho cuidado, Naty, si echó del campo a Filuca García puede hacer lo mismo con quien se le antoje. ¿Ha venido aquí con sus preguntitas? Dime, ¿te ha estado jodiendo la pita?

—¿Que si ha venido? Me la tengo que mamar lunes por medio. No sé cómo averiguó que no comulgo, y es cierto que no comulgo desde que hice la primera comunión, pero tengo mis buenas sospechas de cómo llegó a saberlo ella. El padre Ian lo sabe, porque una vez estuvimos conversando y él trató de acarrearne a su molino, en vano, porque yo no creo en ninguna de esas burradas, y se lo dije con todo respeto. Pero el cura se fue de hocico y partió donde la señorita Prude con la copucha de que yo no pisaba la iglesia —tiene que haber sido él, quién más—, que yo era poco menos que una impía y que no se me veía en misa más que para los bautizos o los matrimonios. Decirle algo así a la señorita Prude es como ponerle un ají en el culo, pues. Desde entonces no me la he podido despintar, lleva semanas apareciéndose a la hora menos pensada para sermonearme. Me tiene harta.

—¿Por qué no hablas con don Nahuel? —preguntó Gilberto.

—¿Don Nahuel? ¿Qué tiene que ver don Nahuel? No viene casi nunca para acá. Es don Martín el que está a cargo de las bodegas y él jamás se ha entendido con los inquilinos para asuntos personales. Todo eso lo ven entre la señora Elisa y la señorita Prude.

—La señora Elisa, entonces —se impacientó Pancho—, ¿no puedes acercarte a la casa y hablar con ella?

—¡Ay!, sí... la señora Elisa... sería igual que hablar con la señorita Prude. Están cortadas con la misma tijera. Dicen que la señorita Prude no mueve un dedo sin consultar con la señora Elisa. Además, la señora Elisa está mal. Si parece un esperpento. Filomena anda contando que el patrón tiene otra y por eso la señora anda como espirotuada y flaca como un espárrago. Cuando viene al campo se encierra en su pieza a llorar.

Mientras hablaban, Nataly pensó decirles que desde hacía un año salía con Luciano Pinto, que Luciano iba a separarse de su mujer para casarse con ella, que se fueran preparando para aceptar al nuevo cuñado. Iba a decirles que se habían enamorado el día del bautizo del niño de Ruperto Gacitúa y que Luciano era un buen hombre y la quería. Si hubiera sabido que al día siguiente llegaría la señorita Prude, no para sermonearla, sino para echarla casi a patadas de la casa, del campo y de su vida, se los habría dicho de todas maneras. Pero ese jueves, mientras conversaban, a ninguno de los tres hermanos se le hubiera ocurrido que apenas diez días más tarde, ante esa mesa estaría sentada otra familia.

* * *

Nataly sabía que la llave estaba escondida en una rendija que había en el marco de la ventana de la cocina. Desde los tiempos de su abuela la habían dejado donde mismo. Abrió la puerta y se encontró frente a un espacio familiar donde pocas cosas habían cambiado en los últimos treinta años. Era una pieza de grandes proporciones que acomodaba una mesa con seis sillas, los dos sillones y el sofá que habían pertenecido a su abuela, la cocina a leña y una mesa con ruedas donde estaba el televisor. Había otras tres piezas y un baño. La cocina daba a un patio trasero con un parrón y una mesa larga con dos banquetas de madera, una a cada lado. Sus hermanos mantenían la casa impecable. No había una brizna de polvo en ninguna parte. El patio estaba barrido, los cacharros en la repisa encima de la cocina brillaban. Por un momento se sintió de vuelta en el pasado, pero inmediatamente volvió a la precariedad de su situación. ¿Qué iba a hacer ahora? El día en que la señorita Prude la echó del fundo llamó a Nico a Santiago y le contó todo. Su relación con Luciano, la furia de la señorita Prude,

los chismes que en el último tiempo no los habían dejado en paz. No esperaba esa reacción del Nico. La trató de puta, la mandó a la mierda y le cortó el teléfono. Esa tarde intentó acercarse a la casa patronal y hablar con la señorita Prude, pero la señorita Prude se negó a recibirla. Pasó a la cocina de la casa con la esperanza de encontrar a Luciano, pero Luciano andaba en Quillota comprando tuercas para las cañerías de los baños. Estuvo un buen rato hablando con Filomena. La bocona. Porque había sido ella. Siempre al lado de los patrones, hociconeando, ¿creía que la gente no la tenía cachada? No había un alma en San Juan que no supiera que contarle algo a Filomena era pasárselo directo a la señorita Prude. Traidora con su primo. Y así mismo se lo dijo. Traidora. Y la otra se quedó boquiabierta mirándola y no se atrevió a decirle nada.

—Quiero mandarle un recado a Luciano. Al menos hazme este servicio. Dile que necesito hablar con él hoy mismo, si es posible, no me importa la hora.

Luciano llegó a su casa al día siguiente y ella se echó en sus brazos llorando.

Entonces sintió su frialdad. Algo se había roto. En ese campo las noticias se esparcían como el humo con el viento. Luciano ya sabía todo lo de la visita de la señorita Prude.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

—Nada. ¿Qué podríamos hacer? Dejar las cosas como están.

—Dijiste que ibas a separarte. Eso me dijiste, Luciano, ¿o ahora no te acuerdas? Que yo era tu mujer, dijiste.

—Tú serás mi mujer, Naty, pero ella es mi señora, mi esposa, no se te olvide, y no es tan fácil cuando se tienen hijos.

Nataly se puso a llorar de nuevo.

—No sacamos nada con llorar, Naty, nada; lo hecho, hecho está. Yo no sé cómo llegó a oídos de la señorita Prudencia que andábamos juntos, pero siendo así no queda otra que apechugar nomás.

—¿No sabes cómo? Pregúntale a tu primita. Pregúntale a Filomena.

Luciano agachó la cabeza.

—Tú no pensabas separarte. Eran mentiras.

—Yo no he dicho eso. No he dicho nunca eso. Sólo te digo que no es fácil abandonar a la señora y a los niños. Además... Naty, no llores que llorando no vamos a cruzar este río... yo no puedo arriesgarme a quedar sin pega, y mi señora no sabe nada de todo esto, o se hace la que no sabe nada...

—¡Ah, claro, no lo sabe! ¿En qué mundo vives, Luciano? Claro que lo sabe, aunque no se lo hayas dicho, porque en eso también mentiste... ¿Y tu juramento? ¿Dónde quedó? ¿Se te olvidó que me juraste que se lo dirías, que tú y yo nos

casaríamos? No vas a dejarme en la estacada ahora, Luciano, sin nada, mira lo que me ha pasado, no es a ti a quien están echando del fundo, ¡es a mí! Es tu culpa, no la mía. Yo estoy pagando por los dos juntos.

—¿Mi culpa? ¿Qué culpa tengo yo de la locura de esa vieja desgraciada?

—Tienes que ayudarme. La señorita Prude me dio diez días, amenazó con tirarme a los pacos encima. Tengo que dejar la casa. Y ahora salió con que ya le asignaron la casa a una familia de Valparaíso, que se trasladan el sábado en la tarde, y deben ser mentiras, pero quién va a discutirle, yo no tengo contrato de trabajo, nada; me dijo que me habían dejado vivir aquí después de la muerte de Alberto por caridad cristiana y yo les devolvía la mano ofendiendo a Cristo.

Luciano soltó una carcajada que a Nataly le dolió como si le hubiera cruzado la cara.

—No le veo nada de divertido, es mi futuro lo que está en juego, no tengo adonde ir y tú te ríes como si fuera una broma.

—Ándate a la casa de tus hermanos —dijo Luciano, haciendo un gesto de impaciencia.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirme? ¿Ándate a la casa de tus hermanos?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que pierda la pega por acompañarte, Naty? ¿Eso? ¿Que me vaya contigo?

—¡Nada! ¡No quiero que hagas nada por mí! ¡Nada! ¿Me oyes?

—Con histerias no vamos a llegar a ninguna parte. Yo me voy. Tengo cosas que hacer —dijo Luciano y se fue.

Nataly lo siguió con la mirada desde la ventana y cuando lo vio desaparecer en el bosque de eucaliptos, permaneció mucho rato más con la vista perdida en el follaje de los árboles. Luego entró en su casa y al rato salió rumbo a Quillota. Estaba justo a tiempo de tomar la última micro. Tenía que hablar con Filuca García, la única persona en el mundo que le tendería una mano.

Eran cerca de las once de la noche cuando llegó a la casa de Filuca y se encontró con que no había nadie. En el bolso andaba trayendo una libreta de notas y un lápiz. Se sentó bajo la luz de un farol y llenó cuatro páginas que luego arrancó de la libreta y deslizó por debajo de la puerta.

A la una de la madrugada tuvo la suerte de encontrar un taxista que quisiera llevarla de vuelta a San Juan.

Joshua

Wallingford, Pennsylvania, sábado 16 de octubre 1999

Antes de la muerte de Wendy, Joshua bajaba temprano todos los días, acomodaba en una bandeja la copa para el huevo cocido cuatro minutos y medio, una tostada de pan blanco, la media taza de yogurt, el café con leche y se lo subía a Alexa a la cama. Eso era cuando dormían en la misma pieza; creía recordar que desde que se cambió a la habitación que antes fuera su escritorio, salvo una que otra excepción, no había vuelto a prepararle el desayuno. Alexa solía empezar su día por lo menos dos horas más tarde que él y para cuando ella abría un ojo él estaba hacía rato en su oficina.

Durante el almuerzo en Simon Pearce, el día anterior, él le había dicho que estaba tratando de recordar la última vez que habían estado juntos en un restaurante, y la respuesta, cuando Alexa contestó que en todo caso había sido antes de la muerte de Wendy, le produjo un sobresalto. Estaba casi seguro de que desde la muerte de la niña era la primera vez que escuchaba su nombre en boca de Alexa.

—Qué bonito es aquí —dijo Alexa, mirando hacia el río que corría a pocos pies de la ventana.

Un sentimiento de tristeza le oprimió el pecho. Hubiera querido estrecharla contra sí y quedarse en ese abrazo por un tiempo indefinido.

—Estoy bien —dijo Alexa, como si le hubiera adivinado el pensamiento—. Háblame de Thompson. ¿Cómo está Thompson? ¿Sigue viviendo en San Francisco?

Alexa siempre había sentido simpatía por su socio, solía decir «no sé qué sería de nosotros sin Thompson», y no estaba tan lejos de la realidad. No sólo eran socios en el bufete, sino que Thompson era su abogado, llevaba todos sus papeles, manejaba las finanzas de Alexa, quien desde la muerte de Wendy no había vuelto a interesarse en sus inversiones, y además era un tipo de primera. Se vanagloriaba de ser el único heterosexual que iba quedando en la zona de la bahía de San Francisco y tal vez por lo mismo no se había casado. «Sería un loco

si no sacara partido de este privilegio; si puedo escoger una mujer para cada mes del año, ¿para qué voy a condenarme con una sola para toda la vida?», decía.

—Thompson... ya lo conoces, enamorándose de cada mujer que se le cruza en la calle y trabajando sin parar, pero no quisiera hablar del juicio, ha sido un trabajo arduo para él también, ya estamos en las finales –se sintió incómodo.

La mentira de su viaje a San Francisco lo perseguía. Lo primero que haría, en cuanto viera a Quinn la próxima vez, sería dejarle muy en claro que se olvidara de repetir esos días en Towanda. Nunca más. Miró a Alexa con aprensión.

—No, no pensaba hablar del juicio, ya lo sé, lo he seguido por la prensa –dijo ella, produciéndole una descarga de adrenalina–. Paso a paso –susurró después, como hablando para sí misma–. Cuando me dijiste que te ibas a San Francisco sabía que no era cierto, porque el jurado había fallado hacía unos días, pero lo entendí; sí, no me mires así, lo entendí... No, no, no me digas nada, por favor, si estás teniendo un affaire no quiero entrar en detalles y quiero que sepas que lo comprendo, nosotros no hemos sido una pareja estos últimos años, yo no he estado ahí, no he querido estar ahí o no he podido, pero te ruego que no lo hablemos ahora, no es el momento. Para cuando realmente podamos hablar de lo que nos ha pasado debo estar bien, mejor –hizo un gesto con la boca, y él iba a decir algo, pero Alexa lo detuvo–: No, te lo digo en serio, en otro momento hablaremos. Ahora lo estropearíamos todo.

No volvieron a tocar el tema y él pasó el resto de la tarde con un nudo en la garganta.

A la vuelta se detuvieron en el Museo Brandywine y subieron directamente al piso donde se exponían los cuadros de Andrew Wyeth. Varios de sus pasteles y acuarelas más antiguas eran de los tiempos de Helga y su bonito cuerpo de curvas redondas.

—Me pregunto si para su mujer no habrá sido muy duro tener que lidiar con la existencia de esta modelo –dijo Alexa, observando los pechos de Helga que soñaba con la cabeza apoyada en un cojín azul.

—¿Por qué?

—Porque nadie que no conozca y ame profundamente el cuerpo de una mujer podría pintarlo así.

Antes de bajar al primer piso del museo entró al baño y revisó su celular. Había ocho llamadas de Quinn. Pensó llamarla, pero decidió esperar hasta el día siguiente. Le molestaba su insistencia. Acababan de pasar esos cuatro días en Towanda, ¿y lo llamaba ocho veces? ¿No le había dicho que quería estar tranquilo en su casa ese fin de semana? No, no se lo había dicho. También a ella le callaba cosas.

Salió a la terraza y encendió un cigarrillo. Era una mañana fresca, aunque la ola de frío de los días anteriores estuviera pasando. Las hojas del dogwood que Alexa había plantado hacía años debajo del dormitorio estaban empezando a ponerse amarillas. Antes de dormirse, la noche anterior, Alexa le había dicho que pensaba dedicar el sábado a trabajar en el jardín; lo primero que haría sería podar ese par de ramas que estaban creciendo torcidas, ladeando al dogwood, y plantar unas matas de hortensia que había comprado en Pete's. A él también le gustaba ese trabajo y probablemente la ayudaría. Meter las manos en la tierra lo conectaba con su padre. La cara tan irlandesa de su padre acudió a su memoria y lo recordó con las mangas de su camisa arremangadas, las manos hundidas en el abono y la hilera de plantitas en bolsas plásticas esperando su turno para que sus dedos largos las acomodaran en la tierra fresca. Le gustaba observarlo mientras plantaba con increíble rapidez.

El recuerdo de su padre le acarreó una vaga tristeza.

A los tres años de su muerte, todavía sumido en la angustia que le producía pensar en ese suicidio cuya causa no lograba explicarse, había vuelto al Galway Pub, donde su padre había trabajado la mitad de la vida y había hablado con su dueño, Peter O'Leary. Probablemente sin saberlo, Peter le ofreció la única explicación posible de la muerte de su padre.

—Tu papá estaba enfermo, sabía que iba a morir y no tenía seguro médico para tratarse como era debido. Creo que quiso evitarte el dolor de la última etapa de su cáncer.

Se despidió sintiendo que las lágrimas pujaban por salir. Después lo llamó por teléfono para darle las gracias. Ahí estaba la razón. Tenía que ser. Sin seguro médico, su padre estaba completamente desprotegido, no había podido tratarse el cáncer, y terminó quitándose la vida antes de que la terrible enfermedad se lo comiera vivo. El pobre hombre, su viejo, se había tragado toda la enfermedad sin decirle una palabra, seguramente para no provocar una interrupción en sus estudios... Un sentimiento de impotencia y rabia se apoderó de él. Su padre había emigrado a Estados Unidos en busca del sueño americano, se había hecho ciudadano, su mundo había quedado encerrado en la canción que entonaba cada mañana en la ducha —*It's a long long way to Tipperary*— y había acabado sus días tragándose un veneno para ratones porque no tenía seguro médico.

Ahora alzó la vista hacia el dogwood y entonces vio a Alexa asomada en la ventana.

—¿Qué haces? —preguntó Alexa.

—Nada, salí a fumar un cigarrillo. Enseguida te subo el café.

Entró en la cocina y sacó el celular que la noche antes había guardado en un

cajón. Había otras cuantas llamadas de Quinn. Bajó al sótano y marcó el teléfono de su casa en Morton. Quinn no estaba. Le dejó un mensaje. Que, por favor, no lo llamara, trabajaría todo el día en el jardín y pensaba dejar el celular desconectado. Mañana, alrededor de las nueve y media de la mañana, pasaría un momento por su casa.

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, jueves 17 de abril 2008

La casa de mi abuela Doris era una colonial de las más chicas y mi abuela declaró que no tenía espacio ni fuerzas para criar dos niños, con uno bastaba, así que a Tommy se lo llevaron a Nuevo México, a la casa del tío Jim, el hermano menor de mi abuela. ¡Ah! Es que no le he dicho que mis padres se mataron en un accidente de auto, o sí, creo que se lo dije. Después de eso pasaron como seis años antes de que Tommy y yo volviéramos a vernos, ¿se da cuenta? Él era dos años mayor que yo. Mi abuela me llevó a visitarlo y me encontré con un chiquillo que estaba por cumplir los catorce y ya sabía operar el tractor del tío Jim. El tío Jim fue bueno con él, ¿sabe? Y eso que no estaba casado. Tenía su honey. ¡Eso sí! Era bien bonita. Se llamaba Beatriz y vivía en Taos, y era bien religiosa, beata.

El tío Jim no creía ni en las piedras, así que en su casa tenía un cuadro que por un lado era la Virgen de Guadalupe y por el otro una modelo de la *Playboy* desnuda. Cuando su honey iba de visita lo daba vuelta. El tío Jim vivía en un pedazo de tierra que había comprado en Black Lake, por allá lejos, un lugar perdido en las montañas del norte de Nuevo México. Era mágico, ¿sabe? Yo nunca he sido una persona religiosa, pero ahí, bajo ese cielo como una bóveda azul con nubes al alcance de la mano, entremedio de esas montañas, ¿quiere que le diga una cosa?, ahí pude sentir la presencia de algo superior, llámelo Dios o como quiera, pero superior. Estuve una sola vez en Black Lake y nunca lo olvidé. ¿Ha estado en alguna parte que nunca olvidó aunque no significara gran cosa en su vida? Recuerdo que Tommy y yo jugamos a los indios en el bosque que había junto a la casa del tío Jim. La casa era lo más modesta que usted se pueda imaginar, un solo cuarto amplio que servía de cocina, dormitorio y comedor con un ventanal desde donde se dominaba el pastizal a los pies de un cerro. Tommy dormía en una casucha que el tío le construyó al lado de afuera de la casa. Había otra casucha para el pozo negro. No tenían baño, sólo una ducha al aire libre. Así y todo, estoy segura de que aquellos años fueron los más felices de Tommy... ¿Quiere que le diga algo? Me gusta recordar al Tommy de esa

época, no a la persona en que se convirtió. Por qué, dígame usted, por qué un niño que ha sido criado con amor, en una casa modesta pero de buenos valores, puede ser tan oscuro y malicioso cuando grande. Bueno, es cierto que el tío Jim murió cuando Tommy andaba en los dieciocho y de ahí en adelante su vida fue decayendo. En menos de tres años se sopló la pensión del tío, vendió las ochenta hectáreas con la casa y empezó a vivir en moteluchos de mala muerte en las afueras de Las Vegas. Era un jugador empedernido, ¿sabe? A mí nunca me ha gustado el juego. Los casinos me deprimen. Son el impuesto de los pobres y debieran estar prohibidos. ¿Ha estado en ese casino que construyeron frente a la cárcel, en Chester? ¡Un casino frente a una cárcel! Qué idea, ¿no? Por mí que la gente haga lo que se le antoje, no se trata de eso, pero tentar a los que a duras penas tienen para terminar el mes con esas máquinas programadas para robarles la plata... La gente también es idiota, para qué estarnos con cuentos, hay que ser bien tonto para pasarse cuatro horas alimentando un tragamonedas. Yo creo que es la ignorancia. O la desesperación. O todo al mismo tiempo, ¿verdad? Lo que es a Tommy, las maquinitas esas lo esquilmaron y la coca le frió los sesos. ¿Si fue él? Sí... para qué le voy a decir una cosa por otra. Fue él quien me proporcionó la primera línea de mi vida. ¿Quiere saber cuándo? El mismo fin de semana de lo de Alexa.

Hacia las once de la noche de ese viernes yo andaba como gato encerrado. Tal como le dije, no haberme comunicado con Joshua me tenía más que inquieta. Sabía que algo raro estaba pasando. Volví a llamarlo una última vez y nada. ¿Por qué no contestaba? ¿Por qué no devolvía mis llamadas? Y en eso estaba cuando golpearon a la puerta de tal forma que supe de inmediato que no podía ser Joshua. Él nunca habría golpeado como lo haría un policía o el demente de mi hermanito. Y era él. Tommy. Tommy, pues. No lo veía desde quién sabe cuándo. Me pareció eterno de viejo. «Hola, hermanita». Inmediatamente me di cuenta de que estaba puesto. Tenía los ojos enrojecidos y las aletas de las narices irritadas y moqueando. Lo hice pasar y le preparé un café. No tardó nada en soltar la lengua. Andaba corto de plata y quería saber si podía echarle una mano. Un tipo con el cual tenía «negocios» le debía dos mil dólares, pero el desgraciado se estaba haciendo el tonto con el pago. «No tengo un cobre», le dije, y debe haber sido en ese momento cuando, vaya a saber por qué, le solté todo lo de mi relación con Joshua. Le hablé de la fortuna que tenía, de la casa con la tremenda piscina frente al Club de Golf donde vivía con su mujer, de la que había comprado en Towanda, de la mansión que acababa de ver con la corredora de propiedades. Fíjese que fue como si me hubieran abierto una llave. Tiene que haber sido porque no le había contado a nadie de mi relación con Joshua. Joshua me lo tenía estrictamente prohibido. «Lo cuentas y se acabó», me había dicho

varias veces. Nuestra relación era tan clandestina. Como si fuéramos un par de rufianes. Eso me atacaba, qué quiere que le diga, yo no era una delincuente y estar enamorada no era ningún delito. Él estaba casado, sí, claro, casado, la inmoralidad y toda esa historia, pero él con su mujer no tenían nada que ver desde hacía mucho tiempo. Nadie podría haber dicho que me entrometí en un matrimonio y lo quebré, eso estaba quebrado desde mucho antes. Lo concreto es que al ver a mi hermano me sentí en familia y se lo conté todo. La muerte de la niñita, Alexa que no dejaba la casa por nada y vivía encerrada con su pena, Joshua que no sabía qué hacer con ella. «Nos vamos a casar, y cuando eso ocurra podré pasarte no dos mil, sino varios miles más», le dije. Sonrió. Creo que fue ahí cuando me ofreció una línea y vaya a saber usted qué otra mierda se estaría incubando en mi cabeza que acepté. Me eché varias líneas sin pensar en lo que estaba haciendo. Una hora más tarde estaba echada como un bulto en el sofá, con Tommy a mi lado tomándome la mano. En ese momento debo haberlo visto como el papá que no tuve, el amigo que no tuve, el maestro que no tuve, y sentí un amor inmenso por él. «¿Vas a estar bien?», preguntó, y luego dijo que tenía algo importante que hacer. «Vuelvo en un rato». Y se fue cerrando la puerta con una suavidad desacostumbrada en él, que era más bien bruto para sus cosas. A las dos o tres horas regresó, pero de eso no me enteré hasta el día siguiente, el sábado, cuando abrí un ojo y lo sentí preparando el desayuno... ¡Vaya! Cómo se ha volado el tiempo. ¿Ya es la hora? Me imagino que debemos dejarlo para la próxima semana.

¿Vio que me compré un reloj? Me había acostumbrado tanto a andar sin ninguno que ahora tengo que volver a acostumbrarme a mirar la hora. Hasta el jueves, entonces...

El asesino

Luke salió del ascensor y antes de subir al casino le llamó la atención un carguero que iba pasando. Se detuvo frente al ventanal que daba al mar. La nave se movía como un barco fantasma navegando en medio de un sueño. Por un instante se sintió a bordo y lo invadió una sensación de libertad. Sus carnes lo habían abandonado y él volvía a ser el chico delgado y alegre que había sido antes del tío Bruce y su aliento fétido, sus manos fuertes y rasposas, y él con la cabeza hundida en su entrepierna, bajo la presión de una de esas manos que lo había tomado de los pelos para bajarle la cabeza con un movimiento tan brusco que casi le rompe el cuello, sintió el miembro duro palpitando como una pequeña bestia debajo de la tela rugosa del pantalón de su tío, mientras éste le susurraba al oído «chúpamela, chiquito, después te la chupo yo a ti», y a él se le nubló el pensamiento mientras sentía correr la orina tibia entre sus piernas.

Hizo un gesto brusco pasando su mano ante sus ojos, en un afán de espantarse la memoria, de correrla, barrerla de su mente, hacer cuenta que no existía, que nunca había ocurrido nada de eso. Pero había ocurrido y el tío Bruce estaba en la cárcel y el chico delgado y alegre estaba muerto y la vida era una cagada.

Se dio media vuelta y subió por la escalera mecánica.

Había pasado por el bar de Franky y si Jessy no estaba allí era porque se encontraba en Atlantic City. Desde que descubriera los casinos, y en particular el de Trump, donde le gustaba jugar, Jessy no había hecho otra cosa que perder plata. Ya no llevaba la cuenta de la cantidad, era mucha en todo caso. Estaba enviciado y le mentía, el muy cochino le mentía, y la mayoría de las veces era él quien le prestaba la plata. ¡Él! Pero este chorro estaba llegando a su fin, él no era un tonel sin fondo y su paciencia se había agotado. ¡Qué no había hecho por este perdido! Hasta lo llevó a Texas esa vez, todo pagado, el Motel 6, la bencina, los peajes, cada almuerzo, cada cena, le compraba ropa, y además le prestaba plata para sus vicios. Caras le estaban costando esas fornicadas que ya ni siquiera le gustaban tanto. Ese mismo sábado en la noche, Luke pensaba ponerle un punto final a la historia. Jessy tendría que introducirse en la casa del abogado, frente al Club de Golf, pasar la noche en el sótano y llevar a cabo el plan. Jessy

sería muy estúpido, y lo era, pero esta vez no podía fallarle, el asunto era pan comido, no le cabía ninguna duda de que en semejante mansión habría bastante más de dos mil dólares. Había escuchado decir que los abogados guardaban dinero en sus casas y después lo lavaban en cualquier casino para no pagar impuestos, y si era el caso, robarle a un ladrón ni siquiera era punible.

Pero si aún trataba de convencerse era porque también él había dudado. El plan no le parecía tan perfecto como insinuaba Tommy; además, una cosa era el plan y otra muy distinta su realización. ¿Iban a confiar en el imbécil de Jessy para algo tan delicado? ¿Y si Jessy se negaba? Jessy no estaba en situación de elegir, no se trataba de opciones, no pues, y eso era necesario dejarlo bien clarito desde el comienzo, no había opciones... pero nadie podría obligarlo si no quería participar.

* * *

Repasó su diálogo con Tommy.

—¿Y dónde dices que está esa casa?

—Frente a la cancha de golf. Es fácil.

—Sí, pero aquí hay una cancha de golf cada cinco millas. ¿No te dijo cuál cancha de golf? ¿La de Springfield?

—No, es la que da a South Providence. Me describió la casa con todo lujo de detalles, y no hay muchas que dan a las canchas, si la veo la reconozco de inmediato. Es una Tudor con tres chimeneas y en un costado hay una piscina de las más grandes, y un dogwood; también habló de una higuera en el jardín delantero. Con eso creo que basta, ¿no?

—¿Una casa roja, blanca, verde, azul? ¿No te dijo de qué color es?

—No, no me dijo. Pero me imagino que será como cualquiera de esas casas antiguas, de piedra o ladrillo.

—Y ella cree que adentro hay lana. ¿Está segura? ¿Cómo puede saberlo?

—No es que esté segura y no tiene manera de saberlo, mi hermana se está acostando con el tipo, eso es todo, soy yo el que dice que hay lana. Tiene que haberla. El tipo es un abogado millonario.

—¿Vive solo?

—Con su mujer.

—Y tu hermana se lo está tirando... vaya hermanita.

—Esa es otra cosa, Luke, y no es asunto tuyo.

—No seas tan quisquilloso, perdona, no fue mi intención molestarte... Dime

una cosa, porque hablas como dándolo todo por sentado, ¿qué te hace pensar que Jessy va a querer participar en esto?

—Te debe dos mil dólares, ¿no? Déjate de payasadas, Luke, le pasaste mi plata y ahora toca que me pagues. Tú y yo vamos a ir a echarle una mirada al lugar y tu hermanito, Jessy o como se llame, hará el resto.

—No es mi hermano, ya te dije, es el hijo de la mujer con quien estuvo casado mi viejo, eso es todo. ¿Pero se puede saber qué diablos te pasa a ti? Déjate de mirarme con esa cara. Lo único que te digo es que no estoy tan convencido de que sea un buen negocio.

—¿Un negocio? ¿Lo llamas negocio? ¿Llamas negocio a devolverme lo que me debes? ¡Esto no es ningún negocio! Es el pago de una deuda y tu tarea es convencer a tu hermanito. Aquí no hay alternativas. Me pagas o me pagas, se acabó la historia. A menos que tengas una idea mejor. ¿A ver? ¿A ver? ¿A ver? ¿Tienes una idea mejor? No, carajo. No veo que exista ninguna idea mejor. ¿O sí? —la punta de un cortaplumas se hundió levemente en la parte baja del abultado abdomen de Luke.

—¡Eh, eh, qué haces! ¿Estás loco?

—Ya, ya, ya, gordo, no te asustes, era una broma —dijo Tommy, guardando el arma en uno de sus bolsillos.

Luke soltó una risa nerviosa.

—Tráeme otro Martini —dijo Tommy a la mesera, que había presenciado la escena sin pronunciar palabra.

* * *

Ahora debía encontrar a Jessy antes de que la ocasión se les escurriera de entre las manos. Esa casa bien podía ser la mina de oro que creía Tommy. La noche anterior habían ido a inspeccionarla por todos los costados, habían dado cuatro vueltas a su alrededor y la habían estudiado desde distintos ángulos, fijándose en las puertas, las ventanas y las posibles entradas y salidas. No les había costado nada dar con la mansión. La hermana de Tommy había sido precisa en sus descripciones y era la única con tres chimeneas y una piscina grande; tampoco había muchas higueras por esos lados. Tal como Tommy pensaba, la casa tenía una entrada al sótano por fuera.

Casi todas las Tudor de esa época la tienen —le explicó—. Antes las usaban para entrar los canastos de manzanas.

Había un candado pero era lo de menos, un tijeretazo y listo. Salió de Chester y antes de dirigirse a Philadelphia para tomar el camino hacia Atlantic

City pasó por un Home Depot y compró un alicate para cortar fierro y un par de guantes de goma.

Su plan era el siguiente: Jessy cortaba el candado, entraba en la casa por la portezuela de las manzanas, pasaba la noche en el sótano y a la mañana siguiente, cuando el marido saliera a trotar, cosa que según la hermana de Tommy hacía todos los domingos, subía al dormitorio de la mujer y la obligaba a decirle dónde estaba la pasta. Esta no era ninguna vieja en las últimas, de esas que ya quieren morir y se resignan a cualquier cosa; la mujer del abogado era joven y no querría perder la vida en manos de un ladrón. Era bien probable que hubiera pasta en esa casa y que la mujer se aviniera a decir dónde la guardaban, pensó, dando vueltas entre la muchedumbre apilada en los pasillos frente a las máquinas, haciendo cola en las ATM y en las ventanillas de las cajas pagadoras.

Aquel lugar era un infierno de luces de colores, musiquillas, timbres y campanilleos de los tragamonedas, y estaba lleno de gente, olor a humanidad y tabaco, sobre todo a humanidad apestando a perfume barato y otros menos placenteros. Una mujer de unas doscientas libras, sus nalgas colgando por los costados del taburete, daba histéricos manotazos a la máquina: *Mister Cash Man* se había tragado su último billete de veinte dólares y en el casillero de los créditos aparecía un cero.

—Otra vez será —le dijo Luke al pasar.

—Métete en tus asuntos, gordinflón —respondió la mujer, levantándose del asiento.

Al lado, otra máquina vomitaba monedas ante los ojos sonrientes de un anciano afroamericano que se sobaba las manos con la vista fija en los tres sietes rojos.

En eso vio a Jessy sentado frente a una máquina de video-póquer de las de cinco dólares.

—Con razón se te desaparece tan pronto mi plata, ricura —dijo, poniendo su manaza en el hombro de Jessy y produciéndole un sobresalto. Enseguida lo levantó del asiento como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Déjame tranquilo!

—Tenemos que hablar. Ha surgido una oportunidad. Ven. Cobra tu saldo y nos vamos. Te invito un bourbon. Jessy lo miró con desconfianza.

—Esto es grande, hombre; grande, en serio. ¡Fabuloso! Ya lo verás.

—¿De qué mierda estás hablando?

—Ahora te lo explico. Vamos.

Dos horas más tarde estaban de vuelta en Chester sentados a la barra en lo de Franky. Luke había pedido un bourbon y Jessy otro. Nunca bebían bourbon

porque el precio era prohibitivo; esta vez, dijo Luke, iban a celebrar.

—¿Y se puede saber qué es lo que vamos a celebrar?

Entonces le expuso el plan.

—¿Quieres que pase esta noche en el sótano de esa casa? ¿Que me vaya ahora? ¿Dices ahora mismo? Estás loco. ¿Y para qué voy a pasar la noche en el sótano? Puedo entrar mañana temprano. ¿No es lo mismo?

—¡No es lo mismo, imbécil! De día cualquiera puede verte, no vas a correr el riesgo de que te vea algún vecino, la idea es que entres a la casa cuando todo el mundo esté durmiendo y esperes allí hasta la mañana, y una vez que el marido salga a trotar... No veo dónde está el peligro. Nadie va a bajar al sótano a esta hora, son las doce y media, estarán dormidos. Termina tu trago y nos vamos, te llevo en mi auto. Pasé a comprarte un alicate para el candado y guantes de goma. No me pongas caritas, ricura, esta vez nos haremos de la torta.

* * *

A la una y media de esa madrugada, Jessy vio el auto de Luke con las luces apagadas perderse lentamente entre las sombras de la calle. Estaba acurrucado debajo de un rododendro gigantesco. En cuanto el auto desapareció de su vista, se arrastró hasta la portezuela que se hallaba a menos de veinte pies de distancia y valiéndose del alicate cortó el fierro que sujetaba el candado. Había una escalinata de unos diez peldaños que aterrizaba en el sótano. Se arrastró boca abajo, pegándose a los escalones como una culebra, cuidándose de no hacer el menor ruido, y una vez que todo su cuerpo estuvo tendido en el piso helado del sótano, se arrodilló y luego se puso de pie y miró a su alrededor. Se trataba de unos de esos sótanos de las casas antiguas que no han sido acondicionados para vivir, el piso era de cemento, las paredes no habían sido estucadas y estaban a la vista toda suerte de tuberías, alambres eléctricos que corrían de un lado al otro y maderos clavados a los muros que hacían las veces de repisas donde descansaban tarros de pintura y otros utensilios de carpintería. El lugar era húmedo y la poca luz provenía de una pequeña ampolleta amarilla que habían dejado encendida. Sobre una mesa casi desarmada había dos maletas de cuero, una silla rota y algunos cojines. Varias bolsas plásticas llenas de trapos y otros cojines estaban acomodadas en una repisa de madera y al fondo había un espacio organizado como lavandería. Una lavadora eléctrica y una secadora de buenas marcas, junto a un lavatorio con tres grifos, y más allá el tanque de petróleo y dos calentadores de agua casi nuevos. Tomó uno de los cojines, lo depositó en el suelo cerca de los calentadores y se sentó a esperar.

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, jueves 24 de abril 2008

«Mira, Quinn, cada uno mata su propio piojo, cada uno se rasca con sus propias uñas, yo no puedo hacerme cargo de la mochila de tu pasado, así como tú no puedes hacerte cargo de la mía, ¿okey?». Ese era Joshua. Así me hablaba. Y no, Anne, contestando a su pregunta tengo que decirle que no sería justo decir que Joshua embarró mi vida, porque es una misma quien se la embarra. ¿Pero decir que se portó conmigo como cualquier mujer hubiera esperado después de lo que fue nuestra relación? ¿Decir que fue leal conmigo, por ejemplo? No. No fue leal.

¿Puedo fumar? Gracias.

¿Si tengo rabia? Bueno, sí, tengo rabia. Cómo no iba a tenerla. Rabia conmigo misma si usted quiere, pero también con él, con mi suerte, con lo poco que he podido hacer de mi vida. Cuando pienso que han pasado todos estos años y no he sido capaz de levantar cabeza. ¿Se da cuenta de en lo que me he convertido? Míreme. Parezco una vieja de cincuenta. ¿Usted diría que no tengo ni cuarenta años? Míreme, por favor. Míreme la cara. Ajada. Hay mañanas en que me paro frente al espejo y no me veo. No me veo. Veo un borrón, un proyecto de cara, y no me reconozco... ¿Alexa? ¿Por qué me pregunta por Alexa? A mí me daba lástima ella, qué quiere que le diga. Nunca pudo recuperarse de la muerte de su hijita y no es para menos. Joshua me contaba que vivía encerrada en esa tremenda casa que habían comprado muy poco tiempo antes de la muerte de la niña, sin salir a ningún lado, no leía los diarios ni se comunicaba con nadie; al parecer, fue siempre un poco huraña. Según Joshua, sufría de una depresión endógena. Pero yo no sé hasta qué punto eran ciertas las cosas que Joshua me decía de ella, de su matrimonio, no lo sé, en verdad. Y no lo digo porque siga enojada con él, qué voy a estar enojada después de tanto tiempo. Pero a mí me mintió desde el principio, sólo que fui lo suficientemente estúpida como para no darme cuenta. Las cosas pueden haber sido muy distintas de cómo él las pintaba, lo mismo Alexa. Lo único que vi de ella, ver lo que se llama ver, fue esa foto que un pasquín del condado de Delaware tuvo el mal

gusto de publicar en primera plana para atraer a los morbosos. Pero Joshua no tuvo nada que ver, porque en ese momento estaba conmigo y así mismo se lo hubiera dicho a la policía si me lo hubieran preguntado. Aunque nadie me preguntó nada, se ve que Joshua les dijo que estaba trotando y a mí ni me mencionó, nunca apareció mi nombre en la prensa ni ninguna alusión a que Joshua tenía una amante. Además, no fue necesario que yo corroborara nada ni le sirviera de coartada, ya que no alcanzó a pasar una semana antes de que dieran con el que buscaban. Un indeseable que vivía en Chester. Jessy Reynolds. Nunca olvidaré su cara que aparecía casi a diario en las noticias. Sonreía con una mirada entre angelical y fría que te dejaba helada, una mirada de esas con las cuales no quisiera encontrarme en un callejón oscuro en la noche, cargada de no sé qué cosa, odio, pero más que odio, como de perversidad. Yo creo que hay gente mala. Punto. ¿Y usted? Mucho se dijo que Reynolds había tenido una niñez horrible, que el hijo de su padrastro lo violaba y no tenía trabajo, que la mamá era una camarera tan pobre, bla, bla, bla. ¿Quiere que le diga una cosa? Estoy harta de esa canción. Medio mundo ha tenido una infancia desdichada, un padre abusador o una madre preocupada de cualquier cosa menos de la formación de su hijo. Eso no disculpa a nadie, ¿sabe? Si todos los desdichados volaran, el cielo pasaría nublado. ¿Porque perdí mi trabajo y tuve una niñez desgraciada voy a salir a matar gente como si fueran moscas? Bueno, qué sé yo, tal vez sea cierto, estoy pensando en Tommy, mi hermano... pero esa es otra historia. El Jessy ese era un psicópata, ¿sabe? Un verdadero psicópata. Pocos días antes de asesinar a Alexa machacándole la cabeza con un alicate, le había dado una paliza a una anciana que vivía sola en una casa elegante del Main Line. El tipo dejó un guante de goma en la casa de Alexa y por ahí lo agarraron. Lo habrían descubierto de todas maneras, déjeme decirle, porque el hijo de su padrastro declaró en su contra. Éste andaba metido con una mafia que contrabandeaba crack, y si mal no recuerdo llegó a un acuerdo con la policía. Resulta que lo metieron en el programa de protección de testigos y anda suelto por ahí, no le tocaron ni un pelo, pero el otro no volverá a pasearse por una calle, de eso al menos podemos estar seguros... Jessy Reynolds... Todavía estará pudriéndose en la cárcel, supongo.

Nahuel

Santiago, Chile, sábado 16 de octubre 1999

Faltaban diez para las seis de la mañana cuando Nahuel despertó. La cama sin Elisa le permitía gozar del placer de pensar en voz alta, leer y revolcarse entre las sábanas a sus anchas. La sola sensación de tener cuatro, cinco horas por delante hasta que abrieran las tiendas y él saliera de la casa en busca del regalo para la *patronne* y el tío Guillaume le proporcionaba un increíble bienestar. Y en dos días más a esa misma hora estaría en la pieza del segundo piso de la casa del Chemin de Coudoulets, con Juliette resolviendo el crucigrama del diario local del domingo a su lado.

Sintió un estremecimiento de alegría acompañado de una súbita nostalgia de su abuela. Le hubiera gustado poder contarle que estaba a punto de separarse de Elisa, que había conocido a esta mujer en Francia y estaba seguro de haber encontrado, por fin, a la compañera del resto de sus días. Su abuela se habría reído a gritos y le hubiera preguntado con un dejo de picardía en la voz: «¿La compañera del resto de tu vida? ¿Crees que existe tal cosa? Esas son leseras de las que dicen en las telenovelas o en las novelas rosa, hijito, en la vida de un hombre puede haber hasta diez compañeras, no importa nada que en un momento se crea que son para toda la vida; al contrario, es bueno creer eso». Le parecía oírla. La vieja nunca dejó de estar al alcance de su mano a la hora de un problema, la necesidad de un consejo, una confidencia. Y nunca le exigía nada, simplemente estaba ahí, para lo que él quisiera. Había sido la única mujer junto a la cual no se sentía amenazado, sino perfectamente en calma, cómodo. Podía estarse una hora, dos horas sentado junto a ella sin hablar, embebido en sus pensamientos, sin que ni una brizna de inquietud alterara el silencio.

Cuando Nahuel se recibió de ingeniero agrónomo y se casó con Rosalina, la abuela Rosa vendió Pumalinque, ella y la tía Clemencia se instalaron en una quinta de paltos que Rosa compró en Quillota, para estar cerca de Nahuel. «Juntos, pero no revueltos», reía, sabiéndose incapaz de vivir demasiado lejos de ese nieto que había sido la mitad de su vida. Esa quinta fue el mejor refugio para Nahuel.

En una oportunidad, hacía ocho años –fue el mismo año de la muerte de su abuela–, estuvo tres días encerrado con ella en la quinta. Cada vez que quería estar solo o sentía la necesidad de hablar con su abuela como no lo haría con nadie en el mundo, ni siquiera con Rosalina en los mejores tiempos, enrumbaba hacia la quinta con la sensación de que una vez allá, sentado frente a la vieja, sacándose lo que fuera que perturbara su alma, estaría bien. Ya en el camino hacia la sencilla y acogedora casa de piedra, en medio de los paltos y las tres higueras, sentía aproximarse la tranquilidad. Su abuela estaría esperándolo con un platón de pebre y pan amasado. La chimenea estaría encendida y un olor a leña fresca invadiría la casa. Su abuela estaría sentada en el sillón inglés, habiéndose desprendido convenientemente de la tía Clemencia, a quien habría enviado a Santiago por el día, para conversar tranquilos. Con sólo ver a esa vieja querida se sentiría mejor. Alta y tranquila con su moño de pelo albo sujeto con cinco pinches en la nuca, sus manos un poco artríticas, sus piernas largas y flacas enfundadas en medias grises de seda, sus ojos profundos y su nariz griega que daba altivez y elegancia a su cara lavada. Se sentaría junto a ella y ambos permanecerían un rato mirando el fuego sin hablar. La abuela, con una expresión contemplativa, cómoda en su silencio como si fuera a quedarse así toda la vida, y él sintiendo la paz que le daba esta mujer, la única en el mundo a quien no tenía que explicarle nada.

Esa vez, y sin saber que sería la última en la vida que hablaría en esos términos de absoluta confianza con ella, le contó los problemas que estaba teniendo con Elisa. Entonces llevaba cinco años casado y Nahuel ya amanecía con la sensación de haberse equivocado y no saber qué hacer. La quería como a una hermana, la apreciaba, no estaba de acuerdo con ninguna de sus ideas políticas y su excesiva religiosidad lo sacaba de quicio, pero la respetaba. Sin embargo, a la hora del sexo, Elisa no le producía nada, simplemente nada. Podría haber pasado toda la vida sin tocarla y no le hubiera importado. Tampoco le molestaba su cercanía en la cama.

—Se trata de Elisa, ¿verdad? —dijo su abuela cuando ambos llevaban diez minutos observando impávidos el fuego—. Y lo que te pasa es que no estás enamorado de ella, pero, Nahuel, ¿por qué habías de enamorarte después de casarte cuando lo que generalmente ocurre es justamente lo contrario?

—Tiene razón, abuela, el problema es que ahora no sé qué hacer.

—No hay nada que hacer aparte de separarte de ella. No existen parejas más tristes que las que se niegan a reconocer su infelicidad. ¿Qué sentido tendría seguir junto a una persona que no quieres?

—No es que no la quiera, abuela, tenemos una convivencia tranquila, nunca

nos peleamos, no hay malas palabras. ¿Por qué habría de dejar a Francisca sin mamá por segunda vez, si ni siquiera hay maltrato entre nosotros?

—¿Quieres que te diga una cosa? No hay peor maltrato que el desamor. Y si crees que a Francisca le hace muy bien vivir en un ambiente sin amor, junto a un papá lleno de amargura, sin pasión, agachando la cabeza ante una mujer dominante y beata, porque dejémonos de cuentos, Elisa es una buena mujer, no lo niego, pero es terriblemente beata, dominante y maniática del orden... además de pinochetista.

La abuela terminó su diatriba lanzando un suspiro.

—Nunca la has podido aguantar.

—No es que no la haya podido aguantar, lo que no aguanto es verte infeliz, y verla a ella infeliz, porque si crees que a una mujer le gusta mucho dormir en la misma cama con un hombre que no la ama... ¡Ahí sí que estás equivocado!

Dos meses después de esa conversación su abuela estaba muerta. De haberle hecho caso entonces las cosas hubieran sido muy distintas, pensó, mirando la hora.

Salió de la cama de un salto. Se le había pasado la hora y tenía varias cosas que hacer. Sabía que tardaría en encontrar un regalo apropiado para el tío Guillaume y otro para su mujer. Se dio una ducha rápida y salió de su casa media hora más tarde.

Nataly Moena

Quillota, Chile, sábado 16 de octubre 1999

Nataly acarreó las dos maletas hacia el interior de la casa de su abuela. Salió al patio y dejó la planta apoyada en uno de los postes del parrón. Apoyó la bicicleta en la pandereta del fondo de la propiedad y volvió a entrar. Pasó al dormitorio que había sido el suyo cuando niña. Se sentó en la cama. El póster de Joan Manuel Serrat seguía estando donde ella lo clavó a los trece años. Era lo único suyo que quedaba en la pieza. Sus hermanos habían cambiado su cama por una más pequeña que hacía de sofá y ocupaban la pieza como escritorio. Junto a la pared, al lado derecho de la puerta, había varias botellas fumigadoras y otros implementos de trabajo. Debajo de la ventana estaba la estantería que su abuela tenía antes en la cocina. Una aralia se enredaba en los fierros de la repisa inferior, siguiendo su curso hacia la luz y subiendo por el marco de la ventana. Nataly observó las cosas que la rodeaban. Entre esas paredes había transcurrido lo mejor de su vida. Su abuela, la vida con sus dos hermanos, los primeros años de Nico. En esa pieza había descubierto las zonas misteriosas y sensibles de su cuerpo. En ese olor a limpio había despertado al amor y al sexo y había soñado con un hombre alto, cariñoso y con plata que la amaría y la haría feliz, y ella, para compensarlo, le daría hijos sanos y agradecidos a su padre. Se imaginaba rodeada por su familia deslizándose con suavidad por la pendiente de una vejez tranquila. Cuando dejó la casa para irse con Alberto y su niño a San Juan, lo hizo sabiendo que el resto de su vida no sería tan segura y cálida como lo fue entre esas paredes. El hombre alto que la llenaría de hijos y la haría feliz se quedó en esa pieza. Paseó los ojos por las paredes de su vieja habitación, y no la reconoció. Abrió el clóset donde colgaba su ropa y vio que en el lugar donde se colocaban los ganchos sus hermanos habían puesto dos repisas donde descansaban varios tarros de pintura sin abrir. Volvió a la cocina y se sentó en una de las sillas que había arrimadas a una mesa que antes no estaba. Pensó en su abuela, qué diría si estuviera allí en ese momento. Trató de conectarse con la vieja e intentó imaginársela preparándole un café mientras ella se aprontaba a contarle lo que había pasado. Pero fue inútil, el espíritu de su abuela se

encontraba demasiado lejos y en ese lugar ya no quedaba nada de ella. Lo único que había en esa casa eran retazos de sus propios sueños de adolescente. Hizo un esfuerzo por conectarse con esa parte de su vida, mas lo único que vio hacia atrás y hacia adelante fue un túnel donde ella deambulaba buscando una salida hacia el futuro sin saber dónde encontrarla. Todo estaba negro y ni siquiera podía distinguirse ya a sí misma.

Juliette

Ashram Aiyon, a 50 kilómetros de Rishikesh, India, jueves 24 de abril 2008

Me pregunto quién sería tu padre y qué relación tendrías con él. Una sola vez hiciste una vaga alusión a la huella que un padre puede dejar en la vida de su hijo. Fue cuando llegó al Ashram el hijo de un famoso consultor que era profesor de economía de Harvard. ¿Te acuerdas? El pobre chiquillo se había salvado de milagro de una sobredosis de heroína. Parecía un pellejo. Tenía los ojos hundidos y la muerte se había instalado en su mirada. Un amigo lo trajo al Ashram creyendo que aquí podría encontrar un nuevo camino, pero lo único que encontró fue una muerte más tranquila. Adhira no pudo hacer nada. Nunca supimos cómo consiguió droga en el Ashram. El día que amaneció muerto me dijiste que la mañana anterior habías tenido oportunidad de intercambiar unas palabras con él. Le habías preguntado por su padre y el chico te contestó que su papá estaba demasiado ocupado con sus recetas económicas, que él no era rentable para su papá. «Un hombre a quien su hijo llega a referirse en esos términos no debiera tener el privilegio de la paternidad», me dijiste. Había mucha rabia en tu voz. En ese momento pensé que tal vez tú mismo habías tenido un mal padre. Por mi parte, nunca he sentido rencor hacia el mío, sino tristeza de no haberlo conocido, de no haber sido más grande cuando nos abandonó y no haber tenido la oportunidad de comprenderlo.

Hace un rato, cabeceando, lo vi en un sueño, y es raro que lo haya hecho, pues nunca sueño con él. Se llamaba Louis. Lo recuerdo como un hombre muy delgado, de piel blanca y delicada, manos largas de pianista, aunque no era músico, sino restaurador de antigüedades. Tenía su pequeño taller en la rue Calusse, en Pernes-les-Fontaines. Mi madre lo trataba como se trata a un hijo más que a un marido. Hablaban tan poco que era como si no se pudieran ver, estaban constantemente evitándose; es decir, él estaba constantemente rehuyéndola, pese a que era amable con ella. Sólo discutían cuando él no llegaba a la hora. Desde pequeñas, Christine y yo nos dimos cuenta de que algo andaba mal en el matrimonio de nuestros padres. Mi padre salía de la casa, siempre con cualquier pretexto, y regresaba tarde. Mi madre solía esperarlo de pie junto a la

ventana de su cuarto en el segundo piso, mirando la hora cada cinco minutos, enrabiada y tensa, a veces le temblaba la barbilla como si en cualquier momento fuera a estallar en llanto, pero se controlaba. Cuando mi padre volvía, hasta dos horas más tarde que cualquier disculpa plausible, la escuchábamos recriminarlo, luego venía un portazo seguido de los pasos rápidos de mi padre que se iba golpeando la puerta. Durante años se repitió la misma escena. Cuando evoco a mi madre la veo consultando la hora en un reloj redondo rodeado de brillantes que había heredado de su abuela, y a él lo recuerdo alejándose por el empedrado.

Un día salió a comprar cigarrillos y no volvió. Teníamos diez años. Al comienzo mi madre nos dijo que estaba trabajando en San Juan de Luz, después que se había enfermado y dos años más tarde que había muerto. Mucho más adelante, habíamos cumplido quince años, tuve que ir a Avignon con un grupo de compañeros de curso para dibujar la fachada del palacio de los papas. Me encontraba sentada en un banco de piedra haciendo los primeros esbozos cuando levanté la vista y vi a mi padre caminando lentamente junto a un hombre demás o menos su misma edad. Se acercaban al lugar donde yo estaba. Pensé esconderme para que no me vieran, pero luego decidí quedarme a la espera de los acontecimientos. Venían sonrientes, animados por alguna alegre conversación. Creí que mi padre me abrazaría, me presentaría a su amigo, esta es mi hija Juliette, o tal vez se produciría una situación embarazosa, se avergonzaría de verme; mal que mal, hacía cinco años que no lo veíamos y no teníamos ni la menor noticia suya. Mi padre y su amigo pasaron frente a mí, el amigo esbozó una leve sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron y mi padre no me reconoció. Cuando regresé a Pernes-les-Fontaines y se lo conté a Christine, me dijo que estaba loca o viendo visiones, papá había muerto, pero luego se puso a llorar y me preguntó si iban tomados de la mano. No, no iban tomados de la mano, la tranquilicé, y después le di un buen reto por no haberme confiado que ella creía que nuestro padre estaba vivo. «Tú también lo sabías y tampoco me lo dijiste», respondió. Y tenía razón. Ninguna de las dos nos tragamos el cuento de mamá porque en alguna parte de la memoria infantil debimos de haber registrado la imagen de nuestro padre besándose con un hombre en la oscuridad de su taller. En ese momento teníamos ocho años y habíamos ido al taller para avisarle que la cena estaba servida. Los divisamos a través de la puerta de vidrio y no entramos. Ellos, en su abrazo, no nos vieron. Y en cuanto a nosotras no hicimos el menor comentario. Cada cual se guardó la impresión donde menos le dolía. Regresamos a casa y Christine le dijo a mamá que papá estaba cerrando la tienda y ya venía. Nos sentamos a la mesa y comimos las tres en silencio, mi madre mirando la hora cada cierto tiempo. Terminamos de lavar los platos y no llegaba, nos acostamos a dormir y aún no

llegaba. Hacia las doce de la noche los oí discutir, mi madre le gritaba algo y luego vinieron los pasitos apurados de mi padre y el portazo.

No sé si mi madre volvió a verlo después que salió a comprar cigarrillos para desaparecer, lo único que puedo decirte es que el nombre de mi padre no se mencionó en esa casa hasta el día en que el tío Guillaume —era su hermano mayor— llegó a decirnos que nuestro padre había muerto de una pulmonía. Teníamos veintiséis años. Asistimos al entierro, guardamos luto por seis meses, como era de rigor, aunque para nosotras había muerto mucho antes.

* * *

Adhira ha vuelto a vaciar tus cajones y no ha encontrado nada, ni una dirección, ni un teléfono, nada que nos indique a quién debemos avisarle que estás tan mal.

—Su mujer se llamaba Alexa, es lo único que sé.

—¿Me vas a decir que en todos estos años ni una sola vez te habló de su vida en Estados Unidos, su trabajo, si tenía o no parientes? ¿Nunca te dijo qué fue de su mujer?

—Nunca.

Me miró perpleja, mientras yo me recriminaba. ¿Cómo es posible haber trabajado a dos metros de alguien, todos los días menos los domingos, durante casi diez años y no saber nada de esa persona? ¿De qué hablábamos? ¿Cuáles eran nuestros temas? Repito, nada muy especial, en realidad. Los cultivos, las dificultades con que a veces nos encontrábamos para conseguir reservas, el tiempo, si estaba muy húmedo, si vendrían lluvias y monzones, el silencio... te gustaba hablar de lo beneficioso que era el silencio y luego permanecías callado durante horas tecleando en la vieja máquina de escribir, pues evitabas la computadora, como si te molestara abrir esa ventana al mundo. Ahora me pregunto en qué estuve que no te hice más preguntas. Podría haberte presionado, pero la verdad es que yo tampoco te conté gran cosa de mi vida, y así nos encontramos ahora... me parece mentira que habiendo estado juntos todo este tiempo no sepamos nada de ti.

Tampoco el doctor Premchard trajo buenas noticias. Cree que tienes un tumor inoperable en el vermis superior del cerebro. El médico dice que a eso se debían los dolores de cabeza que padecías temprano en las mañanas. Además, parece que hay una hemorragia interna, un hematoma, pero de eso no puede estar seguro, habría que hacer una craneotomía que no te harán de ninguna manera. Recomienda no moverte. Dice que no resistirías un viaje tan largo como

el que propone Adhira y que en ese hospital no hay nada que puedan hacer por ti que no podamos hacer nosotras. También dijo que no hay que hacerse ilusiones. No sabe cuántos días podrás sobrevivir en este estado. Habló de una semana, tal vez dos. Lo más importante es que estés cómodo, que no se te formen escaras.

Está oscureciendo, Joshua, Adhira me está esperando en el comedor del palmar, quiere hablarme de algo importante; al parecer, alguien ha respondido al anuncio que puso en un diario de Philadelphia.

El asesino

Los ojos de Jessy brillaban en la oscuridad. Después de un rato tan largo, aquel sótano helado le recordaba el lugar donde vivía. Encerrado a solas, no tenía para entretenerse más que el recuerdo de los pasos que lo habían llevado hasta allí.

Pensó en su cuarto. El jergón estaba roto y un pedazo de espuma se salía, formando una pelota dura que se le clavaba en la espalda cuando se acostaba a dormir o a esperar que se le pasaran los frecuentes dolores de cabeza que sufría, como ahora. El olor a orines y restos de comida rancia le embargaba los sentidos cuando pasaba allí muchas horas. Un frío que calaba los huesos se colaba por los cartones que había pegado con tela adhesiva en el marco de la ventana. Era que los malditos chiquillos de la casa de enfrente habían vuelto a apedrear su casa.

¡Mierda! ¡Doble mierda! Había llegado el viernes y no había conseguido la plata. «No te espero ni un puto día más, ricura», le había dicho Luke, y él conocía a Luke, si decía ni un puto día más quería decir ni un puto día más. El cochino de Luke lo mataría. No, no lo mataría, sería aún peor. En el casino le estaba yendo harto mejor que otras veces. ¡Vaya ironía! La única vez que estaba ganando llega el gordo de mierda y lo saca de la máquina. ¡Ahhh! Pero había logrado cobrar su dinero en la caja sin que Luke se diera cuenta de cuánto le estaba pasando la cajera. Había un mar de personas cobrando o cambiando billetes y Luke no pudo acercarse. Tenía trescientos dólares, aparte de los mil que le había dado Silvia, y los tenía a buen recaudo, porque después de cobrar, con el pretexto de que tenía que mear, había pasado al baño y se había escondido la plata en el calcetín.

Sintió ganas de fumar. La llama del encendedor iluminó su cara de huesos filosos, la enorme nariz, desproporcionada para su rostro, los movedizos ojos azules y los labios delgados, pero no se atrevió a encender un cigarrillo allí dentro. Jugó con el encendedor, pasándoselo entre los dedos, y recordó los dedos flacos de la vieja a la que se lo había robado. ¿Cuántas veces lo habría encendido ella? Vieja imbécil. A quién se le ocurre vivir en una casa como esa, sola, y sin un peso del cual echar mano en caso de emergencia. No había un peso en ninguna parte. El mito de que las viejas son avaras y guardan la plata y las joyas debajo del colchón, en este caso resultó ser eso, un mito. No hubo rincón que no registrara y era cierto que no había plata en la casa, tampoco había joyas y una

caja de terciopelo con pinta de guardajoyas, que encontró en uno de los cajones, no era más que un costurero. La vieja no mentía cuando sollozando le dijo: «No me mate, no tengo nada en la casa, pero podemos ir al cajero automático y saco dinero, todo el dinero que quiera, en efectivo...». La cabrona. ¿Así que no tienes caja fuerte? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Que en esta mansión no hay una caja fuerte? Y ella siguió gimiendo como si tuviera una gato en la garganta: «No, no, no hay caja fuerte, mi dinero está en el banco, registre toda la casa si quiere – entonces le pasó el encendedor–, es lo más valioso que tengo a mano, es de oro de dieciocho quilates, me lo regaló mi hijo, tome, lléveselo». En ese momento los ojos de la vieja se abrieron como platos y le pegaron una mirada fulminante, como si de pronto se hubiera esfumado todo el miedo y se hubiera dado permiso para odiarlo con toda el alma.

—White trash –susurró en un arresto de desesperación, y ahí mismo él le asestó una cachetada.

—Tú serás basura blanca –le dijo, satisfecho de ponerla en su lugar.

Pero entonces ocurrió algo. La vieja ya no era ella, sino Luke. Un Luke delgado, casi escuálido; se acercó a él y lo abofeteó una y otra vez con la palma y el dorso de la mano, sin encontrar más resistencia que la dureza de la mandíbula bajo la mejilla chupada. La vieja acabó en el suelo, a sus pies, con las dos mejillas rojas y el pelo revuelto; sólo al no encontrarla ya más erguida frente a él Jessy dejó de golpear. Dio media vuelta y abandonó la pieza, sintiendo la boca ácida y seca como infectada por su propio aliento. Se pasó la lengua por los labios partidos y tragó saliva.

Esa noche, al abrir la puerta de su casa, la luz roja de un cigarrillo encendido lo paralizó. Era Luke. Lo sabía por el olor a tabaco negro.

—¿Trajiste la pasta? –preguntó la voz cascada desde la oscuridad.

—¿Cómo entraste?

—Siempre he tenido llave de tu apestosa casa, ricura –rió Luke, levantándose de la poltrona–. ¿Hay pasta o no?

—La vieja no tenía un miserable dólar... te lo juro, Luke, y tú eres el culpable, es tu culpa, no la mía, tú descubriste la mina de oro, ¿te acuerdas, cabrón? Mina de oro, dijiste. Bueno, aquí la tienes –le lanzó el encendedor–, es lo único que encontré en tu mina de oro.

—¡Lo sabía! ¡Quién me mandó confiar en ti! Muerto de hambre, imbécil, cagón, ¿ah? Porque todo eso eres, y más. ¡El lunes!, ricura. Esa plata no era mía, la pedí prestada y tengo que devolverla, a mí nadie me espera. Necesito la plata el lunes, ¿me oyes? Hoy es miércoles, te quedan cuatro días. Jueves, viernes, sábado, domingo. ¡No hay más! El lunes vuelvo a esta misma hora y quiero ver

la plata aquí. En esta mesa. Contante y sonante. En esta misma mesa –dio un golpe en la mesa que estaba junto a la ventana.

Pero llegó el viernes y Jessy aún no tenía la plata. Luke le había prestado esos dos mil dólares hacía dos semanas. ¡Sólo dos semanas! ¿Y por dos semanas armaba el terrible escándalo? Se los iba a devolver, así tuviera que asaltar un banco se los iba a devolver.

—Te lo juro –le había dicho.

—Más te vale, ricura, porque si no tú y yo vamos a darnos una de nuestras fiestecitas—. Ando bien caliente por estos días –soltó, mirándolo fijo desde la puerta, y luego se fue dando un portazo.

Él sintió que se le escapaba el aire. Desde la primera vez nunca había sido capaz de defenderse, y esa primera volvía a su mente cada vez que la historia amenazaba con repetirse. Como si hubiera sido la única.

Fue una noche de enero. Él había cumplido trece años ese mismo día. La pieza donde dormían ellos dos estaba en el tercer piso de la casa y era una buhardilla angosta donde apenas cabían las dos camas y un velador al medio. Antes de casarse con su madre, Pete Mondini, el padre de Luke, había alardeado de la buena casa que tenía en Chester. Estarían cómodos. Él ganaba bien. Su pega le daba buena pasta. Mentiras. No estaban cómodos. Pete y Luke habían perdido su trabajo en la Boeing y el cheque de la Asistencia Pública no alcanzaba para cubrir los gastos. «Trabajaban» robando casas en las cercanías y se habían mudado a un conventillo miserable. Los maderos de la pieza estaban a la vista y en el techo había un portillo por el cual se colaba un frío de piedra.

Hacia medianoche escuchó a Luke levantarse de la cama y salir de la pequeña habitación. Al poco rato volvió con la linterna encendida y un rayo de luz fue a dar directamente a su cara.

—¡Déjame dormir, maricón!

Esas palabras, que dichas en cualquier otro contexto no habrían producido nada especial aparte de, quizás, apagar la linterna, produjeron en Luke un furor inexplicable.

—¿Qué me dijiste? ¿Ah? ¿Qué me dijiste? ¿Maricón, me dijiste?

Se puso a gritar palabras obscenas. De un manotazo levantó las frazadas que cubrían su cuerpo, dejándolo al descubierto.

—¡Qué haces! –trató de taparse y la manaza de Luke se aferró a su mano como un garrote. Luego se le tiró encima con todo el peso de su corpulencia de doscientas veinte libras. Él intentó apartarlo pero no tuvo fuerzas. Con un movimiento brusco, Luke lo puso boca abajo, afirmándolo por los brazos, y cuando lo tuvo inmovilizado le bajó el pantalón del pijama con una mano,

mientras con la otra le tapaba la boca. Sintió un dolor aguzado, y los próximos diez minutos, mientras el miembro de Luke se abría paso en su carne, empujando, acuchillándole el alma y luego soltando su chorro del diablo, sintió que la existencia se le escapaba por las narices. Desde algún rincón de su mente abotagada le llegó la certeza de que aquel era el primer momento del resto de su vida. De ahí en adelante, Luke sería una halitosis que estaba condenado a llevar consigo adonde fuera. Nunca podría librarse de él. Lo había marcado a fuego, como a una vaca.

Prudencia

Fundo San Juan, a 10 kilómetros de Quillota, Chile, sábado 16 de octubre 1999

Prudencia llegó a San Juan el viernes a las diez y media y los quehaceres de ese día transcurrieron de acuerdo a lo planeado. A las once de la mañana dio su clase de religión en la casa de Cristina Ampuero, la hija mayor del capataz. A la una hizo la segunda clase, esta vez en el costado opuesto del fundo, por el lado del río, en la casa del Rucio Cancino, el tractorista que contrataron cuando murió el marido de Nataly Moena. Aunque la concurrencia fue menor de lo que a Prudencia le hubiera gustado, las catorce mujeres estuvieron todo el rato con los oídos atentos y los ojos puestos en la Biblia, que leía con voz tensa tratando de imprimirle dramatismo a sus palabras. «Mas tengo unas pocas cosas contra ti, porque permites a aquella mujer, Jezabel, que se dice profetisa, enseñar a engañar a sus siervos, a fornicar, y a comer cosas ofrecidas por los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta de la fornicación, y no se ha arrepentido... y mataré a sus hijos con muerte y todas las iglesias sabrán que soy el que escudriña los riñones y los corazones...».

—Se está refiriendo a las fuerzas del mal —dijo Prudencia, dejando la Biblia a un lado— y ya ven ustedes, en las propias palabras del Señor, ¿qué hacen las fuerzas del mal? Enseñan a engañar, a fornicar y a comer cosas ofrecidas por los ídolos. Fornicar, para que ustedes lo sepan, no es lo mismo que tener relaciones sexuales para procrear, no, no, no, es muy distinto. La fornicación se refiere a las relaciones sexuales prohibidas por la Iglesia, por lo tanto, por nuestro Señor, y es pecado. No fornicar. Acuérdense de lo que hablamos la semana pasada. Uno de los diez mandamientos. Y en esto quisiera que no hubiera confusiones —dijo, aflautando en ese momento la voz—. Ustedes me dirán: una mujer que se acuesta con un hombre casado, ¿está fornicando o está teniendo relaciones amorosas para crear un hijo? Fornicando, ¿verdad? ¿Y es pecado? ¡Pecado, pues! Cómo no iba a serlo si el Señor creó las relaciones maritales entre un hombre y una mujer explícitamente para la procreación, el acto más bello de la humanidad. ¿Les queda claro?

El silencio era profundo y todos los ojos estaban fijos en ella. Imposible saber lo que pensaban; no obstante, el interés era evidente y el interés y la atención de las mujeres constituía el máximo premio a su labor catequizante, lo que buscaba con sus clases, lo único que realmente le interesaba era que su mensaje penetrara, que la palabra de Dios les llegara. Sabía muy bien que una misionera no podía esperar resultados en poco tiempo, la labor sería larga y estaba muy dispuesta a tomarse todo el tiempo necesario con tal de que alguna rendija se abriera en la cabeza de esos ignorantes, impíos, sin ninguna educación religiosa ni de la otra, y pudiera entrar la verdadera Luz.

Abandonó la casa con el espíritu elevado.

Esa tarde la dedicó a la lectura, escribió dos cartas y a las ocho y media Filomena le sirvió una sopa de pollo y un plato de frutas en conserva.

Para las diez de la noche estaba durmiendo.

El sábado se quedó dormida y no despertó hasta las once de la mañana. Se vistió rápidamente, se daría una ducha más tarde, en parte para castigarse por haber dormido hasta esa hora insólita, cuando debería estar dedicada a labores más edificantes, y en parte porque en verdad no tenía tiempo de ducharse ahora. Pasó el resto de la mañana corriendo de un lado a otro. Llegó atrasada a la clase de las once y media, en donde sólo tuvo tiempo de leer un párrafo corto de la Biblia, que ni siquiera alcanzó a comentar como se había propuesto. Eso la dejó frustrada. A la una había citado a un grupo de mujeres para hacer flores de papel y no asistieron más que dos. Nueva decepción. Y a las tres, cuando quiso darse la ducha, se encontró con que las cañerías no funcionaban. Desde el baño llamó a gritos a Filomena.

—¿No le dijo Luciano que estamos con las cañerías malas? —preguntó Filomena.

—Nadie me dijo nada. ¿Lo sabe Elisa?

—La señora Elisa no se ha aparecido por estos lados desde hace por lo menos tres semanas, ahora la única que viene es usted —dijo Filomena, haciendo una mueca de disgusto. No le gustaban los aires de dueña de fundo que se estaba dando la señorita Prude últimamente. Le molestaba la forma como le sonsacaba las cosas y ahora estaba especialmente atacada con ella. Se sentía responsable por la expulsión de Nataly Moena. La voz se había corrido por el fundo. La había echado por sus amores con Luciano. Al día siguiente, Nataly llegó a la casa para hablar con la señorita Prude y ésta no quiso recibirla, luego pasó a la cocina y se enfrentó con ella. «¿Cómo pudiste ser tan infeliz, Filomena?», le dijo, «¿cómo pudiste decirle que andábamos juntos con Luciano? ¿Viste el lío en que me has metido por copuchenta? ¿Qué te pasa con nosotros? ¿Te hemos

hecho algo, acaso? ¿No fuiste capaz de quedarte callada? ¿Acaso no le tienes ningún cariño a tu primo?». Y siguió y siguió. Que Luciano iba a cantarle las cuentas claras, que ya nadie confiaba en ella, que era la peste. ¡Cómo pudo! Ella, sobre todo, siendo de la familia. Hasta traidora le dijo.

¿En qué estaría pensando cuando le contó a la señorita Prude? No era por disculparse, pero se lo había sacado con tirabuzón, sí, con tirabuzón. Alguien le había dicho que la viuda tenía amores con un casado y no paró hasta averiguar quién era. A ella le sacó la verdad con una mentira: «Me han dicho que tu primo está teniendo una aventura contigo», le soltó un día y ella se asustó. ¿Se asustó o le dieron ganas de largar una carcajada? La vieja bruja había pretendido tenderle una trampa, como si ella fuera idiota, pero igual le dio su poco de miedo, había que andarse con mucho cuidado con esta señora. Y también era cierto que ella era una bocona de mierda. La verdad es que terminó contándole que Luciano andaba con la viuda; bueno, ninguna novedad puesto que todo San Juan lo sabía. ¿Pero quién la mandó abrir la boca, Dios Santísimo? Estaba harta de todo el asunto. Y lo peor era que la señora Elisa se lavaba las manos, sí, pues, cómo no, y el caballero ni siquiera se aparecía por esos lados. Hacía tiempo que la señorita Prude se las estaba dando de patrona. La señora Elisa le había dado poderes de reina, chipe libre, y ella, la incauta, había caído en sus redes y se había dejado soltar la lengua.

Le pegó una mirada turbia.

—Va a tener que dejar la ducha para cuando Luciano meta mano en los baños, señorita Prude, lo siento mucho, pero si hay alguna queja tendrá que hablar con Luciano, ¿qué tengo yo que ver con las cañerías? Nada, para que lo sepa. Mi trabajo en esta casa es de cocinera.

Se dio media vuelta y se marchó, dejando a Prudencia sorprendida por la brusquedad de su respuesta.

* * *

Prudencia había convocado a todos los que pudieran asistir a la capilla, a las cuatro, para hablar del Mes de María. Dieron las cuatro y media y no llegó nadie. Era la primera vez que la dejaban plantada. Se dirigió a la cocina con pasos de sargento. Filomena estaba pelando papas con la radio encendida.

—¿Podrías apagar esa pachanga?

—No es una pachanga, señorita Prude, estoy esperando las noticias. La señora Elisa no tiene ningún problema con que yo escuche las noticias —dijo Filomena, bajando el volumen y limpiándose las narices con la palma de la

mano. Había estado llorando. Tenía los ojos muy irritados y la cara hinchada.

Prudencia se quedó mirándola sin saber qué decirle. No podía creer que una mujer fuerte como Filomena se hubiera puesto a llorar por tan poca cosa. La discusión no había sido para tanto. Y en todo caso, que no funcionaran las duchas no era culpa suya.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti? —y sin esperar respuesta siguió—: Cité a la gente a la capilla y no se presentó nadie. ¿Tienes idea de lo que habrá ocurrido? ¿Has oído algo?

—Uno de los hermanos de Nataly Moena anda por San Juan haciendo averiguaciones y la gente está reunida con él. Por eso no vinieron.

—¿Averiguaciones? ¿Qué clase de averiguaciones?

—Sobre Naty. De lo que pasó con Naty —dijo Filomena, dudando ahora si decírselo todo.

—¿Te refieres a que tuvo que irse del campo? ¿Es eso? No pasó nada con Naty, para que lo sepas. Simplemente tuvo que hacerse cargo de las consecuencias de sus actos. Eso es todo.

Filomena le pegó una mirada preñada de odio.

—Nataly se pegó un balazo esta mañana en la casa de sus hermanos en Quillota, para que lo sepa usted, señorita Prude, y Pancho Moena anda averiguando por qué.

A partir de ese momento el día fue un tobogán por el cual Prudencia fue deslizándose sin poder controlar nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Llamó a Elisa a su celular sólo para encontrarse con que Elisa lo tenía desconectado. Llamó a Santiago para hablar con Nahuel, primero estaba ocupado y después no contestaba. Entonces llamó a la casa del hermano del padre Ian en Quillota. Sabía que el padre había ido a pasar el fin de semana con su hermano.

—Necesito que venga a San Juan. Es urgente, padre.

El tiempo que transcurrió entre el momento en que colgó el teléfono y sintió la camioneta del padre deteniéndose en el patio delantero de la casa se le hizo eterno. Permaneció sentada frente a la chimenea con la mente atiborrada de pensamientos desordenados. Nataly Moena estaba muerta. Se había suicidado. Su hermano estaba haciendo averiguaciones. ¿Qué ocurría con Elisa? ¿Dónde estaba que no contestaba el celular? ¿Y si tomaba su auto y se iba a Santiago? ¿No sería más prudente? ¿Y el padre? ¿Por qué tardaba tanto? Dos veces se acercó al teléfono para marcar nuevamente el celular de Elisa. Nada. Luego marcaba el número del padre. Nadie contestaba. Vendría en camino. En un momento se asomó por la ventana y vio que el cielo se había vuelto tormentoso.

La soledad de la casa se le vino encima como un animal. ¿Qué iba a pasar ahora?

Grande fue su alivio cuando vio aparecer la cara seria y circunspecta del padre Ian.

—Perdone la tardanza, Prudencia, es que ha sido un día de pesadilla —se disculpó el padre, depositando el sombrero de fieltro negro sobre una silla.

—Nataly Moena se quitó la vida, padre —dijo Prudencia sin esperar más.

—Ya lo sé. Es una cosa terrible. Fue hoy en la mañana —el padre tomó asiento frente a ella en el silloncito de *petit point* que Prudencia le había regalado a Elisa cuando se casó con Nahuel.

—¿Usted lo sabía y no me avisó? —dijo Prudencia, apretando el pañuelo que tenía entre las manos.

—No tenía la menor idea de que usted anduviera por estos lados. Uno de los hermanos de Nataly me llamó para darme la terrible noticia y al rato llamó usted, supuse que quería verme por lo mismo. He tratado de comunicarme con Elisa, pero no me ha sido posible, y al parecer Nahuel tampoco está en Santiago, el teléfono de la casa suena y suena y nadie contesta. ¡Esta manía de no tener celular! Para estas ocasiones, precisamente, son los celulares.

—¿Qué vamos a hacer? —balbuceó Prudencia.

—Me temo que no haya nada que podamos hacer ahora, salvo darle santa sepultura. Habrá una misa por su alma.

—¿Aquí?

—No, no, aquí no. En Quillota.

—¿Usted sabe por qué habrá hecho esta mujercita una cosa tan terrible, padre?

—No tengo idea —dijo el padre, mirándola interrogante.

—No hay pecado más grande que quitarse la vida. Entiendo que los suicidas no merecen sepultura católica, padre.

—Eso era antes, Prudencia. La Iglesia es bastante más magnánima hoy de lo que fue hace cincuenta años.

Hacia las seis de la tarde y de mala gana, Filomena les sirvió una taza de té en el comedor grande. El padre Ian admiró una vez más el cuadro de las perdices muertas, un óleo con una pátina de vejez que siempre le había llamado la atención. Los dos pájaros colgaban de un alambre junto a una damajuana y un plato de uvas. Parecían tan reales que hasta era posible sentir el olor de las plumas mojadas.

—Era de don Bernardo Barros —dijo Prudencia.

—Es un cuadro conmovedor, ¿no le parece? —preguntó el padre, observando

el cuello estirado de uno de los pájaros colgando como una flor mustia por encima de las uvas.

—A mí nunca me ha gustado, para serle franca, me entristecen los cuadros con pajaritos muertos —dijo Prudencia y luego le contó que no había asistido nadie a la reunión en la capilla y ya le habían enviado un mensaje avisando que la clase de Biblia también debía suspenderse, pues tampoco asistirían. Ella lo veía como un claro signo de rebelión contra la casa patronal.

—¿Se da cuenta de lo malagradecida que es la gente, padre?

—No se lo tome como una ofensa personal, Prudencia, la muerte de Nataly Moena los habrá impactado. Eso es todo. Voy a salir a darme una vuelta por el campo para hablar con la gente.

—No vaya, padre, se lo ruego.

—Mi deber es hablar con los inquilinos para ofrecerles consuelo —dijo el padre, molesto—. Estarán horrorizados. Un suicidio es algo muy fuerte y Nataly vivió muchos años en este fundo.

—Ya no estaba viviendo aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Tuvo que irse.

—¿Tuvo que irse? ¿Por qué?

—Bueno, usted debe saberlo. ¿No era su confesor?

—Los secretos de confesión son sagrados, Prudencia, y eso usted debería saberlo mejor que nadie.

Prudencia bajó la vista avergonzada.

—Discúlpeme, padre, lo que pasó es muy sencillo: Filomena, que no está sujeta a ningún secreto, que yo sepa, nos informó que Nataly tenía amoríos con Luciano Pinto. Usted conoce a Luciano, el mozo de la casa, es como la mano derecha de Elisa, si no fuera por Luciano esta casa se habría venido al suelo, pero eso es otro cuento; lo importante es que se trata de un hombre casado y su mujer casi se vuelve loca. Casado con siete hijos. ¿Se da cuenta? Es que no hay caso con esta gente, padre, no sé decirle la cantidad de veces que he tratado de aleccionarlos, explicarles lo que está bien y lo que está mal.

—¿A quién informó Filomena de esos amoríos de Nataly, si me permite la indiscreción?

—A mí.

El padre alzó las cejas.

—Y usted se lo contó a Elisa.

—Como era mi deber, padre.

—¿Por eso la expulsaron?

—Yo la expulsé.

—¿Usted? ¿Con qué derecho hizo eso?

—Con todo el derecho que me dio Elisa, padre.

—¿Y esto lo sabe Nahuel?

—Nahuel prácticamente no ve las cosas de San Juan, es Martín Friedman quien lleva las viñas; Nahuel está a cargo de la oficina de importación y se lo pasa viajando. Ahora mismo entiendo que va camino a Francia.

—¿Se da cuenta de la situación en que se encuentra, Prudencia? Esto es muy delicado. Si usted expulsó a Nataly la van a culpar de su muerte.

—Yo no tengo ninguna responsabilidad en la muerte de esta mujer. Hice lo que Elisa me pidió que hiciera, y eso es todo.

El padre se levantó.

—¿Se va? —preguntó Prudencia.

—Tengo que ir a ver a la gente. Regreso dentro de un rato. Si no alcanzo a volver, porque no me gustaría manejar de noche a Quillota, la llamaré por teléfono —dijo el padre y se fue.

Las próximas horas, Prudencia las pasó frente a la chimenea leyendo la Biblia. En un momento se levantó para dirigirse al altar que Elisa había colocado en uno de los pasillos. Se hincó en el suelo, juntó ambas manos y rezó el avemaría. Luego cantó quedamente: «Oh, María, madre mía. Oh, consuelo del mortal». Antes de levantarse apagó las velas de un soplo.

Para las ocho de la noche había planeado su clase de «sexo prudente», que siempre era la última del día, de modo que los hombres pudieran asistir (hasta ahora nunca había ido ninguno). Era la única clase que Prudencia daba en el granero de la casa, donde encendían dos estufas a parafina para no helarse —a esa hora y hasta noviembre todavía hacía frío—. Pero, tal como había supuesto, no se presentó nadie.

A las ocho y media la llamó el padre Ian a su celular. Iba camino a Quillota. Había hablado con varios inquilinos y todos le dijeron que Nataly se había pegado un balazo con la escopeta de su hermano, después de que Luciano terminara con ella. Ninguno había hecho alusión al hecho de que ella la hubiera expulsado del campo. Había sido un suicidio pasional —la pobrecilla—; desde ese punto de vista podía quedarse tranquila. Elisa había olvidado su celular en Santiago, pero la había ubicado a través de Francisca, que andaba con ella. No, Elisa no sabía si podría venir y le había pedido a él que se hiciera cargo del funeral.

Prudencia agradeció el llamado y cuando cortó la comunicación se dirigió a

la cocina. Filomena estaba lavando los platos de la cena que le había servido poco antes frente a la chimenea.

—No tienes para qué venir mañana. Yo me las arreglo sola. Puedes tomarte todo el día.

—Pensaba tomármelo de todas maneras. Por lo menos la mañana. Mañana es el funeral. A las siete sale un camión para llevar a la gente a Quillota. Para las dos de la tarde me gustaría estar aquí. Hay que planchar las cortinas antes que venga la señora Elisa.

—Lo más probable es que Elisa no venga hasta la próxima semana.

—Así será, pero yo quiero tener esas cortinas planchadas y colgadas antes del lunes.

Prudencia quiso preguntarle qué le pasaba, a qué venía esa pesadez, qué le había hecho ella; pero sólo le preguntó si le había puesto el guatero.

—Está en su cama —respondió Filomena sin alzar los ojos.

A las once de la noche, ya acostada en la cama, Prudencia fijó la vista en el techo y los hechos del día desfilaron por su mente. Pensó que por ellos sería juzgada y sintió miedo.

Nahuel

Santiago, Chile, sábado 16 de octubre 1999

Había pasado media mañana buscando regalos para la *patronne* y el tío Guillaume. A la hora de almuerzo entró en una peluquería que vio en el mall, al pasar. El peluquero, un hombre increíblemente gordo para su estatura, no dejó de hablar durante la media hora que tardó en arreglarle el cabello. Sonaba apocalíptico. El siglo XX había sido maldito para la raza humana, el progreso y la tecnología habían dejado al planeta no sólo más violento y lleno de miserias, sino al borde de un conflicto nuclear; de puro pensar en el futuro se horrorizaba.

—Mire las guerras, señor, la mitad las padece en carne propia y la otra mitad las mira por la CNN como si se tratara de un Nintendo ingenioso.

Parecía tan deprimido que Nahuel le preguntó si le pasaba algo. Sí, le pasaba, estaba ocho horas diarias encerrado en ese mall, sin ver la luz del sol, cortándole el pelo a la gente para pagar las tarjetas de crédito. Eso le pasaba. Lo miró, ahora como con rabia.

—¿Le parece poco? Y eso que yo no soy como la mayoría que aunque estén sentados en un polvorín siguen acumulando cosas inútiles y llenándose de deudas. Ya no, ya me cayó la teja, aunque sea un poco tarde... En el pasado también caí en la trampita, por eso estoy endeudado hasta el cogote, me llené de una pila de basuras que no servían para nada —dijo, lanzando una risotada trágica—. ¿Quiere que le diga una cosa, señor? Estamos jodidos. Hasta las masas. No hay más abajo que esto. Ya tocamos fondo.

Salió del lugar tan tenso, que al llegar a su casa llenó la tina con agua caliente y se sumió en el baño. Era una vieja costumbre que había heredado de su abuela Rosa en los tiempos de Pumalínque, donde el agua se calentaba en un gran horno de adobe y muy poca gente se lavaba en una ducha. En Pumalínque, desde luego, no había ninguna.

Estaba en el agua cuando sonó el teléfono. Era Elisa. La había llamado el padre Ian, desde Quillota, para darle una muy mala noticia. ¿Se acordaba de Nataly Moena, la viuda del tractorista? Resulta que había tenido una pelea con

su amante —no le dijo que el hombre era Luciano—, que el hombre estaba casado y había terminado con ella, y la mujer, desesperada, se había dado un balazo en la cabeza. Ella pensaba ir a San Juan al día siguiente. Prudencia estaba allá, en todo caso, pero no quería avisarle que iría.

—Mi intención es llegar de sorpresa y ver cómo encuentro la casa, el jardín y el asunto de las cañerías y la pila de desastres que seguro que me esconden. No pienso decirle ni siquiera a Prudencia que voy. Mira, la conozco; si se entera de que voy, va a empezar a dar instrucciones para que lo ordenen y lo arreglen todo a última hora, y eso es precisamente lo que quiero evitar. ¿Me estás oyendo?

Sí, la estaba oyendo y sonaba mucho más preocupada por el orden de la casa que por el suicidio de Nataly Moena, a quien él recordaba vagamente: era la viuda de Alberto, su tractorista desde los tiempos de Rosalina, que después murió en un accidente caminero.

—¿Hay algo que pueda hacer yo antes de irme?

—A menos que puedas quedarte, no, nada. Sólo quise avisarte, me pareció que no hubiera estado bien dejarte ir sin decirte lo que había pasado. ¿A qué hora parte tu avión?

—Tarde en la noche, pero quisiera hacer algo de todas maneras, pagar el funeral, por ejemplo, y mandar una bonita corona, para estar presente de alguna forma. ¿Podrías encargarte de eso?

—¿Y si pospones tu viaje? Podemos ir juntos a San Juan, así haces acto de presencia... por lo menos.

—No. Imposible. Tengo que estar el lunes en Francia. ¿Puedes hacer los arreglos para que me cobren el funeral?

—Está bien... si no puedes quedarte, yo lo arreglo con el padre Ian. ¿Tienes todo listo? Vas a estar dos semanas, ¿verdad?

—Más o menos dos semanas, sí.

—No pensarás quedarte más tiempo.

—Todavía no lo sé, Elisa.

Cuando cortó la comunicación terminó de secarse, hizo su maleta y pidió un taxi para las siete y media. Pasó el resto de la tarde en su escritorio escribiendo una carta para Francisca, donde le explicaba la decisión que había tomado. Siempre le había resultado más fácil entenderse con ella por carta. Pensaba llamarla desde Francia para decirle que se la había dejado en el primer cajón de su escritorio. Después lo conversarían todo con calma.

* * *

Ya de noche, en Pudahuel, después de pasar por la ventanilla de Policía Internacional, mientras esperaba la salida de su avión, Elisa y cuanto le había contado le parecían casi pertenecer a una vida ajena. Lo que más le gustaba de cualquier aeropuerto era este lugar que ya no era el país de salida y todavía no era el de llegada, sino un no país, tierra de nadie, ninguna parte, donde se estaba como fuera del mundo, inalcanzable si se tenía el celular apagado, y él no usaba celular. Allí se relajaba como en la tina de baño, daba rienda suelta a sus pensamientos y se quedaba la mayoría de las veces con la cabeza gacha, dejándose llevar por una especie de modorra y languidez.

A las once de la noche, ya instalado en su asiento del avión, con el cinturón ajustado, listo para el despegue, se sintió libre del miedo y la parálisis que lo había atenazado ese último tiempo. Pensó en lo que sería vivir con Juliette. Estaba casi seguro de que lo harían en Provenza. No podía imaginarse a Juliette lejos de su familia, sus costumbres y ese mundo incomparable. Por su parte, había llegado a un punto en que se sentía agradecido a la vida por haberle brindado la oportunidad de llevar una existencia junto a esta mujer que amaba, y le daba lo mismo vivir en cualquier parte, hasta le gustaba esta sensación de no saber exactamente dónde terminarían, si cerca del mar, si en la mitad de Provenza o en Chiloé, que había tenido la virtud de embrujar a Juliette. Total, llevaba muchos años trabajando y tal vez había llegado la hora de entender que la vida era algo más que importar vinos. Un pasar tranquilo, sin sobresaltos. ¿Sería posible tal cosa? ¿Habría tal cosa como una existencia sin sobresaltos? ¿Podía siquiera aspirarse a algo semejante? ¿Y no era un terrible egoísmo de su parte imaginarse feliz con otra mujer, en otro país? Le dolía hacer sufrir a Elisa y hubiera dado cualquier cosa por que todo hubiera sido de otra manera con ella. Cuando se casó no lo hizo pensando en una niñera, como creía Gonzalo Marco; él la quería, se sintió hasta enamorado de ella (¿o fue algo que más bien quiso creer?). No le producía ninguna tranquilidad contarse el cuento de que así como estaban las cosas entre ellos, esto era lo mejor que podía pasarle a Elisa, porque sabía que eso no era cierto, sabía que no era lo mejor que podría pasarle a Elisa; no se la imaginaba rehaciendo su vida, ya no era tan joven y su mundo era demasiado reducido. Elisa casi no tenía parentela, sólo una prima y unas pocas amigas arrastrando sus matrimonios tediosos. Era una de esas mujeres que no tienen vida propia, ni una carrera, ni un trabajo, y había establecido una relación parasitaria con él, dependía de él para todo. Francisca era capítulo aparte y no le producía la menor preocupación, ya estaba iniciando su propio vuelo, se casaría, tendría hijos... Entonces pensó en su madre, que lo había abandonado para irse

con un amor y nunca más se comunicó con él —ni una carta, ni un llamado por teléfono, como si hubiera querido operarse de su hijo—, y le dieron ganas de llorar. ¿Qué podría haberle ocurrido como para tomar una decisión tan drástica? Y si él se hubiera enamorado de Juliette veinte años antes, ¿no habría hecho lo mismo? Pero qué sacaba con pensar en todo esto; ahora, al menos era reconfortante saber que estaba tomando una decisión plenamente consciente de los estragos que ésta podría provocar, al menos ahora no le estaba haciendo el quite a su conciencia como había hecho tantas veces en el pasado. Cerró los ojos y buscó en su mente el rostro de la mujer que estaría esperándolo al final del viaje.

Elisa

Viña del Mar, Chile, sábado 16 de octubre 1999

La luna se reflejaba en el mar plateando una franja de agua que luego estallaba en el roquerío, levantando una nube de espuma blanca. A lo lejos se divisaban las luces de Valparaíso y era posible ver las siluetas de los pocos barcos repartidos en la bahía. La noche estaba tan clara que Elisa pudo distinguir hasta el plumaje de un pato de cuello blanco flotando entre las olas y el color café brillante de los huiros azotándose contra las rocas.

Francisca estaba silenciosa, la mirada perdida en la noche.

Habían pasado el día visitando distintos anticuarios en busca de la cama. Hacia las cuatro de la tarde, Francisca revisó su celular y le devolvió una llamada al padre Ian. El padre quería hablar con Elisa. Entonces se enteraron del suicidio de Nataly Moena. Elisa se demudó y su rostro palideció al punto de verse casi azulado. Como un flechazo pasó por su mente el momento en que Prudencia le dijo que había que sacar a esa mujer del fundo antes de que terminara por destrozarse a la familia de Luciano. En cuanto cortó con el padre Ian llamó a Nahuel para decírselo y tuvo su buen cuidado de no hacer mayor cuestión de todo el asunto, se lo pintó como un suicidio pasional, que era lo que seguramente había pasado. Mientras le hablaba tenía la secreta esperanza de que suspendiera su viaje, aunque sabía que era pedir un imposible, muy pocas cosas en el mundo lo harían suspender un viaje a Francia.

Regresaron al hotel cerca de las siete de la tarde y luego de darse una ducha subieron al comedor y pidieron dos pisco sours antes de ordenar la cena.

Elisa había estado muy ensimismada, hablando poco, algo raro en ella y que llamó la atención de Francisca. Y no tenía que ver con la muerte de la campesina, pues había estado igual desde que salieron de Santiago.

Por lo que se refiere a Francisca, pasó gran parte del día tratando de comunicarse con Pedro, que había vuelto de su congreso en Miami. Lo llamó a su celular cada vez que pudo encontrar un momento de intimidad, hasta que, finalmente, a las cinco de la tarde, atendió el teléfono desde la universidad,

después de haber pasado el día con un grupo de estudiantes. Tan típico de Pedro, pensó enrabada, vuelve de un viaje largo, toda la noche en el aire, y en lugar de irse a su casa y descansar, como haría cualquier persona normal, inventa una clase que no tenía por qué dar hasta el lunes.

De vuelta en el hotel volvió a llamarlo y discutieron. Pedro le cortó la comunicación luego de gritarle que era una desconsiderada, en lugar de esperarlo en el aeropuerto se iba a Valparaíso, ¿a comprar una cama? ¿Y para qué diablos quería una cama?

Ahora necesitaba distender los nervios, Pedro y sus majaderías la dejaban mal.

Elisa estiró el brazo por encima de la mesa y le tomó la mano. Tal vez fue el pisco sour que ayudó a soltar esa opresión que venía sintiendo en el pecho desde el día anterior. Miró a Francisca a los ojos y dijo:

—Creo que no podemos seguir haciéndonos las lesas, como si en nuestra familia no estuviera pasando nada raro, cuando tú y yo sabemos perfectamente bien que tu papá anda con otra mujer desde hace tiempo.

Francisca alzó la vista y dio vuelta la cabeza hacia el mar, como buscando en el oleaje el valor que necesitaba para seguir esa conversación. Luego miró a Elisa.

—No sé qué decirte.

—No es necesario que me digas nada. Yo no sé desde cuándo lo sabes y comprendo que no lo hayas mencionado, te lo agradezco, en realidad. Pero dime una cosa, Francisca, si no quieres no me contestes. ¿Tu papá te ha hablado de esto?

—Nunca.

—Nunca te ha comentado nada.

—No. Y conociéndolo, dudo mucho que lo comentara conmigo. ¿Pero cómo supiste que yo estaba enterada de la existencia de Juliette?

—La mencionas como si te resultara lo más familiar del mundo. ¿La conoces?

—No, claro que no la conozco; pero no has contestado a mi pregunta.

—Un día, buscando cigarrillos en tu bolso, me encontré con esa carta...

—Y la abriste...

—Está mal, lo sé; no debí meterme en tu bolso, para comenzar, pero tú la habías abierto antes. No, no, no pienso recriminarte, tú sabrás por qué lo hiciste y yo no tengo por qué meterme en eso.

—¿Qué piensas hacer?

—Hablar con él. Me costó mucho decidirme. Una vez que se abre una puerta como esta puede pasar cualquier cosa, pero ya llevo demasiado tiempo contándome mentiras que quería creer y ahora ha llegado el momento de enfrentarlo.

—¿Vas a separarte de él?

—No. Eso no lo haría jamás.

—¡Pero, Elisa! Mi papá está enamorado de esa mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú también lo sabes. ¿Cuánto tiempo hace que prácticamente no vive con nosotras? ¿No te has dado cuenta de lo alejado que está? Le hablas y es como si te dirigieras al aire, está completamente ausente, desinteresado, en otra parte, casi no para en la casa, no lo vemos nunca. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a un cine con él, a un restaurante, al Cajón del Maipo o a subir el San Cristóbal, como hacían antes?

No quiso mencionar esa felicidad que se le asomaba a su padre hasta por los poros, porque era verdad que estaba ausente, era verdad que lo habían visto muy poco en el último tiempo, pero nadie podría no haberse fijado en el brillo de su mirada y sus dietas para no engordar, y la colonia que había empezado a echarse y esa ropa juvenil que empezó a usar de la noche a la mañana. ¿Nahuel vestido con vaqueros y poleras con letras? Es que era tan transparente su viejo...

Elisa la escuchaba estática.

—¿Desde cuándo? —insistió Francisca.

—Ya lo sé, y me desespera, me tiene tan angustiada como no te puedes imaginar, todo esto me tiene enferma, no sé qué hacer... separarnos sería lo último porque sería el final. Voy a proponerle a tu papá una terapia de pareja. Prudencia conoce a una excelente psicóloga que se dedica a estas cosas.

—¿Prudencia sabe lo que está pasando? ¿Se lo contaste?

—No sabe lo de la francesa, lo único que le he dicho es que mi matrimonio está haciendo agua por todos lados y, además, cualquiera que haya estado con nosotros este último tiempo se habrá dado cuenta de lo mal que estamos.

—Mi papá no va a querer hacer eso, te lo digo francamente, sería no conocerlo.

—No veo por qué no. Tu papá no es de esas personas que piensan que una terapia es para los locos. ¿Por qué podría negarse a hacer algo que puede hasta salvar su matrimonio?

—No creo que tenga ningún interés en salvar su matrimonio —dijo Francisca, arrepintiéndose en el acto.

—¡Cómo puedes decirme una cosa así! ¡Tal vez seas tú quien prefiere que nos separemos! A lo mejor hasta lo apruebas —Elisa parecía indignada y a punto de largar el llanto—. Dime la verdad, Francisca, ya que estamos hablando sinceramente, sincerémonos del todo y dime la verdad. Tú has hablado de esto con tu papá, ¿no es cierto? Él te ha dicho algo.

—Te juro que no, Elisa, no, jamás me lo ha mencionado siquiera, ni yo a él, y no es que yo quiera que se separen, pero no creo que una terapia de pareja vaya a hacer renacer un amor que ya no existe.

—Crees que tu papá no me quiere.

—No, no es eso, seguramente te quiere, te tendrá cariño, todo el cariño del mundo, estoy segura, pero está enamorado de otra mujer.

—Ya lo sé, no es necesario que me lo repitas, pero un matrimonio es más serio que un enamoramiento, no se llega y se lanza todo por la borda porque uno de los dos se ha enamorado de otra persona.

—¡Ay, Elisa! Ese argumento ya no es válido, ni siquiera cuando se tienen hijos. Nadie se queda en un matrimonio sin amor. No en esta época. Y mi papa, tú lo conoces, nunca ha sido ese tipo de persona.

—A veces creo que no lo conozco —dijo Elisa con tristeza.

Tarde esa noche, acostada en su cama, mientras Francisca estaba en la pieza contigua o en el computador del hotel, Elisa se preguntó si esa conversación la había ayudado en algo, y aunque Francisca le terminó diciendo lo que más temía oír —«no puedes seguir permitiéndote vivir con un hombre que no te ama, Elisa, lo único que te queda por hacer es separarte»—, sintió un cierto alivio. Por lo menos lo había hablado, se lo había sacado de adentro. Francisca regresaría a Santiago para tener esa conversación final con Pedro y ella se iría a San Juan y desde allá le escribiría una carta a Nahuel.

En cualquier caso, mañana sería otro día.

Juliette

Ashram Aiyon, a 50 kilómetros de Rishikesh, India, martes 6 de mayo 2008

Nahuel partió a Francia, ese sábado en la noche, en circunstancias en que no había pasado ni un mes desde mi propio viaje a Chile. En aquella oportunidad me quedé seis semanas en el departamento de Providencia que Nahuel alquilaba para mí. Mis tiempos siempre han sido lentos y los viajes a Chile eran una tortura. Nunca me he sentido cómoda en los aviones y ese viaje tan largo me dejaba descompuesta durante varios días. Al volver a Francia le escribí una carta donde me refería largamente a lo que nuestra relación significaba para mí. Ahora pienso que esa carta fue una especie de premonición, una despedida.

El sábado me levanté temprano y me puse a ordenar la casa. Barrí todas las piezas, lavé los dos manteles y no sé por qué se me ocurrió cambiar las cortinas de mi dormitorio. Descolgué las que había cosido yo misma hacía unos años y colgué en cambio unas cortinas blancas de encaje que estuvieron siempre en esa pieza mientras era el dormitorio de mi abuela. También guardé mi cubrecama de tela estampada en los mismos tonos de las cortinas y saqué de un baúl la antigua colcha blanca de mi abuela. Así, mi dormitorio volvió al pasado, justamente cuando era mi futuro lo que estaba por sufrir un cambio radical.

Bajé al primer piso y limpié los cacharros de cobre de la cocina hasta dejarlos brillantes. Sacudí el polvo de los muebles y la estantería y ordené los libros. Después de acomodar unos leños en el canasto junto a la chimenea, me senté frente al cuadro de mi hermana y le dije en voz alta que me iba a casar. Mirándola, recordé nuestra infancia en la calle Fléchier. Frente a esa casa de piedra donde vivíamos desde que teníamos memoria estaba la plaza de la Juiverie, un pequeño jardín donde había un castaño, dos pinos, un níspero y un laurel, y adosada al muro de piedra del fondo, una fuente de agua con dos perfiles azules esculpidos en una placa de fierro, un hombre y una mujer mirándose. Christine había convertido ese espacio, cerrado por una reja, en el castillo de monsieur Ricochet. El castillo tenía cientos de habitaciones y Ricochet, un viejo a veces pernicioso y cruel, otras veces convertido en nuestro amante, vivía allí con estas dos esclavas suyas. Nos trataba de la manera más

brutal, pero hiciera lo que hiciera con nosotras, desde besarnos hasta darnos latigazos en la espalda, debíamos hacer una venia y responder a sus premios y castigos con un merci, monsieur Ricochet, merci bien. Generalmente, Ricochet era Christine y a veces me tocaba a mí. Cuando algún muchacho del barrio se enamoraba de una, creyendo que era la otra –nos ocurría a menudo porque éramos muy parecidas y había gente que nos confundía–, lo obligábamos a adoptar el rol de un Ricochet buena persona, redimido por milagro, que nos besaba en la boca, primero a una, luego a la otra. Si el incauto confesaba que en realidad estaba enamorado de ambas, cosa que también pasaba con cierta frecuencia, ganaba el puesto de Ricochet, «el bueno», ya no por una semana, sino por dos.

Recordé cuando nos enamoramos de Faustin, el hijo del dueño de la chocolatería, y lo tiramos a cara o cruz. Ganó Christine y yo la odié en silencio hasta el domingo siguiente, cuando regresó de misa llorando porque Faustin la había besado debajo de los sauces y en medio de la pasión la llamó Juliette.

Recordé cuando nos inscribimos en un hospital de Isle-sur-Sorgue para dar sangre. No porque fuéramos tan buenas samaritanas como creía el tío Guillaume, sino porque después de ofrecer su precioso líquido, los donantes eran invitados a una mesa donde servían chocolate, café, salchichas con ajo, croissants, brioches, sándwiches de jamón y vino rosado. Además, nos enviaban gratis una copia de *Le Globule*, la revista oficial de los donantes de sangre.

Recordé la noche en que nuestro primo Vatrín nos besó en un rincón oscuro del antiguo mercado cubierto. Primero a una, luego a la otra. Y cuando volvíamos a casa con el corazón acelerado, Christine se puso a llorar.

—¿Qué te pasa?

—Creo que esto es pecado.

—¿Pecado? ¿Qué es pecado?

—Vatrín es nuestro primo, tío Guillaume es el hermano de papá. Tengo miedo.

—Todos los primos besan a las primas. Es el papel de un primo, ¿sabes? Para eso están. Vatrín sólo nos está preparando para cuando seamos grandes.

Recordé que, al menos en mi caso, Vatrín había sido un maestro avezado, pues a esos primeros besos en la penumbra del mercado vacío siguieron otros más valientes a los catorce años. A los quince nos manoseábamos acurrucados junto a la fuente de la plaza Juiverie y a los diecisiete le regalé mi virginidad en el granero del tío Guillaume. Pero esto último nunca lo supo Christine.

Recordé nuestras madrugadas a los pies del Mont Ventoux, buscando trufas con el tío Guillaume y Alain, entumidas, porque el frío en esa época del año te

calaba hasta los huesos, y emocionadas porque el tío había aceptado que lo acompañáramos, un honor que tenían muy pocos miembros de la familia. El tío Guillaume se sintió responsable por nosotras cuando mi padre nos abandonó. Que mi padre se hubiera ido con otro hombre es algo que en mi familia no se habría dicho en voz alta, pero aunque el tío Guillaume nunca nos hizo el menor comentario, intuía que debíamos saber algo. Era amoroso con nosotras, tal vez más que con su única hija mujer, Thérèse. «Ella es mi hija y ustedes mis princesas», decía, y verdaderamente nos daba trato de princesas. Una mañana, Alain olfateó una trufa que sacó de la tierra con el cuidado con que se saca el feto de una madre, y Guillaume la paseó por nuestras narices. Grande. Brillante. Una pequeña fortuna en su mano fuerte y callosa. Esa tarde nos invitó a su casa, se puso el delantal immaculado, se lavó las manos como si fuera a decir una misa y nos preparó sus huevos revueltos con mantequilla y rodajitas de la delicada callampa.

Recordé el día en que Christine me contó que estaba embarazada. Ya no era una niña, pero no quería casarse con su novio porque no estaba enamorada de él; sin embargo, quería tener un hijo. Irradiaba luz. Nuestra madre se tragó la noticia con una seguidilla de quejas. Qué iba a decir la gente. Por qué no se casaba como todo el mundo. De dónde había sacado que para casarse había que estar enamorada. Por qué tenía que pasarle esto a ella. Qué había hecho para merecer el marido que le tocó y dos hijas que nunca hacían las cosas como Dios mandaba. Después recordé su muerte y me di cuenta de lo solitaria que había sido mi vida sin mi hermana.

Seguí ordenando cajones, tirando papeles viejos a la basura y trapos en mal estado. Cuando terminé, salí a comprar flores y los ingredientes para la cena del día siguiente. Quería recibir a Nahuel con la casa limpia y flores frescas, y sabía que no había otro aroma que le gustara tanto como el del jambonneaux cocido en sidra.

Joshua

Wallingford, Pennsylvania, domingo 17 de octubre 1999

Joshua despertó a las siete y cuarto de la mañana. Era domingo. Un sueño desagradable seguía dando vueltas por su cabeza y no podía recordar de qué se trataba. Fue a la pieza de Alexa y la encontró sentada en la cama leyendo, o tratando de concentrarse en el libro que casi se le caía de las manos mientras cabeceaba y reaccionaba abriendo nuevamente los ojos.

—¿Pudiste dormir? —le preguntó, pasándole la mano por la cabeza.

—No mucho en realidad, estoy muerta de sueño, pero igual me alegra saber que puedo dormir aunque sea unas horas sin pastillas. Esta es la tercera noche. Todo un progreso, ¿no crees? Creí que nunca podría volver a conciliar el sueño sin esas malditas pastillas.

—¿Tienes hambre? Es temprano todavía, ¿pero quieres que te prepare el desayuno? ¿Un huevo, una tostada y media taza de yogurt?

Alexa lo miró sorprendida y luego asintió con la cabeza.

—Después voy a salir a trotar, pero estaré de vuelta a las diez, diez y media. El día está precioso —dijo Joshua, asomándose por la ventana—. ¿Te gustaría ir a Marsh Creek y dar unas vueltas por el lago? Después te invito a comernos un steak en la taberna.

—No sé si tenga ganas de caminar, estoy un poco cansada.

—¿Quién habla de caminar? Estaba pensando en dar una vuelta en bote. Yo me encargo de los remos.

—En ese caso...

—Piénsalo mientras bajo a prepararte el desayuno.

* * *

Jessy aguzó el oído. Había pasado la noche encogido junto a uno de los calentadores, casi sin moverse, sin hacer ruido, temeroso de quedarse dormido y roncar. Lo único que faltaría es que sus ronquidos despertaran al abogado y éste

bajara al sótano premunido de un arma. En un momento, hacia las cuatro de la mañana, creyó escuchar pasos, pero habían sido ideas suyas, producto de su propio cansancio, a ratos tuvo que luchar con el peso de sus párpados que amenazaban con cerrarse. Esta intrépida idea de Luke. Claro, para él el asunto era pan comido, como le había dicho. No era él quien pasaría la noche en este sótano helado. No era él quien correría el riesgo de ser sorprendido. Lo que tenía muy claro es que ahora no podía fallar, no se lo permitiría, él mismo no se lo permitiría, ya estaba ahí y se había hecho el firme propósito de salir bien parado de la empresa, además quería hacer un trabajo limpio. No importaba lo que pasara, el trabajo tenía que ser impecable y, hasta donde a él le concernía, esto sería lo último que haría por Luke, lo último. No más. Basta. Hasta aquí no más llegaba. ¿O era incapaz de hacer algo bien, por una sola vez, en toda su vida? Golpeó el suelo con el puño cerrado. No pensaba volver a mancharse las manos. ¡Ah, no! Eso sí que no. ¡No!, exclamó sin querer, llevándose la mano a la boca, para sofocar el ruido de su propia voz. En eso se le vino la imagen de la vieja y la expresión de sus ojos en el momento en que le ofrecía el encendedor... Esta vez no se ensuciaría las manos. La cosa era amedrentar a la mujer del abogado, de manera tal que se aviniera a decirle inmediatamente dónde había dinero. Eso era todo lo que quería de ella, y así mismo se lo diría, no le voy a hacer nada, sólo dígame dónde está el dinero. Echó la mano a su bolsillo y sacó una media de nylon que usaría para enmascarar su rostro. No podía exponerse a que la mujer viera sus facciones y luego pudiera confeccionar un retrato hablado con la policía.

Miró la hora. Eran las seis y media y las primeras luces de la mañana comenzaban a filtrarse por los tres ventanucos a ras de tierra que había cerca del techo del sótano. Se sentó a esperar. Le zumbaban los oídos. Su corazón latía con fuerza. Las voces estaban ahí, de nuevo. ¡No, por favor! Las escuchaba con toda claridad. Se tapó los oídos con ambas manos, pero siguió oyéndolas. Era su propia voz magnificada, que emergía de un altoparlante en un estadio vacío, y gritos de una mujer, y los aullidos de un lobo, ¿un lobo?, ¿un perro? No, era el cerdo, el maldito cerdo que no paraba de gritar. Una vez vio una película que un amigo de Luke tomó en un pueblo miserable en la frontera con México. El amigo se paseaba borracho por una calleja, filmándolo todo mientras de una de las casuchas llegaban los chillidos de un cerdo que estaban degollando. Ahora volvió a escucharlo. Presionó ambas sienes con las manos y entonces le llegó la voz gangosa de Luke, confundida entre las otras, diciéndole garabatos en un idioma que no entendía. Se puso de pie de un salto. Que se fueran las voces. Que se fueran. Volvió a taparse con fuerza los oídos y entonces quedó sumido en un extraño silencio interior lleno de rumores, un ir y venir de burbujas de agua

subiendo a la superficie. Abrió las piernas e impulsó la cabeza de golpe hacia abajo, como para sacudirse el cerebro, y descubrió aliviado que las voces lo habían dejado en paz.

No escuchaba más que el silencio de la casa.

Volvió a sentarse con las manos apoyadas en los codos y la cara entre las manos. Las tenía heladas. Sintió las callosidades de sus dedos raspándole las mejillas y se dejó estar un rato. Luego oyó voces. Y no estaban dentro de su cabeza, no eran suyas... Ahora sí. Habían despertado. Le llegaban con una nitidez que lo asombró. Después de todo no era tan bueno el aislamiento de estos caserones antiguos, se dijo, tengo que tener cuidado al moverme, aquí se oye todo. Luego pensó que una vez que prendieran la tele o la radio, cosa que seguramente harían, se acabaría el problema.

Ahora escuchó pasos encima de su cabeza. Alguien había bajado a la cocina, que debía de estar justamente allí. ¿Cuál de los dos sería? Contuvo la respiración y escuchó.

* * *

En cuanto el agua hirvió, Joshua echó el huevo a la ollita y se sentó a esperar. Cuatro minutos y medio. Lo embargaba una emoción que no pudo identificar. ¿Era tristeza? ¿Era alegría? ¿Era temor? Tal vez un poco de todo eso. Intuía que hoy, en algún momento, probablemente a la hora de almuerzo en la taberna, se produciría la conversación que había quedado pendiente. Iba a decírselo todo. No venía al caso guardarse nada y tampoco venía al caso pedir perdón. Tal como había dicho Alexa, ellos dos se habían abandonado hacía mucho tiempo, no estaban juntos aunque durmieran bajo el mismo techo. Le contaría su relación con Quinn desde el día en que la conoció en el bar del Towne House. No mencionaría la compra de la casita en Towanda, le daba vergüenza pensar que había incurrido en ese gasto desproporcionado para compensar de alguna manera a Quinn. Le hablaría, sí, de la escapada en medio de la semana y de su intención de terminar la relación, y debía creerle que pensaba hacerlo de todas maneras, no porque ella se hubiera enterado, no, sus días en Towanda habían sido decisivos, y ya antes de pasar esos días con Quinn sabía que iba a darle un corte a esta situación. En un momento creyó que se había enamorado de Quinn, eso también se lo diría, pero luego se dio cuenta de que no era más que soledad. Le hablaría de lo mal que se sentía consigo mismo, de lo avergonzado que estaba.

Sacó el huevo con cuidado de no quemarse y lo puso en la copa con forma de

pollo, que lo remitió a tiempos pasados. Alexa siempre se había comido el huevo en esa copa, algo que a él le producía gran hilaridad, era la única costumbre que había heredado de Molly, su madrastra supuestamente inglesa y muy conspicua. Acomodó todo en la bandeja y se dirigió a la escalera.

* * *

Los pasos iban ahora de vuelta al segundo piso. Jessy se levantó. Tenía los huesos adoloridos y una de sus piernas totalmente dormida. La sacudió con fuerza y luego se subió el pantalón y se masajeó la pierna con ambas manos hasta dejarla roja y caliente.

Siempre apegado a la pared se fue corriendo hasta quedar cerca de la única puerta que había en el sótano. Tenía que ser la que entraba a la casa. Seguramente habría una escalera que daría a la cocina o a un pasillo en el primer piso. Pegó la oreja a la puerta. Salvo el murmullo de las voces en el segundo piso no se oía nada más. ¿Cómo iba a saber en qué momento el abogado abandonaba la casa? No quería salir de allí pensando que la mujer estaba sola y encontrarse con él en la mitad de la escalera.

Permaneció a la espera, casi sin moverse, con el corazón pulsando en su garganta.

* * *

Alexa parecía dormitar con el libro todavía entre las manos cuando Joshua apartó un frasquito con pastillas, un vaso de agua y un libro, para hacerle espacio a la bandeja en el velador.

—Esto sí que es lujo —dijo Alexa, abriendo los ojos en ese momento—, desayuno en la cama. Gracias, Joshua. ¿Ya te vas?

—Estaré de vuelta en poco rato, a más tardar a las diez y media. ¿Quieres que te traiga el *New York Times*? —Joshua se quedó unos momentos mirándola y luego se sentó a su lado para anudarse los cordones de una de sus zapatillas.

—Sí, por favor. También quiero encargarte un par de bagels.

—¿No prefieres que vaya y te los compre antes? ¿Los quieres ahora?

—No, no, pensaba prepararnos un par de sándwiches de salmón ahumado, para llevar al lago, por si nos da hambre y comemos en el bote.

Joshua le pasó la mano por la cabeza cariñosamente. Luego se levantó y se fue.

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, jueves 1 de mayo 2008

El sábado abrí un ojo como a las diez de la mañana y había un olorcito a tocino que venía de la cocina. Al principio no sabía cómo había llegado a mi cama, no me acordaba de nada, quién me había puesto la camisa de dormir, nada. Luego vi a Tommy preparando el desayuno y me largué a reír. Se había plantado una pechera para cocinar que yo misma no había usado nunca y se veía cómico. Ese manso hombrote vestido como la mujer de la canción de Tammy Wynette. Salté de la cama y lo abracé y le di un beso. Todo me parecía luminoso, el día, el pisito, que era de una modestia increíble y lo menos luminoso del mundo. Era como si el mundo estuviera amaneciendo por primera vez. Tiene que haber sido la coca. Y yo debo haber nacido adicta, déjeme decirle, porque fue como si la coca y yo nos hubiéramos encontrado y yo le hubiera preguntado dónde estabas que no nos habían presentado. Me sentía suelta de lengua y de cuerpo, con la cabeza liviana y despejada, cosa rara porque se supone que al día siguiente la persona amanece deprimida y con un hacha en la frente, pero a mí me pasó todo lo contrario, fue como si el hacha que había tenido incrustada en la frente durante casi toda mi vida, finalmente se hubiera desprendido. Yo sé que es la fatalidad en polvo y, sin embargo, a mí me sentó de maravilla. Tommy me miraba sin alcanzar a entender a qué venían esas risas y todo el jaleo que estaba armando alrededor de él. «¿Se puede saber qué te pasa que estás tan contenta?». Y yo, otra carcajada. «¿Qué me diste anoche, Tommy? ¿Tienes más?». Y entonces me dijo que era de Colombia y de las mejores. «Esta noche te doy otro poco, ahora es demasiado pronto, tienes que despejarte». Y que cerrara la boca, no podía contárselo a nadie, ni a mi almohada, nos meterían presos a los dos si yo abría la boca. Y aquí viene un vacío en mi memoria, no he podido recordar qué pasó las tres horas siguientes, tengo una laguna. De lo que sí me acuerdo es de haberme dado una ducha larga, no sé cuánto rato estuve debajo del agua, había perdido la noción del tiempo. Me vestí y salí a ver los últimos *garage sale* del mes de octubre. Yo jamás iba a esas ventas, pero ese día me dio por arreglar mi casa, comprar algunas cosas que me faltaban, no sé, tiene que

haber sido la misma locura de la droga... Menos mal que me quedaba algo de cabeza como para salirme de esa porquería a tiempo, antes incluso de haber entrado de lleno, porque una jalada, una noche, no puede considerarse adicción; menos mal, le voy a decir, una persona como yo, que esnifea un par de líneas y le parece encontrarse en el cielo, es carnada viva para una adicción de las peores. Sí, tiene razón, para qué le voy a mentir, puede que haya habido unas pocas más después, sólo un par de veces, pero la corté de raíz. La muerte de Tommy tuvo algo que ver con eso. Se lo debo. El día en que llegaron dos policías a mi casa y me llevaron a la morgue de Philadelphia para que lo reconociera, ahí, frente a su cadáver, me dio miedo, ¿sabe?, y me prometí a mí misma no seguir por ese camino, nunca más echarme un polvo de esos en las narices, como había estado haciendo hasta el día anterior; no sé, vi el final de mi vida tan claramente en ese momento... de acuerdo, los calmantes no son ni con mucho el ideal de reemplazo para la cocaína, pero al menos no le fríen a una los sesos... ¿sabe en qué estoy pensando? Lo único bueno de mi adicción ha sido usted. Paso toda la semana contando los días para que llegue el jueves y se lo agradezco. En verdad se lo agradezco, Anne.

Si Tommy hubiera vivido, tal vez las cosas habrían sido diferentes; pero, dígame usted, ¿no fue mejor acaso que Tommy desapareciera del mapa? ¿Adónde iba Tommy con esa mierda de vida que estaba llevando? A veces pienso que el único responsable de su muerte fue él mismo, él se lo buscó, yo no supe bien los detalles, pero no es raro que haya terminado así. No digo que me alegre de su muerte, ni mucho menos, pero no me extraña que haya ocurrido así. Hasta ahora no se ha despejado nada de ese caso y no hay mayor interés en despejarlo tampoco. Lo archivaron, me dijeron que mi hermano andaba metido con una banda de mafiosos y seguramente temieron que se fuera de lengua con la policía. Justamente en esos días se produjo una redada de las grandes y desbarataron a una mafia de contrabandistas, una mafia de las importantes, salió en el diario y todo. Tommy amaneció muerto cerca del aeropuerto. Lo mataron en su auto. Una bala en la cabeza. La policía dijo que iba conduciendo por la I-95 y seguramente lo obligaron a detenerse en la berma y ahí le dieron. Pero no sabemos quién fue ni por qué. Y no es que a la policía le interesara mucho saberlo; es decir, yo sé que no les importaba un cuesco saberlo y no hicieron mayor esfuerzo por averiguar nada. En uno de esos interrogatorios que me hicieron, cuando el poli que me estaba torturando con sus estúpidas preguntas salió a tomarse un café, lo escuché decirle a un colega en un pasillo que alguien les había hecho el favor de librar a la sociedad de ese «bicho », así dijo. Y me dolió, qué quiere que le diga. Tommy era un perdido, pero no era un asesino, ni mucho menos, y era mi hermano.

Perdón... bueno, lloro porque me da pena. Por eso.

Elisa

Viña del Mar, Chile, domingo 17 de octubre 1999

Aún no había terminado de aclarar cuando Francisca abrió un ojo y miró la hora. Tenía la sensación de haber dormido una semana entera, le pesaba todo el cuerpo. Abrió de par en par las ventanas de la pieza para que entrara la brisa del mar y luego sacó un cuaderno de su maletín y se puso a escribir.

Cuando cumplió nueve años, Ana le regaló un diario de vida, «para que vayas escribiendo tus penitas, mi niña», y desde entonces escribía todos los días. Sólo que la «penita», que iba a quedar consignada este domingo 17 de octubre en la mañana, no era tal en realidad, puesto que la ruptura con Pedro, la noche anterior, lejos de darle pena, le produjo un alivio que hacía tiempo no sentía.

Hacia las once de la noche del sábado, después de agotar el tema de la infidelidad de su padre y despedirse de Elisa en la puerta de su cuarto, Francisca se dirigió al computador que había en el sector de la recepción del hotel para mandarle un correo electrónico a Pedro. Pensaba avisarle que regresaría a Santiago la mañana siguiente y quería hablar con él, que se encontraran en su casa alrededor de las once, ella saldría de Viña a las nueve y media. Pero no fue necesario escribirle, pues cuando estaba abriendo su propio correo sintió dos manos en sus hombros, se dio vuelta y ahí estaba Pedro. Había decidido darle una sorpresa.

—Iba a escribirte justamente ahora —le dijo ella, levantándose de la silla.

—¿Para decirme que sientes mucho la discusión que tuvimos esta tarde por teléfono?

—Para decirte que tenemos que hablar —dijo Francisca, tratando de controlar su nerviosismo.

—A juzgar por tu cara, no creo que tengas la menor intención de decirme algo simpático. ¿Estás sola? ¿Dónde está Elisa?

—Elisa está en su pieza. Se va mañana a las nueve a San Juan y yo pensaba partir a la misma hora a Santiago para hablar contigo, pero ya que estás aquí, ¿por qué no vamos al bar? Ahí podremos conversar tranquilos. El hotel está

vacío.

—Podemos hablar en tu pieza. Vengo agotado, Francisca, me gustaría meterme a la cama. Tenemos toda la noche para hablar, y podemos seguir mañana.

Pedro nunca iba a leerla bien. No, a la pieza no, no quería pasar la noche con él, no quería postergar la conversación ni seguir hablando mañana, sentía la urgencia de sacarse el peso de encima ahora, hoy, en el bar del hotel.

—Prefiero ir al bar, si no te importa.

—¿Pero qué te pasa, Francisca? Me hablas como si yo fuera el gerente comercial del banco adonde has ido a pedir un préstamo. ¿Me puedes explicar qué pasa? Ni siquiera me has dado un beso —entonces hizo el mohín como de niño taimado que tanto irritaba a Francisca.

Una hora más tarde, Pedro se levantaba del sofá donde habían estado hablando todo ese rato y abandonaba el lugar caminando a trancos largos. Estaba demasiado cansado para volver a Santiago, le dijo, pero tampoco quería alojarse en ese hotel, pasaría la noche en el San Martín, a pocas cuadras de allí.

—Si te arrepientes o quieres reconsiderar lo que me has dicho, llámame al San Martín.

Francisca no pensaba llamarlo. Pidió un vaso de agua mineral y se quedó un rato más repasando la conversación, contenta de haberle dado un corte definitivo a esa relación que la angustiaba. Tenía una vaga idea del comienzo del desamor y había un momento que identificaba perfectamente bien. Una noche, hacía más o menos un año, amaneció inquieta, como si en el sueño se le hubiera descorrido un velo y hubiese visto a un Pedro que no tenía nada que ver con ella. Esa tarde, cuando Pedro fue a su casa, como todos los días, y estuvieron hablando y en un momento se acariciaron, ella sintió que la situación era forzada. No tenía deseos de besarlo, le disgustó el sabor de su boca y ella misma se sorprendió pensando que prefería que se fuera. Miró la hora dos o tres veces, con disimulo para que Pedro no se diera cuenta, y después, cuando lo despidió en la puerta con un beso indiferente, supo que nunca iba a casarse con él, la química entre ellos simplemente no existía o no funcionaba, pero tardó un año en dar el paso.

Terminó el agua mineral y camino hacia su cuarto golpeó la puerta de la habitación de Elisa. Sabía que Elisa estaría despierta, pese a la hora, la pobre, no le cabía duda de que pasaría la noche en vela pensando en lo que habían hablado en el comedor. Durante esa conversación, Francisca la había visto realmente mal, descompuesta y se sintió enrabada con Nahuel, era bien maricón el viejo, siempre con medias aguas, siempre haciéndole el quite a los bultos, como si fuera posible estar bien con Dios y con el diablo. Bien cobarde lo encontraba. Si

Elisa no hablaba con él, ella misma se lo diría.

Elisa abrió la puerta arropada en una bata de toalla. Tenía el pelo mojado, como si viniera saliendo de la ducha.

—Acabo de terminar con Pedro —le dijo Francisca de sopetón, entrando en la pieza y sentándose al borde de la cama.

—¡Cómo! Qué pasó, a ver cuéntame, quédate un rato. ¿Fue por teléfono?

—No, Pedro llegó de sorpresa al hotel.

—¿Está aquí? —preguntó Elisa.

—Ya se fue, tuvimos una larga conversación, le expliqué mis razones. Yo no podía seguir así, Elisa, nuestra relación se había deteriorado, yo no me sentía enamorada de él y dudo que Pedro esté tan enamorado de mí como cree. Pasábamos peleando, nos tratábamos mal... me siento aliviada, en todo caso.

—¿Fue muy terrible?

—Siempre es triste. Pedro estaba de muerte, pero seguramente ya lo sabía o al menos lo sospechaba. Lo conozco como si lo hubiera parido. Nunca habría venido si no sospechara que algo raro estaba pasando. Se fue al San Martín y mañana vuelve a Santiago.

—¿Quieres ir a San Juan conmigo?

—No, la verdad es que prefiero regresar. Voy a encerrarme con mi tesis —dijo Francisca levantándose para irse.

—Quiero pedirte un favor —Elisa le tomó la mano—. Si llegas a hablar con tu papá, no menciones nuestra conversación. Yo voy a hablar con él en cuanto vuelva de Francia.

—Qué bueno que estés determinada a hablar con él, Elisa, me sacas un peso de encima, estaba decidida a hacerlo yo misma —le dio un beso en la mejilla—. Buenas noches, si no te veo mañana, nos vemos en Santiago —y se fue a su pieza.

Ahora era otro día. Francisca había dormido como aturdida y no recordaba haber soñado. Anotó en su diario lo ocurrido la noche anterior y cuando terminó eran las nueve y media. Seguramente Elisa ya se había ido a San Juan. Marcó el número de su habitación, por si aún estuviera en el hotel y luego llamó a la recepción, pero ya se había marchado.

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, jueves 8 de mayo 2008

Ese domingo me levanté bien temprano y animada. No había vuelto a saber una palabra de Tommy y no me habría extrañado nada que hubiera pasado otro año sin tener noticias suyas. Tommy era impredecible, aparecía como salido de la nada y luego volvía a esfumarse, así que ni pensé en él. Me di vueltas por el piso como una presa, claustrofóbica, con la cabeza a punto de estallar, porque ahora sí que sentí el hachazo de la coca. Lo único que quería era vomitar, ¿sabe?, sacarme la porquería de encima. Y llorar. Además, me dolía todo el cuerpo, ni que me hubiera pasado un camión por encima. La casa estaba hecha una verdadera mugre, deprimente. Con la visita de Tommy, la cantidad de coca que tomamos el viernes por la noche, el desayuno copioso que Tommy preparó el sábado, y nadie había recogido nada. Quería olvidarme de todo eso, estar limpia, despejarme, ordenar el departamento y esperar a Joshua bien arreglada. Si Joshua llegaba a enterarse de que había jalado coca, olvídese, no volvería a verme. Joshua era severo a la hora de la droga, él jamás habría hecho algo semejante, para él las drogas y el demonio eran la misma cosa y decía que a los dealers debía dárseles cadena perpetua, por ningún motivo debía enterarse de lo que había ocurrido allí la noche anterior.

Joshua me había dejado un recado en el celular diciendo que iba a pasar por mi casa alrededor de las nueve y media. Era raro que nos viéramos un domingo, casi nunca iba a mi casa los fines de semana; si me apura un poco, creo que una sola vez fue un sábado a verme, más bien dicho, a llevarme un tónico para la tos, porque estaba en cama con gripe.

¿Me va a creer que dentro de mi ingenuidad, porque yo era el colmo de lo ingenua, o tonta, como usted quiera, mientras ordenaba, pensaba que ese día ataríamos todos los cabos sueltos en nuestra relación? Joshua llegaría contándome esa larga y profunda conversación suya con Alexa, en la cual le había dicho que quería divorciarse de ella. Yo le describiría la casa de Chadds Ford que había visto el viernes. Tal vez, Joshua sacara de su bolsillo una cajita de terciopelo negro y me propusiera una fecha concreta para la boda... El hecho

es que quería estar presentable para la ocasión, verme bonita, me pondría el vestido de lanilla rojo, sabía que ese vestido me hacía ver delgada. Me arreglaría bien el pelo y le tendría el departamento immaculado.

Joshua llegó a las nueve y media, vestido con su buzo para trotar, y fue verle la cara y darme cuenta de que ahí no pasaría nada parecido a atar los cabos sueltos. Y fue tal cual. Venía muy apurado, quería hablar conmigo de algo serio, me dijo, y no tenía mucho tiempo, tenía que estar de vuelta en su casa para las diez y media.

«¿Y eso?», le pregunté.

Entonces lo soltó como quien escupe una espina que tiene atorada en la garganta. Debíamos terminar. Había querido decírmelo en Towanda, pero no le pareció el lugar ni el momento apropiado y prefirió esperar. Él me estaba haciendo daño, le estaba haciendo daño a Alexa y se estaba haciendo daño a él mismo. Alexa sabía de nuestra relación, seguramente desde el principio, se lo había dicho el viernes en un restaurante adonde fueron a almorzar, y él quería darle una oportunidad a su matrimonio.

Yo lo escuchaba como si me encontrara en medio de la más terrible irrealidad, peor que una pesadilla, porque si quiere que le sea bien franca, ¡nunca!, en ningún momento esperé que Joshua saliera con esto después de la semana que habíamos pasado en Towanda. Créame que no me había dado ninguna señal, nada que me hiciera sospechar que quería terminar conmigo. ¡Nada!

No, si no es que me sulfure, Anne, es que cuando lo recuerdo es como si volviera a vivirlo, ¿sabe?

Me puse a llorar y Joshua no supo qué hacer conmigo. Me sentó en su falda, me pasó un pañuelo. «Entiéndeme, Quinn, por favor». Me rogaba que lo entendiera, que me pusiera en su lugar, pero yo no estaba para ruegos ni para entender ninguna cosa, y en eso me entró una furia tremenda, ¿sabe? Me levanté de un salto y agarré un plato que había quedado en el lavadero y se lo arrojé a la cabeza. Joshua me tomó de las manos, no sabía qué hacer, como que se desesperó. «Cálmate, cálmate, por favor». Yo no estaba ni cerca de calmarme, qué quiere que le diga, porque fue como si Joshua hubiera hecho un bulto con todos los sueños de mi vida y los hubiera hecho añicos contra el suelo. «Cálmate, cálmate », repetía todo urgido y sin saber qué hacer, y yo cada vez más histérica. Lo arañé en la cara, le pegué en los brazos aleteando como una loca, completamente fuera de mí, y después caí deshecha en el sillón y quedé como atontada. Joshua permaneció unos minutos más a mi lado, me dijo que al día siguiente lo hablaríamos con más tranquilidad, que ahora debía volver a su

casa.

—¡Vete y no vuelvas más! —grité a todo pulmón.

—No lo tomes así —contestó desde la puerta y se marchó.

Esa fue la última vez que lo vi.

El asesino

Jessy sintió el golpe de la puerta principal de la casa y entonces supo que la cancha estaba despejada. A menos que hubieran salido juntos, la señora del abogado estaría sola en el segundo piso. Que hubieran salido juntos sería el ideal, tendría la casa tranquila para revisarla de arriba abajo a su gusto, pero lo dudaba, y por otra parte era preferible que la mujer estuviera ahí, por si la plata se encontraba en una caja fuerte, lo cual era muy probable.

Se caló la media en la cabeza jalándola hasta su cuello. Su rostro quedó cubierto y las facciones deformadas por la presión de la media. La sensación era sofocante.

Abrió sigilosamente la puerta.

Tal como pensaba había una escalera que subió con pasos de gato, haciendo el menor ruido posible. Un crujido en la madera le heló la sangre. A su derecha, colgando de la pared, había un retrato de la familia. Por un instante sus ojos entreabiertos y medio aplastados debajo de la media se toparon con la mirada vivaracha de una niñita de pocos años. Se detuvo un segundo. Luego siguió subiendo con mayor sigilo que antes, como si temiera que la niñita se pusiera a gritar. La escalera era larga y a ambos lados había gruesos pasamanos de caoba u otra madera de las caras, detalle que tampoco escapó a su vista; si la escalera en esta parte de la casa era tan fina, cómo sería el resto. Llegó al último peldaño y se encontró con una puerta que abrió despacio. Ahora estaba en un espacio amplio y bien iluminado por dos grandes ventanales donde había una mesa con cuatro sillas de pino claro y las paredes cubiertas con estanterías blancas, cacharros de cocina, plantas y algunos libros. En una de las paredes colgaba el mismo retrato que había visto en la escalera y que ahora pudo apreciar mejor bajo la intensidad de la luz matutina. La niñita no paraba de sonreír. Miró a su alrededor y vio que todo estaba limpio y ordenado. Sobre el lavavajillas había un filodendro que caía hasta casi tocar el suelo, denotando que seguramente casi nunca usaban esa máquina.

Atravesó la pieza en puntillas y pasó por la cocina rumbo al comedor que estaba al lado.

No se escuchaba ningún ruido.

Saliendo del comedor se encontró frente a la escalera principal de la casa y, tal como pensaba, era ampulosa, muy ancha, como hubiera imaginado la escalera de un palacio, y hacia la mitad daba una curva. Empezó a subir. Tal vez habían salido los dos, pensó, pisando con cuidado, pues la casa estaba tan callada que el menor ruido se hubiera escuchado desde cualquiera de las piezas.

De pronto se acabó el silencio. Alguien había encendido el televisor. Reconoció la voz del locutor de uno de los programas políticos que solía escuchar Silvia en Candlewood.

Temeroso de que la persona saliera de su habitación y lo viera, apresuró un poco el paso. Le llamó la atención la cantidad de fotos de la misma niñita que había visto en la escalera del sótano y luego en otra pared. Luke no le había dicho nada de una hija. Qué sabía el imbécil de Luke, en todo caso. Tal vez había salido la pareja y era la hija quien se había quedado allí. ¿Estaría durmiendo? ¿Dónde? Giró la cabeza y se fijó en el pasillo que cruzaba de lado a lado por el segundo piso. Desde donde estaba se veían tres puertas, una de las cuales, la del medio, se encontraba abierta. Las voces de la televisión salían de ese cuarto. En aquella pieza tenía que estar la hija, la mujer o el mismo abogado. ¡Mierda! Debió haberse asegurado de que era él quien había salido antes de lanzarse escalera arriba.

Estaba casi en el último peldaño cuando dio un tropezón que casi lo tira al suelo, ¡fuck! Alcanzó a aferrarse en el pasamanos para no caer, y en eso enmudeció el televisor y volvió el silencio.

—¿Joshua?

El corazón le dio un vuelco. La mujer estaba ahí y lo había escuchado. Subió de dos en dos los escalones que faltaban, ahora sin importarle que lo oyera. Llevaba el alicate en la mano.

—¿Joshua? ¿Eres tú?

De un salto llegó a la pieza de la puerta abierta y vio a una mujer sentada en la cama, mirándolo con cara de espanto.

—No le voy a hacer nada, no le voy a hacer nada —le dijo, hablando a borbotones con la voz deformada por la media—. Sólo quiero saber dónde está la caja fuerte. ¡Dónde está! ¡Dígamelo y no le haré nada! ¿Hay una caja fuerte aquí?

Los ojos de la mujer se agrandaron hasta el punto de querer salirse de las órbitas, echó el cuerpo hacia atrás.

—¡Qué quiere! ¡Quién es usted! ¡Voy a llamar a la policía! —gritó, y luego se quedó como paralizada, mirándolo como quien ve a un aparecido.

Jessy se detuvo en el umbral de la puerta y echó una mirada por la habitación y la mujer se puso a gritar ¡Joshua, Joshua!, mientras con un gesto brusco abría el cajón de su velador para sacar un arma que apuntó hacia Jessy y disparó. Todo ocurrió en menos de un minuto. Jessy se abalanzó hacia la cama y le dio con el alicate en la cabeza. El arma volvió a dispararse. En ese instante vio los ojillos perversos de Luke y le pegó de nuevo, esta vez decidido a aniquilar al odiado gigantón que lo miraba sonriente. La mujer intentaba defenderse. Él la agarró por los brazos y cuando logró inmovilizarla continuó golpeando con furia, cayera su mano donde cayera. No supo cuánto duró esa batalla. Lo único que recordaría después es que había seguido golpeándola sin parar. Cuando se dio cuenta de que estaba salpicado de sangre y la pieza envuelta en un silencio cerrado, se alejó de la cama. La mujer estaba muerta. Jessy se apartó de la visión aterrorizado y salió de la pieza, bajando a saltos la escalera, y cuando salió al jardín por la puerta delantera de la casa siguió corriendo calle abajo rumbo a las canchas, sin detenerse a mirar hacia atrás por si alguien lo hubiera visto o lo vinieran siguiendo.

Alguien debió asomarse por una ventana e incluso pudo haber llamado al 911, porque el ruido de los dos balazos tiene que haberse escuchado en las casas vecinas, pensó mirándose en el espejo. Pero eso fue más tarde, cuando llegó a su casa en Chester, luego de internarse por las canchas y salir a Providence Road, a la altura de la 320, desde donde caminó las dos millas que había entre ese lugar y la calle donde vivía, cerca del puente que separaba los dos condados. Había tardado poco más de media hora en llegar y en el camino tuvo la suerte de no toparse con nadie en las canchas y la 320 también estaba casi sin tránsito. A esa hora de la mañana, y domingo, todavía andaban pocos autos.

Se lavó las manos y la cara, se sacó la ropa y la echó al lavatorio que había llenado con agua y se sentó en la cama. De los mil dólares que casi le había tirado Silvia por la cabeza, le quedaban quinientos. Llenaría el Chevy de bencina y se largaría rumbo a Texas. No podía enfrentar a Luke con la noticia de que no sólo no había encontrado plata en la casa del abogado, sino que había dado muerte a la mujer. Dentro de poco toda la policía de Pennsylvania andaría tras su pista. Tenía que irse cuanto antes de allí. Ahora se arrepintió de no haber actuado con lucidez y haberse llevado el arma de la mujer. Al menos eso. Maldita mujer. Por qué no se quedó tranquila. Por qué no dejó el arma en el cajón. Él no tenía intención de matarla. Lo había hecho en defensa propia, pero nadie creería en su versión.

Prudencia

Fundo San Juan, a 10 kilómetros de Quillota, Chile, domingo 17 de octubre 1999

Prudencia había pasado la noche dándose vueltas para lado y lado en la cama. Los sucesos del sábado, arremolinados en su cabeza, no le permitían dormir. Hacia las nueve de la mañana salió de la cama y se dirigió al baño. Echó a correr la llave del lavatorio, se llenó ambas manos de agua fría y se mojó la cara. «Necesito despejarme. Sacudirme esta sensación de haber cometido un pecado. Yo no he hecho nada malo, Señor. No tengo por qué sentirme culpable». Un padrenuestro empezó a formarse en sus pensamientos y el cansancio no le permitió rezar, sentía la noche en su cuerpo, le zumbaban los oídos, el latido de la sangre era tan acelerado que su cabeza iba a estallar. Respiró profundo, soltó el aire, volvió a inspirar, y entonces tuvo la certeza de que no estaba sola en el baño, alguien la estaba observando. Alzó la vista. Un golpe eléctrico en el corazón casi la tira al suelo. Detrás de su propio rostro pálido y abotagado, reflejada en el espejo, vio la figura de Filuca García de pie bajo el dintel de la puerta, mirándola con los ojos serenos, los labios entreabiertos, quieta, como si fuera a quedarse ahí para siempre. ¿Qué hacía esa mujer en su baño? ¿De dónde había salido? Por un instante creyó que lo estaba imaginando y luego sintió un estremecimiento de terror.

—¿Qué haces aquí, Filuca?

—Vine para arreglar cuentas con usted, señorita Prude.

—¿Cuentas? No tenemos ninguna cuenta pendiente contigo, se te pagó hasta el último peso que se te debía. Y más.

—No me refiero a ese tipo de cuentas. Pero no vamos a quedarnos aquí, el baño no es un lugar apropiado para esta conversación. Póngase una bata y vamos al salón.

Prudencia la miró atónita.

—¿Al salón? ¿Pero qué te has imaginado al venir aquí a darme órdenes? ¡Esta es mi casa! Tú ya no tienes nada que hacer en este fundo y yo no tengo por

qué ponerme una bata ni ir contigo al salón ni a ninguna parte. Lo único que va a pasar ahora es que saldrás de aquí inmediatamente o llamo a la policía.

—Usted no va a llamar a la policía ni a nadie, señora.

La mujer era grande, robusta. Su rostro, ahora ceñudo, había ido alterándose por segundos y se veía muy irritada.

—¡Sal de aquí! —gritó Prudencia, haciéndole el quite e intentando escapar por la puerta.

Filuca la agarró del brazo.

—Ya le dije, usted y yo tenemos una cuenta pendiente. Perdón. Dos cuentas pendientes. Yo soy la primera. Y la segunda es Nataly Moena. Mire, mire lo que tengo aquí —dijo, sacando una hoja de papel de su bolsillo—. ¿Sabe lo que es esto? ¿Quiere que se lo lea? Es una carta que Nataly dejó en la puerta de mi casa, la última que escribió en su vida. ¿Sabe lo que dice? Dice que usted la sacó a patadas de San Juan, porque ella andaba con Luciano Pinto, que no le dio ninguna salida, ninguna oportunidad, ninguna opción, ¡nada!, que la echó de su casa y del fundo, que no sabe qué hacer, me dice, y me pide que la ayude.

—¿Y por qué no la ayudaste? —se atrevió a preguntar Prudencia, haciendo esfuerzos por librarse del garrote de Filuca aprisionando su brazo.

—¿Por qué no la ayudé? ¿Quiere saber por qué no la ayudé? Porque cuando encontré esta carta ya era tarde. No volví a mi casa hasta ayer a la hora de almuerzo y Nataly ya se había disparado un tiro en la boca. Por eso no la ayudé. Porque estaba muerta, señora.

La voz de Filuca sonaba ahora cansada y triste, y como si estuviera hablando sola. Enseguida pareció despertar de un sueño y le dirigió a Prudencia una mirada rabiosa.

—Hágame el favor de moverse —le dijo, empujándola hacia el dormitorio. Prudencia hizo un último esfuerzo por zafarse de su mano, pero se dio cuenta de que sería imposible. Filuca la doblaba en altura, en peso, en fuerza, y se dejó llevar. Atravesaron el dormitorio, salieron al corredor y caminaron hacia el salón, que estaba al otro lado de la casa.

Hacía mucho frío esa mañana y la casa estaba tranquila y callada, como si no estuviera ocurriendo ningún drama y fuera otro domingo antes de que el mundo terminara de despertar. Prudencia recordó que Filomena se encontraba en el funeral de Nataly Moena, junto al resto de los inquilinos, y no regresaría hasta las dos de la tarde. Un temblor recorrió su cuerpo. Estaba sola y desprotegida, a merced de lo que Filuca quisiera hacer con ella.

—Por favor, Filuca, ¿no podemos conversar? Yo puedo explicarte lo que pasó, puedo explicarte por qué a veces hay que tomar medidas un poco ingratas

con la gente, puedo...

—Vamos a conversar, sí, pero usted no puede explicarme nada, porque lo que pasó no tiene explicación. Yo, por lo menos, no me lo explico. Nataly Moena no se lo pudo explicar, ¿y usted, señorita Prude? ¿Cómo explicaría usted que un buen día, usted misma decidiera que Nataly no merecía quedarse en su casa, ni en este campo y debía ser expulsada del lugar donde había transcurrido la mitad de su vida? —durante unos segundos Filuca perdió el hilo y permaneció ensimismada en sus pensamientos. Luego siguió con una nueva entonación en la voz—: Hay una sola manera de entenderlo. Usted era Dios, señora, y había que castigarla, ¿no es cierto? Castigarla como a un perro que tiene la osadía de comerse el bistec del patrón.

Estaban entrando al salón. Prudencia vislumbró el arreglo de azucenas junto a una de las ventanas. Vio la fotografía de Nahuel cuando niño montado en el Canelo. Vio la cajita japonesa que había sido de la tía Flora y alcanzó a escuchar el ruido de un auto en el patio delantero de la casa. Quiso volver la cabeza pero no pudo. Filuca había atravesado un cordel, una soga dura y tiesa por su cuello y estaba empezando a apretar con una fuerza descomunal, podía sentir su cuerpo como un ropero detrás del suyo, chico y flaco. La mujer la estaba matando. Se debatió desesperadamente. Acto seguido se fue la luz y sintió una puntada intensa en la nuca.

Luego, nada.

Filuca arrastró el cuerpo hasta depositarlo en uno de los sillones de cuero negro. Estaba sudando, sentía el corazón agitado. Alguien había llegado a la casa. Escuchó unos pasos rápidos acercándose por el pasillo y enseguida la voz:

—¿Prudencia?

Elisa abrió la puerta del salón y al ver a Filuca dio un paso hacia atrás. Sus ojos cayeron en el cuerpo de Prudencia en el sillón. Luego, en la cara de Filuca que la miraba sin expresión. Y nuevamente en Prudencia. Dio otro paso hacia atrás, sintiendo que las piernas comenzaban a flaquearle y buscó la manilla de la puerta con la mano derecha. Filuca avanzó los metros que las separaban y cuando la mujer se le echó encima el terror le impidió gritar, la había inmovilizado sujetando con una mano ambas manos suyas en la espalda mientras con la otra atravesaba algo en su cuello a la altura de la garganta. Enseguida vino el primer apretón fuerte, escuchó un ruido estruendoso, sus oídos se reventaban, mientras flotaba en el aire, pataleando con frenesí. Otro apretón, esta vez muy fuerte. Sintió las piernas pesadas, como un plomo, un estallido, y en ese instante se oscureció su mente.

Había quedado suspendida contra el torso de Filuca.

Está muerta, pensó Filuca, arrastrando el cuerpo liviano, livianísimo, hasta dejarlo atravesado en el otro sillón. Permaneció unos momentos frente a los dos cadáveres, mirándolos con incredulidad, escindida, como si no tuviera nada que ver con lo recientemente acontecido y ella misma acabara de entrar en la pieza y los hubiera encontrado allí. Tomó ambas manos de Elisa y se las cruzó en el pecho. Le entró la lengua, que había quedado colgando de manera espantosa, y le cerró la boca. Los ojos vidriosos y quietos de Elisa la miraban. Filuca estuvo unos segundos prendida a esa mirada desde la muerte, casi hipnotizada por ella, y después le bajó cuidadosamente los párpados y le pasó la mano por la cabeza, apartándole el mechón de cabello rubio que había caído sobre su frente.

—Pobrecita. Esto no tiene nada que ver con usted, señora Elisa. Discúlpeme.

Abandonó el salón, dirigiéndose hacia el teléfono que había visto en el pasillo y marcó el número de la policía de Quillota, que llevaba anotado en un papel.

—Me llamo Filuca García. Acabo de matar a la señorita Prudencia Echeverría y a la señora Elisa Barros, en San Juan, y en estos momentos me dirijo a Quillota para entregarme.

Nahuel

Pernes-les-Fontaines, Provenza, Francia, domingo 17 de octubre 1999

El Airbus tocó tierra en Marsella el domingo a las siete y media de la tarde. Nahuel se soltó el cinturón y antes de que el avión se hubiera detenido ya estaba sacando el maletín, su laptop y el impermeable del compartimiento superior. No veía la hora de abrazarla. Como si llevara un siglo sin verla. Desde que tomó la decisión de separarse de Elisa había esperado este momento, sabiendo que el abrazo que le daría dentro de un rato sería el más importante, el primero de su vida juntos, y sintió un estremecimiento de felicidad. Sus aprensiones de antes de salir de Santiago se habían evaporado. Caminó a trancos largos por la manga y entró al salón repleto de gente. La buscó con la mirada y de repente la vio de pie junto a un puesto de souvenirs para turistas. Sintió que el corazón le daba un vuelco mientras la estrechaba contra su pecho.

—¡Francesita! Estás más linda que nunca –le dijo al oído.

—Es que me siento como si fuéramos a casarnos mañana –dijo Juliette, soltando la risa contagiosa—. ¿Esto es todo lo que trajiste?

—No necesito nada más –dijo Nahuel, tomando su maletín que había dejado en el suelo.

Llegaron a Pernes-les-Fontaines un poco pasadas las diez de la noche. Juliette abrió la puerta. Había dejado una luz encendida y cuando Nahuel entró al espacio del comedor y la cocina, se encontró con flores frescas en la mesa, la mesa puesta para ellos dos, una botella de vino tinto que Juliette dejó abierta para que respirara y, descansando sobre la cocina, la olla de donde salía el aroma inconfundible de la carne de cerdo cocinada en sidra.

—¡Eres una maga, Francesita! Subo a darme una ducha y bajo enseguida.

Subió al segundo piso y colgó su impermeable en el clóset del pasillo, donde mantenía la ropa que dejaba en Francia. La chaqueta de gamuza, las camisas, los pantalones de pana, el abrigo azul que le había regalado la abuela Rosa para una pascua, un par de zapatos. Ahí estaba todo perfectamente ordenado, tal como él lo había dejado hacía unos meses. Se desnudó en el dormitorio de Juliette y pasó

al baño. Permaneció un buen rato debajo del agua caliente, dejándose llevar por la grata sensación de haber vuelto a su refugio. Aquí estaba su casa. Esta era su mujer. Juliette representaba la plenitud que venía buscando desde niño. Estaba seguro de que nunca la abandonaría y ella tampoco a él. Pensó en Elisa y de pronto tuvo la sensación de que la había soñado. No pudo imaginarla de carne y hueso ni relacionada con él en la vida real. Trató de recordar algunos detalles de su casa en Santiago y no logró pensar en nada de allí que pudiera hacerle falta. En dos días más partiría a San Sebastián con Juliette, caminarían por la playa, comerían en los boliches frente al mar y hablarían hasta cansarse, haciendo planes para el futuro. Francisca podría visitarlos en cuanto terminara su tesis. Francisca y Juliette se llevarían bien, de eso no le cabía ninguna duda. Al principio, seguramente se quedarían viviendo en esta misma casa, pero más adelante pensaba comprar un pedazo de tierra con una viña.

Estaba terminando de vestirse cuando le llegó el grito nervioso de Juliette.

—¡Nahuel! Baja, mi amor, algo pasó en Santiago. Hay un recado de Francisca en el teléfono.

Juliette

Ashram Aiyon, a 50 kilómetros de Rishikesh, India, jueves 15 de mayo 2008

Fue una noche de espanto, Joshua... En cuanto Nahuel me dijo lo que había pasado llamé a Thérèse para pedirle que nos ayudara a conseguir un pasaje a Santiago. Thérèse lo arregló todo desde el computador de su casa y para las cuatro de la madrugada ya tenía las reservas listas.

Pasamos la noche en pie, Nahuel comunicándose con Martín Friedman, con el padre Ian, dos veces más con Francisca, con algunos parientes de Elisa, con un inspector de la policía de Quillota que se había hecho cargo del caso y también con Gonzalo Marco, un íntimo amigo suyo desde los tiempos del colegio, en Cauquenes. Gonzalo era el padrino de Francisca, así que le pidió que, por favor, se trasladara inmediatamente a San Juan para estar con ella y acompañarla mientras él llegaba. Entre llamadas se producían silencios en los cuales nos mirábamos sin atinar a decir las palabras que uno y el otro necesitábamos oír. Escuchándolo hablar con la gente en Chile pude enterarme de algunos detalles del macabro asunto, a la vez que veía escabullirse mi futuro con él, pues desde el primer momento tuve la certeza de que ahí no sólo terminaba la existencia de Elisa, sino la nuestra como pareja; pensé en cargos de conciencia, en lo difícil que sería construir una relación sobre una tragedia como esta; Nahuel había pasado años culpándose por la muerte de su primera mujer y ahora jamás se perdonaría no haberse quedado al funeral de la campesina; tampoco se perdonaría haber estado conmigo al otro lado del océano mientras una loca estrangulaba a su mujer, y su hija se lo enrostraría.

Escuchándolo hablar por teléfono, una procesión de recuerdos desfiló por mi cabeza, como ese primer encuentro en la cava, las veladas con el tío Guillaume en que Nahuel nos contaba las hazañas espiritistas de su abuela Rosa, un viaje a Chiloé en que me enseñó las preciosas leyendas de ese lugar mágico, otra vez que nos quedamos en pana en medio del desierto de Atacama. «Ya, Francesita, ponte a cavar, al otro lado está Japón y te advierto que es más fácil escapar de este desierto por ahí, que intentar seguir a pie hasta San Pedro». Era como si en alguna parte de mí estuviera despidiéndome de él y armándome de una coraza

que me permitiera aislar y proteger los momentos felices que pasamos juntos.

Nahuel hacía aflorar lo más positivo de mí misma, me hacía tener ganas de ser mejor persona. Con todas sus falencias y debilidades me enseñó que lo único realmente importante en la gente es la bondad del corazón. Lo demás era secundario. Me hizo vivir nuestro amor como algo encantador y pasajero, pues las palabras «para siempre» eran demasiado definitivas, demasiado duras y perentorias para un sentimiento tan peregrino como el amor. Yo nunca había pensado en el amor como algo peregrino, mucho menos separado de la tragedia; donde había amor, necesariamente tenía que haber drama. Él, en cambio, decía que el ingrediente principal del amor, tal vez el único que no podía faltar, era la alegría, y no estaba de acuerdo con quienes dicen que en el amor debe haber espacio para el odio. Mucho menos para el drama. En el momento en que empezaba el drama, el amor comenzaba a languidecer, pues la única manera de alimentarlo era con alegría y humor.

Esa noche hice un pacto secreto con él y, dos horas más tarde, cuando le di un beso de despedida, en el aeropuerto de Marsella, y le dije que estaría siempre a su lado, y él respondió «lo sé, Francesita, yo también», firmó ese pacto sin saberlo. Sería lo único «para siempre» que tendríamos él y yo.

Nahuel

Fundo San Juan, a 10 kilómetros de Quillota, Chile, martes 19 de octubre 1999

Francisca lo había acompañado en todos los trámites y en verdad se lo agradecía. Desde que saliera del recinto de la aduana en el aeropuerto de Pudahuel, su hija no se había despegado de su lado. Fueron juntos a la morgue de Quillota, donde estaban los dos cuerpos, y Francisca lo sujetó del brazo mientras él, con los ojos desorbitados, se perdía en la cara de Elisa y volvía a ver el rostro alargado de la rubia desabrida que se había bajado de un salto de la camioneta esa mañana de enero, hacía treinta y ocho años, y le había preguntado si él era el famoso Nahuel. Un sollozo se atascó en su garganta. Observó por unos instantes el rostro azulado y extraño de Prudencia y no fue capaz de mirar más.

Cuando llegó a San Juan, Filomena lo recibió en la puerta y al verlo se echó a sus brazos, gritando histérica. El padre Ian, Gonzalo Marco y dos inspectores de policía salieron en ese momento de la casa y se unieron con ellos en el corredor.

—Es terrible, Nahuel, terrible —dijo el padre Ian, abrazándolo—. Los inspectores creen que puede tratarse de un rapto de locura. Tienen a la mujer en la cárcel, en Santiago, Filuca García; trabajó un tiempo en las bodegas amasando pan —el padre hablaba como si fuera el dueño del fundo o supiera las cosas mejor que Nahuel, y eso le molestó—. Ha confesado todo en una declaración escrita, al parecer se trata de una venganza.

—¿Una venganza? ¿Qué clase de venganza? ¿Por qué?

El inspector Figueras tomó la palabra y mientras caminaban hacia el salón le explicó. Nahuel se sintió mal y de pronto creyó que iba a desmayarse, casi perdió el equilibrio, se le nubló la vista y una sensación de opresión en el pecho lo dejó por unos segundos sin aire. Miró al inspector de reojo, sintiéndose avergonzado. ¿Qué pensaría ese hombre de él? Mal que mal, él era el dueño de ese fundo, ¿y no sabía nada? Como si le hubiera adivinado el pensamiento, el

inspector le preguntó:

—¿Usted no estaba enterado de las clases que daba la señorita Prudencia a los campesinos? Yo no disculpo nada de este horror, señor Lynch, en ningún momento quiero justificar lo que ha hecho esta asesina; por favor, no me entienda mal, pero me sorprende mucho que usted no supiera lo que estaba pasando acá.

Gonzalo Marco, que hasta ese momento no había abierto la boca, le preguntó si estaba al tanto de lo que hacía Prudencia en el fundo, y él se sintió enrabiado. ¿Para qué le hacía esa pregunta? Gonzalo sabía perfectamente bien que él no habría admitido una conducta así. ¿O acaso creía que sí?

Se dirigió a Francisca:

—¿Tú sabías algo de lo que están diciendo?

—No —dijo ella—, pero no me extraña.

Entraron al salón, donde ahora reinaba un silencio cargado.

—¿Fue aquí? —se oyó preguntar a Nahuel.

—Aquí fue, sí... Las ahorcó con una cuerda de plástico trenzado, de esas que se usan para tender la ropa. De acuerdo al patólogo, las ahorcó empleando una fuerza brutal. Todo indica que las ahorcó, a una primero y a la otra casi enseguida, contra su propio cuerpo y de un solo apretón fuerte.

—Tenemos la cuerda junto a otros elementos que incautamos de esta casa el domingo en la tarde. La inculpada dice que no quería matar a la señora Elisa, que perdió los estribos y no supo lo que estaba haciendo. La mujer está loca, señor.

—¿Cómo saben que ocurrió así? ¿Ha declarado ella todo esto?

—Sí, señor, tal como le he dicho, hizo una declaración jurada en la cual contó los hechos. Lo que hizo y por qué lo hizo.

—Y ustedes le creen. ¿No hay posibilidad de que haya pasado de otra forma? ¿De que esté mintiendo?

—No está mintiendo, señor. La hemos sometido a un interrogatorio exhaustivo; además, su historia calza con todo lo que hemos visto y sus huellas digitales están por todas partes, incluso en el teléfono desde donde nos llamó una vez cometidos los crímenes. Ella misma se entregó.

Nahuel asintió con la cabeza. Pasó el resto del día recibiendo informaciones que le llegaban como si fueran puñales. Todo el mundo parecía saber lo que había estado ocurriendo en su fundo, menos él. Hasta Martín Friedman le dijo que algo había llegado a sus oídos.

—Nunca me contaste nada, Martín...

—Eran rumores, Nahuel, o así lo interpreté yo, cosas que se decían. Ahora veo que cometí un gravísimo error, debí haberme fijado, debí haber tomado cartas en el asunto y no hice nada.

—¿Qué sabías exactamente? —preguntó Nahuel.

—Lo de los abortos... Uno de los inquilinos acudió a mi oficina, hace un par de meses, para decirme que Prudencia había amenazado a su mujer con expulsar a toda su familia del campo porque sabía que se había hecho un aborto.

Nahuel lo miró atónito.

—¿Quién? ¿Quién te dijo eso?

—Da lo mismo quién, papá. Ahora, por favor, ven conmigo. Uno de los hermanos de Nataly vino a hablar contigo y está esperándote en la cocina —interrumpió Francisca, jalándolo de la manga y guiándolo hacia la cocina.

Francisco Moena se levantó de la silla en cuanto lo vio entrar.

—Buenas tardes, señor, ayudándolo a sentir —lo saludó, dándole la mano—. Me tomé la libertad de aparecerme por estos lados porque me dijeron que usted quería hablar una palabrita conmigo.

Nahuel se sentó en una de las sillas de mimbre frente a un hombre alto y de aspecto saludable que lo miraba con simpatía. Tenía un rostro afable y despedía una gran seguridad en sí mismo. Nahuel no lo conocía.

—Siento tanto lo de la muerte de su hermana, Francisco. Dígame, por favor, todo lo que usted sepa.

—Bueno, patrón, no es mucho lo que sabemos. Mi hermano y yo estábamos trabajando para el lado de Curicó y cuando volvimos a Quillota, el sábado, la encontramos muerta de un balazo, en la casa donde vivimos en Quillota.

—¿Dejó alguna nota?

—Nada, señor, ni una nota, nada. El sábado en la tarde me vine a San Juan para hablar con la gente y sólo entonces me enteré de que mi hermana andaba con uno de los hombres de aquí, con Luciano Pinto, casado, con una sarta de chiquillos, y que ese hecho fue lo que molestó a la señorita Prudencia. Al parecer, por esa razón la expulsó del fundo. Pero a nosotros, Nataly no nos dijo ni una palabra de que la hubieran expulsado; por más que le doy vuelta a toda la cuestión, no le hallo ninguna explicación —se le escapó un sollozo—. A Nico, a su hijo, se lo dijo por teléfono el mismo día que la señorita Prude la echó a la calle.

—¿Dónde está Nico? —preguntó Nahuel.

—Está en Santiago, señor, estudia allá. Se volvió el mismo domingo después del funeral.

—¿Ha hablado con los inquilinos de San Juan sobre todo esto?

—Sí, señor. El mismo sábado vine.

—¿Qué le han dicho?

—Que la señorita Prudencia los tenía amenazados, señor, la gente andaba con miedo de que siguieran los despidos. A mi hermana, como le decía, la expulsó de mala manera, no le dio tiempo de buscar adonde irse, nada, la expulsó casi con lo puesto.

—Y mi mujer, la señora Elisa, ¿también atemorizaba a la gente?

—No que yo sepa, señor, nadie ha dicho nada de la señora Elisa, pero ella sabía de los despidos, eso al menos dice Filomena, pregúnteselo a ella.

—¿Dónde está Luciano ahora?

—Estará en su casa, señor, no lo sé. ¿No está aquí?

—Yo no lo he visto. ¿Pero qué cree usted que pasó? Usted es su hermano, la conocía.

—Ya le digo, señor, no me lo explico. Habrá sido un poco de todo, se habrá desesperado, se habrá sentido acorralado, no sé qué decirle.

La asesina

Antes de sacar conclusiones, señorita, debería escuchar lo que tengo que decirle yo. Porque si llega y lo pone así no más, que yo, grande y forzuda como usted me ve, de puro desequilibrada y mala llegué y me las eché a las dos, que el odio me cegó y organicé esas muertes como quien organiza la matanza de un par de corderos en una carnicería... las cosas no son así. Ese domingo en la mañana llegué a San Juan con la intención de matar a la señorita Prudencia; si yo misma lo confesé, entonces no voy a negarlo ahora. ¿Para qué otra cosa iba a ir a esa casa? No éramos amigas, seguramente nunca habríamos sido amigas, ella era bien arrogante en ese sentido, no era de las que se relacionan con personas de otra clase social.

Puede que haya sido a sangre fría, como dice, pero no veo de qué otra manera se puede matar a alguien. Es siempre a sangre fría, señorita. También hubo factores que escaparon completamente a mi dominio y con los cuales yo no tuve nada que ver. Por ejemplo, la llegada de la señora Elisa. Que haya aparecido la señora Elisa, de sorpresa, fue una de esas malas jugadas que el destino le hace a la gente. Yo puedo haber sido responsable de su muerte, pero no de su mala suerte.

Si usted es la persona encargada de evaluarme para recomendar que me dejen salir antes de que se cumpla mi tiempo o me dejen en este lugar infecto hasta que se me pudran los huesos, le ruego que me escuche con atención. Lo primero que quisiera dejarle en claro es que esos informes de supuestos médicos que dicen que padezco de esquizofrenia son una pura burrada. Para que lo sepa, he averiguado todo lo que es posible acerca de esa enfermedad mental y, ¿sabe qué más?, yo nunca he tenido ataques de violencia, nadie puede decir que sea una persona fuera de sus cabales, que no puede vivir sola porque se le puede olvidar apagar el gas. Y ¡jamás!, ¿me escucha bien?, jamás he tenido ideas delirantes ni alucinaciones, yo nunca he escuchado voces adentro de mi cabeza y tampoco se me puede acusar de comportamientos extraños como desnudarme en una plaza o andar haciéndole gestos raros a la gente. Basta que una haga algo que va contra la corriente hipócrita de la sociedad para que la tilden de loca. Eso es todo. Esquizofrénica es lo primero que se les ocurre. Mi comportamiento no

tiene nada que ver con locura, sino con justicia, usted verá a qué me refiero, justicia, no se puede llamar de otra manera. Ahora, que esta clase de justicia no forme parte de las leyes que hacen ellos, bueno, sí, lo reconozco, no está en sus libracos, pero no por eso deja de ser lo que es.

Me dijo el abogado que va a estar viniendo las próximas semanas, los lunes y los martes. Usted quiere grabar, ¿no es cierto? Así me dijo el abogado. Y que yo debía contarle lo que sucedió antes de los hechos de ese domingo, que no me gusta decir crimen, no es correcto, no fue un crimen, le repito, sino un acto de justicia. O sea, mi vida. Porque eso es lo que quiere que le cuente, ¿verdad?, mi vida. ¿Sabe una cosa, señorita? En estos momentos lo que más me gustaría es estar sola después del Apocalipsis, que no hubiera nadie más que yo, que todo fuera un vacío, hasta yo misma, y no tener más mi vida en mi cabeza.

¿Empiezo? Gracias. No, no fumo. Nunca he fumado.

A mí me mandaron a la escuela desde chiquitita. Sé leer y escribir desde que cumplí los siete años, cursé todas mis preparatorias y mis humanidades, hasta di la Prueba de Aptitud Académica y obtuve un excelente puntaje, no soy ninguna ignorante. Gracias a eso es que entiendo sobre un par de cosas, de sindicalización más que nada, porque me he preocupado del tema. Si no hubiera matado a esas dos señoras, le aseguro que yo sería dirigente sindical aquí en Quillota. Pero tal vez deba partir por el principio. Cuando yo andaba en los dos años mi mamá me regaló a una vecina. Por supuesto que no me acuerdo de nada, pero Alicia me contó. Alicia era el nombre de la vecina. Alicia Purreydón. Ese día, Alicia estaba pintándose las uñas frente al televisor cuando tocaron el timbre, fue aquí en Quillota, en la misma calle donde viví toda mi infancia, en la misma casa, tocaron el timbre y ella sale a ver quién es y ahí, de pie, con un bolso lleno de ropa y un papel en la mano estaba yo. Imagínese la mansa sorpresita. Fue cosa de verme, tan chica, con el bolso y el papel en la mano, y entender que me habían dejado abandonada. ¿Qué otra cosa podía estar haciendo una niñita de ese porte, que no llegaba ni al timbre?

Lo primero que se le ocurrió a Alicia fue ir donde los pacos, pero desechó la idea porque los pacos ya la habían llevado dos veces a la comisaría y lo único que hacían era joderle la pita. Que si estaba pringada, que si tenía los papeles en regla, que la ilegalidad. Usted sabe cómo son esos carajos. Finalmente decidió dejarme con ella ese día, mientras pensaba en algo más definitivo. Vaya a saber usted si se encariñó conmigo o qué, pero terminó adoptándome. Ella misma me puso el nombre de su abuela, Filuca, porque mi mamá me dejó sin nombre, en el papel salían todos mis datos menos cómo me llamaba, a lo mejor ni tenía nombre, vaya a saber usted. Alicia era una buena persona, una gran persona. Ella

me crió. Era solterona, pero no una solterona típica. Le gustaban harto los hombres. Los recibía en su dormitorio, una pieza grande y bien lujosa que había construido en el patio de atrás. Vivíamos en la calle Almirante Latorre. Me dicen que todavía está la casa. No sé si los vecinos reclamarían o no, no se metían mucho con ella y, además, ella era bien discreta para sus cosas. Citaba a sus clientes por teléfono y los hacía pasar por la puerta lateral. Si no hubiera sido por un hombre abusador, una bestia con la cual se metió, las cosas nunca se hubieran enturbiado para ella como se enturbiaron. Yo no sé por qué seguía con él, de veras que no lo entendí entonces y sigo sin entenderlo. La tenía completamente dominada, la golpeaba, viera usted cómo la golpeaba por cualquier cosa, y a esa bestia ¡todo! le molestaba. Era un abusador de la peor especie. Le quitaba más de la mitad de las ganancias, la espiaba, señorita, era una vigilancia cerrada que tenía en torno a ella; le faltaba poco para mirarla tirando con los otros gallos.

¿Mi oficio? ¡Ah! Ya sé lo que está pensando. No, yo nunca he sido puta. No me agrada el sexo. Panadera, pues, siempre he hecho lo mismo. Desde chica, lo único que me gustaba era hacer pan. Yo nunca quise estudiar otra cosa que pastelería. No alcanzó el dinero para ir a un instituto, así que aprendí en la panadería La Gloria, con la señora Mercedes Cienfuegos, la mejor pastelera de esta zona. Ella fue mi universidad, si usted quiere. Suena hasta divertido, pero yo llegué a San Juan por el pan, de otra forma no me hubiera ido a vivir al campo. El campo no me gusta. El silencio de las noches no me deja dormir.

Un día, don Martín Friedman le preguntó a la señora Mercedes si sabía de una buena amasadora que quisiera trabajar en San Juan. Como la paga era harto mejor de lo que ganaba en la panadería, y me daban casa con luz y agua potable, acudí a la entrevista. Me entrevistó el mismo don Martín. Él era el administrador del fundo y estaba a cargo de las bodegas. Necesitaba a una persona que supiera amasar en grandes cantidades, don Nahuel Lynch les daba dos galletas diarias a los trabajadores, y los temporeros, usted sabe, son unos muertos de hambre, así que había que hacerlas grandes y bien rellenas. En un dos por tres le hice un bandejón de panes y me tomaron de inmediato, porque no tenían a nadie que supiera amasar como se debe.

Así conocí a la señorita Prude, a Nataly Moena, Luciano, y empezó a tejerse esta madeja, señorita. Le aseguro que llegué a ese fundo de buena fe, dispuesta a trabajar duro; en ningún momento pensé que las cosas terminarían mal. Yo no sabía de la existencia de la señorita Prude, ni de las brutalidades que estaba haciendo en ese campo, despidiendo a medio mundo, a tajo y destajo, porque se acostaban con un casado, porque le amasaban el culito a una soltera, porque se hacían un aborto, ¿en qué mundo cree usted que vivimos, señorita? ¿En un

mundo sin Dios ni ley? De Dios yo no sé, pero leyes, aquí por lo menos, hay. Como le decía, antes de instalarme en San Juan no tenía idea de lo que estaba aconteciendo en ese campo y de haberlo sabido a lo mejor ni hubiera tomado esa pega. Pero no, de veras que no, la habría tomado de todas maneras. Vaya a saber usted si yo no estaba predestinada para llegar allá y hacer justicia. ¿Qué? ¿Un ángel vengador? Eso lo dice usted, señorita. Yo he hablado de justicia, no de venganza. Y ya se lo dije, pero se lo vuelvo a repetir: que justo llegara la señora Elisa fue una mala suerte, porque yo nunca he tenido nada en contra de esa señora.

No crea que no sopesé las consecuencias que me acarrearía matar a la señorita Prudencia, no crea ni por un minuto que lo que hice fue producto de un impulso, porque no fue así, decididamente no fue así, estuve todo el sábado en la tarde, desde que leí la carta de Nataly, y después me enteré de que se había pegado un tiro, y parte de la noche del mismo sábado pensando en cómo hacer lo correcto, lo que nadie haría, lo que ninguna de sus leyes permitiría, cómo evitar que la señorita Prudencia quedara libre de polvo y paja por el resto de su vida, dándose el lujo de seguir atormentando a las campesinas, mientras los gusanos daban cuenta del cuerpo de Nataly Moena y hasta yo terminara olvidándome de ella. Si alguna vez hubo un acto premeditado, verdaderamente premeditado, fue el mío. Anótelo. Lo hice con toda premeditación, en pleno dominio de mis facultades, sabiendo perfectamente lo que estaba bien y lo que estaba mal, y no dudé en ningún momento de que era lo que correspondía hacer. La señora Elisa es harina de otro costal, ya le dije, no debí haber actuado así con ella, fue su propia mala suerte encontrarme ahí, justamente en ese minuto, y no llegar a San Juan media hora después. Pero eso ya escapa a mi control.

¿Si no me di cuenta de lo que hacía? Esta debe ser como la décima vez que usted me pregunta lo mismo, señorita, y vuelvo a decirle que yo nunca he actuado sin medir las consecuencias de mis actos, no es mi estilo. Soy bastante más analítica de lo que parezco. Sabía que pasaría el resto de mi vida en una cárcel, pero una hace lo que tiene que hacer sin detenerse en ese tipo de consideraciones. Hay otras consecuencias también, ¿sabe, usted? ¿Qué pasa con las consecuencias de no hacer lo que una tiene que hacer? Ya le he explicado antes que las consecuencias de no haber matado a la señorita Prudencia, luego de haber leído la carta de Nataly Moena y haberme enterado de su suicidio, habrían sido infinitamente peores. Matando a la perra se acaba la leva, señorita. Y en cuanto a la señora Elisa, también se lo he dicho mil veces: nadie puede responsabilizarme a mí de su mala suerte.

Nahuel

Fundo San Juan, a 10 kilómetros de Quillota, Chile, martes 19 de octubre 1999

La policía le había preguntado si quería hablar con Filuca García y él había respondido que lo único que quería era saber por qué esa mujer había hecho algo tan espantoso.

—Le sugiero hablar con ella —le dijo el inspector Figueras.

—Tal vez más adelante, ahora no podría.

—¿No quiere leer su declaración?

—Eso sí me gustaría —sentía una terrible opresión en la cabeza y en el pecho. Tuvo que sentarse.

El inspector salió unos momentos del salón. Poco después regresó con una carpeta y se la alcanzó.

—No quiero estar en esta pieza, voy a leerlo en la cocina —dijo Nahuel, abandonando a trancos largos la habitación.

Una vez sentado a la mesa de la cocina, donde poco antes había hablado con Francisco Moena, hojeó los papeles aleatoriamente al principio y después empezó a leer con cuidado, desde la primera página. Eran veinte carillas de computadora y en la medida en que iba entrando en el texto las palabras de Filuca García machacaban su conciencia como si estuvieran dirigidas especialmente a él.

La señorita Prudencia parecía tener carta blanca para hacer y deshacer vidas en San Juan. Don Nahuel Lynch será el dueño de este fundo, pero hay trabajadores que ni lo saben; creen que la señora Elisa es la única patrona, y la señorita Prudencia su mano derecha. Los despidos estaban firmados por las dos.

En la página 10, la mujer relataba el caso de una tal Albertina Cifuentes, quien fue agredida verbalmente por Prudencia por no asistir a misa.

Albertina le dijo que no era católica, a lo que la señorita Prudencia respondió diciendo que si no era católica más le valía buscarse otro lugar

donde vivir, porque a ellos no les gustaba tener gente impía entre sus inquilinos. Albertina llegó bien asustada a conversarlo con su marido, Alberto Norambuena, que se desempeñaba como mediero de la señora Elisa en un sembradío de papas que hay en el norte del fundo. Alberto le dijo que él, personalmente, se acercaría a las casas patronales para hablar con la señorita Prudencia, cosa que hizo, y al llegar allá la señorita Prudencia le dijo que lo estaba esperando y le alcanzó un finiquito de contrato firmado por la señora Elisa. Le dijo que habían hablado con su abogado y como él no estaba cumpliendo con la normativa que debe cumplir todo mediero, legalmente lo podían expulsar. Y de no haber intervenido don Martín Friedman, lo habrían despedido.

En la página 15, el caso de Maritza y Leopoldo Arenales llamó especialmente su atención. Leopoldo era un antiguo inquilino, a quien Nahuel consideraba uno de los mejores trabajadores que había tenido, y uno de los pocos con quien siempre hablaba cuando iba al campo.

Llegó un momento en que la señorita Prude incluso paraba a la gente en el camino, como hizo con Maritza, la mujer de Leopoldo Arenales. Maritza me dijo que un día iba camino a la bodega cuando apareció la señorita Prudencia y la atajó y así nomás, a boca de jarro, sin mediar ninguna explicación, le preguntó si era cierto que estaba teniendo relaciones sexuales a diario con su marido y andaba haciendo alarde de ello entre sus amigas. Cuando Maritza le dijo que se metiera en sus propios asuntos, que ella no tenía por qué andar husmeando en los dormitorios de la gente, que era una vergüenza que anduviera intruseando en la vida sexual de las mujeres con sus maridos y que la iban a denunciar a la Inspección del Trabajo en Quillota, la amenazó con despedir a Leopoldo del fundo.

Después venía una larga relación, momento a momento, de todo lo que había hecho desde el sábado a la hora de almuerzo, cuando regresó a su casa y se encontró con una carta de Nataly Moena, hasta el momento en que llamó a la policía, el domingo hacia las once de la mañana, para entregarse luego de cometer los asesinatos.

Leyendo esos papeles, Nahuel tuvo la impresión de que Filuca García había dictado su declaración con sus facultades perfectamente claras. No advirtió confusión ni rabia en sus palabras, sino una falta total de emoción. Era un relato plano y preciso donde se atenia a los hechos, uno por uno, desde que se hizo cargo de la panadería del fundo y las inquilinas confiaron en ella hasta el día en que Prudencia la sacó «a patadas» (textual) con la ayuda de la policía.

Solamente le quedaba hablar con los inquilinos y con el padre Ian.

Éste esperaba con Francisca y Gonzalo Marco en el corredor.

—Padre, necesito hablar con usted. ¿Me acompaña al escritorio, por favor?

Entraron juntos al escritorio y se sentaron, uno frente al otro, en las dos sillas de cuero de vaca que eran los únicos muebles que Nahuel conservaba desde sus tiempos con Rosalina. El padre estaba visiblemente afectado.

—Voy a ir directo al grano, padre. Acabo de leer la declaración jurada que hizo Filuca García a la policía de Quillota y entre una de las barbaridades que aparecen allí figura que una familia casi fue expulsada de San Juan porque no asistía a su misa. ¿Usted sabía algo de esto? ¿Lo habló Prudencia con usted en algún momento?

—No sabía que corrieran ningún peligro de ser despedidos por eso, créame, Nahuel —tenía la frente mojada de sudor.

—¿Le dijo alguna vez a Filuca que una mujer llamada Albertina Cifuentes no asistía a misa?

El padre parpadeó y se puso notoriamente nervioso.

—No recuerdo habérselo dicho, no sé si se lo dije.

—Pero usted sabía que Albertina Cifuentes no iba a misa, ¿verdad?

—Bueno, sí, todo sacerdote conoce a sus fieles, y si presta atención sabrá muy bien quiénes asisten a misa y quiénes no, sobre todo en una comunidad pequeña como esta, en la cual los fieles son siempre los mismos.

—¿Cómo supo Prudencia que esta mujer no asistía a misa?

—Cualquiera pudo habérselo dicho —dijo el padre, lanzándole una mirada furtiva.

—Pero fue usted quien se lo dijo. En el cuarto de Prudencia se encontró un cuaderno donde ella hacía anotaciones de quiénes iban a misa y quiénes no, quiénes habían abortado y otras brutalidades que no quiero ni mencionar, porque no vienen al caso. Sólo quiero saber la verdad. Era usted, ¿verdad? Era usted quien la notificaba quiénes iban a misa y quiénes no.

El padre guardó silencio.

—No tengo nada más que decirle, padre, fuera de que a partir de este momento no me gustaría volver a verlo por estos lados. Nunca más. ¿Me oyó bien? Nunca más. Usted es cómplice de toda esta salvajada.

—Y usted también —dijo el padre, hablando con lentitud—. Usted también es responsable, Nahuel, y tal vez mucho más que yo. Cuando se suicidó Nataly Moena, por ejemplo, ni siquiera pudimos ubicarlo para decírselo, con su estúpida manía de no tener celular, ¿dónde estaba usted cuando ocurría esta salvajada, como la llama? Discúlpeme, Nahuel, pero yo jamás pensé que Prudencia

estuviera despidiendo a la gente, ni por un segundo, nunca nadie me lo dijo, los campesinos tampoco, así que falta averiguar si es tan cierto que eran estas las razones de los despidos. ¿Y don Martín Friedman? ¿Acaso no sabe lo que pasa en el fundo que él mismo administra? Él es su administrador, ¿no es cierto?

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, jueves 15 de mayo 2008

Después de que Joshua se fue dejándome hecha una lástima se me borró la película. Seguramente me tomé hasta el agua del florero, porque más tarde encontré botellas de vino y latas de cerveza tiradas por todas partes; me habré quedado todo el día tumbada en el sofá, dormitando, llorando, qué sé yo. El caso es que en la tarde, y de esto sí que me acuerdo como si hubiera sido ayer, en un momento me detuve frente al televisor y lo vi. Joshua, pues, él mismo. Ahí estaba. Creí que eran imaginaciones mías, pero era él, y lo estaban entrevistando. Y era su casa. Y su calle. Y un carro de la policía junto a una ambulancia y la calle acordonada con una cinta amarilla y mucha gente apelotonada en la vereda de enfrente. Estaban repitiendo las noticias de la una de la tarde. Fue así como me enteré de que esa mañana, entre las nueve y media y las diez y media, mientras Joshua estaba en mi casa, un ladrón había matado a Alexa. Que la mujer se hallaba sola en ese momento, decían, el marido había salido a trotar y una hora más tarde, a su regreso a la casa, la encontró desangrada en la cama. El asesino había entrado en la casa por el sótano y salió por la puerta principal, dejándola abierta, sin robarse nada, algo que llamó la atención a la policía, que no lograba explicarse el móvil del crimen.

Mi primera reacción fue llamar a Joshua, por supuesto. En su celular contestaba el correo de voz. Marqué de nuevo y pronto me di por vencida y le dejé un recado, que, por favor, me llamara, que había visto las noticias, me quedaría en casa esperando su llamado.

No me llamó. Ni esa noche ni al día siguiente. Y yo tampoco logré ubicarlo. En su oficina me decían que estaría ausente por un tiempo, no sabían cuánto, en su casa no contestaba nadie y en el celular seguía una grabadora. Dos semanas más tarde cambió de celular y en el número de su casa empezó a contestar una grabación diciendo que ese teléfono estaba fuera de servicio.

En las noticias no se habló de otra cosa durante los próximos diez días. El lunes siguiente, o el martes, creo que fue, agarraron al asesino en un pueblo de

Louisiana. Jessy Reynolds. Luego de que su medio hermano lo delatara, él mismo confesó el crimen diciendo que había sido en defensa propia, porque Alexa le disparó y él andaba desarmado. En todo caso, la bala fue a dar a cualquier parte menos a su cuerpo, salió de la casa sin un rasguño, el perla.

Pasaron tres semanas y yo sin saber nada de Joshua.

Un día, eran más de las diez de la noche, tocaron a mi puerta. Asustada, abrí. Al ver al par de sargentos llegué a pensar que vendrían a preguntarme por Joshua, de alguna manera habrían averiguado sobre nuestra relación. Tal vez estaba desaparecido para todo el mundo, no sólo para mí. Pero no, venían a avisarme que alguien que ellos creían que podía ser mi hermano estaba muerto. El cuerpo se encontraba en la morgue del Instituto Médico de Philadelphia y necesitaban que los acompañara para hacer una identificación.

Me subieron a su auto, que habían dejado estacionado con las luces intermitentes en la vereda frente a mi edificio. Iba alelada, con la mente completamente en blanco. No tengo ningún recuerdo de cuánto tardamos en llegar o qué pasó por mi mente en el asiento trasero de la patrullera, ni si ellos dijeron algo. Sólo me acuerdo de haber entrado a un edificio gris y haber descendido por unas escaleras hasta el sótano, donde alguien me condujo a una pieza de paredes blancas alumbrada con focos fluorescentes. Dentro había un camillero vestido de blanco, con una mascarilla verde clara cubriéndole la boca. Al verme jaló hacia afuera un bandejón empotrado en una especie de armario y sacó una camilla con un cuerpo. Me hicieron un gesto para que me acercara. El camillero levantó la sabanilla... Era Tommy... Sí, es mi hermano, creo que dije, y volví la cabeza porque no podía seguir mirándolo.

Esa noche, de vuelta en mi casa, me sobrevino una sensación de angustia atroz. Estaba completamente sola en el mundo, rodeada de muerte, sabiendo que no tenía a nadie a quien recurrir, nadie a quien decirle necesito una mano, necesito que alguien me cobije, me proteja, alguien que me abraza y me hable, no puedo pasar esta noche sola en mi departamento. ¿Sabe que muchas veces me he preguntado cómo atravesé esa noche sin suicidarme? Se lo digo en serio. Dentro de todo debo ser una persona bastante fuerte. Usted, ¿qué cree? Bueno, lo digo porque ¿no es en un momento así cuando se agarra un frasco de pastillas, una botella de vodka y se lo despacha? Una amiga mía trató de matarse con pastillas y vodka en el estacionamiento del mall de Springfield. Menos mal que a alguien le llamó la atención ver a una mujer dormida en un auto a las once de la mañana y llamó al 911. La sacaron justo a tiempo de llevarla al hospital en Chester y hacerle un lavado de estómago...

Yo creo que fue el hecho de tener que enterrar a Tommy lo que me impidió

cometer un desaguizado tan grande. No podía dejar su cuerpo tirado como el de un perro sarnoso. Tenía que sacar fuerzas de donde fuera y enterrarlo. Mi abuela nos había dejado, a Tommy y a mí, un espacio bastante amplio junto a su tumba, y usted no sabe cómo se lo agradecí en ese momento, mis ahorros eran exiguos y no habría tenido cómo financiarle una tumba a mi hermano.

Me lo devolvieron dos días más tarde y un par de amigas me acompañaron. A finales de octubre ya hace mucho frío en esas montañas, así que el entierro no duró más de diez minutos, lo que tardó la funeraria en sacar el cajón de la furgoneta y llevarlo hasta el lugar indicado, donde después los sepultureros se encargarían de bajarlo. Esa noche no me hallé capaz de volver a mi departamento sola y una de mis amigas me llevó a su casa, donde me quedé toda la semana. Después regresé al banco. Necesitaba desesperadamente ese trabajo y la gerenta comercial fue bien buena persona, voy a decirle, pasó por alto mis amenazas de renunciar de unas semanas antes y me dijo que mi puesto estaba intacto. Eso también me ayudó.

Bueno, sí, algo de Joshua supe, pero indirectamente, porque ya le digo, nunca logré comunicarme con él, pero pude hablar con Thompson Williams, un abogado que era muy amigo suyo, era su abogado en realidad, y estaba a cargo de su bufete en San Francisco. Una semana después del entierro de Tommy me armé de valor y me acerqué a la oficina de Joshua, en Media. No lo había hecho antes por temor de verme involucrada en el crimen, pero ahora que habían descubierto al asesino ya no existía ese peligro. Me dijeron que no estaban autorizados para dar el teléfono de Joshua ni su paradero, que ya no se encontraba en Pennsylvania y que si necesitaba hablar con él tendría que hacerlo a través de su abogado. Y me dieron el teléfono de Thompson Williams. Yo sabía que Joshua no le había contado a nadie sobre nuestra relación y nunca quiso que se supiera, pero igual estaba decidida a contárselo a su abogado. Qué importaba ahora. Y lo primero que quería preguntarle es qué pasaría con la casa de Towanda. La casa estaba a nombre de Joshua, yo sabía eso, pero mal que mal él me la había regalado, la había comprado para mí y yo siempre lo entendí como un regalo, ¿de qué iba a servirle a él? Nunca iría a esas montañas, él no tenía ningún interés en esa parte de Pennsylvania.

La cosa es que llamé a Williams por teléfono y fue muy amable conmigo. Le expliqué que no tenía plata para ir a San Francisco y hablarle personalmente, y él me dijo que debía venir a Philadelphia dentro de los próximos días y me llamaría para que nos encontráramos en el hotel donde se alojaría.

Sí, me llamó cuatro días después y nos encontramos en el lobby del hotel en Philly donde se hospedaba. Era un caballero de tomo y lomo. Bien vestido. Fino.

Fue gentil conmigo. Le expliqué con pelos y señales toda nuestra relación con Joshua y él me escuchó atentamente y sin interrumpirme, pero no saqué nada en limpio, absolutamente nada, aparte de que Joshua no quería tener nada que ver conmigo. ¿Pero dónde está? ¿Va a volver? ¿Se fue del estado? Y él negaba con la cabeza sin contestar a ninguna de mis preguntas. Para qué le digo cuánto le rogué que me dijera algo, fue inútil; tanto, que llegué a pensar que ni él mismo sabía dónde estaba.

Son más de las ocho. ¿Lo dejamos hasta aquí?

Nahuel

Santiago, Chile, martes 19 de octubre 1999

Agotado, Nahuel había regresado a Santiago alrededor de las nueve y media de la noche. Subió directamente a su cuarto y le pidió a Francisca que le subiera una taza con agua de menta porque le dolía el estómago.

A las diez de la noche el cielo se cubrió de nubes espesas y una lluvia acompañada de truenos y relámpagos cayó sobre la ciudad. El recuerdo de las fotos que le alcanzó el inspector Figueras a su llegada a San Juan no lo abandonaba. Ese rostro de Prudencia, azul y deformado, con la lengua afuera, y la imagen un poco más serena de Elisa, con los brazos cruzados en el pecho, los ojos entrecerrados y la cabeza doblada, su expresión tranquila, como si se hubiera dejado matar.

Estaba sentado en la cama esperando que Francisca le subiera el agua de menta, y no era eso en realidad lo que esperaba, sino alguna luz, algún indicio que lo ayudara a comprender el horror que había detrás de lo sucedido.

¿Qué significaba todo esto? ¿En qué momento se había vuelto loca Prudencia? ¿Y cuál era su propia responsabilidad en el asunto? Él nunca se había interesado en saber nada de esas clases que impartía. Elisa se lo pintó como una «ayudita», una mano a su amiga para que tuviera un poco de plata, casi como un pretexto para pasarle unos cuantos miles de pesos al mes. Y todo aquello había terminado en una persecución a sus inquilinos. ¡Cómo no se dio cuenta! No podía creer que Elisa hubiera notado este comportamiento en Prudencia y no hubiera hecho nada, se lo habría dicho, habría hecho algún comentario, habría tomado alguna medida. Elisa era beata, beata y juzgadora, y sin embargo no la creía capaz de castigar a nadie por no asistir a misa. «Todo el mundo te pasa gato por liebre, papá». Puede que fuera crédulo, ¿pero tan ciego como para no ver lo que estaba ocurriendo en su propia casa? Prudencia siempre fue medio loca y francamente no le extrañaba tanto que hubiera perdido los estribos de esa manera, pero que Elisa lo hubiera permitido le parecía imposible. ¿Y la mujer? Filuca García, ¿nadie se dio cuenta de lo peligrosa que era? ¿No la había

contratado el propio Martín Friedman para hacerse cargo de la panadería? «Bueno, sí, nos dimos cuenta», le dijo Martín cuando se lo preguntó, «la misma Prudencia se dio cuenta y por lo mismo la despidió». Pero quién era Prudencia para tomar este tipo de medidas. De repente le faltaron las fuerzas, se le acababa el aire. Respiró profundo. Gruesas gotas de sudor le mojaban la frente. Tenía frío y se sentía mal.

Que la señora Elisa llegara de sorpresa no estaba contemplado en mis planes y ahora me arrepiento de haberla matado, porque si estaba decidida a entregarme luego de hacer justicia matando a la señorita Prudencia, ¿para qué echarme otro crimen encima? No sé qué me pasó.

¡Qué terrible negligencia la suya! Cómo no vio los signos si estaban todos allí, frente a sus propias narices, los altarcitos, los crucifijos, Prudencia dando clases de Biblia y catecismo. Uno de los inquilinos con quien conversó esa tarde habló también de una clase de «sexo prudente». ¿Sexo prudente?, preguntó él, incrédulo. «Sí, señor, les decía a las mujeres que era pecado tener relaciones sexuales más de dos veces al mes; la mía se reía de ella, señor, y yo le recomendé que dejara de asistir, no fuera a ser cosa que le agarrara mala, como le pasó a Filuca García». Y entonces se enteró de que Filuca García se había enfrentado con Prudencia y así había partido todo. Y todo esto venía a saberlo ahora, porque en muy contadas ocasiones se había acercado a la casa de alguno de los inquilinos, no sabía en qué condiciones vivían, se limitaba a darle órdenes a Martín, que tuvieran luz, agua potable, un pedazo de tierra para chacra, etcétera, y hasta ahí había llegado su preocupación por la gente de San Juan, como si pagarles el doble del jornal que en otras partes y repartirles dos galletas en lugar de una fuera suficiente. Cumplía a rajatabla con las exigencias de la ley, y más. Obviamente no bastaba con eso. Mal que mal, toda esa gente dependía de él, no eran dueños de sus casas ni de la tierra, pero eso no podía significar que no fueran dueños de sus vidas, como al parecer lo interpretó Prudencia. En buenas cuentas se había convertido en el mismo tipo de empresario que Gonzalo Marco, tantas veces, le había pedido que no se convirtiera. Esa falta de interés por las vidas de sus trabajadores se le representaba ahora como algo monstruoso. Volvió a escuchar las palabras de su abuela Rosa. Su abuela le había inculcado dos o tres principios que a juicio suyo había que tener presente cada día de la vida, uno de ellos era que todos los actos tienen su consecuencia. «Y no se trata de que Dios vaya a castigarte, hijito, esas son patrañas de las religiones, se trata de consecuencias en serio, aquí en la tierra, no de un cuento misterioso que termina por resolverse en el cielo o el infierno».

Se adentró en los laberintos de su conciencia, sacudiendo los trapos sucios, y

se vio como un mal patrón y hasta un mal padre, un mal marido, incluso un mal amante, y quedó desnudo e impotente frente a sí mismo, sintiendo que ya no estaba en su pieza confortable, ni en su cama, ni frente a la acuarela de William Lumpkins, sino al fondo de una fosa oscura y húmeda, en medio de un silencio escalofriante. No había disculpa para su dejadez y su desidia. ¡Cómo no había reaccionado con la llamada de Elisa! Cómo la había dejado hablar de su preocupación por el orden de la casa, si habían reparado las cañerías y toda esa cháchara en lugar de averiguar a fondo por qué se había matado Nataly Moena, haberle hecho alguna pregunta, llamado a Filomena o a Martín Friedman, pero no había hecho nada. ¿Y por qué no se quedó a su funeral? Pudo haber postergado el viaje a Pernes... Súbitamente se sintió mareado y trató de calmarse diciéndose que no le serviría de nada torturarse con estos pensamientos ahora, ya había ocurrido y tal vez habría pasado de todas maneras, el daño estaba hecho desde mucho antes.

En Francia eran las dos de la madrugada y no le gustaba la idea de despertar a Juliette a esta hora, así que mañana temprano la llamaría. No había sabido nada de ella. Conociéndola, Juliette no lo llamaría a su oficina, estaría esperando que lo hiciera él. Levantó la vista y vio la lámpara veneciana moviéndose con el viento. La tormenta no se había apaciguado y ahora los truenos sonaban como manadas de rinocerontes atravesando el cielo. La ventana se abrió de golpe. Se levantó a cerrarla en el instante en que un relámpago atravesaba el cielo como un pájaro de fuego.

Juliette

Ashram Aiyon, a 50 kilómetros de Rishikesh, India, viernes 16 de mayo 2008

Desde la partida de Nahuel a Chile, él y yo no habíamos hablado. Yo me consumía en Pernes-les-Fontaines tratando de figurarme cómo estaría viviendo esos momentos tan horribles. Nahuel no tenía celular y había jurado que nunca tendría uno de esos teléfonos, porque era como andar con un espía en el bolsillo y dudaba mucho que se sentara a escribirme un mail en estas circunstancias. Fui yo quien pasó largas horas frente al computador leyendo las noticias del crimen que llenaron las páginas de los diarios chilenos. Era como si en el país no estuviera ocurriendo nada más que los asesinatos de Elisa Barros y Prudencia Echeverría.

El miércoles me despertó el teléfono y cuando miré el reloj en mi velador y vi que las manecillas luminosas marcaban las cinco y media no me cupo ninguna duda de que era él, la única persona que me hubiera llamado de madrugada.

Era Gonzalo Marco. Me pedía disculpas por la hora, me había llamado antes, no quiso dejarme un mensaje y prefirió esperar a encontrarme en casa, en Santiago eran las once y media de la noche. Mientras me hablaba yo sabía que no podía ser sino una mala noticia. ¿Le pasó algo a Nahuel?, le pregunté. Se produjo un silencio. ¿Está bien?, pregunté. No, no es nada feliz lo que tengo que comunicarte, ha pasado algo muy terrible, Juliette, y entonces me dijo que Nahuel había muerto la noche anterior de un infarto. Francisca entró a su pieza llevándole un agua de menta porque se había sentido mal del estómago y lo encontró en el suelo.

Su voz me llegaba como si estuviera hablándome dentro de mi propia cabeza y yo entendía sus palabras claramente, pero era como si lo que estaba diciendo significara otra cosa.

Después le pasó el teléfono a Francisca, que se encontraba a su lado y quería hablar conmigo. Fue una conversación de más o menos veinte minutos. Quería darme las gracias porque nunca había visto a su papá tan feliz como en los últimos años y se debía a mí, no lo había hablado con él, pero estaba al tanto de

la existencia de nuestra relación... había leído una de mis cartas. Su voz sonaba triste y tranquila a la vez. Dijo que alguna vez iría a Pernes-les-Fontaines para conocerme personalmente, que pensaba terminar su tesis y hacerse cargo de las viñas, que era lo que su papá quería, se lo había escrito en una carta justamente antes de partir a Francia, el sábado anterior. En esa carta le hablaba de mí, de cuánto me amaba, de lo contento que estaba de haber tomado por fin la decisión de separarse de Elisa y vivir juntos. Me la iba a mandar. Antes de cortar la comunicación me dijo que su padre y Elisa nunca se habían llevado bien, y ella siempre creyó que su padre cometió un grave error cansándose con ella.

Agradecí sus palabras y no pude seguir hablando.

Quinn

Wallingford, Pennsylvania, miércoles 21 de mayo 2008

¿Se acuerda que una vez, cuando estábamos recién comenzando la terapia, usted me dijo que siempre había que dejar las puertas abiertas y que yo no tenía por qué dar a Joshua por muerto, porque era bien posible que en algún momento reapareciera? ¿Se acuerda? Tenía razón. Joshua está en un pueblo de la India. Lo que oye. Casi cancelé la hora, porque tengo todo revolucionado y mi casa está hecha un espanto, pero me pareció importante hablarlo cuanto antes con usted. ¿Se acuerda que le dije que no me extrañaría nada que Thompson Williams, el abogado de Joshua, no tuviera ni la más remota idea de dónde se encontraba? Pues era tal cual, no lo sabía. De haberlo sabido, no creo que me lo hubiera dicho, pero en verdad no lo sabía. Resulta que hace una semana, justamente el miércoles pasado, apareció una nota en el *Philadelphia Inquirer* de alguien que necesitaba ubicar a un pariente o conocido del abogado Joshua Kelly. Thompson Williams estaba en Philadelphia ese día y en cuanto vio el anuncio se comunicó con el teléfono que proporcionaban. Así se enteró de que Joshua llegó a ese lugar, una especie de convento, hace poco más de nueve años y no se ha movido de allí en todo este tiempo. La persona que puso el anuncio, una mujer, le dijo que durante todo ese tiempo Joshua se negó a revelar nada de su vida en Estados Unidos. Lo único que sabían de él es que había vivido en Philadelphia y por eso decidieron colocar el anuncio aquí. Joshua se está muriendo, al parecer le vino un derrame cerebral o algo por el estilo y se encuentra en estado de coma. Estoy tan nerviosa que se me atragantan las palabras. Discúlpeme. No, no, espere, si todavía no le he dicho lo más importante. Mañana me voy a la India. Por eso cambié la hora para hoy.

Sí, yo, porque en este mismo momento su abogado no puede ir. No, fui yo quien insistió, él no quería que me metiera en esto. Si no quiere que me meta, ¿para qué me llama?, le dije. ¿Y sabe por qué lo hizo? ¿Sabe por qué me avisó de que Joshua se está muriendo y todo lo demás? Pues resulta que, en su testamento, Joshua me ha legado la casita de Towanda. Williams lo sabía desde el principio y tenía órdenes de no decirme nada hasta después de la muerte de

Joshua. Con mayor razón insistí en ir. Le dije que tenía diez mil dólares ahorrados y estaba dispuesta a gastarme hasta el último penique si era necesario, el viaje no podía costar más de unos cuatro mil dólares y tal vez podría alojarme en ese mismo convento, quedarme ahí unos días, Joshua podía necesitar ayuda, qué sé yo; la cosa es que Williams finalmente accedió y fue muy buena persona, usted no me va a creer, se ofreció a pagarme el pasaje. Yo se lo agradecí y no acepté su ofrecimiento. Preferí correr con colores propios, no deberle nada. Fue un bonito gesto de parte suya.

¿Qué siento? No sé cómo responder esa pregunta. Un montón de sentimientos encontrados, alivio, rabia, tristeza. También siento alegría de saber dónde está, de conocer su paradero, aunque lo encuentre muerto, no me importa, la cosa es verlo con mis propios ojos. He pasado estos años imaginándome cada cosa más estrafalaria y terrible, que vive disfrazado de otra persona en el pueblo de al lado, que se suicidó, que se casó de nuevo sabe Dios con quién y tiene una familia numerosa. Con decirle que cada vez que pasaba frente a la casa de la zona del Brandywine que vi con la corredora de propiedades me decía a mí misma: tal vez, Joshua esté viviendo allí con su nueva familia y serán los hijos de otra mujer quienes juegan en la piscina mientras ella lee en el bow-window. A veces tenía la sensación de que todo el mundo sabía dónde se encontraba menos yo, que era de mí de quien se había escapado, y ese pensamiento me dolía más que ningún otro. Ahora, sabiendo que está vivo, que se escapó del mundo y no solamente de mí, siento un alivio muy grande, qué quiere que le diga, un inmenso alivio. También tengo miedo. Es la primera vez que salgo del país; aparte de unos cuantos viajes fuera de Pennsylvania, nunca he estado en otras partes. Para qué decir nada de la India. De todos los lugares del mundo, ¿me quiere decir por qué eligió irse tan lejos? Joshua, sí, a él le gustaba viajar y tenía los medios para hacerlo, ¿pero India? Mire dónde fue a parar. Me dice Williams que no me preocupe por el idioma, porque el inglés es casi una segunda lengua en ese país, y en el convento todos hablan inglés. Bueno, no sé si sea un convento exactamente, pero algo por el estilo. Me dijo también que tuviera cuidado al vestirme, que allá las mujeres se cubren el pecho y la parte superior de los brazos y las piernas deben estar siempre cubiertas hasta las rodillas, así que yo misma me fabriqué un sari.

Falta un cuarto para las ocho, ¿le importa que terminemos más temprano? Me queda un mar de cosas que arreglar, cosas de última hora. Quiere decir que la próxima semana no nos veremos. No sé en realidad cuánto tiempo voy a quedarme, depende de cómo lo encuentre. Tal vez lo encuentre muerto... no puedo decirle nada concreto. En cuanto regrese la llamaré por teléfono.

Juliette

Ashram Aiyon, a 50 kilómetros de Rishikesh, India, martes 20 de mayo 2008

Muchas veces me he preguntado cómo sobreviví a esa llamada. Jamás deja de sorprenderme la capacidad que tenemos los seres humanos para soportar el dolor. Una vez lo hablamos tú y yo, y no he olvidado lo que me dijiste, Joshua: que hubieras preferido no ser capaz de soportar, porque vivir después de un dolor tan grande es mucho peor que la muerte. Recuerdo haberte dicho que no estaba para nada de acuerdo contigo, la muerte podía ser el no dolor, pero era la nada; el tiempo, en cambio, siempre se encargaba de mitigar cualquier sufrimiento, por terrible que fuera, y después del dolor seguía estando la vida.

Al principio quedé como anestesiada, dormida en la tristeza, casi no hablaba, comía muy poco, seguí haciendo mi vida a pesar de mí misma, sin darme mucha cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. Mi familia fue mi salvación. Esos primeros meses no me dejaban sola ni a sol ni a sombra, Thérèse pasaba medio día conmigo en la cava y el otro medio día lo turnaban entre el tío Guillaume y Vatin.

Poco a poco fui recuperando los deseos de vivir, y cuando empecé a dormir mejor y fui capaz de hablar de Nahuel sin soltar el llanto, me vine a la India. No creas que lo hice por un afán de arrancar ni de hacerle el quite a la muerte de Nahuel. Fue al contrario, me vine porque lo único que quería era estar un tiempo encerrada con mi recuerdo. Yo y mi recuerdo de Nahuel. No quería distraerme, ni olvidarlo, ni empezar otra vida. Tenía temor de que el tiempo lo cubriera todo con su pátina nebulosa y acabara por olvidar los mejores años de mi vida. Hablándolo un día con Thérèse, se me ocurrió la idea de irme por un tiempo a un Ashram en la India, hacer un largo retiro, estar sola. Lo necesitaba. Thérèse tenía una amiga que había pasado dos años en un Ashram, y apartarse un rato de la locura del mundo le había salvado la psique. Hicimos una búsqueda por Internet y encontramos el anuncio de los dos puestos que ofrecía Adhira en este Ashram.

El resto lo conoces.

Yo no tenía intenciones de quedarme tanto tiempo, mas las cosas se fueron

dando naturalmente. Encontré la tranquilidad que buscaba y no fue la paz del cementerio, como dijo el tío Guillaume, quien nunca estuvo de acuerdo con mi decisión, sino la paz del silencio, de las buenas conversaciones con Adhira, las comidas sanas, el aire limpio y la falta de ruidos estridentes, esta naturaleza llena de pájaros y mariposas, la sencillez de la gente... Aprendí a valorar el silencio y de a poco fui destilando el oro de lo tóxico y encontrando aspectos de mí misma que nunca antes había visto. Te mentiría si te dijera que de la noche a la mañana se me fue la tristeza y que de repente me vi en este ambiente bucólico nadando como un pez en el agua, no, las cosas nunca son así; al comienzo fue difícil, estaba sola y desorientada, sin tener muy claro qué es lo que hacía en esta parte del mundo, viéndome como una cobarde, incapaz de enfrentar lo que me había ocurrido. Pero al cabo de un año empecé a sentir una gran calma interior. Nada me parecía tan importante, ni siquiera la muerte de Nahuel; de hecho, fue como si aquí se hubiera acortado la distancia que nos separaba, lo sentía a mi lado; tanto, que llegué a concluir que estamos mucho más cerca de nuestros muertos de lo que en general nos gusta pensar. Y también estabas tú, Joshua. Yo nunca había tenido una amistad así con un hombre, todos los hombres que conocí, en algún momento se quisieron meter a la cama conmigo o yo con ellos. Contigo fue distinto y sin embargo tampoco hemos sido como hermanos, ha habido algo muy intangible, como un hilo invisible que nos unió desde que te vi venir hacia mí ese día, sentada en la piletta del palmar, una extraña afinidad, no necesitábamos muchas palabras para comunicarnos. Adhira decía que éramos una pareja hecha con las sobras de cada uno, y un día le reclamaste: «Nada de sobras, lo mejor de lo mejor». A lo que ella repuso que después del dolor era eso precisamente lo que quedaba, lo mejor.

Tú creías que en otra encarnación habíamos sido Romeo y Julieta y en ésta viajábamos en una órbita que estaba por sobre el amor carnal. Me hacía mucha gracia tu interpretación, pero debo confesarte que nunca me vi como tu Julieta.

Todo esto se fue confabulando en contra de mis primeras intenciones al llegar al Ashram y acabé por quedarme aquí y echar raíces. También ayudó saber que durante mi ausencia, Vatrín se encargaría de mi cava en Châteauneufdu-Pape y Jean-Claude se quedaría viviendo en mi casa. Siempre fue importante para mi tranquilidad tener las cosas materiales en orden y saber que mi partida no causaría grandes estropicios en mi familia. No sé si vaya a volver a Francia, estoy abierta a todo; como tú decías, la paz no se busca en otras partes, se la lleva consigo o no existe. Si me preguntas si he sido feliz tendría que decirte que la felicidad es un concepto muy resbaladizo, difuso, nadie tiene muy claro lo que es. No creo que exista tal cosa, momentos felices habrá,

recuerdos, ideas más felices que otras, desprendimiento. Si hubiera permanecido en Pernes-les-Fontaines, seguramente habría terminado casada con alguien, sería la madre de uno o dos niños, llevaría una vida agitada como la de cualquier mujer de nuestro tiempo. Nahuel se habría diluido en su muerte y yo habría terminado olvidándome de él. No sé si eso me hubiera hecho feliz.

Ahora lo sabes todo de mí, querido Joshua. ¡Qué daría por que tú pudieras decirme lo mismo!, pero así son las cosas, como dice Adhira, y no se puede pedir más. Hay algo que no te he dicho: al parecer, Adhira logró comunicarse con dos personas en Philadelphia que leyeron su anuncio en el periódico. Una es tu abogado, Thompson Williams, y una mujer, una vieja amiga tuya que viene en camino a la India, llega dentro de los próximos días. Él vendrá también, pero dentro de dos semanas. Vamos a ponernos bonitos, ¿verdad? Quiero cortarte un poco el pelo, afeitarte bien.

Epílogo

Viernes 23 de mayo 2008

Esa mañana, Juliette se dedicó a lavarlo cuidadosamente con la esponja; los brazos, el cuello, la cara, los pies, el torso, la espalda. Le esparció por todo el cuerpo la crema de manzanilla para prevenir las escaras, ungüento de tomillo entre los dedos de los pies, lo afeitó con todo cuidado, lo vistió con una túnica blanca de algodón y le acomodó la espalda y la cabeza en los almohadones.

—¡Quedaste precioso! ¡Muy precioso! —acercó sus labios al oído de Joshua—: Quinn Bennett —musitó con la secreta esperanza de que ese nombre, solamente conocido por él, hiciera el milagro de sacarlo del sopor y traerlo de vuelta a la vida, pero los ojos de Joshua, esas dos ventanitas a su cerebro muerto, continuaron fijos.

Juliette juntó un poco las persianas de la ventana para mitigar la luz y abandonando la estancia se dirigió al palmar.

Adhira se encontraba sentada en la pileta repasando las páginas de un cuaderno. Había restos de harina en sus manos. Su cabello gris estaba bien sujeto en un moño afirmado con dos palillos de madera. Juliette detuvo el paso y por unos momentos se quedó admirándola. Alta y delgada, sentada al borde de la pileta con la espalda recta y los dos pies apoyados en el suelo, la figura elegante de Adhira le recordó la de una diosa de la antigüedad.

Se le acercó por detrás.

—Veo que estuviste horneando.

—Vamos a recibirla con pan fresco... también preparé un poco de púrpura de king yam como la preparaba mi abuela y me ha quedado perfecta, mi abuela estaría orgullosa de mí. Seguramente no habrá probado nunca nuestras comidas, pero me cuesta imaginar que a alguien no le guste el king yam.

—¿Qué crees? ¿La llevamos a la habitación de Joshua en cuanto llegue o esperamos a que descanse un rato? Lo lavé bien, lo peiné y le eché un poco de malva en el cuello. Ha quedado como un príncipe —dijo Juliette.

Adhira lanzó un suspiro y dejó el cuaderno de lado. Nada la entristecía tanto

como el pensamiento de que Joshua fuera a morir sin darse cuenta. Siempre pensó que la vida se completaba en la hora de la muerte, un asunto solitario y doloroso, importantísimo, para el cual también era un privilegio estar consciente. No le tenía miedo a morir, pero la idea de acostarse y no volver a despertar le daba pánico. A la hora de su muerte quería ser ella quien cerrara la puerta y lamentaba que Joshua no pudiera hacer lo mismo.

—Va a depender de ella —dijo, volviéndose hacia Juliette—. Tal vez llegue muy cansada, es un viaje largo.

—¿No te parece emocionante que venga a visitarnos una persona que ha conocido a Joshua en Estados Unidos? El solo hecho de saber que hay alguien más que lo conoce, mejor dicho, que conoce a un Joshua del cual nosotras lo ignoramos casi todo, lo hace más humano para mí; ya estaba por creer que había llegado a la Tierra desde otro planeta.

Adhira asintió con la cabeza y permaneció en silencio con la vista fija en las hojas del ricino, donde revoloteaban unas mariposas.

—Esta mañana, a las cinco, me despertaron las campanas. Me había quedado dormida, pues para esa hora casi siempre estoy despierta. Salí de la cama y me puse a meditar y no lograba concentrarme, era como si lo que había soñado recién se negara a abandonar mi mente. Entonces vi unas figuras pequeñas, como unos bultitos en el suelo, muchos, cientos de bultitos. Se movían en cámara lenta. De pronto empezaron a levantarse, uno a uno, y ante mis ojos maravillados se formó una nube de mariposas que salieron volando por la ventana. Me asomé para ver hacia dónde se dirigían y no se habían ido, estaban ahí mismo, frente a mi pieza, dándose vueltas en torno a ellas mismas, como en una danza. ¿No te parece extraordinario? Yo siempre sueño con mariposas y nunca las había visto nacer. Era tan real, además.

—Tal vez no fue un sueño —dijo Juliette.

Adhira sonrió.

—Era un sueño; aunque hubiera estado despierta, era un sueño.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque había música.

Se quedaron en silencio contemplando la luz de la mañana, cada una sumida en sus pensamientos, y media hora después vieron venir a una mujer de mediana edad, cuarenta o cuarenta y cinco años, más bien baja y menuda, un poco encorvada, con el cabello corto, ataviada con un sencillo sari verde claro y como único adorno un collar de cuentas de colores que terminaba en un medallón de plata. Arrastraba un maletín negro.

—Soy Quinn Bennett —dijo, acercándose a Adhira para darle la mano.

Juliette la saludó besándola en una mejilla, luego en la otra, como era su costumbre, y Adhira le dio la mano. La mujer se veía tensa y nerviosa y las miraba, a una y luego a la otra, con sus enormes ojos azules y una expresión de extrañeza, como si viniera llegando de otra galaxia y aún no se repusiera de la impresión que le estaba produciendo el cambio.

—Es un placer conocerlas. ¿Usted es Adhira? —preguntó, dirigiéndose a Juliette.

—No, yo soy Juliette Lapierre, he trabajado con Joshua en la oficina de viajes del Ashram todos estos años —indicó Juliette—. Ella es Adhira y está encargada del Ashram.

Adhira sonrió y luego dijo:

—La hemos acomodado en la estancia donde ha vivido Joshua desde que llegó al Ashram. Él está en la enfermería ahora. ¿Nos acompaña por aquí?

—¿Qué le pasó? —preguntó Quinn, sintiéndose un poco más relajada.

—Estaba perfectamente bien hasta que sufrió una repentina apoplejía. Hace más de dos meses ya. Es increíble que haya durado tanto tiempo con vida. Lo encontramos tirado en el suelo de su habitación, estaba paralizado y sin poder hablar; durante la primera media hora o algo así estuvo medianamente consciente. El doctor Premchard es un muy buen médico y ha atendido este Ashram desde hace veinte años, hizo un diagnóstico luego de examinarlo y practicarle todos los exámenes del caso en el hospital del pueblo y determinó que había sido un derrame cerebral muy grave, complicado con un tumor, o tal vez producido por el mismo tumor, no se sabe. A la hora, más o menos, cayó en esta especie de estado de coma y el doctor dice que, a estas alturas, prácticamente no existe la posibilidad de que vuelva a despertar. Al comienzo creyó que no sobreviviría una semana y no le pareció recomendable trasladarlo a un hospital más grande, no habría resistido el viaje, así que lo hemos cuidado aquí —la mujer le pareció cálida y serena, y hablaba perfectamente bien inglés—. ¿Qué le parece que vayamos a su habitación? Puede acomodar su equipaje y descansar un rato, debe estar agotada con el viaje. ¿Le gustaría darse una ducha?

—¿Podría verlo antes? —preguntó tímidamente Quinn.

Adhira le dirigió una mirada interrogante a Juliette.

—Creo que no hay ningún problema, podemos ir ahora, si quiere, sólo debo advertirle que está muy mal. Prepárese para una impresión fuerte. No es el hombre que usted recuerda —dijo Juliette, recordando ella misma al Joshua que vio venir hacia la pileta del palmar esa mañana casi diez años atrás.

—Ya lo sé. Yo tampoco soy la misma —dijo Quinn.

—Él no se dará cuenta, en todo caso, está totalmente inconsciente y

paralizado –dijo Adhira, tomándola de la mano–. Venga por acá.

Antes de dirigirse a la enfermería pasaron por la antigua habitación de Joshua. Era una pieza amplia y luminosa. Aparte de una cama baja, de madera clara, un armario y un pequeño escritorio con una máquina de escribir, no había mucho más. Sobre el escritorio había una palmatoria azul con una vela encendida, y eso era todo. Ni un cuadro en las paredes albas. Ni una foto. Tres ventanas a cada lado proporcionaban una luz brillante. La estancia estaba envuelta en un suave olor a sándalo. Quinn depositó su maletín encima de la cama y se volvió hacia las dos mujeres. Tiene que haber sido una mujer muy atrayente cuando más joven, pensó Juliette, observando las líneas armónicas de su rostro.

—Es un cuarto muy bonito –dijo Quinn.

—Me alegro mucho que le guste, queremos que lo pase bien aquí, que se relaje; no hay muchas comodidades, como usted ve, solamente lo indispensable. En el armario hay una frazada por si le da frío y una colchoneta por si quiere meditar.

—¿Yoga? –preguntó Quinn.

—Sí, aquí todos practicamos ejercicios de yoga, entre otras cosas –dijo Juliette

—¿Vamos? –las invitó Adhira, dirigiéndose hacia la puerta.

Quinn entró temerosa a una pieza blanca un poco más pequeña que la otra. Un hombre de rostro casi esquelético, con los ojos entrecerrados y la boca abierta, yacía con la cabeza apoyada en dos grandes almohadones albos. Tenía un suero inyectado en la muñeca derecha y la otra mano descansaba sobre su pecho. Junto a la cama de fierro pintado de blanco había un sillón de madera con dos cojines de algodón crudo y una cómoda de tres cajones en cuya cubierta descansaban cuatro frascos de distintos tamaños con líquidos de colores, una botella grande de alcohol de marca, una fuente de porcelana con motas de algodón, gasa y otros utensilios médicos.

El hombre estaba completamente inmóvil y ajeno al mundo que lo rodeaba.

Quinn se acercó a él y se quedó mirándolo abismada.

—Joshua –murmuró, alargando la mano y apretando suavemente la mano libre de Joshua que descansaba sobre su pecho. Se sintió invadida de ternura y sus ojos se llenaron de lágrimas–. Joshua –luego permaneció muy quieta, como hipnotizada por la visión de ese rostro casi desconocido, y no dijo ni una sola palabra más.

Juliette y Adhira se quedaron de pie en la entrada a la pieza hasta que Adhira hizo un gesto con la mano y ambas abandonaron la pieza, cerrando suavemente

la puerta detrás de ellas.

—Es mejor que la dejemos sola con él —dijo Adhira una vez afuera.

Una media hora más tarde volvieron a entrar y encontraron a Quinn sentada en el sillón todavía con la vista fija en la cama. Al sentirlas, se dio vuelta y dijo:

—Qué cosa más triste verlo así. No es ni la sombra de lo que fue. Se ve veinte años más viejo, y tan delgado. Me imagino que aparte de este suero lleva semanas sin alimentarse.

—Así es —dijo Adhira.

—Lo bueno es que no ha dado signos de estar sufriendo —añadió Juliette—. No me he movido de su lado desde que le vino el derrame. Paso casi todo el día sentada en este sillón, hablándole, y en ningún momento ha dado señales de dolor o de que escuche o sienta algo. Ha estado las últimas tres semanas tal como usted lo ve.

—Juliette ha grabado todo lo que le ha dicho —intervino Adhira como con orgullo.

—¿Grabado?

—Va a parecerle extraño lo que voy a contarle. En todo el tiempo que llevamos trabajando juntos con Joshua, nunca hablamos de nuestras vidas antes de venir al Ashram.

—Joshua se negó a darnos ninguna información sobre su pasado —aclaró Adhira.

—Y cuando cayó tan gravemente enfermo yo sentí la necesidad de contarle quién era, por qué llegué a este Ashram. Era como si tuviera la ilusión de que hablándole iba a despertar, o yo misma iba a llegar hasta él de alguna manera.

—De alguna manera llegaste —comentó Adhira.

—¿No les contó nada? —preguntó Quinn—. La verdad es que no me extraña, Joshua era muy privado, no le gustaba hablar de sus cosas, conmigo tampoco lo hacía muy a menudo, tenía que sacarle todo con tirabuzón. ¿No tienen ninguna idea de lo que pasó en su casa? ¿No saben por qué vino a esconderse a este lugar?

Adhira negó con la cabeza.

—Lo único que me dijo una vez fue que era abogado y había vivido en los suburbios de Philadelphia; también me contó que su mujer se llamaba Alexa y había muerto. Nada más.

—La asesinaron —dijo Quinn.

—¿La asesinaron? Qué cosa más terrible... ¿Cómo fue? —preguntó Juliette.

—¿Qué les parece que sigamos hablando en el comedor? Quinn querrá

comer algo –propuso Adhira.

Quinn se levantó y estuvo unos segundos más junto a la cabecera de la cama, le pasó la mano por la frente tibia y luego abandonaron la estancia, Adhira y Juliette caminando en puntillas como si temieran que Joshua despertara. Quinn observó la estampa delgada de Adhira que iba delante de ella. ¿Qué edad tendría esa mujer? ¿Setenta? ¿Setenta y cinco? Ya al verla por primera vez en el palmar, su porte, la agilidad con que se levantó del borde de la piletta donde estaba sentada, la lozanía de su piel, la mirada transparente, se sintió atraída por ella como por un imán. La otra era más joven, y también atractiva, pero no tenía ese aura de paz que emanaba de Adhira, había en sus ojos mucha tristeza y parecía un poco cansada.

En el comedor, una estancia tan luminosa y amplia como la pieza de Joshua, vio una mesa larga con dos banquetas de madera a cada lado. Eran los únicos tres muebles. Las paredes blancas estaban tan vacías como las de la pieza de Joshua. En una esquina de la mesa descansaban seis velones alineados y en la otra estaba la comida. Caminando hacia allí se habían topado con cuatro personas vestidas con una sencilla túnica blanca caminando lentamente por el sendero de piedra, con la cabeza gacha y las manos cruzadas a la altura del vientre, como si estuvieran rezando, pero en el comedor no había nadie más que ellas.

—Hemos servido la comida del mediodía en el comedor del palmar, para poder hablar tranquilas –explicó Adhira, indicándole a Quinn su puesto, cerca de la cabecera de la mesa.

Los alimentos se hallaban dispuestos en pequeñas fuentes de madera repartidos en ese sector de la mesa, pan, lentejas, una fuente con verduras salteadas, otra con una salsa de yogurt y dos platillos conteniendo algo que Quinn no supo identificar.

—Esa fruta se llama king yam y es muy suave, deliciosa, creo que le va a gustar, y estos de acá son porotos mung –dijo Adhira y luego le contó que su abuela, Sirangam, había sido alumna de Swami Paramaguru, un santo iluminado que se alimentaba solamente de la pulpa del king yam y de porotos mung. Su abuela le había enseñado a cocinar la púrpura yam y los porotos mung, y ella se acostumbró tanto a comer esos porotos que los agregaba a todas las comidas.

—¿Le gustaría probar un poco?

Quinn comió despacio, dejándose sorprender por los sabores desconocidos para su paladar y dispuesta a encontrarlo todo delicioso, aunque no le gustara.

De repente tuvo una sensación de irrealidad y se pellizcó disimuladamente el muslo, por debajo de la mesa, necesitaba saber que estaba despierta, que era

verdad, Joshua muriendo en la pieza de la enfermería, ella comiendo en este lugar ascético e inmaculado junto a estas dos mujeres que le hablaban con simpatía, como si la hubieran estado esperando toda la vida. Y todo eso ocurría tan lejos de su casa y en un lugar tan desconocido para ella. Bien podía tratarse de un sueño.

—Ha dicho que asesinaron a su mujer. ¿Quiere contarnos cómo fue? —la voz suave de Juliette la sacó de sus pensamientos.

—Fue horrible. Sucedió hace poco menos de diez años, el domingo 17 de octubre de 1999, en la mañana, para ser más exacta —y entonces les contó lo ocurrido.

Adhira y Juliette la escucharon sin interrumpirla en ningún momento. Aparte de su voz, un poco precipitada, lo único que se oía era el canto de las cigarras que llegaba desde el jardín. Todo parecía envuelto en una tranquilidad imposible de quebrar, como si allí dentro el tiempo se hubiera detenido y ellas tres fueran una foto.

Una vez que Quinn terminó su relato, Adhira y Juliette le pidieron que se diera tiempo para comer tranquila el resto de su almuerzo y durante media hora nadie dijo nada más. Adhira sólo comió los porotos mung y la fruta púrpura. Una vez que no quedó nada en los platos, Juliette alzó la cabeza.

—Es increíble lo que nos cuenta. Terrible. Muy terrible... y realmente sorprendente; su historia me ha dejado helada. ¿Dice que a su mujer la asesinaron el 17 de octubre de 1999? ¿Un domingo en la mañana? Yo debiera a mi vez contarle algo, Quinn, para que entienda mejor a qué se refiere mi sorpresa, es una historia parecida. Como le dije, desde que Joshua cayó enfermo he estado grabando una especie de monólogo en el cual le he ido contando mi vida y, fundamentalmente, las razones que me trajeron a este Ashram. ¿Le gustaría escuchar esa grabación?

—Es una buena idea —dijo Adhira—. Después de que descanse, la pobrecita estará exhausta. ¿Tal vez mañana? ¿Por qué no se va a su cuarto ahora y duerme?

—Sí, creo que me vendría bien un poco de sueño. Llevo dos días viajando. Además, la emoción de verlo así, ¿saben? Esto ha sido mucho para mí. Déjeme la grabadora y las cintas.

Más tarde, encerrada en ese cuarto con olor a limpio donde Joshua había dormido durante los últimos años, puso la grabación de Juliette y después de oír, absorta, esa relación pausada y dolorosa, esa cantidad de detalles sobre las vidas insospechadas de personas que no conocía y, sin embargo, de cierta forma no tan distintas de su propia vida, le fue imposible conciliar el sueño. Permaneció

acostada en la cama mirando al techo. Todo cuanto había escuchado contar a la voz suave y delicada de Juliette le parecía extraño, chocante. No sabía qué pensar ni cómo ubicarse a sí misma en esa increíble coincidencia. La habitación se hallaba sumida en un ambiente de paz y el canto raro de unos pájaros, que nunca había oído antes, le llegaba desde el patio. De repente le dio miedo, se sintió sola en ese mar de cosas insólitas y tan distintas de lo que había sido su vida hasta ahora. No tuvo valor de luchar contra sus emociones, no tenía fuerzas. Lo único que anhelaba en este momento era que su mente descansara. Se dejó estar y de a poco fue cayendo en un sueño en el cual ella misma flotaba, creyendo que todo cuanto había visto y oído ese día no era más que una quimera.

* * *

Era de noche aún cuando la despertaron unas voces masculinas. Abrió los ojos y por un instante no supo bien dónde estaba. Paulatinamente volvieron los hechos del día anterior, las dos mujeres, Joshua yaciendo en esa cama, la comida, la cinta de Juliette, y se sintió abrumada. También se dio cuenta del gran cansancio que espoleaba su cuerpo. Los huesos le estaban cobrando la cuenta del largo viaje y le dolía la cabeza. Se levantó a cerrar la ventana y vio a un grupo de hombres vestidos con túnicas verde claro y blancas que caminaban lentamente entonando un cántico muy suave y armonioso, como una oración. Cada uno llevaba una vela encendida en la mano. Iban camino al palmar. Había una gran quietud en el aire tibio y, aparte del murmullo de las voces que ahora se alejaban, el silencio era total. Inspiró profundo y espiró, volvió a inspirar, dejándose invadir por el aire limpio.

Una hora más tarde, cuando las primeras luces de la mañana empezaron a alumbrar los jardines del Ashram, Quinn escuchó campanadas y vio que de distintas cabañas repartidas por el jardín salían hombres y mujeres todos vestidos con túnicas de colores claros y se dirigían a un gran edificio central. Después le explicarían que unos hacían sus primeros ejercicios de yoga y tomaban clases de sánscrito, mientras otros subían a la biblioteca para estudiar las Sagradas Escrituras. Todo ocurría en medio del orden más absoluto y en silencio. También le dirían que dentro del Ashram, y entre las cinco de la mañana y las cinco de la tarde, se recomendaba guardar silencio para permitir la concentración a quienes meditaban.

Todas estas explicaciones le entraban por una oreja y le salían por otra. No lograba deshacerse de la inquietante sensación de estar en un lugar equivocado, donde ella no tenía nada que hacer.

Hacia las seis y media, Adhira fue a buscarla para tomar desayuno y la llevó al mismo comedor del día anterior, donde Juliette estaba esperándolas.

Comieron arroz y fruta fresca y bebieron té.

—Haga todas las preguntas que quiera —le dijo Adhira cuando hubieron terminado—. Seguramente nunca ha estado en un Ashram, ¿o me equivoco? Y su vida en Estados Unidos habrá sido agitada, ¿verdad?

—Muy sola, mejor dicho —dijo Quinn—. No tengo a nadie. Pero sí, tiene razón, nunca había estado en un lugar así, la naturaleza es maravillosa, anduve cerca del arroyo que hay al fondo del jardín, pasé por los puentecitos y me pareció encontrarme en medio de un cuento de hadas. Cuando era niña mi abuela me llevó una vez al norte de Nuevo México, y la paz de este lugar me recuerda ese paraje en las montañas. Nunca he sido una persona creyente, pero en esa parte de Nuevo México me sentí cerca de Dios.

Adhira asintió con la cabeza y no dijo nada.

En ese momento, los hombres que había visto pasar hacia el palmar con una vela venían de vuelta y Quinn pudo verlos a través de los ventanales.

—¿Son monjes? Este es un monasterio, ¿verdad?

—No, en realidad no. Un Ashram, en general, no es un monasterio ni un lugar donde vive un gurú, sino un espacio para llevar una vida simple, nada más. Aquí puede venir quien quiera, desde cualquier parte del mundo, tenga la religión que tenga, sólo necesita desear estar tranquilo, comer cosas muy sencillas, guardar silencio y llevar una vida sana ayudando con los quehaceres de la casa. Eso es, más o menos, todo lo que hacemos aquí —dijo Adhira, levantándose para irse—. Las dejo un momento, tengo que regar la huerta —explicó y sin decir nada más abandonó la pieza.

—Escuché las cintas anoche, y quedé muy impresionada —dijo Quinn, dirigiéndose a Juliette que estaba sentada a su lado—. Es casi inverosímil que a usted y a mí nos haya ocurrido algo tan similar el mismo día, casi a la misma hora y en dos continentes distintos.

—Bueno, no es eso lo inverosímil, puesto que en este mismo momento, quién sabe en cuántas partes del mundo habrá dos mujeres que no se conocen y a quienes les está ocurriendo algo muy parecido o exactamente lo mismo. Lo inverosímil es que nos hayamos encontrado.

—No sólo a usted y a mí nos ha ocurrido algo muy parecido, sino a Nahuel y a Joshua. Mire cómo han terminado estos dos hombres. Anoche no pude conciliar el sueño pensando en eso. Es un paralelo muy sorprendente.

—No había pensado en ello, pero sí, tiene razón. El infarto de Nahuel, el derrame de Joshua... Dos desencadenamientos del destino que decidió terminar

así con dos hombres en crisis. Lo extrañas que pueden ser las cosas.

—¿Nunca más volvió a Chile después de lo ocurrido?

—No, no volví. Siempre había ido a Chile como turista. Nahuel estaba orgulloso de la belleza de su país y en esos años se dedicó a mostrármelo. Nos dedicábamos a viajar. Visité el norte del país, la zona más desértica, el sur, la isla de Chiloé, que es como una vuelta al pasado, a una vida más simple, a la quietud de un mundo sin luces ni sonidos estridentes; también conocí la zona central, desde luego las cercanías de Santiago, y más al norte La Serena; en fin, creo que en esos cinco años, en que fui a Chile por lo menos dos veces al año, debo haber conocido el país desde Arica a Punta Arenas. Pero nunca tuve mayor contacto con la sociedad chilena, ningún contacto con el círculo de Nahuel, aparte de Gonzalo Marco, un íntimo amigo suyo, de quien sí me hice muy amiga. Pero Gonzalo era distinto de la familia de Nahuel, eso desde luego, un hombre que siempre se mantuvo fiel a su ideología, era de izquierdas, muy crítico de Elisa, por ejemplo, y de todo lo que ella representaba. No la quería mucho, a decir verdad.

—Osea, que después de la muerte de Nahuel, ¿no tuvo ningún contacto con nadie de esa familia? ¿Ni con su hija?

—Gonzalo hizo un viaje especial a Francia para verme. Me hizo un gran favor, porque me ayudó a entender, en parte al menos, lo que había pasado en ese fundo y su propia teoría acerca de lo ocurrido. En Chile todavía hay latifundistas que tratan a sus inquilinos como si les pertenecieran. Y un sector de esa sociedad sigue pegado a ideas un tanto arcaicas. Nahuel decía que las cosas estaban cambiando, pero a mí siempre me pareció un país lleno de contradicciones; muy modernos a la hora de sus bancos, sus teléfonos celulares, sus malls y sus tarjetas de crédito, pero sus conceptos familiares y sociales son casi decimonónicos. Yo siempre los encontré demasiado conservadores, apegados a los valores más ultristas de la Iglesia católica y casi tan insulares como nosotros mismos en Provenza, lo que ya es mucho decir. Nahuel decía que Chile es un mall con espíritu de convento. ¿Nunca ha estado en esa parte del mundo?

—Esta es la primera vez que viajo fuera de Estados Unidos. Pero a su hija, a Francisca, ¿la conoció después de la muerte de Nahuel?

—No, no llegué a conocerla. En un momento me dijo que iría a Pernes-les-Fontaines y nunca se concretó nada. Se casó, según me contó Gonzalo en una carta, y tiene tres o cuatro niños. ¿Y usted? Hemos hablado solamente de mí y es muy poco lo que me ha contado de usted misma. ¿Qué hizo después de la partida de Joshua?

—Nada. Sería la respuesta correcta. Estados Unidos es un país en el cual si usted no tiene su vida ordenada, desde el principio, si no se ha enrielado bien en el sistema, con un buen trabajo, una familia adecuada, la bonita casa en los suburbios, los dos autos, los dos niños a quienes acompaña a jugar al baseball los sábados en la mañana... le sonará caricaturesco y un cliché, y no lo es. La vida americana puede ser increíblemente fácil y agradable siempre que uno se ajuste bien en el sistema. Si no lo hace como es debido y no llega a puerto seguro, pasa a ser un *failure*, ¿sabe lo que es *failure*? ¿Un perdedor? ¿Una persona que no fue capaz de lograrlo? Lo que mide al hombre en mi país es el triunfo y lo que mide al triunfo es el dinero. En ese sentido yo siempre he sido una *loser*, como se diría. Seguí trabajando en el mismo banco donde estaba cuando conocí a Joshua, marcando el tiempo más que otra cosa, sin dinero para comprar una casa, con un auto viejo, tuve un par de relaciones que me dejaron más vacía que antes, y eso sería todo, ¿sabe? Era muy difícil cambiar a un hombre como Joshua, hecho y derecho, con mucho dinero, además culto, porque Joshua hablaba tres idiomas, abogado, por uno de esos mequetrefes que me tocaron después, y viviendo en un pueblito de siete mil habitantes, sin plata ni carrera, ¿qué posibilidades tenía yo de encontrarme a un segundo Joshua? Ninguna, ¿ve?

—¿Joshua nunca se puso en contacto con usted?

—Nunca. Y le aseguro que me costó un buen tiempo perdonárselo, si es que se lo perdoné.

—¿Por qué cree que actuó así?

—No me quería, lo que se dice querer, querer en serio, estar dispuesto a hacer una vida juntos, creo que me usó, simplemente, estoy convencida de que siguió enamorado de su mujer hasta el final. Joshua y ella se paralizaron con la muerte de la niña, pero no creo que dejaran de quererse. Claro que todo eso lo vine a comprender mucho después, y gracias a mi analista que me ayudó a ver cosas que en ese entonces, tal vez por mi edad o por simple inexperiencia, no veía. En todo caso, mientras estuvimos juntos siempre pensé que estaba enamorado de mí.

—¿Qué edad tenía cuando ocurrió todo eso, Quinn?

—Veintisiete.

—¿Y ahora?

—Treinta y siete.

Juliette no pudo evitar una mirada de incredulidad.

—Ya lo sé, no necesita decírmelo, me veo diez años más vieja.

—Yo no diría vieja, sino cansada. Creo que unas semanas en este lugar le van a servir, Quinn.

* * *

Los días siguientes pasaron todos iguales. Salvo algo que debía ser reparado, uno de los habitantes del Ashram que se enfermaba del estómago o la visita de algún gurú amigo de Adhira, la vida en aquel lugar no cambiaba. Era relativamente pequeño. Alojaba a treinta personas, lo cual no era mucho, considerando que otros Ashram de la zona tenían cabida para ochenta o más.

A las cinco de la mañana tocaban la campana y a las cinco y media empezaba media hora de meditación; a las seis había clases de yoga o una ceremonia hindú donde se cantaban mantras; a las doce se comía un almuerzo frugal compuesto de verduras, yogurt y arroz; entre las cuatro y las seis de la tarde, nuevamente ejercicios de yoga, clases de sánscrito o lectura de textos sagrados, y a las ocho de la noche el Ashram estaba durmiendo.

Quinn participaba en algunas de estas cosas, y gran parte del día estaba junto a la cama de Joshua, hablando quedamente con Juliette o leyéndole. Por la noche, sola en su pieza, le escribía a su analista.

* * *

3 de junio 2008

Querida Anne:

Lo primero es pedirle disculpas por haber tardado tanto en escribirle, pero, como leerá más adelante, han pasado tantas cosas que van cambiando mi vida, y en tan poco tiempo... Joshua yace en una cama, inconsciente, como una planta, lo único que lo ata a la vida son los latidos de su corazón que no se ha detenido y sus pulmones que siguen dándole oxígeno. Al principio me impresionaba verlo, pero ya me estoy acostumbrando. No es ni el recuerdo del hombre que dejé de ver hace diez años. Se ha ido apagando de a poco; cuando recién llegué, su piel estaba más tibia y con algo de color. Hoy parece una sombra a punto de elevarse, tal como una de estas mariposas que andan por todas partes.

10 de junio 2008

Volvió a llamar Thompson Williams para preguntarme cuánto tiempo

pensaba quedarme, y por Joshua, naturalmente. Quería saber cómo seguía, si podría comunicarlo con su médico, etcétera. Le expliqué todo lo que había que explicar del lamentable estado de Joshua y le dije que no sabía hasta cuándo iba a quedarme. Entonces me dijo que le resultaría imposible viajar a la India dentro de los próximos dos meses, que no podría venir ahora —estaba en medio de un juicio complicado—, y le respondí que se olvidara entonces de ver a Joshua con vida, pues no hay manera de que viva todo ese tiempo. Esa noche le pregunté a Adhira hasta cuándo podía quedarme yo misma en el Ashram.

—Todo el tiempo que quiera, toda la vida si quiere —dijo Adhira.

¿Se imagina lo que sería eso? Parece mucho tiempo, una eternidad, ¿verdad?; sin embargo, esta noche, sola en mi pieza y mientras le escribo, me pregunto: ¿será tanto tiempo toda la vida? ¿No son acaso unos pocos años?

Al principio comíamos Adhira, Juliette y yo en un comedor aparte, pero luego me integraron a la comunidad del Ashram. No me pregunte cómo se llaman los otros, ni quiénes son ni de dónde vienen, porque la regla de oro aquí es el silencio. Comemos cosas livianas y sanas. Yo me he hecho cargo de una parte de la huerta, donde paso un par de horas al día trabajando en la tierra, y el resto de la jornada me quedo junto a Joshua. Juliette y yo le estamos leyendo Oliver Twist, el libro que le leía su padre cuando niño. Nos turnamos. Un capítulo ella, un capítulo yo. ¿Me va a creer que hacía tiempo que no gozaba tanto con un libro? Bueno, me parece escuchar su risa, Anne, es cierto, yo nunca he sido lectora, pero este libro es otra cosa...

18 de junio 2008

... Adhira tiene setenta y cinco años y representa cincuenta, y sigue siendo una mujer preciosa. Su tez no es oscura sino clara, como la de su madre; cuando vivió en Europa, de joven, la confundían con italiana o española. Es elegante y sencilla, se viste con un simple sari blanco con ribetes azules y se toma el cabello en un moño que afirma con dos horquillas la parte alta de la cabeza. Muy alta y delgada. Me ha contado cosas de la India inglesa, la India donde las señoras de las mejores familias hacían una vida muy retirada, casi siempre en sus casas, con el rostro cubierto, prácticamente sin salir, pasaban las tardes en los grandes patios de mármol, donde conversaban con las criadas o las criadas les contaban cuentos y chismes o ellas cantaban tocando el laúd. Como en una historia de hadas, ¿verdad? Su padre era un hombre rico que luchó por la independencia y en 1945 estuvo un año preso. Adhira dice que era el ser más inteligente que ella conoció en su vida, el más culto y el más

preocupado por los problemas sociales; los pobres le importaban, no era como la mayoría de la gente rica que vive sin pensar en la suerte de los que no tienen nada. Era su héroe. ¿Se imagina poder decir algo así de un padre? ¿Tener un padre así?

Adhira tiene un modo de ver las cosas tan alejado del dramatismo y la exageración. Es muy plácida, ¿sabe? Y le da a uno placidez. No sé por qué su historia se me figura como hubiera sido la mía si me hubiera casado con Joshua, o mejor dicho, como la historia que a mí me hubiera gustado tener. A los quince años se casó con Ram Nath, un hombre rico como Joshua que le ofreció comodidades en una casa hermosa con dos patios y criados. Fue recibida con los brazos abiertos por la familia del novio, que era amiga de la familia de su padre. Su suegra la llamó «hija» desde el primer día. Adhira adoraba a Ram Nath y lo había escogido ella, pues su padre era contrario a los matrimonios arreglados. Eran los tiempos en que el marido de una mujer era su dios y para ella Ram Nath fue su dios. En ese entonces se usaba que los jóvenes se casaran antes de marcharse a estudiar al extranjero. Adhira y Ram Nath se fueron a Inglaterra en cuanto se casaron. Estuvieron cinco años en Cambridge, él estudiando para abogado y ella literatura inglesa. En el último año, poco antes de terminar los estudios, a Ram Nath le vino una difteria que no descubrieron a tiempo y para cuando empezaron a tratarla como difteria ya era tarde. Adhira regresó a la India a los veintiún años con su marido muerto. Nunca fue su idea quedarse a vivir en Inglaterra; como su padre tenía un gran amor por su país, el extranjero estaba muy bien, Europa estaba muy bien, para estudiar, pero sus raíces se encontraban acá. Los años en Inglaterra la marcaron profundamente, me ha dicho, y lo que más la impactó fue la libertad. De vuelta en su país se dio cuenta de que haber conocido la libertad la había convertido en otra mujer. Vivió en la casa de su abuela paterna hasta que ella murió y nunca se volvió a casar. Se dedicó a enseñar literatura en un colegio para niñas ricas en Bombay y a escribir poesía. Hace veinte años dejó las clases para dedicarse al Ashram. Y aquí está. A estas alturas de su vida lo único otro que pide, pues según ella la vida ya le ha dado mucho, tal vez demasiado, es morir con los ojos abiertos.

¿Sabe, Anne? Su historia me ha impresionado hondamente, no tanto por la historia misma, sino porque me encuentro con una mujer quien, tal como yo, ha tenido una vida solitaria, con grandes pérdidas, y así y todo ha salido adelante, supo encontrar su camino. A ratos me siento deslumbrada ante la novedad, este otro mundo, estas otras vidas, y me asombra lo enclaustrados que vivimos en Estados Unidos, creyéndonos el ombligo del mundo cuando del mundo no somos

ni siquiera la nariz. Pienso que tal como le ocurrió a Adhira con su estancia en Inglaterra, yo tampoco volveré a ser la misma después de haber pasado un tiempo en este Ashram.

* * *

—¿Se le han hecho largos los años aquí, Juliette?

—No lo sé, no sé bien cómo contestar esa pregunta, Quinn, lo que pasa es que el tiempo aquí se mide de otra forma, pasa, pero de otra manera, como si no fuera lineal, sino redondo, de modo que lo que está delante nuestro no es el futuro sino el pasado... Bueno, la verdad es que lo único que se conoce es el pasado, y eso es lo que yo al menos miro, porque el futuro no existe, no es nada. Es lo que decía siempre Joshua, por lo demás, aunque jamás hablaba de su pasado, pero a mí no me cabía duda de que no quería o no podía desprenderse de él.

—¿Nunca le dijo que le gustaría volver a Estados Unidos? ¿No se aburría en este lugar?

—¿Usted se aburre? —preguntó Juliette.

—¡Oh, no! Nada. Le encuentro mucha razón en lo que dice, yo también he sentido que en medio del silencio el tiempo parece dejar de transcurrir, como que se estancara, y eso, lejos de aburrirme, ha sido una experiencia valiosa para mí, totalmente distinta, y si me apura un poco le diría que hasta me gusta. Y eso que no soy una persona a quien le guste estar sola ni el exceso de silencio, qué va, no soy nada así, y sin embargo... míreme. ¿Le parezco una mujer desesperada porque no está bailando en una disco o tratando de ligar en un bar?

Juliette la miró de arriba abajo, como estudiándola, y soltó una carcajada.

—En realidad no parece ninguna de esas cosas. Venga, acérquese, hablele...Adhira dice que no se sabe si las personas en estado de coma pueden escuchar, si les puede llegar algo.

—Me pasa algo terrible, Juliette.

—¿Y qué es eso? —preguntó Juliette.

—No sabría qué decirle, aparte de que lo he perdonado completamente.

—Pero eso es muy importante. Me refiero a que lo haya perdonado.

—Le confieso que al llegar aquí aún tenía rabia con él. Incluso en el avión pensé que lo que más me molestaba era que si estaba inconsciente, como dijo su abogado, no podría oír las cuatro verdades que tenía que decirle, porque no se desaparece de una relación de la noche a la mañana sin dejar huellas, sin una

explicación, por muy terrible que sea lo que le pasó. ¿Y la casa de Towanda? También le habría preguntado qué sentido podía tener dejarme en herencia una casa que a él no le interesaba para nada y que yo podría haber disfrutado durante años, mucho antes. Me parecía una burla... y ahora todo eso me parece tan lejano, tan absurdo, sin ninguna importancia. Aquí está este pobre viejo, una sombra de lo que fue, sin tener idea si está vivo o muerto, ¿y yo iba a cantarle cuatro verdades? Mírelo... ¿Se acuerda de cómo era cuando llegó? Un día, describiéndoselo a mi analista, le decía que Joshua tenía cierto parecido con Jeremy Irons. ¿No lo encontró usted parecido al actor inglés?

Juliette se levantó para abrir la ventana y de paso abrió uno de los cajones de la cómoda y sacó un sobre.

—Tenga. Es una foto de Joshua hace unos ocho años. La tomó un joven que vino al Ashram y alcanzó a estar con nosotros un mes, después murió. Mírela tranquila, voy a ausentarme un rato y aprovecho de ver si Adhira necesita una mano con el king yam.

* * *

... y se fue dejándome con la foto de un Joshua que me impresionó vivamente. Estaba vestido con una túnica larga hasta el suelo, se había rapado la cabeza, se veía mucho pero mucho más flaco, debía haber perdido unas veinte libras, toda similitud con Jeremy Irons había desaparecido y, sin embargo, su mirada era la misma, tal vez más cristalina que antes, o sería por la falta de pelo que los ojos se veían más grandes, más limpios, como si se le hubieran aclarado. Me quedé largo rato pegada a la foto y luego observé al anciano que tenía enfrente. Está muy mal, Anne, no creo que pase de esta semana.

He vuelto a preguntarle a Adhira hasta cuándo cree ella que puedo quedarme en el Ashram, pero hablando en serio, le dije, y ella respondió que hablando en serio toda la vida, si así lo deseaba. ¿Toda ESTA vida?, le pregunté, ¿quiere decir toda la vida haciendo ESTA vida? Y ella: si es lo que desea, sí. Quedé estupefacta preguntándome a mí misma qué es lo que deseo y más que nada si sería capaz de llevar esta clase de existencia por un período más largo. Casi puedo oír su pregunta, Anne. Desde aquí veo mi vida en Estados Unidos como un agua sucia donde nadaba sin rumbo fijo, dando manotazos de ciega para no ahogarme. Aquí no hay vida social, no hay bares, no existe nada parecido al mall o una tarjeta de crédito ni un televisor. Desde que llegué a este lugar he vivido como si el mundo se redujera a estos jardines,

estas cabañas esparcidas por el pasto, estas mariposas, estas flores silvestres, estas palmeras, estos ricinos, estos monzones que han bajado las temperaturas trayendo la humedad y esta gente que habla el mínimo. No tengo ni la menor idea de qué ha ocurrido en el exterior y, sin embargo, no necesito saberlo. Me siento bien aunque luche contra la idea de sentirme bien en un lugar donde no hay ninguna de las cosas que me parecían tan indispensables. ¿Yo? ¿Quinn Bennett? Y entonces me pregunto qué bicho me habrá picado o si estaré tan dejada de la mano de Dios que no me queda otra que estarme aquí, cuidando a Joshua hasta que muera. Eso al menos lo tengo claro: no me muevo de aquí mientras Joshua siga respirando.

Anoche me quedé hasta muy tarde sentada en una pileta que hay al lado de un palmar y en medio de esa atmósfera húmeda y apacible desfilaron por mi mente las imágenes de mi orfandad, Tommy, mi vida en Morton, mi relación con Joshua, mi adicción a los calmantes, mis conversaciones con usted... Me resultó doloroso pensar en todo aquello, no voy a negarlo, pero era lo que había, como dice Adhira, y no se puede pedir más que lo que hay.

* * *

Jueves 26 de junio 2008, 7:00 p.m.

Esa tarde, después del viento y en medio de una lluvia tranquila, Juliette y Quinn estaban junto a la cama de Joshua, leyéndole. En un momento, Juliette notó la tranquilidad de su pecho, le tomó el pulso y le puso la mano en la frente que tenía fría.

Joshua había emprendido el camino de vuelta sin un estertor, ni un quejido, como un pájaro liviano que de repente se encumbra y se va.

* * *

... permanecemos toda la noche junto a él. Prendimos varios inciensos y Adhira colocó velas en las ventanas para que el resto de los habitantes del Ashram supiera que Joshua había partido. A las once entró un grupo de hombres cantando y una vez que se marcharon nos quedamos conversando con Adhira y Juliette hasta que llegó la mañana. En ningún momento me detuve a pensar que Joshua estaba muerto, había sido tan suave su paso al otro lado que daba la impresión de estar dormido. Vamos a cremarlo y esparciremos sus cenizas por los jardines del Ashram.

En cuanto a mí, Adhira dice que puedo estar en el Ashram todo el tiempo que quiera y Juliette me ha sugerido que trabaje en la oficina de viajes con ella. No creo que vaya a soportar por mucho tiempo esta vida tan ascética y callada, pero es lo que hay, no tengo ante mí nada mejor que hacer, y me va a servir para pensar cómo voy a enrumbar mi vida de ahora en adelante. Voy a echar de menos nuestras conversaciones, Anne. No se olvide usted de mí tampoco. Quisiera que tenga un recuerdo mío, así que dentro de este mismo sobre le estoy enviando mi reloj.

Quinn